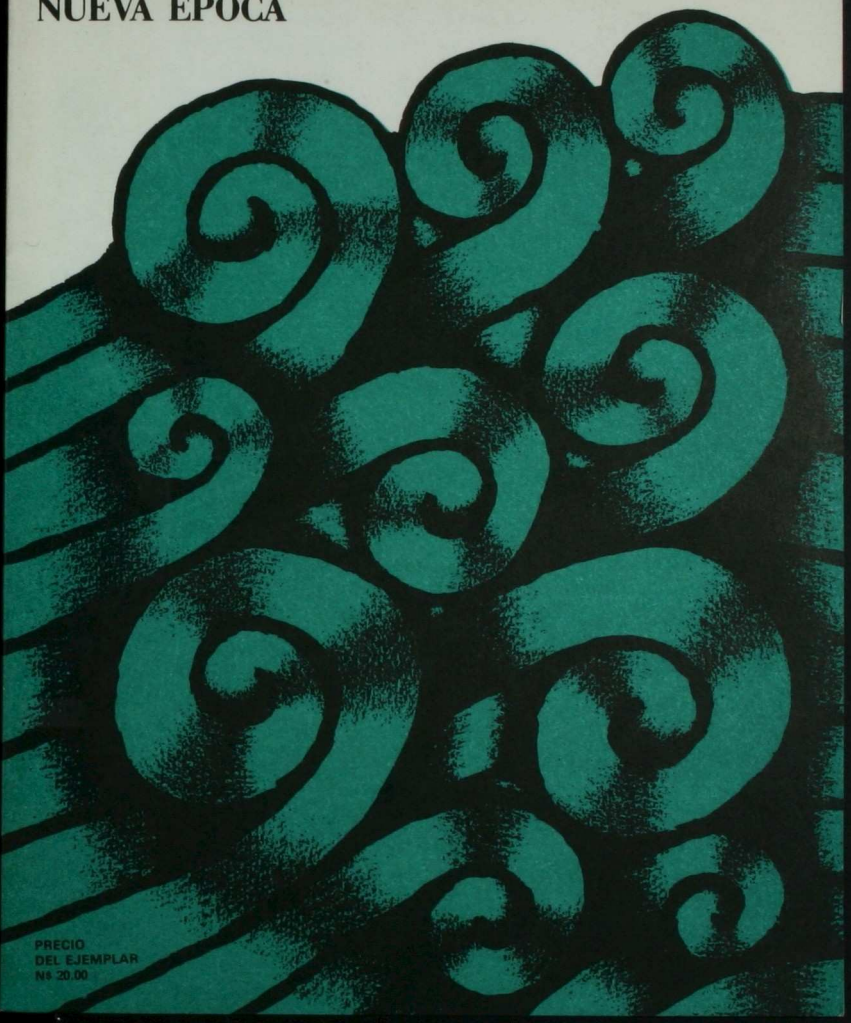
CUADERNOS AMERICANOS 53

NUEVA ÉPOCA



PRECIO
DEL EJEMPLAR
N$ 20.00

CUADERNOS AMERICANOS
NUEVA ÉPOCA

FUNDADOR: JESÚS SILVA HERZOG

DIRECTOR: LEOPOLDO ZEA

EDITORA: LILIANA WEINBERG

REDACCIÓN: HERNÁN G.H. TABOADA

COMITÉ TÉNICO: Arturo Azuela, Fernando Benítez, Héctor Fix Zamudio, Pablo González Casanova, Marcos Kaplan, Miguel León-Portilla, Jesús Silva-Herzog Flores, Diego Valadés, Ramón Xirau, Leopoldo Zea.

CONSEJO INTERNACIONAL: Antonio Cándido, Brasil; Rodrigo Carazo, Costa Rica; Federico Ehlers, Ecuador; Roberto Fernández Retamar, Cuba; Enrique Fierro, Uruguay; Alberto Filippi, BOLIVARIUM; Domingo Miliani, Venezuela; Francisco Miró Quesada, Perú; Edgar Montiel, Perú; Otto Morales Benítez, Colombia; Germánico Salgado, Ecuador; Samuel Silva Gotay, Puerto Rico; Gregorio Weinberg, Argentina.

Fernando Ainsa, UNESCO; Giuseppe Bellini, Italia; Liu Chengjun, China; Grażyna Grudzińska, Polonia; Hiroshi Matsushita, Japón; Tzvi Medin, Israel; Sergo Mikoyan, Rusia; Charles Minguet, Francia; Magnus Mörner, Suecia; Richard Morse, Estados Unidos; Amy Oliver, SILAT; Efthimia Pandis Pavlakis, Grecia; Guadalupe Ruiz-Giménez, España; Hanns-Albert Steger, Alemania.

CONSEJO EDITORIAL: Sergio Bagú, Horacio Cerutti, Ignacio Díaz Ruiz, Elsa Cecilia Frost, Francesca Gargallo, Jorge Alberto Manrique, Adalberto Santana, Valquiria Wey.

EQUIPO TÉCNICO: Raúl Arámbula Paz, Norma Villagómez Rosas, Liliana Jiménez Ramírez, Gonzalo Hernández Suárez y David Bazaine Zea.

DIFUSIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Gisela Olvera Mejía.

CONSEJO DE APOYO: Juan Manuel de la Serna, Margarita Vera.

Impresión al cuidado de Porfirio Loera y Chávez.

Redacción y administración:
Torre I de Humanidades, 2° piso
Ciudad Universitaria
04510 México, D.F.
*
Apartado Postal 965
México 06000, D.F., Tel. (Fax) 616-25-15
e-mail:weinberg@servidor.unam.mx

No nos hacemos responsables
de los ejemplares de la revista *Cuadernos Americanos* extraviados
en tránsito a su destino.

CUADERNOS AMERICANOS

NUEVA ÉPOCA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

CUADERNOS AMERICANOS

NUEVA ÉPOCA

AÑO IX VOL. 5

53

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1995

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MÉXICO 1995

NUEVA ÉPOCA
1995
AÑO IX, NÚMERO 53, Septiembre-Octubre 1995

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.
Las ideas contenidas en los artículos son
responsabilidad de sus autores.
No se devuelven originales. No nos hacemos responsables
de trabajos no solicitados ni nos comprometemos a
mantener correspondencia sobre los mismos.
Autorización de la Dirección General de Correos:
Registro DGC Núm. 017 0883. Características 2 2 9 1 5 1 2 1 2
Autorización de la Dirección Gral. de Derecho de Autor No. 1686
Certificado de licitud de contenido No. 1194
Certificado de licitud de título No. 1941

ISSN 0185-156X

CUADERNOS AMERICANOS

NUEVA ÉPOCA

Número 53 Septiembre-Octubre Volumen 5

ÍNDICE

Pág.

DESDE EL MIRADOR DE *CUADERNOS AMERICANOS*

ANTONIO ALATORRE. Invitación a la lectura del *Sueño* de Sor Juana 11
HORACIO COSTA. *Las peregrinaciones* en la Nueva España . 34
REBECA BARRIGA VILLANUEVA. "En torno de la noria...": el andar educativo de Torres Bodet 45
ROBERTO RODRÍGUEZ GÓMEZ. Economía, política y universidad en América Latina 54
EDGAR MONTIEL. Una educación para la identidad 89

LA CULTURA EN UN MUNDO DE CAMBIO

MICHELLE CAMPAGNOLO-BOUVIER. Los hombres de cultura ante las fuerzas de disgregación y globalización . . 103
NORBERTO BOBBIO. Disgregación-globalización 108
HENRI BARTOLI. ¿Mundialización o hegemonía? 111
VINCENZO CAPPELLETTI. Estados de ayer, naciones de mañana 136
ANDRÉ CORBOZ. El péndulo de perfil: cómo pensar la mutación 141
KONSTANTINOS J. DESPOTOPOULOS. Los grandes problemas actuales de la humanidad 149
PIERRE DU BOIS. Suiza entre permanencias y cambios . . . 155
IRING FETSCHER. El ideal de la democracia y la falsa pretensión de homogeneidad 158

Béla Köpeczi. Discusión entre el posmodernismo y el neomodernismo en el Este y el Oeste 161
Otomar Krejča. La historia continúa 167
Aleksander P. Kudriavtsev. Las tendencias actuales de disgregación y de globalización en la visión de un moscovita 172
Arrigo Levi. La unificación europea ante la globalización 179
J. Robert Nelson. Paz en la Tierra: ¿esperanza aún válida? 190
Emma Osadskaïa. El problema del sentido en la cultura . 198
Rein Raud. La vida en una tierra que se reduce 203
Alexandre Tvalchrélidzé e Irène Gogobéridzé. Desintegración económica e integración: los Estados de la ex URSS ayer y mañana 209
Gustavo Villapalos-Salas. La era del conocimiento . . 216
Leopoldo Zea. Fin de los imperios y globalización del desarrollo 223
Michelle Campagnolo-Bouvier. La política de la cultura: un tema de reflexión 230
Llamamiento de Budapest 235

RESEÑAS

Tzvi Medin. *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, por Leopoldo Zea 241
José Lezama Lima. *La expresión americana*, por Rafael Rojas 246

Desde el mirador de Cuadernos Americanos

entrañable: es *anhelo* fervoroso de aprender, es verdadero *amor* al estudio.

Por supuesto, fueron sus composiciones poéticas las que le granjearon el "aura popular" que la acompañó toda su vida. Cuando a los 19 años decidió hacerse monja, su maestría era ya *vox populi*. Y el ser monja no le impidió seguir leyendo y escribiendo hasta casi el final de su vida. Le llovían encargos de todas partes. Fue por encargo como escribió la mayor parte de sus obras. Así los *villancicos*, esas letras que se ponían en música y se cantaban en las iglesias ricas, las capaces de pagar al compositor, a los cantantes, a los instrumentistas y, naturalmente, al poeta que componía las letras. Así también sus muchas *loas*, y sus dos *comedias*, y sus tres *autos*, todo ello en verso. El *Neptuno alegórico*, que está escrito parte en prosa y parte en verso, y que le ganó la admiración y el importantísimo mecenazgo de la virreina Condesa de Paredes, fue también obra de encargo. Y muchas de las otras cosas que escribió son versos de ocasión, de circunstancias, de compromisos sociales.

Cuatro años antes de morir declaró Sor Juana que *todas* sus obras se escribieron así, con *una sola* excepción: "Yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos, de tal manera que no me acuerdo haber escrito por mi gusto si no es un papelillo que llaman *el Sueño*". Lo cual es a todas luces una exageración. Es claro que ciertos poemas (sonetos sobre todo) no los compuso por encargo ni por compromiso, sino porque le salieron del alma. Pero la exageración es muy significativa, pues nos permite ver a Sor Juana opinando sobre sí misma: "Sí, he escrito mucho —viene a decir—, pero mi obra predilecta es el papelillo que llaman *el Sueño*. Es el poema de mi vida".

Sor Juana hizo esta notable declaración a comienzos de 1691, cuando el poema no se había impreso aún. Corría en copias manuscritas entre los no pocos admiradores de la monja, y desde el primer momento fue muy celebrado, como evidentemente le constaba a ella: "Un papelillo que *llaman* el Sueño". Así lo llamaban *ellos*. No dice cómo lo llamaba *ella*. Pero cuando se imprimió en 1692 (en el segundo volumen de sus Obras), su título es: "Primero Sueño, que así lo intituló la Madre Juana Inés, imitando a Góngora". *Así* lo intituló: "Primero Sueño". Y lo intituló así *imitando a Góngora*.

Es un título que dice mucho. En otras composiciones había competido Sor Juana con grandes poetas españoles de su siglo —Polo de Medina, Calderón, Salazar y Torres, Pérez de Montoro—, pero esta vez la competencia era con Góngora, el mayor de todos, el

emperador de la Poesía. En 1690 hizo ella lo que Góngora había hecho en 1613, cuando permitió que corrieran copias manuscritas de la *Primera Soledad*. Pero Sor Juana no intituló así su poema porque pensara componer luego un *Segundo Sueño*, tal como Góngora compuso una *Segunda Soledad*. Lo intituló así simplemente para asociar *Primero Sueño* con *Primera Soledad*, para asociarse ella con Góngora desde el título mismo.

Esta asociación fue captada, naturalmente, por los contemporáneos de la monja. Buenos conocedores de Góngora, admiraron el arte con que ella, expresándose todo el tiempo como un Góngora redivivo, estaba diciendo todo el tiempo cosas tan distintas y tan nuevas. El P. Calleja expresó bien el juicio de esos contemporáneos cuando dijo, en sustancia, lo siguiente: "Sería absurdo pelear y tratar de poner el *Primero Sueño* por encima de la *Primera Soledad*. Son dos poemas incomparables, únicos, igualmente deleitosos, cada uno a su modo. Pero una cosa hay que reconocer: que la materia de Góngora, los paisajes amenos, los prados y arroyos, las dulzuras de la vida bucólica, estaba ya predispuesta, como si dijéramos a medio poetizar, mientras que la materia de Sor Juana nunca antes había sido poetizada".

El modelo lingüístico de Sor Juana es ciertamente Góngora, pero ella hizo de esta *imitación*, a lo largo de los 975 versos de su poema, el sello o la garantía de su *originalidad*. Una consecuencia de ello es que los lectores ideales del *Sueño* son quienes ya conocen las *Soledades*, quienes las han leído de veras (y no por encima, ni una sola vez, ni a través sólo de la versión en prosa de Dámaso Alonso). Esto se ve ya claramente en los versos iniciales de la *Primera Soledad* y el *Primero Sueño*. Góngora comienza así: "Era primavera". Por supuesto, no lo dice con esa llaneza, sino *a su modo*:

> Era del año la estación florida
> en que el mentido robador de Europa
> (media luna las armas de su frente
> y el sol todos los rayos de su pelo),
> luciente honor del cielo,
> en campos de zafiro pace estrellas...

O sea: era esa época del año (entre el 20 de abril y el 20 de mayo) en que el Sol incide en el signo de Taurus, el Toro en que Júpiter se transformó para raptar a la ninfa Europa y que es ahora una luciente constelación del Zodíaco.

Sor Juana empieza diciendo: "Era de noche". Pero tampoco ella lo dice con esa llaneza, sino *gongorinamente*:

> Piramidal, funesta, de la tierra
> nacida sombra, al cielo encaminaba
> de vanos obeliscos punta altiva,
> escalar pretendiendo las estrellas...

Es una imagen muy precisa, una definición diríamos "científica" del fenómeno Noche. La Noche es la sombra que la Tierra proyecta hacia lo alto cuando el Sol está debajo de nosotros. Y al mismo tiempo es una imagen animada, dinámica: la funesta sombra, ufana de su triunfo sobre la luz, tiene la loca ambición de llegar hasta las estrellas (aunque éstas, naturalmente, toman a risa tan ambicioso intento).

En las páginas que siguen, sin insistir más en Góngora, trataré de dar una somera idea de la materia y la forma del *Primero Sueño*, de su tema y su hermosura.

Los primeros versos ("Piramidal, funesta...") pintan el triunfo de la Noche sobre el Día. La Noche impera, sí, pero sólo aquí en nuestra atmósfera sublunar. Y lo primero que hace al ocupar el trono es imponer la ley del silencio, si bien permite algunas excepciones:

> En la quietud contenta
> de imperio silencioso,
> sumisas sólo voces consentía
> de las nocturnas aves,
> tan oscuras, tan graves,
> que aun el silencio no se interrumpía...

La lechuza, los murciélagos y el búho: ésas son las "nocturnas aves" cuyas voces sumisas (apagadas) consiente la Noche. Sor Juana nos las presenta en tres graciosas miniaturas o viñetas que son descripción de las aves y al mismo tiempo evocación de su desdichada historia. La lechuza fue una doncella que cometió incesto con su padre; los murciélagos fueron tres muchachas, hijas de Minias, que desdeñaron el sagrado culto de Baco; y el búho fue un varón, Ascálafo, cuyo delito consistió en hablar de más. Todos, él y ellas, son ahora lo que son por castigo de los dioses. Esas historias las cuenta Ovidio en las *Metamorfosis*, deliciosa colección de cuentos que terminan siempre en una transformación: Dafne convertida

en laurel, Narciso convertido en una flor, y así muchos. Sor Juana no repite la historia de Nictimene, de las Minieides y de Ascálafo: simplemente la evoca. Todo el mundo conocía en sus tiempos las *Metamorfosis* de Ovidio. (El lector moderno que conoce a Ovidio está mucho mejor preparado para entender a Sor Juana —y a Góngora— que el que no lo conoce).

Como muestra de esas tres viñetas, vale la pena ver la dedicada a los murciélagos: dice Sor Juana que las tres hermanas desdeñaron el culto de Baco, y entonces Baco

> el tremendo castigo
> de desnudas les dio pardas membranas,
> alas tan mal dispuestas,
> que escarnio son aun de las más funestas.

Un viento muy leve es el maestro de capilla, el director del sombrío coro de madrigalistas. Murciélagos, búhos y lechuzas obedecían la medida

> que el viento
> con flemático echaba movimiento,
> de tan tardo compás, tan detenido,
> que en medio se quedó tal vez dormido...

El silencio es, naturalmente, una invitación a dormir, y el asordinado concierto de las aves nocturnas, su "obtusa consonancia espaciosa", como dice Sor Juana, no impide el sueño, al contrario: lo propicia, lo favorece.

Siguen 70 versos que describen delicadamente a la naturaleza dormida. Duerme el aire, duerme el mar, duermen los peces, que así dormidos son "dos veces mudos". Duermen los animales, así los tímidos como los feroces. Dos de las viñetas son especialmente bonitas: el dormir del venadito y el dormir de los pájaros. Duerme el venado, pero

> con vigilante oído,
> del menor perceptible movimiento
> que los átomos muda,
> la oreja alterna aguda
> y el leve rumor siente
> que aun lo altera dormido.

Y luego los pájaros:

> En la quietud del nido,
> que de brozas y lodo instable hamaca
> formó en la más opaca
> parte del árbol, duerme recogida
> la leve turba, descansando el viento
> del que le corta, alado movimiento.

(Descansa el viento, diríamos, más aún que lo que descansan las calles de la ciudad de México a las tres de la mañana.) Y termina esta porción del relato con un resumen:

> El sueño todo, en fin, lo poseía;
> todo, en fin, el silencio lo ocupaba:
> aun el ladrón dormía;
> aun el amante no se desvelaba.

El ladrón y el amante, los trasnochadores por excelencia, también dormían.

Estamos en el verso 150. ¡150 versos para decir sólo "Era de noche y todo el mundo dormía"! Sí, y en eso, en esa minuciosa y delicada atención a los detalles, consiste la gracia del poema. Las viñetas del venadito y de los pájaros nos dan ya una idea de lo que es el *Primero Sueño*.

Ahora siguen más de 100 versos para decir "Yo también me dormí". Y lo que hace Sor Juana es algo que nadie había hecho: se pone a contar, tan minuciosa y poéticamente como todo lo anterior, algo tan prosaico como las particularidades anatómico-fisiológicas del cuerpo humano cuando está dormido. El sueño, dice ella, es una "muerte temporal". Mientras dormimos, nuestro cuerpo es,

> en sosegada calma,
> un cadáver con alma,
> muerto a la vida y a la muerte vivo.

Fijémonos en este verso, tan del estilo de Góngora, "muerto a la vida y a la muerte vivo". "Muerto a la vida", se entiende; pero también "vivo a la muerte", porque el cuerpo dormido no cumple en realidad con todos los requisitos del cadáver: sigue respirando, y los latidos del corazón siguen gobernando el "arterial concierto".

Pero el ritmo del "miembro rey y centro vivo / de espíritus vitales", y también el de "su asociado respirante fuelle", o sean los pulmones, es un ritmo sosegado, del cual no nos damos cuenta.

A estas dos estampas, la del corazón y la de los pulmones, se añade luego otra, la más elaborada de las tres, y sobre la materia más prosaica: la digestión. Naturalmente, cuando la materia es prosaica, el poeta tiene que poner especial esmero en su tarea. El estómago es, dice Sor Juana,

> aquella del calor más competente
> centrífica oficina,
> próvida de los miembros despensera,
> que avara nunca y siempre diligente,
> ni a la parte prefiere más vecina
> ni olvida a la remota...

El estómago, "templada hoguera del calor humano", distribuye equitativamente este calor, el calor de la vida, por todos los miembros: es como una madre que a la hora de comer atiende por igual a todos sus hijos porque los quiere por igual a todos.

Y aquí viene una transición muy curiosa —y muy importante para lo que va a seguir. Se trata de la conexión entre lo corporal y lo espiritual, entre lo fisiológico y lo psicológico. Es un campo de conocimientos en que el siglo XX ha hecho portentosos avances. Lo que de esto se sabía en el siglo XIX resulta ahora muy elemental, casi diríamos infantil. Y lo que se sabía en el siglo XVII, o sea en tiempos de Sor Juana, bien podemos decir que era nada. Lo único que tenían a su alcance los deseosos de conocimientos, como ella, eran opiniones, especulaciones. Así la doctrina de los cuatro humores: por el organismo humano van y vienen esos humores (esos fluidos, diríamos ahora) que son la sangre, la flema, la cólera y la melancolía. Otra cosa: además de los sentidos exteriores (ver, oír, oler, gustar y tocar), tenemos unos sentidos interiores, cada uno con su función. El primero es la *estimativa*. Para decirlo con vocabulario moderno, la estimativa es una central que recibe los mensajes de los cinco sentidos exteriores: es el sentido común, el sentido no especializado. La estimativa, a su vez, transmite los datos de los sentidos a la *imaginativa*, la cual, después de calibrar esos datos, los ordena y los edita, por decirlo de alguna manera, y así editados se los manda a la *memoria*, que es como el almacén de la experiencia.

Pero estábamos en el estómago. Este alimentador del cuerpo alimenta también al cerebro, aunque de manera muy especial. No

le manda dosis gruesas de los cuatro humores, sino un extracto delgadísimo de ellos, una especie de vaho o vapor. Y, como cuando estamos dormidos no reciben los sentidos interiores ninguna información de los exteriores, ese vapor sutilísimo impulsa sin estorbos a la imaginativa para ir más allá de las experiencias reales y concretas, o sea para fantasear, para hacerse fantasía. La imaginativa funciona ciertamente cuando estamos despiertos; pero dormidos, a solas con nosotros mismos, la fantasía queda liberada de compromisos y se pone a inventar, a crear imágenes. Eso son nuestros sueños.

Hay que observar que todo esto, tan complejo, está dicho con muy pocas palabras. Si Sor Juana hubiera querido introducir una exposición o una explicación, de seguro que lo habría hecho minuciosamente. Pero no. Se limita a un resumen: ella sabe que sus lectores son cultos y conocen esos terrenos lo mismo que ella. Pero nosotros, tan alejados de sus tiempos, necesitamos aquí olvidar lo que sabemos y hacer nuestro eso que en tiempos de Sor Juana "se sabía", y que nosotros hemos olvidado. En el resumen de Sor Juana está sólo lo esencial, lo que hace falta para pasar del corazón, los pulmones y el estómago a la estimativa, a la imaginativa y a la fantasía; o, dicho con menos palabras, para pasar del dormir al soñar.

Con esta transición, Sor Juana se ha preparado el terreno para continuar así: "Pues bien, yo tuve un sueño. Soñé que me hallaba en un mirador altísimo, desde donde se veían con claridad, una por una, todas las cosas del mundo, y entonces me dije: ¡que maravillosa oportunidad para conseguir lo que tanto he anhelado desde siempre: el conocimiento de todo!". Y en efecto, eso es lo que dice, pero, claro, no así, sino a su manera: con imágenes. Si en la descripción de la naturaleza dormida las imágenes son miniaturas (como la del venado que al menor ruido mueve nerviosamente la orejita, o como la de los pájaros dormidos en su hamaca de lodo y zacate), ahora las imágenes van a ser cuadros de vastas dimensiones. Si para decir "Yo también me dormí" empleó Sor Juana cien versos, para decir esto otro va a emplear doscientos.

La mayor parte de estos doscientos versos está ocupada por tres grandes imágenes de lugares propicios para contemplar el mundo: primero, el Faro de Alejandría; segundo, una montaña altísima, junto a la cual serían enanas las más famosas cumbres conocidas, y tercero, las Pirámides de Egipto. La segunda imagen, la de la montaña altísima, hubiera sido suficiente. Dice Sor Juana que los montes célebres por su elevación, como el Atlante y el Olimpo, tienen la cabeza coronada de nubes. ¡Cómo será la montaña de su sueño,

que esas mismas nubes le sirven apenas de cinturón! Pero hay que oírla a ella:

> Pues las nubes (que opaca son corona
> de la más elevada corpulencia,
> del volcán más soberbio que en la tierra
> gigante erguido intima al cielo guerra),
> apenas densa zona
> de su altiva eminencia,
> o a su vasta cintura
> cíngulo tosco son, que (mal ceñido),
> o el viento lo desata sacudido,
> o vecino el calor del Sol lo apura.

Para tan vasta cintura, las nubes son un cinturón muy flojo, y sin ninguna consistencia: un viento se lo lleva, o el Sol lo evapora. Además, de la cintura para arriba no hay nube alguna en la montaña del sueño. Todo es diafanidad. ¡Qué privilegiado mirador!

¿Por qué no se contenta Sor Juana con esta bellísima imagen? ¿Por qué acude también a la del Faro y a la de las Pirámides? La respuesta es simple: porque para ella, y para sus contemporáneos, tan fuente de poesía era la naturaleza como la cultura. La poesía de entonces era más culta, más libresca que la poesía que conocemos del romanticismo para acá.

El Faro de Alejandría y las Pirámides de Egipto eran dos de las prestigiosas siete maravillas de la antigüedad. La información acerca de ellas procedía de los *libros*. Son, en el poema, imágenes nacidas de la experiencia literaria. Las noticias que se tenían del Faro y de las Pirámides eran tan imprecisas o sencillamente tan falsas como las que se tenían sobre el cerebro. Pero vale la pena observar cómo justamente lo falso e impreciso de las noticias hace aún más poética la descripción. Del Faro se decía que era altísimo, y que en la punta tenía un enorme espejo en el cual se reflejaba todo cuanto había en el Mediterráneo, de manera que desde Alejandría podía verse, por ejemplo, si en Córcega había bonanza y si en Gibraltar había tormenta. Pues bien, la fantasía, en el sueño, se asemejaba al espejo del Faro. Así como el espejo copiaba uno a uno los barcos que navegaban por el Mediterráneo,

> así ella, *sosegada*, iba copiando
> las imágenes todas de las cosas,

y el pincel invisible iba formando
de mentales, sin luz, siempre vistosas
colores, las figuras...

Y no sólo las figuras de las cosas reales y concretas. La fantasía, en el sueño, supera al prodigioso espejo del Faro porque además consigue representar las ultrasensoriales, las irreales y las abstractas:

y en el modo posible
que concebirse puede lo invisible,
en sí, mañosa, las representaba
y al alma las mostraba.

La imagen de las Pirámides es la más larga de las tres. Y también la más hermosa. Sor Juana pondera la elevación de esas moles con hipérboles extraordinarias. Su estatura, dice,

...cuanto más al cielo caminaba,
a la vista que lince la miraba
entre los vientos se desparecía.

Y pondera también el arte exquisito de la disminución, la exactitud con que los constructores fueron adelgazando la masa piramidal hasta terminarla en punta, y sobre todo la "nivelada simetría" que les permitió lograr que en ningún momento del día dejaran las pirámides de estar bañadas de luz solar en sus cuatro lados, o sea que nunca hacían sombra, de tal manera que

nunca de calurosos caminantes
al fatigado aliento, a los pies flacos
ofrecieron alfombra
aun de pequeña, aun de señal de sombra.

Bien visto, este detalle tan estupendo (y tan falso, desde luego) no tiene que ver con la altura, que es lo que venía al caso. Pero Sor Juana, fascinada como estaba con lo que había leído sobre las Pirámides, no quería sacrificar nada. Y no se detiene allí. Sigue diciendo (siempre a *su* manera) que, aparte de haber sido monumentos que los reyes egipcios mandaron erigir para inmortalizarse, las Pirámides tienen un sentido espiritual. Así lo dijo Homero.

¡Falso!, decimos una vez más nosotros: Homero jamás habló de las Pirámides de Egipto. Y una vez más vemos que no importa lo que sabemos, sino lo que se sabía o se creía hace tres siglos. Pero antes de citar lo que dijo Homero, Sor Juana hace una pausa y piensa... en Homero. Un Homero, esta vez, no distinto del Homero que conocemos, el Padre de la Poesía. "Dulcísimo poeta" lo llama Sor Juana. Y no sólo poeta: también historiador: ¿acaso no contó las proezas de Aquiles y las sutiles artimañas de Ulises? La *Ilíada* y la *Odisea* son poesía y son también historia. ¡Y qué insuperables cumbres poéticas! Con razón dijeron los antiguos que tres cosas había por encima de las fuerzas humanas: quitarle su clava a Hércules luchando con él, arrebatar el rayo de la mano de Júpiter y componer no ya un verso, sino medio verso (un hemistiquio) capaz de competir con uno de Homero.

Y ahora sí, terminado el homenaje al Padre de la Poesía, cita Sor Juana sus palabras:

Según de Homero, digo, la sentencia,
las Pirámides fueron materiales
tipos solos, señales exteriores
de las que, dimensiones interiores,
especies son del alma intencionales,

o sea símbolo, alegoría de la mente humana, de su anhelo por subir, de su afán de saber.

Dicho esto, ¿nos contará ya Sor Juana lo que vio desde el mirador altísimo? No, todavía no. Las soberbias Pirámides la hacen pensar en otro soberbio edificio, la Torre de Babel, y la añade —no para usarla como nueva imagen de un mirador, sino sólo para regalarnos un pensamiento sobre la confusión de lenguas con que Dios castigó la presunción de quienes construyeron esa torre. Los seres humanos, que compartimos una sola naturaleza, estamos separados unos de otros por la enorme diversidad de lenguas. ¡Qué tristeza! La viñeta de la Torre de Babel está hecha de nueve versos:

...y aun aquella blasfema altiva Torre
de quien hoy dolorosas son señales
(no en piedras, sino en lenguas desiguales,
por que voraz el tiempo no las borre)
los idiomas diversos que escasean
el sociable trato de las gentes,

haciendo que parezcan diferentes
los que unos hizo la Naturaleza,
de la lengua por sólo la extrañeza...

Los idiomas diversos, que "escasean" el trato entre las naciones, que lo hacen tan escaso, son las ruinas que nos quedan de la blasfema Torre de Babel: unas ruinas mucho más duraderas que las simples piedras.

Ahora sí viene por fin lo que el alma vio en el sueño. El alma de los seres humanos, dice Sor Juana haciéndose eco de lo que todos han dicho, es la "reina de lo sublunar". En el cielo están los ángeles, que son inteligencia pura, inmensamente superior a la inteligencia humana; sí, pero en la tierra, en este nuestro mundo sublunar, no hay nada que supere en grandeza al alma humana. Colocada, pues, en un mirador más alto que las Pirámides, más alto que la más alta montaña, en una elevación casi inmensa,

gozosa mas suspensa,
suspensa pero ufana,
y atónita aunque ufana, la suprema
de lo sublunar reina soberana
la *vista* perspicaz (libre de anteojos)
de sus intelectuales bellos ojos
libre tendió por todo lo criado.

Imaginemos ahora a un amante de la poesía que está leyendo por primera vez el *Sueño* de Sor Juana, y que llega a este verso 445 en que el alma soñante, libre de estorbos, tiende la vista "por todo lo criado". Ese lector que ha venido deleitándose con lo que precede, con ese flujo incesante de imágenes y viñetas, desde la sombra funesta que pretende escalar las estrellas, y la lechuza, el búho y los murciélagos, hasta el elogio de Homero y la deploración por la diversidad de idiomas, pasando por los pulmones y el corazón y todo lo demás, ese lector que sabe de qué es capaz Sor Juana, pensará sin duda: "¡Ah, lo que me espera ahora! ¡Qué enumeraciones, qué descripciones, qué torrente de imágenes y viñetas está a punto de desatarse!". Pero no: esa esperanza del lector, absolutamente legítima, va a quedar frustrada.

Releamos esos últimos versos. El alma, en su prodigioso mirador, está "gozosa, mas suspensa". *Gozosa*, sí. Eso es lo primero.

¡Qué gozo tener ante la vista toda la hermosura y toda la variedad del mundo! E inmediatamente *suspensa*: "gozosa, mas suspensa". El gozo enorme se traba con un *pero* enorme: la inmensidad del panorama deja al alma cohibida, perpleja, paralizada, situación nada gozosa, sino al contrario, muy angustiante. Por eso en el siguiente verso, "suspensa pero ufana", lo primero es *suspensa*: ¡qué cúmulo de objetos se ofrecen a la mirada!, ¡qué vértigo espantoso! Y de nuevo, la perplejidad enorme se traba con un *pero* enorme: "suspensa, pero ufana". A pesar del aturdimiento, el alma sigue llena de entusiasmo.

Viene luego un largo desarrollo. (Nos encontramos, por cierto, a la mitad del poema.) Y el alma que se nos muestra en este desarrollo no está gozosa y ufana, sino suspensa y atónita ante el vastísimo espectáculo, ante el conjunto abrumador. Aquí las varias imágenes, bastante extendidas, son todas imágenes de frustración. Los versos que siguen inmediatamente al de la mirada del alma dicen ya esta frustración, esta dolorosa incapacidad de abarcarlo todo. El alma tendió la vista "por todo lo criado",

cuyo inmenso agregado,
cúmulo incomprensible,
aunque a la vista quiso manifiesto
dar señas de posible,
a la comprensión no, que, entorpecida
con la sobra de objetos, y excedida
de la grandeza de ellos su potencia,
retrocedió cobarde.

Es imposible comprenderlo todo. Porque de eso se trata: no de ver, sino de comprender, de conocer. El verso "retrocedió cobarde" es el 453. Y desde aquí hasta el 826, o sea durante más de 370 versos, la idea persistente va a ser la de frustración. La idea de la hermosura y variedad del mundo seguirá presente, sí, pero no visible. Va a estar oculta todo el tiempo tras la otra. *Por eso* es tan dolorosa la frustración: por lo seductor, por lo apetecible que es el conocimiento de todas las cosas del mundo.

Aquí se podría decir: "¡Pero qué lástima! ¿Acaso Sor Juana no sabía que es imposible conocerlo todo? ¿Por qué, en vez de quedarse aturdida y suspensa, no seleccionó mejor, de entre el vasto conjunto, algunas de las cosas que más valieran la pena: una flor recién abierta, un caballo en pleno galope, una gota de rocío, un cristal de roca, una obra de arte?".

Por desgracia, el sueño de Sor Juana no es así. Su sueño no es llegar a conocer unas cuantas cosas, sino abarcar el conjunto inconmensurable, o, como ella dice, el "inmenso agregado" de todas. Y, en realidad, está mal dicho *por desgracia*. Hay que decir *por fortuna*. Por fortuna el sueño de Sor Juana es como es. Por fortuna, en vez de decir "Soñé que lo conocía todo" (lo cual, viéndolo bien, no tendría chiste), lo que ella dice es "Soñé que *quería* conocerlo todo, y, claro, vi que era imposible". Por fortuna es éste el sueño de Sor Juana. Los 370 versos de la "frustración" son bellísimos.

Las imágenes se despliegan ahora de manera muy minuciosa. "Me sucedió, dice Sor Juana, lo que a alguien que ha estado encerrado en la más tupida oscuridad, privado de la visión de los colores, y sale de pronto a la luz del mediodía, y esta luz tan deseada lo deslumbra, lo deja tan ciego como la oscuridad misma de donde ha salido":

> Mas como al que ha usurpado
> diuturna oscuridad, de los objetos
> visibles los colores,
> si súbitos le asaltan resplandores,
> con la sobra de luz queda más ciego...,
> y a la tiniebla misma, que antes era
> tenebroso a la vista impedimento,
> de los agravios de la luz apela,
> y una vez y otra con la mano cela
> de los débiles ojos deslumbrados
> los rayos vacilantes,
> sirviendo ya (piadosa medianera)
> la sombra de instrumento
> para que recobrados
> por grados se habiliten...

Y de pronto, inesperadamente, como siempre (pues lo que vamos leyendo en el *Primero Sueño* es siempre inesperado), así como antes intercaló Sor Juana un elogio de Homero, así ahora intercala un elogio del arte de la medicina, ese logro estupendo de la inteligencia humana. Los materiales del elogio están tomados de la imagen que acabamos de ver: la luz vale ahora como salud y vida, y la sombra como enfermedad y muerte. Así como el pobre encandilado por la *luz* del mediodía tiene que hacerse *sombra* con la mano, así el arte de la medicina ha descubierto remedios cuya eficacia consiste en tener, sabiamente estudiadas, ciertas dosis de "mortífero veneno": "¡que así del mal el bien tal vez se saca!".

Observemos que, comparada con lo que es hoy la medicina, la de tiempos de Sor Juana no era sino un tentalear a ciegas. Y sin embargo, el elogio que de ella hace, como el elogio de Homero, mantiene su frescura y su verdad. Ahora habría que trasladar más bien ese elogio a la química farmacéutica, pero esto no importa. Lo que importa es que Sor Juana haya aprovechado el momento para esa otra exaltación entusiasta de los poderes de la inteligencia.

Y observemos también otra cosa. Sor Juana dice: "Soñé que quería saberlo todo, y no pude", pero *todo el tiempo*, desde el primer verso, con su explicación cosmográfica del fenómeno llamado Noche, está exhibiendo (¡y qué gozosamente!) las muchas cosas que sí ha podido saber. Más que a escribir versos, como ya dije, Sor Juana dedicaba su tiempo a leer, a estudiar. Su elogio de la medicina muestra que también sobre medicina estaba informada: sabía de qué estaba hablando al insertar su elogio.

Pero continuemos. Mejor dicho, dejemos que Sor Juana continúe. Lo que dice en seguida equivale más o menos a esto: "En medio de mi aturdimiento, y con el seductor espectáculo del mundo siempre a la vista, me dije de pronto: No puedo quedarme así. Tengo que hacer *algo*. Habrá alguna manera de proceder, algún método que me ayude. Me acordé entonces de la doctrina de los Universales, esa ingeniosa clasificación de todo lo existente que Aristóteles hizo en sólo diez categorías. Y en seguida se me ocurrió algo más simple: comenzar desde abajo, desde 'el ínfimo grado / del ser inanimado', que no es el más desvalido (pues nada más sólido que la tierra, los montes, las peñas), pero sí el menos favorecido por la naturaleza", y luego

> pasar a la más noble jerarquía
> que, en vegetable aliento,
> primogénito es, aunque grosero,
> de Temis, el primero
> que a sus fértiles pechos maternales,
> con virtud atractiva,
> los dulces apoyó manantiales
> de humor terrestre, que a su nutrimento
> natural es dulcísimo alimento.

La diosa Temis fue la restauradora de la vida en la tierra después del Diluvio clásico. ¡Con qué ternura habla Sor Juana de los ve-

getales, los primeros que se alimentaron de los fértiles pechos de la diosa! En seguida, la soñadora se propone pasar a los animales, forma "más bella", que tiene vida como el reino vegetal, pero además está

> de sentido adornada,
> y aun más que de sentido, de aprehensiva
> fuerza imaginativa.

La sensibilidad ya es mucho, pero aún es más la fuerza imaginativa, la industria de los animales, su capacidad de reaccionar, cosa que no les es dada a los seres inanimados, aun tratándose de la estrella más brillante, de manera

> que hasta a los astros puede superiores
> aun la menor criatura, aun la más baja,
> ocasionar envidia, hacer ventaja.

Y viene entonces el pasaje consagrado al Hombre. Es un himno de 50 versos sonoros y entusiastas. Qué prodigio el ser humano, eslabón supremo de la cadena de los seres terrestres, creado por Dios al final de todo lo demás,

> última perfección de lo crïado
> y último de su eterno Autor agrado,
> en quien con satisfecha complacencia
> su inmensa descansó magnificencia...:
> el Hombre, digo, en fin, mayor portento
> que discurre el humano entendimiento;
> compendio que absoluto
> parece al ángel, a la planta, al bruto...

Sí, muy buena idea ésta de la escala de los seres. ¡Pero irrealizable! ¡Cómo hacerse la ilusión de llegar a conocer todas las cosas, si conocer una sola, conocerla de veras, entrar en su ser íntimo, digamos una fuente, digamos una simple rosa, es ya imposible! La fuente y la rosa son los ejemplos que a Sor Juana se le ocurren. Por supuesto, se luce con los dos. Pero donde más se esmera es en el segundo. Y la razón es clara: durante siglo y medio poetas y más poetas habían venido celebrando la hermosura de la rosa en romances, en silvas, en madrigales, en canciones, en sonetos (sobre todo

en sonetos). Bien sabe Sor Juana que en este ámbito de la creación poética la competencia es durísima. Y, claro, es justamente eso lo que la decide. Como si dijera: "Yo también hablo de la rosa". Contemplar la breve flor no es sino el comienzo: hay que saber

> *por qué* ebúrnea figura
> circunscribe su frágil hermosura;
> mixtos, *por qué*, colores
> (confundiendo la grana en los albores)
> fragante le son gala;
> ámbares *por qué* exhala,
> y el leve, si más bello
> ropaje al viento explica...

Hay que entender esa forma, esa mezcla de blanco y carmín, ese aroma delicado, ese ropaje sutil de la rosa; hay que saber responder a un *porqué*, y a otro, y a otro. Y al mismo tiempo cada *porqué* le sirve a Sor Juana de pretexto para ir describiendo a la rosa. (Los veintitantos versos de esta viñeta son una delicia.)

Sí, una fuente, una simple rosa, ¡qué objetos tan incomprensibles, tan elusivos!

> Pues si a un objeto solo —repetía
> tímido el pensamiento—
> huye el conocimiento...
> y asombrado el discurso se espeluza
> del difícil certamen que rehúsa
> acometer valiente,
> porque teme, cobarde,
> comprehenderlo o mal, o nunca, o tarde,
> ¿cómo en tan espantosa
> máquina inmensa discurrir pudiera?...

La búsqueda de un método ha tenido como resultado hundir a la soñadora en una frustración aún mayor, por más palpable, por más precisa. Los dos ejemplitos, el de la fuente y el de la rosa, son muy desalentadores porque muy concretamente nos hacen ver la medida de nuestra impotencia, el tamaño de lo inalcanzable. La idea de saberlo todo —se dijo entonces la soñadora— es loca, es insensata, tan insensata y loca, y tan fatalmente condenada al fracaso, como la trágica aventura de Faetonte, que un día consiguió sustituir a Apolo

en el gobierno de la ardiente carroza del Sol y acabó fulminado, hecho un puñado de cenizas...

Hasta este momento, todo el *Primero Sueño* ha sido un relato ininterrumpido. Desde el primer verso, el de la sombra piramidal y funesta, Sor Juana ha estado contando un suceso: "Soñé tal y tal, sentí esto y aquello...", hasta llegar a "Pensé en una fuente, pensé en una rosa, y me acordé de Faetonte". Pero el segmento que sigue es raro, es anómalo, pues está *fuera del relato*. Es una reflexión que hace Sor Juana no durante el sueño, sino a la hora de ponerlo por escrito. Es como si, terminada su evocación de Faetonte, se hubiera quedado pensativa. Al tomar de nuevo la pluma, añade una figura igualmente ejemplar, la de Ícaro, que quiso volar hasta el Sol y el Sol derritió la cera de sus alas. Piensa entonces Sor Juana: ¡Qué jóvenes tan valientes, tan osados! ¡Y qué espantoso fin tuvieron! Pero su historia no ha servido de escarmiento. Nos olvidamos del fin desastrado y nos acordamos sólo de la valiente osadía. Así como las Pirámides son símbolo del anhelo de saber, así Ícaro y Faetonte son tipo, son modelo, son

> ejemplar pernicioso
> que alas engendra a repetido vuelo
> del ánimo ambicioso
> que (del mismo terror haciendo halago
> que al valor lisonjea)
> las glorias deletrea
> entre los caracteres del estrago.

Es una reflexión exquisitamente ambigua. Por una parte, Sor Juana llama "pernicioso" el ejemplo de Ícaro y Faetonte, y enfáticamente declara que sería mejor que casos de desmesurado atrevimiento como ésos quedaran sepultados en total silencio para que no tuvieran imitadores:

> O el castigo jamás se publicara,
> por que nunca el delito se intentara;
> político silencio antes rompiera
> los autos del proceso...,
> o con secreta pena castigara
> el insolente exceso,
> sin que a popular vista
> el ejemplar nocivo propusiera...

Pero, por otra parte, deja traslucir muy claramente su admiración por esos ejemplos de atrevimiento. La fascinación del peligro fue y seguirá siendo un estímulo más para el ánimo ambicioso

> que, el vivir despreciando, determina
> su nombre eternizar en su ruina.

Quien ambicione saberlo todo fracasará irremediablemente, sí, pero ese fracaso será su gloria. ¡Seamos ambiciosos!

Terminada esta reflexión, esta especie de paréntesis que se extiende a lo largo de 31 versos, vuelve Sor Juana al relato para decir, en esencia, algo muy simple: "En eso estaba, cuando desperté". De hecho, los 31 versos de la reflexión ponen fin al *relato del sueño*. Los 149 versos que van a seguir, los finales del poema, son el *relato del despertar*. Y bien podemos suponer que estos versos finales son adrede 149 para que correspondan a los 150 del comienzo. Porque entre el comienzo y el final hay en efecto una correspondencia hecha de antítesis y contrastes. Los sucesos se cuentan ahora en orden inverso. Al principio se dice: "Triunfaba la Noche sobre el Día, y reinaba un silencio apenas puntuado por las sordas voces de las aves nocturnas, y todos los seres dormían, y yo también me dormí, y los sutiles vapores de la digestión llegaban a la imaginativa, y la fantasía, estimulada, me presentó un sueño". Ahora, invirtiendo el orden, se dice: "El sueño terminó porque la fantasía dejó de ser estimulada. La imaginativa dejó de recibir vapores porque la templada llama del estómago no tenía ya en qué cebarse; desperté entonces, despertó todo en el mundo, y al silencio sucedió el gran concierto de los pájaros canoros, y el Día triunfó sobre la Noche".

Sor Juana se pule, se esmera, se supera a sí misma en este final. Al desarrollar la gran correspondencia antitética de Noche y Día, la va esmaltando de correspondencias de detalle. Ésta, por ejemplo: cuando al comienzo describe el dormir, dice que nuestros miembros se cansan no sólo del trabajo corporal, sino

> del deleite también: que también cansa
> objeto continuado a los sentidos,
> aun siendo deleitoso,

y por eso dormimos. Ahora dice que nuestros miembros se cansan también del descanso, y por eso despertamos. Así también, a la piramidal funesta sombra de la Noche responden ahora las suaves

luces de la Aurora, precedidas por el "hermoso apacible lucero" de Venus. La Aurora,

> amazona de luces mil vestida,
> contra la noche armada,
> hermosa si atrevida,
> valiente aunque llorosa,
> su frente mostró hermosa
> de matutinas luces coronada...

La Aurora viene llorosa: sus lágrimas son las gotas de rocío. Pero esto no le quita el ser valiente, ni su belleza le quita el ser atrevida.

En el comienzo del poema hay también una imagen de guerra, pero ocupa pocos versos. La sombra nacida de la tierra pretendía escalar las estrellas, cuyas "luces bellas, / exentas siempre, siempre rutilantes", desde su inmensa altura se burlaban de

> la tenebrosa guerra
> que con negros vapores le intimaba
> la pavorosa sombra fugitiva.

Es, pues, una guerra que ni siquiera llegó a tener lugar. Ahora es otra cosa. Ahora sí hay guerra. ¡Y qué guerra! Las estrellas no intervienen, porque el asunto no les incumbe. Pero todo cuanto hay en nuestro mundo emprende una ofensiva brillante y bien concertada contra la Noche. La Aurora es una guerrera, una amazona con armadura de luces y con un luminoso estandarte que la acredita como anunciadora del Sol. E inmediatamente su anuncio es escuchado.

> [Pues] apenas la bella precursora
> del Sol, el luminoso
> en el oriente tremoló estandarte,

cuando,

> tocando al arma todos los süaves
> si *bélicos clarines* de las aves,
> diestros (aunque sin arte)
> *trompetas* sonorosos,

convocaron jubilosamente a la guerra. La Noche, tirana usurpadora, comprendió muy pronto que iba a salir derrotada, y

> como tirana al fin, cobarde,
> de recelos medrosos
> embarazada, bien que hacer alarde
> intentó de sus fuerzas, oponiendo
> de su funesta capa los reparos,

vio que su capa no le servía de defensa y que su intento de resistir era inútil. ¡Y eso que aún no había salido el Sol! Entonces,

> su débil resistencia conociendo,
> [y] a la fuga ya casi cometiendo
> más que a la fuerza, el medio de salvarse,
> ronca tocó bocina
> a recoger los negros escuadrones
> para poder en orden retirarse.

Pero ni siquiera una retirada decorosa le fue permitida, porque en ese justo momento rayó las montañas el primer destello del Sol. ¡Qué tremenda derrota de la Noche! ¡Y qué victoria espectacular del Día!

> Llegó, en efecto, el Sol, cerrando el giro
> que esculpió de oro sobre azul zafiro:
> de mil multiplicados
> mil veces puntos, flujos mil dorados,
> líneas —digo— de luz clara, salían
> de su circunferencia luminosa,
> pautando al cielo la cerúlea plana.
> Y a la que antes funesta fue tirana
> de su imperio, atropadas embestían.

Líneas de luz "atropadas". Ejército de rayos de Sol en orden de batalla. Pánico de las fuerzas enemigas. La Noche,

> en sus mismos horrores tropezando,
> su sombra iba pisando,
> y llegar al ocaso pretendía
> con el (sin orden ya) desbaratado

ejército de sombras, acosado
de la luz que el alcance le seguía.

Iniciado con el triunfo de la Noche, el poema termina con el triunfo de la Luz. Sobre la superficie de nuestro hemisferio tendía el Sol su cabellera de oro, su

madeja luminosa
que con luz judiciosa
de orden distributivo, repartiendo
a las cosas visibles sus colores
iba, y restituyendo
entera a los sentidos exteriores
su operación, quedando a luz más cierta
el mundo iluminado, y yo despierta.

Así, gloriosamente, termina el *Primero Sueño*, el poema predilecto de Sor Juana, su obra maestra, tal como las *Soledades* son la obra maestra de Góngora.

Las *Soledades* son la expresión del deseo más íntimo, más profundo de Góngora: salvarse del ajetreo y las intrigas de la Corte, huir del trato con gente echada a perder, y vivir en comunión con la naturaleza inocente, la no contaminada; volver a la prístina Edad de Oro, anterior a la funesta Edad de Hierro. Las *Soledades* son, en verdad, el poema de su vida. También el *Primero Sueño* es la expresión del deseo más íntimo y profundo de Sor Juana: conocerlo todo, leerlo todo, sin límite alguno, sin fronteras, sin estorbos. El *Primero Sueño* es, en verdad, el poema de su vida. Naturalmente, Góngora y Sor Juana sabían que su deseo iba a quedar insatisfecho. Lo sabían de antemano. En cualquier época, y no sólo en el Barroco, la humanidad se topa una y otra vez con el desengaño: no podemos conocerlo todo, tal como no podemos regresar a la Edad de Oro. Pero este desengaño no paraliza la mano de los poetas. Al contrario: en las *Soledades* y en el *Primero Sueño* desborda la alegría, desborda el entusiasmo con que se escribieron.

Son poemas difíciles, eso sí. Lo eran ya en el momento de su publicación y, naturalmente, lo son más ahora. Por eso dejaron de ser leídos durante casi dos siglos. A nuestros tiempos les ha tocado asistir a su resurrección. Y si se pregunta el porqué de esta resurrección, de este redescubrimiento, la respuesta es muy sencilla: el lector que vence las dificultades recibe la más alta recompensa posible: la deslumbrante experiencia de la hermosura.

Es indudable que para captar *toda* la hermosura de los poemas de Homero y de Virgilio hay que leerlos en griego y en latín, respectivamente, y el aprendizaje de estas lenguas no es fácil. Después de dos años de estudiar latín, apenas, con trabajos, con el diccionario abierto todo el tiempo, comienza uno a entender a Virgilio. Para leerlo de corrido, para gozarlo, hacen falta cuatro, ocho años de ejercicio asiduo. Pero este largo aprendizaje se nos ahorra en el caso de Góngora y de Sor Juana. ¡Ya sabemos español! La lengua en que están escritos sus poemas es nuestra lengua. Lo único que hace falta es emprender, en serio, su lectura.

LAS PEREGRINACIONES EN LA NUEVA ESPAÑA*

Por *Horacio* COSTA
FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS, UNAM

AL COMENZAR el décimo y último canto de *Los Lusiadas*, Luis de Camões dice:

> Mas já o claro amador de Larisseia
> adúltera inclinava os animais
> lá *pera* o grande lago que rodeia
> Temistitão, nos fins Ocidentais.
> (*Lus.* X, 1-4)

Más allá del registro mitológico clasicizante del cual es deudora la épica camoniana, lo que la imagen del dios Apolo, este "claro amador" de Coronis, la ninfa nacida en Larisa, testimonia en esta parte del poema es la conciencia de Camões de la redondez de la tierra —un hecho nuevo, todavía sorprendente en el tercer cuarto del siglo XVI. Si no, veamos.

Escrito, como sabemos, en su mayor parte en el Oriente, *Los Lusiadas*, al mencionar de paso la entonces hacía poco conquistada Gran Tenochtitlán azteca, cuyo nombre en el poema aparece lusitanizado bajo la forma fonéticamente más familiar de Temistitão, reitera la visión, vertebradora del poema, de un mundo en proceso de articulación a partir de la empresa de las navegaciones. La cuarteta que inaugura el Canto X narra un movimiento cinemático: el carro de Apolo, cuyos animales se inclinan hacia el Oriente en la hora de la puesta del sol, se irá a esconder en el lago que, en la época, circundaba la famosa metrópoli lacustre del Nuevo Mundo, cuyas pirámides y riquezas tanto excitaban la imaginación de los europeos en busca de nuevos espacios para conquistar e incorporar a

* Texto publicado en portugués en *Colóquio-Letras*, 132-133 (1994), pp. 67-76.

su sistema que entonces se mundializaba. Al extenderse al Extremo Oriente, más allá de las márgenes asiáticas del Pacífico y del Índico en las que Camões transita verso a verso, la imagen acrisola la redondez del globo: al oriente del oriente está el extremo occidente, México, la Nueva España, parte ya comunicada, y como nos indica este pasaje del poema, también ya asentada en el imaginario poético del universo ibérico de entonces, no sólo por el lado español, lo que era previsible, sino también por el portugués.

En este pasaje de Camões tenemos, quizá, la más explícita indicación de la reformulación, en el ámbito de la literatura portuguesa moderna —esto es, en aquella que se afirma después de avanzado el proceso de las navegaciones—, de la red de referencias poético-culturales intraibéricas, que afianza la mutua contaminación entre las literaturas de lengua portuguesa y castellana desde su origen medieval, dando motivo a un tejido que diríamos forma un subsistema literario perceptible en ambas, de carácter evolutivo a lo largo de la historia de sus relaciones. No por casualidad, como tuve oportunidad de estudiar en otro escrito,[1] un nombre como el de Gil Vicente halla asilo en ambas literaturas; no por casualidad, por la parte española del mundo ibérico, el primer poema que publica Góngora conmemora la edición de la traducción de Luis de Tapia de *Los Lusiadas* en 1580; no por casualidad, por la parte portuguesa, todo un periodo literario, que coincide con el de la Unión Ibérica, puede ser denominado "bilingüe", ya que los más expresivos nombres de la literatura portuguesa de entonces, como don Francisco Manuel de Melo, escribían indistintamente en español o en portugués.

Dejando de lado la puntualización de las relaciones literarias intraibéricas, esto es, las que se dan entre las dos metrópolis en este periodo, ya de sobra estudiadas —como, por ejemplo, en el libro *El gongorismo en Portugal* de José Ares Montes—, poca atención, mientras tanto, ha sido dada a la posible ascendencia de las obras escritas en lengua portuguesa sobre la gran producción literaria de las colonias españolas en América. Si exceptuamos la frecuente mención a *Los Lusiadas* en la crítica literaria hispánica como uno de los antecedentes de partes del poema épico *La Araucana* de Alonso de Ercilla (1569-89) o, por otro lado, la famosa "Carta Atenagórica" (1690) de Sor Juana Inés de la Cruz, tan bien estudiada por Octavio

[1] Véase: "O Centro está em todas partes", *A Palavra Poética na América Latina: Avaliação de uma geração*, São Paulo, Fundación Memorial de América Latina, 1992. En su versión castellana "El centro está en todas partes", dicho ensayo fue publicado en *Textual* (México), núm. 13 (febrero de 1991).

Paz en su *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*,[2] en la que la monja-poetisa novohispana discute el "Sermón de la Montaña" del padre Vieyra, cuyas obras hacía poco que habían sido traducidas al castellano, poco se sabe de la contribución literaria escrita en portugués a las nacientes literaturas del Nuevo Mundo español.

Apartándonos del registro de aquello que se convino en llamar "alta literatura" —en este caso, tanto la poesía épica como la oratoria sermocinal—, ejemplos acabados del *high style* de una época y de una *forma mentis*, en el presente trabajo quiero dedicarme a señalar un posible nexo entre *Las peregrinaciones* (1614, primera edición póstuma) de Fernán Mendes Pinto (¿1509?-1583), clásico de la literatura portuguesa de los descubrimientos, una de las pocas obras afines a la picaresca a la española en tierras lusitanas y, como menciona Antonio José Saraiva en su prólogo a la edición crítica del libro,[3] antecesor algo divergente de la literatura europea de viajes del siglo pasado, con la primera novela novohispana, el breve relato *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690), cuyo autor es el mayor sabio mexicano del periodo colonial, el humanista, explorador y cartógrafo don Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700) —por cierto, uno de los pocos aliados intelectuales con los que contó Sor Juana Inés de la Cruz en la polémica que se siguió a la publicación de la "Carta Atenagórica" y que terminó por llevar al silencio y a la ruina a la poetisa novohispana.

Después de agotado todo el lentísimo recorrido de las licencias exigido por la Censura Real y por el Santo Oficio de Lisboa, a partir de su publicación en portugués *Las peregrinaciones* gozaron de un extraordinario éxito en Europa. Estimulado por el interés que demostrara por el manuscrito de la obra Felipe II, quien al parecer al final de su vida pedía le fuesen leídos fragmentos del libro, ya en 1620 el licenciado (en Derecho Canónico) Francisco Herrera Maldonado hacía publicar su traducción al castellano, a la cual

[2] Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México, FCE, 1983, caps. 1 ("Carta de más"); 2 ("La 'Respuesta'") y 3 ("Y las respuestas") de la "Sexta Parte" del libro (pp. 511-565).

[3] Fernão Mendes Pinto, *Peregrinação e Outras Obras*, Lisboa, Livraria Sá da Costa, 1981 (en 4 volúmenes); ed. crítica, con prefacio, notas y estudio de Antonio José Saraiva. En su prólogo, el crítico portugués dice que Mendes Pinto "se anticipó a la literatura exotista del siglo XIX, procurando, tres siglos antes, dar expresión a un estilo específicamente oriental", anticipando que Mendes Pinto diverge del "escritor turista" del siglo pasado porque en él se halla "una adhesión sincera y emocionada al mundo maravilloso que recorrió. No es un turista, es un hombre que no se cansa de aprender...", "Prólogo", pp. XLIII-XLIV.

siguen sucesivamente versiones al francés, inglés y, posteriormente, al alemán. La traducción española de Herrera Maldonado reimpresa en 1627 y 1645 y recientemente reeditada por José Agustín Mahieu,[4] discrepa del original en más de un punto. Antes que nada, adapta el estilo llano de Mendes Pinto, cuyo mayor atractivo para el lector contemporáneo es su carácter poco pretencioso de registro oral, a la dicción culterana entonces en boga en la corte española, optando por una versión enjundiosa, que deja lejos la literalidad. Siendo así, el texto en castellano abandona lo que Herrera Maldonado llama "estilo mendicante" del portugués, con la finalidad de tornarlo más adornado "de conceptos y sentencias",[5] según explica el propio traductor, de lo que resultan no sólo una versión considerablemente más extensa que la original, sino también, y más allá del lenguaje diferente, innumerables desvíos de sentido.

De un modo general, es una versión evidentemente pensada en función del examen censor, embellecida con giros retóricos y con fragmentos píos, aquella a la que tuvieron acceso los lectores en lengua castellana, entre los cuales se encontraba probablemente Sigüenza y Góngora. En este punto conviene recordar que no sólo en esta traducción podrían haber circulado *Las peregrinaciones* en la Nueva España. Como nos enseña Irving A. Leonard, una buena biblioteca en el imperio colonial español contenía, casi *de rigueur*, libros en italiano y latín, además de uno que otro ejemplar de *Los Lusiadas*, tanto en traducción como en portugués;[6] tomando en consideración, además de esto, la presencia de una fuerte colonia portuguesa en la ciudad de México en el periodo de la unión ibérica —como menciona Francisco de la Maza—,[7] no es improbable, no obstante la falta de documentación fehaciente, que otros libros portugueses, fuera de los de Camões y Vieyra, entre ellos *Las peregrinaciones*, circularan en el ambiente culto de la Nueva España.

A pesar de las diferencias en el lenguaje e incluso en el contenido de ciertos pasajes de la obra, por la "restauración" del texto a manos de Herrera Maldonado, claro está que las andanzas

[4] Fernão Mendes Pinto, *Las peregrinaciones* (según la traducción del Licenciado Francisco Herrera Maldonado, canónigo de la Santa Iglesia Real de Arbas, publicada en 1620, revisada y completada por José Agustín Mahieu), Madrid, Alfaguara, 1982, 898 págs.

[5] *Cf.* la introducción de J. A. Mahieu (véase *supra*), p. XXXVII.

[6] Irving A. Leonard, *La época barroca en el México colonial*, México, FCE, 1974, véase cap. VI ("El extraño caso del curioso coleccionista de libros"), p. 146.

[7] Francisco de la Maza, *La Ciudad de México en el siglo XVII*, México, FCE, 1968, pp. 17 *ss*.

del autor, narradas en primera persona en *Las peregrinaciones*, se mantienen invariables. Tanto en la versión "mejorada" de su traductor español como en el original portugués, la narrativa de Mendes Pinto reveló a los lectores de la época un mundo desconocido. La narración de las desdichas del aventurero y marinero portugués por tierras de *léquios* —como eran conocidos en la época los japoneses—, de *batas* y *aarús* —habitantes del espacio que hoy corresponde a Malasia y Singapur—, sus incursiones en China, donde conoció a San Francisco Javier, en cuyo seguidor y traductor habría de convertirse, y sus desventuras por las tierras que los chinos llamaban "Pestaña del Mundo", las actuales islas Célebes, a lo largo de veintiún años (de 1537 a 1558), en los cuales —cito al autor— fue "trece veces cautivo y diecisiete vendido", y se desempeñó sucesivamente como criado de hidalgo, soldado, agente de negocios, pirata, mercader, médico del rey de Bungo, vagabundo y embajador de la corte portuguesa, no podrían dejar de excitar la imaginación no sólo de europeos sino también de todos aquéllos que, en la época, de forma directa o indirecta se exponían a las vicisitudes humanas que el proyecto expansionista occidental acarreaba.

Como ya se apuntó, *Las peregrinaciones*, al identificarse con la picaresca y, por eso mismo, al distanciarse del modelo caballeresco y nacionalista —o, si se prefiere, eurocéntrico— de *Los Lusiadas*, representaban para los lectores *otra* faz de la aventura europea en Asia, una alternativa hábil en la que las mezclas civilizadoras de la sociedad en expansión, a pesar de estar cribadas por el código piadoso necesario para el *placet* de la Inquisición y la censura, se transparenta. La narrativa poderosa de Mendes Pinto tiene, por tanto, un doble valor en el ámbito de la literatura quinientista: el primero, eminentemente histórico-literario, ya que se constituye en un ejemplo, sabroso por cierto, del momento formativo de la prosa en portugués, un eslabón entre la "lengua bárbara" de Fernán Lopes y la "lengua acabada", formalmente desarrollada, de Antonio Vieyra, cuya consideración es necesaria para comprender la evolución de la "lengua literaria" de nuestro idioma. Agréguese a esto que *Las peregrinaciones* poseen, todavía, un rasgo estilístico de gran actualidad, la digresión, estilema que, sumado a la ironía y a la autoironía que caracterizan el discurso picaresco, tantas y tan profundas marcas habría de imprimir en el devenir de esta misma "lengua literaria", de los *Viagens na minha terra* de Almeida Garrett (1845) a las novelas recientes de José Saramago.

A su vez, el segundo valor del relato de Mendes Pinto es, para decirlo en una sola palabra, ideológico, ya que indica, de modo

no menos ejemplar, la inteligencia crítica del hombre lusitano frente a un proyecto imperial pensado de espaldas a los intereses de la nación que tuvo que soportarlo y que debido a él llegaría a su completo agotamiento. Al demostrar en la relación de su peregrinaje los límites estructurales —morales y organizacionales— de un imperio presuntuoso y algo pútrido, a través de lo que se presentaba a los ojos del europeo como el no-límite geográfico del Oriente en proceso de descubrimiento, Mendes Pinto, disfrazado de pícaro que constantemente se refiere a sí mismo como el "pobre de mí", establece un nuevo límite, un límite *literario crítico*, dado por el ejercicio de su voz autoral. Entre el registro de ésta y la descripción del hecho histórico —la empresa de expansión portuguesa vinculada a la narración de los abusos lusitanos en el Extremo Oriente—, y en asociación con el estilema digresivo-irónico mencionado, vemos que el relato está punteado por una constante alegórica, que se acrisola en ciertos momentos paradigmáticos que tienen por finalidad hacer explícita la perspectiva ideológica del autor.

Por ejemplo, recordemos tan sólo el episodio —o, como quiere Rebecca Katz en su libro *Sátira e anti-cruzada na "Peregrinação"*—, del "reportaje" que Mendes Pinto hace del castigo que el capitán Antonio de Faria, a quien acompaña en sus andanzas como marinero, inflige a los piratas chinos que habían robado a súbditos portugueses, castigo éste que es ejercido indiferentemente sobre la población china como un todo, con tal saña y eficacia que el propio Faria, pintado como un modelo de *vir bonus* por el narrador, pasa a recibir, como si fuera un jefe corsario, comisiones de los mercaderes, que temían más su presencia que la de los piratas que infestaban el Mar de China. Como bien señala Rebecca Katz, "el efecto de conjunto de este reportaje confidencial tiene por intención deliberada la depreciación de la ideología de la Cruzada, puesto que pone en evidencia los motivos materialistas de las conquistas ultramarinas portuguesas".[8] A través de la consideración de episodios como los de Antonio de Faria, percibimos la distancia enorme, en términos de la postura ideológica del autor, que separa *Las peregrinaciones* de *Los Lusiadas*, poema considerado como un canto al espíritu de la cruzada lusitana en el Oriente.

Más allá de episodios como tales, también se puede decir que *Las peregrinaciones* comienzan con un relato que encierra una ver-

[8] Rebecca Katz, *Sátira e anti-Cruzada na "Peregrinação"*, Lisboa, Instituto de Cultura e Língua Portuguesa, 1981 (*Biblioteca Breve*).

dadera alegoría de la precariedad del Estado portugués en un momento en el que se hacía a la vela por mares nunca antes navegados en busca de fama y fortuna. La primera imagen que el lector tiene de la peregrinación de Mendes Pinto es la descripción de su primer viaje marítimo, interrumpido por corsarios franceses que pretenden venderlo como esclavo a los moros de Larache, después de haber asaltado la embarcación en la que navegaba Mendes Pinto entre Lisboa y Setúbal, esto es, a las puertas mismas de la capital portuguesa. En esta narración, aparentemente ingenua, la seguridad de la ciudad de Lisboa es ironizada por el autor, que presenta la capital del imperio como indefensa ante el ataque de los piratas del norte, a pesar de las pretensiones de la monarquía lusitana, avalada por ideólogos como Camões, de ejercer el control sobre todos los mares del orbe. Este rapto del joven Mendes Pinto funciona como una alegoría tanto biográfica como metaliteraria: por un lado, ejemplifica su condición vivencial en el ámbito de un sistema que no puede, debido a sus contradicciones intrínsecas, velar por su integridad en un mundo en expansión caótica; por el otro, caracteriza en alto grado el tono de registro de dicción que el autor abrazará en su relato de principio a fin.

En la novela de Sigüenza y Góngora encontramos perfectamente señalados los elementos apuntados en *Las peregrinaciones*. En primer lugar, atendamos a las semejanzas entre los argumentos de ambos libros.

En *Infortunios de Alonso Ramírez* el héroe, un aprendiz de carpintero nacido en Puerto Rico —esto es, en el extremo oriental del virreinato de la Nueva España, que se extendía del Caribe a las Filipinas—, se traslada a la ciudad de México, así como Mendes Pinto a Lisboa, en busca de mejor fortuna. A imagen del narrador de *Las peregrinaciones*, este joven recién llegado a la más importante capital del imperio español en tierras americanas también experimenta lo que Sigüenza llama, en la dedicatoria de su novela al conde de Galve, una "peregrinación lastimosa". El tono con que el sabio novohispano trabaja el discurso de su personaje en su relato —escrito, como *Las peregrinaciones*, en primera persona—, acompaña de cerca a aquel que usa Mendes Pinto para referirse a sí mismo: el patetismo que denota la expresión "pobre de mí" del portugués es emulado más de una vez en el relato de Sigüenza por el personaje-narrador que, debido a la situación de decadencia algo endémica de la capital de la Nueva España, es forzado a embarcarse en Acapulco con rumbo a Filipinas, en la barriga de una "Nao de China" que vinculaba anualmente a México con el comercio de los bienes orientales.

Apresado por piratas ingleses, junto a muchos compañeros, en otro galeón real que lo acepta como grumete y que no se encuentra en absoluto preparado para defenderse contra ataques externos, Alonso Ramírez es obligado, así como Mendes Pinto a acompañar a Antonio de Faria en sus piraterías, a servir a sus nuevos amos, que no sólo hacen burla del lastimoso estado del barco español, sino también del catolicismo romano de sus ocupantes, con "mofa y risa", como bien lo declaró el desdichado narrador. Así como la aprehensión de Mendes Pinto al comienzo de *Las peregrinaciones* metaforiza el estado del imperio portugués, la de Ramírez, a manos de los enemigos ingleses, tienen la misma función, a través del registro de la ironía velada, del *double-entendre*, ofrecer al lector suspicaz la crítica implícita de la imagen que de sí mismo hacía el imperio español, que Sigüenza y Góngora, súbdito privilegiado de su más importante virreinato, sin duda quería sugerir proponiendo una interpretación alternativa y, no está de más decirlo, alegórica.

Por otro lado, al contrario de *Las peregrinaciones*, totalmente desarrolladas en el Oriente, los infortunios de Alonso Ramírez, situados ciento cincuenta años después de los de Mendes Pinto, se desarrollan en un espacio mundializado, en el orbe conectado por Magallanes y que Camões supo incorporar a la geografía poética de *Los Lusiadas*. A lo largo de siete años (1682-89), el grumete, ex aprendiz de carpintero y esclavo accidental, deambula por el Pacífico, por el Índico y por el Atlántico, sirviendo, además de las funciones normales de un marinero, ya como cocinero o barbero, ya como traductor de sus impíos e inteligentísimos maestres protestantes, siempre, y contra su voluntad, en oposición a los intereses de la monarquía de la que era súbdito por nacimiento. En las costas de América del Sur, después de recorrer Brasil, uno de los piratas ingleses, Nicpot —clasificado irónicamente por el narrador como "católico, sin duda alguna"—, da ejemplo de una magnanimidad poco usual entre los propios españoles y libera a Ramírez y a sus demás compañeros, quienes que, de allí en adelante, vagan durante meses entre las islas del Caribe, hasta venir a dar a la despoblada y desprotegida península de Yucatán.

En la novela de Sigüenza y Góngora encontramos una segunda intertextualidad, ya no con la obra de Mendes Pinto y sí con la *Utopía* de Tomás Moro, en lo que se refiere al aspecto narrativo del relato: después de su regreso a México, el personaje Alonso

Ramírez, a imagen del narrador del libro del gran humanista inglés, un marinero portugués llamado Antônio, relata sus aventuras al autor que, de ésta manera, al mismo tiempo de eximirse por los valores que la relación expresa, procura garantizar su desdén ante los ojos de la siempre vigilante censura. Además de este aspecto "estratégico", esta construcción garantiza a los *Infortunios de Alonso Ramírez* una cierta simplicidad de dicción: como dice Antonio Castro Leal en el "Prólogo" a la edición de la novela, "ha sido una fortuna que la narración haya sido puesta en boca de Alonso Ramírez, porque así Sigüenza y Góngora se ha visto obligado a usar una prosa sencilla, de sintaxis coloquial y de léxico ordinario, muy distinta de la que acostumbraba generalmente nuestro autor".[9]

Más allá de las semejanzas evidentes entre los argumentos de los *Infortunios de Alonso Ramírez* y de *Las peregrinaciones*, hay cuando menos una gran coincidencia entre las posturas del autor en las dos obras, guardadas las proporciones que varían según la proclividad de cada uno de ellos y sus diferentes posiciones en sus respectivas sociedades de origen. Si éstas dan cuenta de una mayor frescura en la obra del portugués aventurero —que se convirtió en escritor apenas al final de su vida, después de su vuelta a Portugal, y que probablemente habrá escrito su relato movido tanto por el deseo de conseguir una buena pensión real como por el de hacer literatura—, si se compara ésta con la novela un tanto más sentenciosa, y por tanto menos picaresca, del sabio mexicano —que decididamente tiene como finalidad escribir una obra en prosa de ficción al narrar las desdichas de su personaje, provengan éstas de su cosecha o estén basadas en las experiencias de un cierto Alonso Ramírez de carne y hueso—,[10] los valores histórico-literarios y literario-críticos de los *Infortunios de Alonso Ramírez* pueden ser comparados a los anteriormente mencionados en cuanto a *Las peregrinaciones*.

Si el relato de Mendes Pinto constituye el eslabón entre la prosa medieval y la moderna en la literatura portuguesa, la novela de Sigüenza y Góngora representa un papel histórico-literario similar: el de adaptación de la gran prosa española del Siglo de Oro a las tierras americanas que se expresan en español. Aunque tímido en

[9] *Cf. La novela del México colonial*, México, Aguilar, 1964, p. 44.

[10] En el referido prólogo a la edicion mexicana de *Infortunios de Alonso Ramírez*, Antonio Castro Leal dice: "Puede haber sido Alonso Ramírez como lo pinta Sigüenza y Góngora, pero la forma en que lo presenta —real o no— es una obra de creación. *Infortunios de Alonso Ramírez* no sólo es una novela, sino que puede considerarse la mejor novela de nuestra época colonial".

los términos de puesta en escena de la imaginación literaria, el esfuerzo de Sigüenza, mientras tanto, no se resume en un trasplante puro y simple de las formas y de los discursos del tronco central español, si se considera incluso la posibilidad de que por detrás de la situación narrada en su novela se encuentra, tal como el *pentimento* que en un cuadro antiguo aflora con el tiempo, la figura alegre, jocosa y sorprendente del aventurero portugués. Si consideramos esta posibilidad tendríamos aun, en el caso de la relación entre *Infortunios de Alonso Ramírez* y *Las peregrinaciones*, una nueva manifestación de la mutua contaminación literaria intraiberoamericana a la que me referí arriba.

Aunque no sólo en lo que atañe al aspecto histórico-literario estas dos obras se aproximan. Tal vez más importante que éste es el valor literario-crítico, dado por el registro entre ingenuo e irónico, común a Mendes Pinto y a Sigüenza y Góngora, lo que estrecha estas obras, no exclusivamente entre ellas y sí y de modo inclusivo a todas las que afirman, en el espacio de la literatura, el ejercicio de la voz autoral como la demostración de la libertad individual frente a las imágenes que el poder engendra para pintarse a sí mismo con colores favorables. Hijo de un virreinato que, en el tiempo de escritura de la novela, presentaba ya algunas evidentes señales de desgaste —de "cerrazón al futuro", como tan bien explica Octavio Paz en *El ogro filantrópico* y en la ya mencionada biografía de Sor Juana Inés de la Cruz—, el sabio mexicano habrá encontrado en la escritura de Mendes Pinto, digresiva, aunque no por esto menos contundente en su función de desenmascaramiento de la retórica imperial portuguesa, un modelo aún vigente, considerando las condiciones que lo rodeaban.

Es en el establecimiento de la analogía, distante y poco transitada por la historiografía, entre el Portugal de mediados del siglo XVI con la Nueva España del final de la dinastía de los Austrias, que podríamos explicar por qué un humanista novohispano habría buscado fuera de la tradición española de los libros de viajes —como por ejemplo, en la célebre *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, contemporánea en el tiempo y semejante en el carácter oralizante del relato a *Las peregrinaciones*—, y sí en la literatura portuguesa, leída en el original o en la traducción "restaurada" de Herrera Maldonado (cuyo tono, además, se encuentra más próximo al circunspecto Sigüenza y Góngora que a Mendes Pinto), la inspiración de la novela fundacional de la prosa mexicana. Con este gesto, Sigüenza nos da una

prueba más de que los modelos literarios son eminentemente fluidos y, de modo especialmente significativo para nosotros, de que en el pasado hasta cierto punto oculto de las relaciones culturales y humanas entre ibéricos e iberoamericanos hay más en común de lo que estamos habituados a pensar.

Volvamos, por fin, a la cinemática imagen camoniana del principio. En el registro imaginario del ocaso del periodo en que Portugal y España cubrían con su organización imperial buena parte del globo, entre el margen americano del Pacífico y el asiático, desde el virreinato de la Nueva España, donde Sigüenza y Góngora, tal vez sabiéndose habitante de aquella "Temistitão" camoniana, al mirar el mar en Acapulco ve diseñarse en el horizonte la tierra de los infortunios de "su" Alonso Ramírez, se estableció, a través del cristal de la historia, un diálogo con el virreinato portugués de la India, de donde partió Fernán Mendes Pinto en busca del Oriente absoluto para cumplir su estrella de peregrino.

Traducción de Alma Miranda A.

"EN TORNO DE LA NORIA...": EL ANDAR EDUCATIVO DE TORRES BODET

Por *Rebeca* Barriga Villanueva
El Colegio de México

Fundamentalmente, la educación tiene como propósito la plena realización del hombre en un ambiente de libertad, de justicia y de paz.

Declaración de Bogotá, 1963

Hablar de Jaime Torres Bodet es entrar en terrenos de controversia. Su incursión en los vastos y complejos terrenos de la literatura y de la política,[1] aunada a una hermética vida personal hacen de él una figura polémica, escindida siempre entre los polos irreconciliables de una doble vocación —hombre público, hombre de letras—,[2] que sólo Jaime Torres Bodet pudo conjuntar en armonía solitaria y dolorosa.[3] Aquí me detendré en el polo del ser-

[1] Sin duda, la incidencia de Jaime Torres Bodet, desde su temprana juventud, en la vida pública de México, le valió una especie de velado menosprecio de parte de la élite de intelectuales y creadores que lo circundaba. Es bien sabido que pese a ser uno de los principales impulsores del grupo Los Contemporáneos nunca perteneció realmente a ellos. Aún hoy, su valor como poeta está siempre en tela de juicio: "En cierto sentido Torres Bodet es hoy el 'poeta maldito'... el único del 'grupo sin grupo' al que todavía no se le da su lugar en la tradición poética mexicana", José Emilio Pacheco, "Torres Bodet y sus contemporáneos. Nota sobre el destierro de *Destierro*", en Rafael Olea Franco y Anthony Stanton, eds., *Los contemporáneos en el laberinto de la crítica*, México, El Colegio de México, 1994, p. 89.

[2] De hecho, sólo su suicidio hizo congruente el final de su vida: "Jaime Torres Bodet llevó una vida de funcionario pero tuvo una muerte de poeta", *ibid.*, p. 94.

[3] "La noria", su poema de *Sin tregua* (México, FCE, 1957, p. 178), es paráfrasis perfecta de este sentimiento perenne de búsqueda y de caminar ansioso entre la desesperanza del desierto personal y el sufrimiento de los otros habitantes del aduar: "He tocado los límites del tiempo. / Y vuelvo del dolor como de un viaje

vicio público, el del Torres Bodet preocupado por hacer partícipe al hombre de la redención que supone el conocimiento, la cultura y el arte. En efecto, uno de los puntos más lúcidos y fecundos de su pensamiento es el de la educación, que se tradujo en búsqueda, inquietud, casi obsesión, por alcanzar una meta fundamental: hacer asequible al hombre la educación y la cultura, y por medio de ellas, hacerlo libre y ensanchar la experiencia humana. Torres Bodet tornó en acción todos los sentidos que subyacen a la palabra educar: dirigió, encaminó, guió, desarrolló, enseñó, comunicó, teniendo en la mira de sus ideales a niños, adultos, indígenas, mujeres, maestros, científicos, humanistas; al hombre mismo. Y siguió todos los pasos congruentes con la educación: planteamientos, acciones, evaluaciones, fracasos, replanteamientos y reevaluaciones que lo llevaron a la formación de un ideario educativo integral, sólido y coherente, consolidado a lo largo de su vida.

La obra educativa de Torres Bodet merece una mirada crítica y acuciosa que rescate la verdadera dimensión de su labor. Hasta el momento los historiadores de la educación en México hacen pálidas menciones más o menos sólidas de ella, sin llegar, las más de las veces, a su esencia.[4] No pretendo aquí lograrlo, sólo busco mostrar parte de esa esencia espigando en las *Memorias* de Jaime Torres Bodet. Le cedo, pues, la palabra.

Empecemos la siega en 1922, cuando apenas a los veinte años asume la jefatura del Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública, dirigida por José Vasconcelos:

/ alrededor del mundo... / Pero siento / que no salí jamás, mientras viajaba, / de un pobre aduar perdido en el desierto. / Caminé largamente, ansiosamente, / en torno de mi sombra. / Y los meses giraban y los años / como giran las ruedas de una noria / bajo el cielo de hierro del desierto. / ¿Fue inútil ese viaje imaginario?... / Lo pienso, a veces, aunque no lo creo. / Porque la gota de piedad que moja / mi corazón sediento / y la paz que me une a los que sufren / son el premio del tiempo en el desierto. / Pasaron caravanas al lado de la noria / y junto de la noria durmieron los camellos. / Cargaban los camellos alforjas de diamantes. / Diamantes, con el alba, rodaban por el suelo... / Pero en ninguna alforja / vi nunca lo que tengo: / una lágrima honrada, un perdón justo, / una piedad real frente al esfuerzo, / de todos los que viven como yo / —en el sol, en la noche, bajo el cielo de hierro— / caminando sin tregua en torno de la noria / para beber, un día, / el agua lenta y dura del desierto''. Este doliente transitar por mundos ajenos y distantes permea la totalidad de la obra de Torres Bodet, ya artística, ya política, ya educativa.

[4] *Cf.* Isidro Castillo, *México y su revolución educativa*, México, Academia Mexicana de la Educación, 1968, vol. 1, y Francisco Larroyo, *Historia comparada de la educación en México*, 13a. edición actualizada, México, Porrúa, 1979, por mencionar sólo dos de las historias de la educación más conocidas.

> En el Departamento de Bibliotecas, mis esfuerzos iban a orientarse hacia tres metas fundamentales: multiplicar las colecciones de libros circulantes en los estados; organizar el funcionamiento de las bibliotecas anexas a los planteles educativos de la federación, y fundar en la capital y en las ciudades más importantes de la República, pequeños centros de lectura, destinados a *enriquecer los ocios nocturnos de los obreros*.[5]

Lo sorprendente es que en medio de una atmósfera de tensión posrevolucionaria, caracterizada por una gran inestabilidad política y económica, Torres Bodet alcanzó, a la vuelta de dos años, logros inauditos, vinculados estrechamente con su idea de difundir la cultura en todos los niveles de la sociedad y hacer de la educación un instrumento de cohesión nacional. En este breve tiempo se crearon bibliotecas de diversos tipos con un acervo considerable de volúmenes; las colecciones ya existentes se aumentaron y se fundaron pequeñas bibliotecas diseminadas por todo el país. Todos estos esfuerzos por difundir la cultura trascendieron las fronteras de México para llegar a países de América Central, con varias donaciones de libros.

Además, en este tiempo, Torres Bodet inició la revista *El Libro y el Pueblo* y la Feria del Libro, en las que convergían sus intereses literarios y culturales y sus deseos de crear vínculos culturales con toda Hispanoamérica. Pero, sin duda, lo más sobresaliente en este primer tramo en su trayectoria de educador fue la tenaz defensa que Torres Bodet hizo —muy influido por el espíritu vasconceliano— de la difusión de los clásicos entre los mexicanos más desvalidos. Frente a las acres críticas suscitadas por el reparto de la *Iliada*, la *Odisea*, el *Quijote*, entre otras muchas obras de autores clásicos, Torres Bodet afirma ya su concepto democrático de la educación y la cultura que va a vertebrar toda su labor educativa:

> Un concepto democrático de la educación no consiste tanto en ''popularizar'' lo que no es ''popular'' por definición cuanto en tratar de poner las más altas realizaciones del alma al alcance de aquellos que, por su esfuerzo, son dignos de conocerlas. Nunca he creído que deba darse al pueblo una versión degradada y disminuida de la cultura. *Una cosa es enseñarle, humildemente,*

[5] Jaime Torres Bodet, *Tiempo de arena*, en *Memorias*, 2a. ed., México, Porrúa, 1981, p. 96 (las cursivas son mías). El impulso a la lectura fue una de las obsesiones de Torres Bodet, en torno a ella se formarían hombres sensibles, cultos, críticos, conocedores de la realidad. Lectura y redención, en aquellas épocas de pasión juvenil, eran sinónimos para él.

cuáles son los instrumentos más esenciales y más modestos, como el alfabeto. Y otra, muy distinta, sería pretender mantenerle en una minoría de edad frente a los tesoros de la bondad, de la verdad y de la belleza.[6]

Este pensamiento lleno de idealismo impetuoso y juvenil por llevar la cultura a todos los mexicanos habría de madurar con el tiempo, gracias a una visión más global y realista de los problemas educativos de México. Torres Bodet estaba consciente de ello:

> Y ésa, si no me engaño, era la actitud espiritual que correspondía a la época que vivíamos: época de fervor y de don total, sin discrepancias y sin reservas, en que el patriotismo —para muchos de nosotros— se llamó juventud también.[7]

En 1943, tras veinte años de enriquecerse en la vida diplomática y literaria, Torres Bodet, en medio otra vez de una situación de tensión nacional e internacional extremas, asume, como secretario de Educación Pública en el gobierno de Manuel Ávila Camacho, el reto de reestructurar la educación mexicana en franca crisis por un apabullante analfabetismo arrastrado de siglos atrás. En *Años contra el tiempo*, otro de los libros de *Memorias*, relata todos los avatares de la Campaña Nacional Contra el Analfabetismo, a la que describe como "un barco, de casco inmenso y motor casi imperceptible".[8]

Esta campaña fue una empresa ejemplar, heredó los rasgos distintivos de los ideales educativos de los primeros tiempos de Torres Bodet y reveló su genio organizativo. Estaba impregnada de un espíritu de servicio y unidad social que buscaba una educación para la paz, la democracia y la justicia en las que se imbricaran el gobierno y la sociedad de igual manera:

[6] *Ibid.*, p. 98 (las cursivas son mías). Este "concepto democrático" no fue muy bien comprendido y con el tiempo fue superado por el propio Torres Bodet. Paralelamente al reparto de los *Clásicos* en zonas indígenas, se propició una enconada polémica en torno de la castellanización directa de los indios, que de pronto eran tomados en cuenta dentro de una política lingüística incorporativista, en la que el español era la lengua de unidad nacional y, por ende, las lenguas indígenas resultaban desconocidas y marginadas. Lo importante es que más allá de todo esto, Torres Bodet busca crear un contexto redentor del indio por medio de la cultura y el conocimiento, al nivel de cualquier ciudadano mexicano.

[7] *Ibid.*, p. 99. Lo curioso es que este sentimiento de fervor y don no era el que invadía a los Contemporáneos, poetas preocupados por otras complejidades de la existencia humana. Jaime Torres Bodet les era distante.

[8] *Años contra el tiempo*, en *Memorias*, p. 300.

> La campaña tendría que desarrollarse en tres etapas: la de organización, desde la fecha de expedición de la ley hasta el último día de febrero de 1945; la de enseñanza, desde el lo. de marzo de 1945 hasta el último de febrero de 1946, y la de revisión y exposición de los resultados, desde el lo. de marzo hasta el 31 de mayo de 1946. La Secretaría de Educación procedería a imprimir diez millones de cartillas para la enseñanza de la lectura y de la escritura en español. Cartillas especiales serían editadas para beneficio de los grupos indígenas del país. La castellanización de estos grupos quedaría encomendada, además, a brigadas de instructores capacitados mediante cursos intensos de adiestramiento.[9]

A ningún mexicano le era ajeno el problema, y con el ímpetu de la ley se convirtió en cruzada nacional:

> Sin distinción de sexo u ocupación, todo mexicano —mayor de 18 y menor de 60 años— residente en territorio nacional que supiera leer y escribir el español, y no se encontrara incapacitado, tendría la obligación de enseñar a leer y escribir cuando menos a otro habitante de la República, analfabeto, mayor de 6 y menor de 40 años, que no estuviera incapacitado o inscrito en alguna escuela.[10]

Sorpresivamente Torres Bodet movió la conciencia nacional, y en menos de dos años los resultados de la campaña fueron altamente positivos. Según las estadísticas, en este tiempo millón y medio de mexicanos habían aprendido a leer y escribir.

La campaña tocó todos los rincones del país, y esta vez, con una visión más objetiva de la realidad mexicana, Torres Bodet incorpora el problema de las lenguas indígenas, luchando ya no por una castellanización indiscriminada sino por un bilingüismo consciente. Rompía así una larga tradición de la enseñanza directa del español a los hablantes de lenguas indígenas. Torres Bodet detalla con precisión la estrategia frente a conservadores y tradicionalistas:

> Y, sabiendo lo que podía esperárseme, opté por la tesis de las cartillas especiales... La elaboración de las cartillas especiales requirió tiempo. Difundimos —en calidad de ensayo— una publicación que, según pensábamos, podría servir a los tarahumaras. El Instituto de Alfabetización en Lenguas Indígenas preparó cuatro textos, que aparecieron en 1946: uno, al principio del año, para los mayas; otro, en abril, para los tarascos; el tercero, en junio, para los

[9] *Ibid.*, p. 301. *Cf. supra* nota 6. Nótese que aquí ya hay un sentido más consciente y pensado de la castellanización, aunque todavía con visos polémicos.

[10] *Ibid.*, p. 300.

> otomíes y el cuarto, en agosto, para los que hablaban el náhuatl... Es probable que el resultado de aquel esfuerzo no haya sido tan importante como entonces lo supusimos... Pero el intento, en sí, resultó valioso. La tesis afirmada por México no tardó en adquirir alcance internacional.[11]

La gran batalla contra el analfabetismo no impidió que Torres Bodet emprendiera en este tiempo otras muchas batallas. Luchó por crear una imagen nueva y comprometida del maestro, trató de mejorar su nivel económico; además, fortaleció la educación superior y la investigación científica; en fin, el espíritu liberador que caracterizó la Campaña de Alfabetización como núcleo de los problemas educativos fue el motor para escalar todos los peldaños del sistema educativo del país.

Del ámbito nacional, Torres Bodet saltó al internacional en su espléndido paso por la UNESCO de 1948 a 1952. Tomemos un fragmento del discurso que dio en la conferencia constitutiva de esta organización:

> En materia de educación toda parcialidad es de consecuencias desoladoras: lo mismo la mística de la instrucción primaria como panacea universal, que la mística de la instrucción superior, como base de predominio. Y éste es el punto álgido del problema: necesitamos, a la vez, perfeccionar nuestra educación superior y combatir la incultura de los humildes: preparar guías, que interpreten al pueblo con honradez, y pueblos aptos para discutir las fórmulas de esos guías, distinguiendo entre la persuasión de los maestros y el hipnotismo de los tiranos.[12]

El pensamiento de Torres Bodet se plasmó en el programa integral de la UNESCO. El problema de la educación se concibe, tanto para México como para el mundo entero, como parte de la batalla por la paz. Educación y paz se convierten en un binomio inseparable. En la UNESCO consolidó la idea de establecer una red mundial

[11] *Ibid.*, pp. 308-309. Es muy importante el viraje de Torres Bodet. Ya en la madurez de su pensamiento educativo, devuelve a las lenguas indígenas su valor y les da la importancia pertinente. No podía democratizarse la enseñanza sin antes tomar en cuenta los valores culturales de las diversas etnias de México. Esta vez la acción fue del incorporativismo al integracionismo con un bilingüismo razonado, posturas medulares todas en la historia del indigenismo mexicano.

[12] Jaime Torres Bodet, *Discursos en la UNESCO*, México, Secretaría de Educación Pública, Comisión Nacional de los Estados Unidos Mexicanos para la UNESCO, Foro 2 000, 1987, p. 17.

de centros de educación fundamental que combatieran el analfabetismo mundial, cuyas cifras eran lacerantes. Más de la mitad de la población del mundo en aquel momento no sabía leer ni escribir:

> *No sería nunca bastante el esfuerzo hecho para alfabetizar a los iletrados. Tan importante como enseñarles a leer era, sin duda, enseñarles el arte de no vivir como víctimas de la vida.* De ahí el sentido que traté de infundir a mis colaboradores en todo lo concerniente a lo que llamaba la UNESCO "educación fundamental". Deberíamos no limitarnos a la enseñanza de la lectura y la escritura. Lo que habíamos intentado en México, durante los años de 1945 y 1946, era sólo mínima parte de lo que convendría realizar en el porvenir.[13]

Pátzcuaro, Michoacán, en México, fue el lugar elegido en 1951 para establecer el primer Centro de Educación Fundamental para la América Latina (CREFAL), ejemplar en muchos sentidos y verdaderamente un ámbito educativo distintivo, por sus metas de superación concreta y accesible para los educandos.

De regreso a México, después de una intensa vida diplomática en varios países de Europa, Torres Bodet sale del "Desierto internacional" a "La tierra prometida" (nombres con los que titularía dos de los libros de sus *Memorias*) con la firme intención de dedicarse a la creación literaria ya sin el agobio de las presiones que suponía la vida pública:

> La existencia diplomática parisiense *podía acabar por enajenarme de lo esencial de mi propio ser. Quería buscarme, de nuevo, en México...* En 1958, me sentía escéptico y renuente. No aspiraba sino a insertarme en el monótono tren de la vida diaria y escribir.[14]

Esta aspiración no llegó a concretarse; el presidente Adolfo López Mateos, al igual que lo había hecho años atrás Ávila Cama-

[13] Jaime Torres Bodet, *El desierto internacional* en *Memorias*, p. 57 (las cursivas son mías). Nótese de nuevo este persistente discurso de la liberación por el conocimiento. El milagro de la lecto-escritura sólo era el primer paso de una serie, que quizá ni los propios gobiernos estaban dispuestos a dar o podían dar. Hoy por hoy, el problema del analfabetismo sigue siendo un fantasma de abrumadora realidad.

[14] Jaime Torres Bodet, *La tierra prometida*, en *Memorias*, p. 355 (las cursivas son mías). En sus propias palabras, Torres Bodet describe su sentimiento de frustración y búsqueda. Volver a escribir sería el reencuentro consigo mismo. Sin embargo la "Tierra prometida", México, no era el lugar propicio para la creación, sino para la acción política.

cho, volvió a desequilibrar la balanza y a poner en tensión las dos grandes pasiones bodetianas: la literatura y la educación. Se podía adivinar la elección; no sin un rasgamiento interior, Torres Bodet decidió regresar a la Secretaría de Educación Pública por segunda vez:

> Pensé en todas las dificultades que me esperaban. Sin embargo, ¿no constituían esas mismas dificultades *un patriótico reto, del que hubiese resultado cobarde tratar de huir*...? ¿Cómo volver a desempeñar cargo tan inquietante? Todo era obscuro en el horizonte que había alumbrado, antaño, la genial impaciencia de Vasconcelos. Pobreza, incuria, tumultos, me aguardaban seguramente.[15]

De todos los logros de estos seis años, sobresalen los dos grandes proyectos que Torres Bodet venía delineando desde sus primeros tiempos de secretario y que cierran en sí su obra educativa; el primero, llamado Plan de Once Años, era un proyecto de expansión y mejoramiento de la enseñanza primaria en toda la República:

> La experiencia adquirida y las posibilidades exploradas permitían ya la elaboración de un plan capaz de determinar, con aceptable aproximación, el lapso necesario para garantizar a todos los niños de México la educación primaria, gratuita y obligatoria.[16]

El otro proyecto, quizá el más trascendente en toda su obra de educador, es el de los *Libros de Texto Gratuitos* que representan la consolidación del gran ideal educativo de Torres Bodet:

> Desde 1944 me había preocupado aquel gran problema. Hablábamos de educación primaria, gratuita y obligatoria. Pero al mismo tiempo exigíamos que los escolares adquiriesen libros —muchas veces mediocres— y abrir precios, cada año más elevados. El 12 de febrero, tres días después de iniciar las tareas destinadas a elaborar el programa de mejoramiento de la educación primaria, el licenciado López Mateos firmó un decreto por el cual se creó la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos.[17]

[15] *Ibid.*, p. 358 (las cursivas son mías). Quizás en este sentimiento de "patriótico reto", de temor a la cobardía de no servir, esté la respuesta a la no entrega total a la poesía que hizo de Torres Bodet un poeta mediano, a decir de muchos de sus críticos, un poeta cuya plenitud no se alcanzó en la creación sino en el servicio público.

[16] *Ibid.*, p. 376. Cumplía Torres Bodet con su ideal, el viejo y acariciado ideal frustrado del nacionalismo del siglo XIX mexicano: educación popular, panacea para todos los males de México.

Pese a las controversias y a las resistencias abiertas contra la pretendida unicidad que implicaban los libros de texto gratuitos ("se le tildó fácilmente de 'libro único'. En vano reiteramos que, además del gratuito, los maestros podrían recomendar otros volúmenes"),[18] Torres Bodet, de nuevo sobre sus pasos de gran organizador, logró que a lo largo de cinco años se alcanzara su objetivo con plenitud: "La comisión editó y distribuyó más de ciento doce millones de ejemplares de libros de texto y cuadernos de trabajo".[19] Si bien la creación literaria se había postergado, el ideal educativo alcanzaba su fin último y trascendía quizá mucho más en el tiempo:

> Pronto dejaría de ser Secretario de Educación Pública. Pero no habría ya en nuestro país, en lo sucesivo, niño que careciese (si asistía a un plantel primario) del material de lectura que todo estudio requiere. Recordé un retrato conmovedor: el de una niña que sostenía, entre sus frágiles dedos, un libro del primer grado. Sus ojos, vivaces y sonrientes, parecían prometer a quien los veía la realización de una hermosa esperanza libre. La patria, representada en la primera página de su texto, le infundiría valor para persistir.[20]

Con el libro de texto gratuito Torres Bodet pudo realizar "lo que definió Goethe como la dicha mejor del hombre: realizar, en la madurez, un sueño de juventud".[21] Sin embargo, lejos de finalizar su obra educativa sólo marcó el mero principio, pues a partir del texto gratuito se esperaría la formación de hombres libres, justos, viviendo en la paz. ¿Será posible este ideal o la noria tendrá que seguir dando vueltas sin descanso?

[17] *Ibid.*, p. 386. El libro de texto gratuito heredó el destino de su creador. Virtudes o defectos aparte, el solo hecho de emanar del Estado ha impedido una evaluación y una crítica abiertas que permitan llevar hasta las últimas consecuencias el verdadero potencial educativo que tiene.

[18] *Ibid.*, p. 389.

[19] *Ibid.* Sería muy importante meditar en torno a esta cantidad. De su magnitud se desprenden de inmediato dos aspectos dignos de una reflexión más profunda. El primero tiene que ver con la trascendencia del texto gratuito, si pensamos que es el único libro que llega a millones de casas mexicanas. El otro se relaciona con la calidad y pertinencia de los textos y de la realidad que conllevan, ¿de verdad están al alcance de todos los mexicanos? ¿De verdad son entendidos por todos ellos, si reconocemos el plurilingüismo de México?

[20] *Ibid.*, p. 390.

[21] *Ibid.*, p. 391.

ECONOMÍA, POLÍTICA Y UNIVERSIDAD EN AMÉRICA LATINA

Por *Roberto* RODRÍGUEZ GÓMEZ
CENTRO DE ESTUDIOS
SOBRE LA UNIVERSIDAD, UNAM

A PARTIR DE LA POSGUERRA se concretó una profunda transformación de la educación superior latinoamericana; aunque el rasgo más sobresaliente sea su impresionante crecimiento, los cambios e innovaciones que se realizaron en la organización y los modelos de enseñanza son también aspectos relevantes. Cuál es el contexto regional en que se desarrollaron los procesos de expansión y cambio educativo de las universidades, y cuáles las transformaciones sustantivas que se realizaron en las instituciones de enseñanza superior, son las preguntas que se abordan en este artículo.

El desarrollo económico, político y social de la región durante la segunda mitad del siglo no ha seguido una pauta lineal y uniforme; por el contrario, en el periodo se han experimentado diversas estrategias en materia de desarrollo económico y social, así como una gama de modalidades de régimen político. Dada esta diversidad, y al tomar en cuenta la heterogeneidad física, material, cultural y social de las naciones que componen la zona,[1] el intento de establecer patrones de orden regional enfrenta serias limitaciones, tanto de carácter conceptual como de naturaleza empírica. No obstante, a lo largo de la presentación se plantean algunas tendencias generales sobre el desarrollo de la región en su conjunto y se postula la hipótesis de que las mismas guardan relación con el perfil de condiciones y rasgos que asumen los sistemas de enseñanza superior.

[1] Para los propósitos del presente artículo el término incluye todos los países del continente americano —con excepción de los Estados Unidos y Canadá— y la región insular del mar Caribe.

Primer escenario: el desarrollismo

Contexto económico y político

Los países de la región realizaron durante las décadas de los sesenta y setenta cambios económicos fundamentales, al mismo tiempo que experimentaron una gama de modalidades de régimen político. Este periodo enmarca el surgimiento, apogeo y crisis de un modelo de estructuración económica, política y social que se planteaba como objetivo fundamental la promoción del desarrollo. La transición desarrollista se verificó no sólo en el terreno de la organización de la economía y el Estado, sino también en el dominio de procesos sociales fundamentales, tanto en aquellos de orden estructural —entre los que cabe destacar el patrón de igualdad y desigualdad de oportunidades de acceso, participación y beneficio de los recursos, bienes y servicios sociales— como en los procesos de orden político y estratégico desplegados a partir de las formas de transacción —alianza, negociación, conflicto— de los grupos sociales entre sí, y entre éstos y el Estado.

La transformación política de mayor alcance en ese contexto fue la centralidad que asumió el Estado en la definición y manipulación de las variables de dirección económica y de control de los procesos sociales desencadenados. Las formas estatales de "autoritarismo burocrático"[2] emergentes de la crisis del populismo de los años cincuenta fueron el resultado de negociaciones y alianzas políticas entre los grupos y sectores protagonistas del proyecto de modernización planteado, de corte tecnocrático y con una clara orientación hacia el capital transnacional.

El eje de las transformaciones socioeconómicas y políticas de la época fue el Estado desarrollista, en la medida que asumió o extendió su papel en la generación de empleos, participación en el proceso de acumulación, establecimiento de empresas públicas, provisión de servicios y apoyo al sector privado a través de subsidios, financiamientos y protección,[3] y toda vez que logró negociar alianzas policlasistas entre los grupos de la burguesía nacional, las

[2] Los términos "autoritarismo burocrático" y "Estado burocrático autoritario" fueron acuñados por Guillermo O'Donnell al explicar la transición política emergente de la crisis de los Estados populistas en las postrimerías de los años cincuenta.

[3] Véase Sunkel 1995: 36 *ss*.

clases medias y los sectores populares. Por otra parte, la instauración del corporativismo y el clientelismo como formas privilegiadas de transacción con la sociedad civil,[4] la marginación de los grupos sociales no incorporados a la pauta de modernización, la concentración de recursos y decisiones en la órbita gubernamental, así como el control vertical de los mismos son también rasgos típicos de los modelos de régimen del periodo.[5]

En lo económico, la transición estuvo pautada por la generalización regional de un modelo de desarrollo directamente vinculado a la economía transnacional;[6] dicho proceso, conducido y respaldado por el Estado, posibilitó una fase inusitada de crecimiento del producto en la mayor parte de los países del subcontinente. Los indicadores históricos del PIB per cápita son elocuentes al respecto; como promedio de la región, entre 1961 y 1970 el PIB per cápita se incrementó a un ritmo de 2.6% anual, en todos los países con excepción de Haití.

Durante la década, las economías de mayor extensión —Brasil, Argentina, México y Venezuela— optaron por la consolidación del sector industrial como base del modelo de desarrollo. En estos países, la estrategia de industrialización a escala y sustitutiva de importaciones se inició en el marco de la posguerra, sobre la base de una infraestructura industrial incipiente desarrollada desde principios de siglo; sin embargo en el decenio de los sesenta la dinámica de industrialización se aceleró y generalizó,[7] de modo que el crecimiento del PIB industrial superó con creces los incrementos del resto de los sectores.[8]

La preferencia por la consolidación industrial fue presionada por el deterioro de los términos de intercambio en el mercado mundial, que era evidente desde las postrimerías de los cincuenta, así como por la expansión internacional de las economías del capitalismo desarrollado.

Simultáneamente se verificó una transformación significativa en los patrones de flujo del capital financiero; al obedecer a requerimientos similares a los de la inversión industrial, las instancias que concentraban el capital financiero apoyaron los procesos de crecimiento industrial, mediante la transferencia de dinero y crédito a los países en desarrollo.[9]

El financiamiento del cambio estructural siguió varias direcciones, pero por lo general los flujos financieros se orientaron en un primer momento a la inversión en proyectos de base industrial, tanto privados como estatales.[10] Muy pronto, sin embargo, se generalizó en la región una amplia corriente de créditos en apoyo a proyectos nacionales de desarrollo y centralizada por lo tanto en instancias gubernamentales.

---

[4] Para O'Donnell (1979) los Estados burocrático-autoritarios combinan coerción y coptación. En su trabajo de 1973 señala como modelos típicos de esta forma de Estado a los regímenes militares de Brasil y Argentina, mientras que los casos de Chile, Colombia, Uruguay y Venezuela quedan clasificados como "democracias políticas"; los casos de Perú, Bolivia y Ecuador como "populismo autoritario" y el caso paraguayo como "autoritarismo tradicional". En revisiones posteriores hace notar, no obstante, el afianzamiento de la tendencia del programa de Estado burocrático autoritario como tipo modal de régimen en la región.

[5] Véase Graciarena 1974.

[6] A comienzos de los sesenta era evidente en las economías más avanzadas de la región que el modelo desarrollista había llegado a sus límites y que aquellos países en que el proceso de sustitución de importaciones estaba más adelantado fueron los primeros que avanzaron hacia la transnacionalización, pero, aclara el autor, dicho proceso se generalizó en toda la región a lo largo del periodo 1960-1975 (véase sobre este punto Silva Michelena 1988: 44 *ss.*).

[7] Oswaldo Sunkel hace notar que hasta los cincuenta la región presentaba una hiperextensión del sector exportador y un escaso desarrollo de otros sectores, en particular el industrial. También se observaba la presencia de pequeñas áreas ligadas a los sectores exportadores en que los países habían logrado un cierto nivel de modernización, frente a extensas zonas en que primaban condiciones económicas y sociales primitivas. En suma, la situación era de profunda heterogeneidad estructural; Sunkel 1995: 18-19.

[8] Entre 1960 y 1979, los indicadores respectivos manifestaron los siguientes promedios anuales de crecimiento: Brasil 8.5%, México 7.3%, Venezuela 6.4% y Argentina 4.1%; datos del BID 1990.

[9] En el análisis del proceso de transferencia de créditos hacia la región es importante no perder de vista la variable política representada por la estrategia geopolítica de los Estados Unidos en el marco de la guerra fría. Al respecto Pablo González Casanova indica que "el imperialismo alentó la desmovilización de las masas con la represión, retórica y el endeudamiento externo a corto y largo plazo para atenuar las demandas sociales peligrosas y generar falsos auges. De 1963 a 1968 subió en flecha el endeudamiento de los gobiernos latinoamericanos con los Estados Unidos"; González Casanova 1979: 268.

[10] La creciente participación del Estado en la economía, bajo la forma de inversión productiva directa en sectores rentables (petroquímica, metalurgia, bienes de consumo, etc.) configuró un nuevo cuadro político, en el cual el Estado "empresario" actuaba como "socio" de las burguesías nacionales y del capital multinacional. Dicho por Cardoso y Faletto, "el Estado pasó a ser, en la fase de desarrollo dependiente-asociado, el elemento estratégico que funciona como una esclusa para permitir que se abran las puertas por las cuales pasa la historia del capitalismo en las economías periféricas que se industrializan"; Cardoso y Faletto 1977: 376.

El binomio inversión extranjera-financiamiento externo alimentó con eficacia la estrategia de consolidación industrial emprendida con anterioridad por los países de mayor desarrollo en la región, así como los procesos de conformación de plantas industriales en las naciones menos desarrolladas;[11] como resultado se transitó por una fase de crecimiento relativo con estabilidad, la cual implicó el mejoramiento de la planta productiva, la expansión de los servicios públicos, el fortalecimiento del mercado interno, una mayor estabilidad cambiaria y el crecimiento del empleo urbano, entre otros aspectos.[12] Sin embargo, el modelo pronto empezó a mostrar una serie de paradojas, que se expresaron, en principio, en términos de la oposición entre crecimiento y desarrollo.[13]

El cambio de modelo económico originó la reestructuración de los patrones de estratificación y movilidad sociales, y tuvo marcados efectos en la distribución sectorial del empleo.[14] La región en su conjunto pasó de una proporción de la PEA urbana inferior al 40% a otra que rebasaba el 50%. Este proceso fue especialmente intenso en los casos de Brasil, México y Venezuela, aunque en realidad se manifestó como un fenómeno general en toda la región.

Las características de la transformación ocasionaron un desarrollo social y político[15] marginante de los grupos y sectores ajenos a la pauta de modernización implantada. Por un lado, se gestó y consolidó una clase media urbana comprometida con los valores de modernización preconizados tanto por los gobiernos como por los

[11] Según datos de Silva Michelena, la tasa de crecimiento anual del producto industrial era en 1950-1965 de 6.3% y entre 1965 y 1973 pasó a 8.2%: Silva Michelena 1988: 45.

[12] Al respecto es interesante el señalamiento de Marcos Roitman: "El desarrollo equitativo, la democracia social, la participación política de masas, la modernización y la creación de un mercado interno, fueron los valores defendidos por las nuevas burguesías nacionales; burguesías que contaron con el apoyo de la mayoría de los sectores populares que veían en este nuevo estilo de hacer política, una vía de solución a sus demandas"; Roitman 1992: 21.

[13] Para un balance de la discusión conceptual de la época, véase, entre otros, Chilcote 1984, Klarén 1986 y Bossert 1986.

[14] Véase Di Tella 1968 y Graciarena 1972.

[15] Véase Baño *et al.* 1980. Los autores proponen un esquema que explica la vinculación entre el modelo de desarrollo político y las formas de régimen y enfatizan el papel crucial que desempeñaron los actores sociales protagonistas, en especial la nueva burguesía industrial y tecnocrática, en contraposición con la antigua burguesía terrateniente y oligárquica.

sectores empresariales nacionales;[16] asimismo se expandió considerablemente el empleo obrero y técnico, siempre en asociación con el proceso de industrialización. En oposición, la economía campesina en general y los grupos sociales vinculados a ella sufrieron un proceso de exclusión creciente.[17] La acelerada urbanización dio pie a la formación de un sector social de marginados urbanos constituido, en su mayor proporción, por migrantes recientes que no lograban ser integrados al empleo formal urbano. Todo ello hacía notar el carácter polarizador y excluyente del modelo de desarrollo adoptado.[18]

En la primera mitad de los setenta el ritmo de crecimiento económico incrementó su velocidad; no obstante, algunas de las contradicciones y vicios gestados en la década anterior comenzaron a manifestarse en diferentes sectores de la economía, la sociedad y el Estado.

Las sucesivas crisis mundiales de los precios del petróleo de 1973 y 1979 marcaron un cambio en la economía. La crisis de los precios provocó un efecto paradójico en el plano macroeconómico: por un lado, aumentó extraordinariamente la masa de dinero disponible debido a los ingresos extraordinarios de los principales productores de petróleo; pero por otro lado, las economías desarrolladas sufrieron un ciclo de recesión que de inmediato intentaron paliar mediante la adopción de estrategias monetaristas, esto es, a través de la colocación masiva de créditos en el exterior. En los países que contaban con un sector petrolero exportador —Venezuela, México, Perú, Ecuador y Bolivia— coincidió la posibilidad de incrementar el ingreso de capital tanto por la vía de venta de petróleo como por el acceso al crédito internacional.[19] Esta especie de bonanza no pudo ser sostenida;[20] la estabilización del merca-

[16] Véase Johnson 1986.

[17] Jorge Graciarena apunta al respecto que "los migrantes rurales urbanizados pueden ser rápidamente asimilados a la vida urbana cuando existen las condiciones que hicieron posible este proceso en los países desarrollados. La situación en América Latina es exactamente la inversa. Por lo tanto no hay suficientes ocupaciones para absorber ocupacionalmente a los migrantes rurales en el sector moderno de la economía que permanecen de esta manera marginales económica y socialmente por largos periodos"; Graciarena 1972: 109-110.

[18] Véase Pinto 1974.

[19] Véase Paz 1987.

[20] Luis Bresser Pereira subraya el carácter temporalmente limitado del modelo en la medida en que éste dependía "de la transferencia de renta de los sectores

do petrolero y la recuperación económica en los países desarrollados marcaron los límites de la estrategia de crecimiento financiado con deuda. A partir de 1979 las entradas netas del crédito externo disminuyeron hasta casi extinguirse. Los préstamos otorgados eran cada vez más caros y los periodos de maduración más cortos.[21]

Al final de los setenta, aunque los indicadores macroeconómicos expresaban aún valores de crecimiento, era evidente que la productividad de la inversión —entendida en términos de la relación producto/inversión— había decaído considerablemente, y que el crecimiento estaba sustentado, casi en exclusiva, en la recirculación de los recursos adquiridos por deuda.

Las opciones de desarrollo económico y social asumidas desde finales de los años cincuenta y durante los sesenta repercutieron en el orden político de los países de la región. La propia dinámica de la modernización, así como la constitución de fuerzas sociales emergentes de los procesos de industrialización y urbanización, animaron la formación de escenarios de confrontación política entre los sectores identificados con el modelo desarrollista *versus* las oligarquías tradicionales.[22]

La presión por la apertura del espacio político para la participación de los grupos sociales emergentes —burguesías nacionales, grupos de profesionales e intelectuales, sectores medios y populares, proletariado industrial— contribuyó a la formación de nuevas hegemonías políticas en la región,[23] que tuvieron como rasgo común el robustecimiento del papel rector del Estado en los ámbitos de la economía y la política.[24]

---

primario y exportador, que eran, por naturaleza, limitados; de la integración latinoamericana, que al final resultó inviable, y de la alianza entre la burguesía industrial, la tecnoburocracia y los trabajadores, que sólo podía sobrevivir en tanto aquella transferencia de renta pudiera realizarse''; Bresser 1991: 62-63.

[21] Lustig 1995: 68.

[22] Diversos autores hacen notar la incorrección del uso de la categoría ''oligarquía'' y ''crisis oligárquica'' en el análisis de los fenómenos sociopolíticos posteriores a la década de los veinte Graciarena 1972 y Kaplan 1978. No obstante, es una denominación usual para caracterizar la pugna por la hegemonía política de parte del proyecto modernizante, véase Roitman 1992.

[23] Véase Roitman 1992: 23-26.

[24] Como hacen notar Rodrigo Baño y coautores, los grupos sociales impulsores de la industrialización, por no poseer bases económicas propias, vieron en el

La década de los sesenta enmarca la puesta en práctica de diferentes modalidades de Estado benefactor.[25] El gobierno de la Revolución Cubana de 1959, los gobiernos nacionalistas respaldados por el ejército (Panamá con Torrijos, Bolivia con Torres y Perú con Velasco Alvarado), las democracias tradicionales en el Continente (por ejemplo Uruguay y Costa Rica), los regímenes democrático-populares de Brasil hasta el golpe de 1964, y de Argentina y Chile durante los sesenta, representan variantes políticas de la opción desarrollista. En este marco alcanzaron prioridad una serie de proyectos orientados a la consolidación del mercado interno, así como el desarrollo de importantes programas de empleo, salud, vivienda y educación.[26]

El desarrollismo encontró condiciones favorables en la coyuntura económica y política internacional. Cabe destacar al respecto la culminación de los modelos de Estado benefactor en Europa y el éxito político de las formaciones socialdemócratas en la misma región, así como las estrategias de respaldo político y económico de parte de las grandes potencias hacia los países del Tercer Mundo que proponían esquemas de desarrollo con democracia;[27] todo ello

---

robustecimiento del Estado el agente económico en que basar su poder político; Baño *et al.* 1980: 154-155.

[25] Para Desmond King el rasgo central del *Welfare State* está definido por la determinación de criterios no mercantiles, es decir criterios sobre el beneficio social de ciertos bienes tales como la necesidad de estándares mínimos de salud y educación, en las decisiones estatales de producción, distribución y consumo, King 1987: 841. Según Sonia Draibe, esta modalidad política implicó históricamente el surgimiento de sistemas nacionales, públicos o estatalmente reglamentados de educación, salud, integración y sustitución de los ingresos, asistencia social y vivienda, los que, en conjunto, tendían a regular el volumen, las tasas y el comportamiento del salario y el empleo, e incidían en el nivel de vida de la población y, en términos generales, en las condiciones de acumulación capitalista, Draibe 1990: 225.

[26] Un rasgo central del que Kaplan llama ''leviatán criollo'' consiste precisamente en la articulación de las funciones económicas, políticas y sociales del Estado en un esquema coherente, de modo tal que ''el Estado influye en la estructura, la orientación, el funcionamiento y las coyunturas de la economía y la sociedad. Contribuye a la formación del ahorro y la distribución de los recursos e ingresos entre distintos sectores, clases y objetivos. Financia y ejecuta la infraestructura económica y social. A través del empleo burocrático, los servicios sociales y los mecanismos de transferencia, mantiene el nivel de ocupación y de ingreso y la capacidad adquisitiva de la población'', Kaplan 1978: 804-805.

[27] Programas como la Alianza para el Progreso de la administración Kennedy ejemplifican el vínculo de propósitos económicos y políticos presente en las estrategias de apoyo al desarrollo durante los sesenta.

encuadrado dentro del proceso general de formación de alianzas y bloques desarrollado en el contexto de la guerra fría.

En la década de los setenta, la fisonomía política en la región se modificó radicalmente; el periodo registró la generalización en la región —por supuesto con excepciones— del autoritarismo represivo como fórmula de gobierno. En la mayoría de los casos, éste fue encabezado por las fuerzas armadas e instalado por la vía del golpe de Estado.[28] La discusión sobre las causas del fenómeno coincide en dar un lugar central al agotamiento del modelo desarrollista como alternativa para el progreso.[29]

La irrupción del "nuevo autoritarismo"[30] se explica también como respuesta político-militar, como reacción a procesos previos de activación política popular que en algunos casos habían radicalizado las demandas y conductas políticas de diversos sectores y grupos sociales, en especial del movimiento obrero organizado y una parte importante de la clase media urbana.[31]

El periodo de la historia latinoamericana que se extiende de 1960 a 1979 se caracteriza en suma por la complejidad de sus escenarios económicos, políticos y sociales. Las opciones en economía van de la experimentación de un modelo de desarrollo económico moderno y el desencadenamiento de expectativas de transformación social, a una larga etapa de crisis con elevados costos sociales y con reversión de las metas de desarrollo alcanzadas. En política la gama está marcada en un extremo por la implantación de fórmulas de régimen popular, incluso socialistas, y en el otro por la emergencia del más vertical autoritarismo de Estado, es decir el régimen castrense.

La universidad en el desarrollismo

La universidad en América Latina fue ampliamente afectada por la dinámica de cambios económicos y alternativas políticas. A partir

[28] La bibliografía sobre el proceso de militarización en los setenta es muy extensa. Una visión comprensiva del fenómeno pueden verse, además del trabajo de O'Donnell ya citado, en los textos de Zavaleta (1976), Borón (1977) y Zemelman (1978).

[29] Véase Borón 1977.

[30] Entre otros, algunos términos empleados en la literatura para calificar a las nuevas dictaduras son fascismo dependiente, neofascismo, burocrático-autoritarias, nacional-estatismo, dictaduras burocrático-militares, Estado de excepción, Estado de compromiso, etcétera.

[31] Véase O'Donnell 1977 y Dos Santos 1977.

de 1960 prácticamente la totalidad de los sistemas e instituciones del nivel superior desarrollaron procesos de crecimiento y de reforma en los planos de la organización y del currículo. El periodo de 1960 a 1979 se caracteriza por la coincidencia del crecimiento cuantitativo y la reestructuración del sistema de enseñanza superior. Sin embargo, los procesos respectivos no fueron homogéneos, pues tanto la expansión como la reforma se verificaron con intensidad variable en distintos momentos.

A diferencia de los patrones de expansión de la enseñanza superior en el capitalismo avanzado, que se caracterizan por haber culminado una base de escolaridad primaria y secundaria solidificada en la primera mitad del siglo, en nuestro medio el surgimiento del fenómeno denominado universidad de masas se verificó, en términos generales, sin contar con una plataforma comparable.

En el decenio 1960-69 fueron excepción los países que lograron combinar el crecimiento del nivel superior con el combate al analfabetismo y la expansión de los niveles básico y medio. En este caso se encuentran Argentina, Cuba, Uruguay, Costa Rica, Chile y algunas naciones caribeñas,[32] que lograron reducir el analfabetismo a 10% o menos al mismo tiempo que impulsaban la enseñanza superior.[33] Para el segundo caso, que supone el desarrollo de la primaria y la secundaria al mismo tiempo que el crecimiento de la universidad cabe citar los casos de México, Colombia, Perú y Venezuela.

La multiplicación de las oportunidades de acceso a la enseñanza universitaria se expresa en la magnitud del crecimiento. En la década el sistema de enseñanza superior casi se triplicó, de menos de 600 mil estudiantes en 1960 pasó a un millón y medio en 1970. Durante el lapso, la tasa de crecimiento anual se aproximó a 10%. Los países en que se registró una mayor expansión fueron República Dominicana (19.8%), Ecuador (18.3%), Costa Rica (14.7%) y Honduras (14.0%); los que tuvieron las tasas menores de crecimiento fueron Paraguay (6.1%), Argentina (5.0%) y Cuba (3.3%); se debe aclarar que en Argentina y Cuba el umbral de partida era más alto en comparación. Los demás países limitan en el promedio de 10% anual

[32] En especial las naciones del Caribe angloparlante. Cabe hacer notar que a partir de la década de los sesenta y durante el periodo subsiguiente estos países comenzaron a independizarse del Reino Unido. Los procesos de independencia nacional favorecieron la implantación de políticas sociales en que la educación alcanzó una alta prioridad, Rodríguez Gómez 1993a.

[33] Véase Tedesco 1983.

ya mencionado. Únicamente Haití vio decrecer el tamaño de su sistema universitario durante el periodo.[34]

La expansión universitaria de los sesenta se explica en función de su articulación con el proyecto desarrollista y las demandas sociales que el mismo desencadenó. Por un lado, el modelo económico requería de cuadros especializados para la promoción de industrias dinámicas de capital intensivo y para incrementar la productividad del trabajo; por el otro, los grupos sociales emergentes de la modernización económica gestaron una fuerte presión por obtener calificaciones y certificados que les permitiesen competir por el acceso a las franjas superiores del mercado de trabajo.[35]

La transformación cuantitativa y cualitativa de la universidad fue posible a través de la colocación de fondos públicos en el sistema de educación superior en una magnitud sin precedentes. A lo largo de la década, la proporción del gasto público destinado a la educación observó una clara tendencia de crecimiento; como promedio regional la educación pasó de consumir una proporción de 10% del gasto público en 1960, a otra de casi el 20% en los primeros años setenta. En el sector educativo, la enseñanza superior fue sin duda el sector privilegiado de la estrategia presupuestaria. El financiamiento de las innovaciones universitarias se respaldó en buena medida en la afluencia de créditos internacionales orientados *ex professo* al fortalecimiento de la enseñanza superior. En este marco se desarrolló también un conjunto de esfuerzos enfocados a la planeación regional de la enseñanza superior. A principios de la década la UNESCO, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y la OEA, apoyada en la Alianza para el Progreso, favorecieron la realización de diagnósticos y propuestas de desarrollo sobre la base de la planeación educativa.[36]

El desarrollo de la universidad en la década de los setenta se caracteriza a su vez por la aceleración del crecimiento iniciado en el periodo anterior. Entre 1970 y 1974 se registró la fase de máxima expansión, al alcanzarse una tasa de crecimiento anual superior a 15%. En el lustro, prácticamente la totalidad de los países duplicaron sus matrículas escolares y por lo tanto sus tasas de cobertura demográfica. Algunos casos que representan la tendencia de crecimiento referida son los de México, Costa Rica, Nicaragua,

[34] Datos de la UDUAL, en Latapí 1978: 7-9.

[35] Rama 1982: 46-47.

[36] Véase Mignone 1988.

Argentina, Colombia, Chile y Venezuela, que duplicaron su población universitaria. En otros casos el crecimiento fue todavía mayor, como en El Salvador, Panamá, Cuba y Brasil que triplicaron sus matrículas. El caso de Brasil es excepcional en este sentido, puesto que pasó de 400 mil estudiantes en 1970 a más de 1 millón en 1975. En el quinquenio ocurrieron además una serie de importantes transformaciones cualitativas, de las que cabe referir, en primer término, los cambios en el nivel de la organización académica de las universidades. Una de las innovaciones más significativas en este renglón está representada por la adopción en diversos contextos de la estructura departamental, en sustitución de la organización tradicional basada en escuelas y facultades. Asimismo, en la primera mitad de los setenta tuvieron lugar reformas académicas que planteaban la transformación del currículo. Cabe señalar que en ese momento coincidieron las tendencias más vigorosas de crecimiento con las innovaciones más radicales en la enseñanza. A diferencia de los cambios implantados en la década anterior, las reformas académicas de los setenta se caracterizaron por incorporar el discurso radical heredado de los movimientos sociales de la época.[37] Democratización, apertura política, vinculación con los sectores populares, participación en la toma de decisiones, politización de la vida universitaria, entre otros, fueron términos clave del discurso reformista. Este giro conceptual guarda relación con las definiciones programáticas y los cambios políticos que se vivieron en varias naciones del continente. En la segunda mitad de los setenta el ritmo de crecimiento comenzó a perder velocidad, especialmente en los países del Cono Sur. Ello se debió en parte a la incipiente adopción de estrategias socioeconómicas de corte neoliberal de los gobiernos militares, en especial en Argentina, Uruguay, Brasil y Chile, que tendieron a frenar el subsidio público de la educación superior. Además, el hecho de continuar la expansión suponía una efectiva proyección del

[37] Como hipótesis puede plantearse la concurrencia de dos grandes vertientes ideológicas que alimentaron la discusión en forma y contenido. Por un lado, como ya se mencionó, el desarrollo de una "nueva izquierda" latinoamericana dinamizada por los éxitos de la Revolución Cubana. Por otro lado, el discurso de los movimientos antisistémicos de los sesenta (pacifismo, derechos civiles, feminismo, antiautoritarismo, etcétera), que alcanzaron en los sesenta y setenta una impresionante difusión en todo el mundo. En las reseñas de Wini Breines (1985) y de Ron Eyerman (1988) se encuentra una revisión contemporánea de las características de los movimientos sociales en los años sesenta. En el texto de Todd Gitlin (1980) se discute ampliamente el tema de la difusión de los citados movimientos gracias al desarrollo alcanzado por los *mass media*.

sistema hacia los sectores sociales marginados del desarrollo social (proletarios, campesinos y los sectores no asalariados) y la descentralización de la planta física. Al cabo, entró en juego un factor político: en los setenta un importante sector de la disidencia radical se estableció en las universidades que, por tradición, han sido lugares caracterizados por la libertad de expresión; la generalización del militarismo en el Cono Sur golpeó con especial dureza y encono a la juventud universitaria.[38]

Como resultado de la consolidación del militarismo, entre 1975 y 1979, Argentina, Chile y Uruguay vieron disminuir las cifras absolutas de su matrícula universitaria y Brasil apenas sostuvo la tasa de cobertura demográfica que había alcanzado en 1975; esto se debió en gran parte al crecimiento del sector privado que, para entonces, superaba la proporción de 60% del total de la matrícula. En el resto de los países el crecimiento fue positivo, aunque discreto (casi 7% anual en promedio). Los casos en que se sostuvo el ritmo de crecimiento del quinquenio 1970-1974 son ejemplos aislados: Guatemala, Nicaragua, y en menor medida Cuba y Paraguay. Otro rasgo distintivo del periodo consiste en las tendencias hacia la diversificación de los sistemas de enseñanza superior, que hasta ese momento se habían fundamentado en la presencia de grandes universidades nacionales organizadas, en lo fundamental, bajo el paradigma napoleónico, es decir supremacía de las profesiones liberales frente a la enseñanza tecnológica y supremacía de la función docente sobre la investigación y la extensión.[39] La diversificación operó en varios órdenes del sistema. En primer lugar, mediante el apoyo al segmento tecnológico de la enseñanza superior; en torno a esta política coincidieron dos factores, el cambio en las estrategias de financiamiento internacionales a la educación superior que, bajo un nuevo enfoque —*manpower approach*—[40] tendieron a dar

[38] Véase Rama 1984.

[39] Al respecto señala Schwartzman que "de los tres principales modelos europeos (el francés, el inglés y el alemán), el francés fue el que se copió en América Latina, así como en muchos otros países que aspiraban a los valores de la modernización y la racionalidad. Lo que generalmente faltaba en estas adaptaciones, eran los valores del racionalismo individual y de la ciudadanía... que operaron como contrapeso a las limitaciones de la restauración napoleónica", Schwartzman 1994: 32.

[40] Esta denominación hace referencia de una serie de metodologías empleadas para calcular la necesidad, en cantidad y calidad, de determinadas formas de calificación de la fuerza de trabajo, así como para estimar la relación oferta-demanda de puestos en el mercado de empleo. Una síntesis del enfoque puede verse en Hinchliffe 1989.

preferencia a los proyectos de formación técnica en los niveles medio y superior del sistema.[41] Por otra parte, dado que la expansión tan acelerada en las matrículas universitarias del periodo inmediato anterior provocó la saturación efectiva de algunas profesiones, con secuelas de desempleo profesional, la consolidación de un segmento tecnológico ofrecía al parecer una salida a la problemática del empleo profesional.

En segundo lugar, las políticas de planeación educativa favorecieron la gestación de un ciclo medio superior terminal, generalmente de carácter tecnológico o comercial, que al mismo tiempo que atendía parte de la demanda social hacia la educación, en especial las demandas de los sectores populares, aliviaba la presión sobre el sistema universitario.

En tercer lugar, se apoyó la formación universitaria de posgrado, pues a medida que crecía la masa de egresados universitarios, sin la expansión concomitante del mercado de empleo profesional, comenzaron a verificarse fenómenos significativos de fuga de talentos, agravados claro está por los casos de represión política sobre las juventudes universitarias (Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, y también Guatemala, El Salvador y Honduras). El crecimiento del posgrado ofrecía no sólo la posibilidad de atender las demandas generadas por la propia expansión[42] sino la consolidación de un sistema universitario de corte moderno.

En cuarto lugar, a lo largo de la década se verificó una tendencia a la desconcentración geográfica de las instituciones de enseñanza superior. En algunos casos, como Venezuela, Brasil y México, la desconcentración se orientó al establecimiento de centros universitarios en las capitales de las entidades provinciales; en otros, como Perú, Bolivia y Ecuador, el proceso de descentralización alcanzó solamente las ciudades más importantes fuera de la capital;[43] no obstante, la universidad se conservó como un fenómeno exclusivamente urbano.

En quinto lugar, aunque la proporción cuantitativa del segmento de enseñanza privada permaneció más o menos igual en toda la

[41] Debe hacerse notar, sin embargo, que al final de la década casi 60% del total de establecimientos de enseñanza superior en la región ofrecían estudios en diez carreras o menos y que sólo una quinta parte del total de centros contaban con más de veinte carreras, UDUAL 1983: 8.

[42] Véase Portantiero 1981.

[43] Véase Castrejón 1981.

década, se desarrolló una tendencia de diferenciación del sector. A partir de la clasificación de Levy (1985) que distingue tres modalidades de enseñanza superior privada (la católica, la secular de élite y la orientada a la absorción de la demanda) puede establecerse la siguiente pauta. El modelo católico logró consolidarse en aquellos países en que esta modalidad educativa había sentado tradición, y también en aquellos en que la participación de la Iglesia católica tenía un papel político relevante. Cabe al respecto citar los casos de Chile, Bolivia y República Dominicana.[44] El modelo secular de élite, que se caracteriza por ofrecer una alternativa de educación de calidad orientada en específico a las clases altas urbanas, tendió al crecimiento y la consolidación en los casos de México y Venezuela. Por último, el modelo de absorción de la demanda, que se distingue justamente por ofrecer educación superior a los estudiantes que no logran acceder a la universidad pública, o no pueden pagar la privada de élite, registró un auge en aquellos países que detuvieron la expansión del sector público, en concreto Brasil, Chile y Argentina.[45]

En sexto lugar, se generalizaron las modalidades de universidad abierta y universidad a distancia como opciones que ofrecían la posibilidad de continuar la expansión sin necesidad de invertir en planta física.

Por último, como efecto de la recesión del crecimiento en varias universidades públicas se reactivaron los procesos de selección de la matrícula mediante políticas de restricción de acceso (*numerus clausus*). Esta política fue especialmente intensa en los casos de Brasil, Argentina y Chile, pero también se verificó en las universidades de Costa Rica, Perú y México, entre otras. El proceso de diferenciación interna del sistema, tomado en su conjunto, se tradujo en el desarrollo de formas de segmentación social del aparato universitario. De hecho, con la masificación la universidad perdía efectividad como canal de movilidad social y como instancia de formación que inevitablemente conducía al mercado de empleo.[46]

Desde el punto de vista social la expansión sentó las bases para una distribución más equitativa de las oportunidades de enseñanza

[44] García Guadilla 1988.

[45] Levy 1986.

[46] En la medida en que ello sucede, los mecanismos de diferenciación social tienden a trasladarse, en primer lugar, a la órbita del empleo. Pero, en segundo lugar, a los tipos de universidad en que se realizaron los estudios. Este proceso hace alusión a la denominada "segmentación social" de la universidad.

superior. Para los jóvenes provenientes de las clases medias urbanas esta institución llegó a representar una posibilidad realmente asequible. Hacia el final de la década prácticamente se había completado la equiparación de las proporciones de hombres y mujeres que llegaban a ella. Según datos de la UNESCO, en 1980 la mayoría de los países registraron cuotas de acceso femenino superiores al cuarenta por ciento: Panamá (52%), Argentina (49%), Brasil (48%), República Dominicana (47%), Costa Rica (45%), Venezuela (44%), Chile (44%), Uruguay (42%) y Paraguay (41%).[47] En el Caribe anglófono la proporción superó en todos los casos la barrera del cuarenta por ciento.[48]

En los últimos años del decenio el sistema universitario comenzó a manifestar los límites de la estrategia adoptada. Algunos de los principales síntomas del agotamiento eran las severas dificultades de proseguir el ritmo de expansión característico del periodo anterior, la pérdida de prestigio de los niveles de calidad de la formación universitaria, la imposibilidad de proyectar a la mayoría de sus egresados a las posiciones del empleo profesional, las dificultades de desarrollar un balance adecuado entre enseñanza e investigación, en condiciones en que la mayoría de los cuadros académicos se empleaban en atender la demanda por formación escolar, entre otros aspectos.[49]

En este sentido podemos entender que la gran expansión de los servicios de educación superior fue un resultado de la política de desarrollo que buscaba combinar expectativas de legitimidad, que se resumen en la satisfacción de demandas sociales de participación, con el objetivo de disponer de una fuerza de trabajo altamente especializada. Las condiciones para consolidar un programa de esta naturaleza estaban dadas por la posibilidad de sostener el ritmo expansivo, de modo tal que fuera posible estabilizar la relación oferta/demanda de estudios universitarios, la posibilidad de ampliar los canales de participación abiertos al sector estudiantil en el terreno del empleo, la política y la organización de la cultura, y la posibilidad de concretar una relación fluida y estable entre los requerimientos de la producción, la demanda de tecnologías y servicios profesionales y la oferta escolar.

La concreción de estos factores dependía, por supuesto, del éxito del modelo general de desarrollo dentro del cual surgió la es-

[47] Datos de UNESCO 1987.

[48] Véase Rodríguez Gómez 1993a.

[49] Véase Graciarena 1982 y Herrera Lane 1980.

trategia de expansión, lo cual hizo sumamente sensibles y vulnerables a las universidades de los rumbos que en materia de proyecto económico y de régimen político fueron asumidos por los Estados de la región.[50]

Como se mencionó al inicio de esta sección, la coyuntura económica y política latinoamericana del periodo 1960-1980 osciló entre el desarrollismo y la crisis, y entre modalidades sui géneris de Estado Benefactor y dictaduras militares. En estrecha relación con esos procesos, el desarrollo de las universidades registró momentos de acelerada expansión y reforma y momentos de retroceso y pérdida de dinamismo.

II. Segundo escenario: crisis económica y ajuste estructural

Contexto económico y político

La década de los ochenta representó para América Latina un momento de recesión económica y de retroceso en materia de desarrollo social;[51] se trata de un periodo que la CEPAL calificó como "década perdida para el desarrollo". En lo político se trata de un periodo de tránsito de regímenes autoritarios a nuevos esquemas democráticos. En los años noventa la dinámica económica se caracteriza por enfrentar las secuelas de la crisis y la búsqueda de un modelo favorable a la recuperación del desarrollo, así como por la consolidación de la alternativa democrática; en este sentido se habla de una doble transición.

[50] De hecho junto con la expansión del sistema de enseñanza superior se fue acrecentando la porción del gasto gubernamental para el subsidio de las instituciones en lo particular, asimismo desde el nivel de la planeación del sistema se desarrollaron criterios y normas para la asignación de recursos con base en presupuestos, planes anuales e informes que las instituciones debían rendir periódicamente. Uno y otro elementos coadyuvaron para reducir en la práctica el margen de maniobra en las negociaciones universidad-Estado.

[51] Conviene desde luego insistir en que el desarrollo económico regional de las décadas anteriores tuvo como contrapartida un modelo de distribución de los ingresos que favoreció, casi exclusivamente, a los grupos sociales vinculados a la pauta de modernización. Como señala Roberto Guimaraes: "En resumen, se podría avanzar la hipótesis de que el dinamismo económico de la región ha sido posible, históricamente, a costa de la justicia social, y muchas veces incluso a costa de la democracia. En segundo lugar, ese carácter estructural del desarrollo latinoamericano se ha visto agravado... por la exclusión absoluta —económica, política, social y cultural— de las inmensas mayorías nacionales", Guimaraes 1990: 22-23.

Como se hizo notar anteriormente, el crecimiento económico en la región se había sustentado en la articulación de una serie de estrategias que configuraron un modelo de desarrollo basado en la política de industrialización enfocada al mercado interno, la exportación de materias primas y energéticos, la inversión extranjera y el acceso al crédito externo.[52] Todos estos factores tendieron a la recesión durante los ochenta. El deterioro de los términos de intercambio de la exportación de materias primas fue especialmente agudo; al ponderar las diferencias de precios de los productos se estima que el valor de las exportaciones de básicos y energéticos disminuyó a la mitad entre el principio y el final de la década.[53] El factor que precipitó la recesión económica fue sin duda el cambio de las condiciones bajo las cuales se había basado la estrategia expansiva. La recesión internacional de 1982 causó una serie de efectos deletéreos en la relación entre los países desarrollados y las economías dependientes. El incremento de las tasas de interés sobre la deuda externa, la drástica reducción de los precios de las exportaciones y la retracción de la inversión productiva, propiciaron la recesión económica.[54] Pero las variables de mayor peso en el inicio de la crisis regional gravitaron en torno de la dependencia financiera.

En el curso del decenio, aunque con mayor intensidad en los primeros años ochenta, al tiempo que disminuía la cantidad de recursos crediticios proporcionados por la banca internacional, se multiplicaba el pasivo de la deuda. Este fenómeno fue el resultado de la acumulación de vencimientos en un contexto de incremento de las tasas de interés.[55] Muy pronto la dinámica del endeudamiento adquirió un carácter vicioso, puesto que la contratación de nuevos créditos fue destinada principalmente al cumplimiento de obliga-

[52] Según Pedro Paz, "entre 1976 y 1982 los países en desarrollo acumularon un déficit superior a los 400 000 mdd. Este déficit debía ser financiado, y el camino adoptado fue el crecimiento en espiral de la deuda externa", Paz 1987: 55.

[53] Rosenthal 1989: 7.

[54] Sergio Bitar resume la situación sobre la base de los siguientes indicadores, "por primera vez (en 1982), América Latina se vio obligada a efectuar una transferencia neta de recursos al exterior de 18 300 mdd. Igual ocurrió en 1983, 1984 y 1985... Entre 1980 y 1985 la relación de precios de intercambio decayó en un 18.5% ... Las importaciones cayeron cerca de un 50% entre 1982 y 1984", Bitar 1991: 22-24.

[55] El indicador del porcentaje de la deuda regional vinculado a tasas de interés variable pasó de 4% en 1970 a 68.3% en 1989, Banco Mundial 1991: 243.

ciones vencidas. En los primeros cinco años de la década el servicio de la deuda pasó a absorber de 45% a 63% de las exportaciones.[56]

En estas condiciones, prácticamente ningún país logró hacer realidad los objetivos contradictorios de combate a la inflación, estímulo a la inversión y recuperación económica. Como resultado, la tendencia general fue la reversión del crecimiento del PIB. Para la región en su conjunto, el indicador respectivo presenta un valor negativo, la caída acumulada del PIB per cápita en la región fue de -8.3%[57] y sólo Chile logró un ritmo de crecimiento superior al 1% anual.[58]

La adopción en la región de políticas económicas y sociales basadas en el paradigma neoliberal se acompañó de una redefinición general del papel del Estado en la conducción económica nacional. Como primera medida se impusieron estrategias limitativas de la inversión pública, fuera de ciertas ramas consideradas estratégicas, así como políticas de privatización total o parcial de empresas y otros sectores de actividad que permanecían en manos del Estado, conjuntamente con restricciones al crecimiento del sector público como rama de empleo. Además, los gobiernos establecieron mecanismos de control fiscal y de racionalización del gasto público con la idea de mejorar en transparencia y eficacia el ejercicio presupuestario.

Los efectos sociales[59] de la recesión, y de las ulteriores políticas de ajuste, se manifestaron en múltiples niveles y órdenes, de los cuales se pueden destacar el empleo, los salarios y el acceso a recursos sociales.[60]

---

[56] Datos del BID 1990: 13.

[57] Según Lustig 1995, p. 83.

[58] Según datos del Banco Mundial (1991) los países que evitaron la contracción del PIB per cápita durante los ochenta fueron Barbados, Colombia, Cuba, Chile y República Dominicana, los cuales tienen en común que no dependían de sus exportaciones petroleras y, además, que fueron menos presionados por el agobio del endeudamiento externo; de cualquier forma, en todos estos casos el crecimiento fue poco significativo.

[59] Enzo Faletto define como principal "costo social" de la crisis "el debilitamiento de los escasos mecanismos de integración existentes en la sociedad y por lo tanto vastos sectores pasan a engrosar el alto número de los excluidos", Faletto 1990: 131.

[60] Entre los trabajos que estudian los efectos sociales de la crisis regional cabe citar a Nikken 1988; Ghai y Hewitt 1989; BID 1990; Guimaraes 1990 y Rodríguez Noboa 1991.

La crisis productiva y financiera afectó gravemente al mercado de trabajo, ya que el estancamiento del aparato productivo y el adelgazamiento del Estado provocaron una recesión de los índices de empleo asalariado.[61] La tendencia regional fue en primer término el incremento de las cuotas de desempleo abierto; en este renglón sobresalen los casos de Argentina que pasó de 2.6% a 7.5%, Guatemala, de 2.2% a 6.4%, Panamá, de 9.7% a 20% y Paraguay, de 4.1% a 6.6%. Por la naturaleza misma de la crisis el sector más afectado fue el de la producción manufacturera, aunque también el empleo burocrático sufrió una retracción significativa. Junto a este fenómeno se generalizó la presencia del empleo informal, que amalgama una serie diversificada de trabajos no asalariados en actividades comerciales y de servicios.[62] En Perú, Bolivia, Brasil y México, para citar sólo algunos ejemplos, tales actividades involucraron en el curso de la década una cada vez más amplia franja de la PEA.[63] La informalidad consiguió aliviar la caída del empleo urbano en los sectores de industria y servicios, amortizando las tasas de desempleo abierto en las zonas urbanas.

La disminución de los salarios mínimos reales[64] entre 1980 y 1989 alcanzó la proporción de -25%. Los casos en que dicha

---

[61] Como atinadamente señala Roberto Korzeniewicz, la calidad de los indicadores estadísticos sobre el empleo en la región es tal que imposibilitan cualquier comparación con pretensiones de exactitud. Por ejemplo, las tasas de desempleo refieren, generalmente, a las zonas urbanas, lo cual, en países con un componente de población rural importante, resulta un dato poco fidedigno de la situación nacional, véase Korzeniewicz 1994: 40-41.

[62] En México y Brasil, la tasa de desempleo abierto disminuyó en términos relativos durante la década, no obstante, la franja de empleo informal se amplió considerablemente, lo cual quiere decir que la expulsión del sector formal se canalizó directamente a la informalidad. En Perú y Venezuela el crecimiento del sector informal alcanzó a estabilizar el nivel de desempleo, que se mantiene más o menos constante en la década. En Argentina ocurre simultáneamente el aumento del desempleo y la expansión de la informalidad, Díaz 1994: 24.

[63] El caso chileno se aparta notablemente de este patrón. Por un lado, durante la década se disminuyó la tasa de desempleo, aunque en los años 1982 y 1983 ésta alcanzó niveles sobresalientes. La aplicación de programas de emergencia para la protección del empleo, y la articulación entre las economías formal e informal, lograron que en este país se lograse revertir la tendencia continental, Díaz 1994: 25.

[64] En el conjunto total de salarios, se advierte también una tendencia negativa en el periodo. Por debajo del promedio regional están los casos de Perú (-11.2% anual), Ecuador (-7.1% anual), México (-7.1% anual) y Brasil (-3.5% anual). En tres países hubo una tendencia positiva, en Paraguay (4.0% anual), Costa Rica (2.2% anual) y Colombia (1.2% anual), Cardoso y Helwenge 1992: 22.

disminución fue más acusada fueron Perú (-76.8%), El Salvador (-64.4%), Ecuador (-56.3%) y México (-54.1%). Siguen en orden, Argentina (-31.6%) y Brasil (-31.4%). En estas circunstancias se incrementó la proporción de hogares en condiciones de pobreza de 35% en 1980 a casi 40% al final de la década,[65] lo que significa más de 180 millones de personas en esa condición;[66] la proporción de personas en la categoría de indigentes pasó de 19% a 21% en el mismo lapso.[67] Cabe hacer notar además, que el mayor incremento de los índices de pobreza se registró en las zonas urbanas.[68]

Aunque de un modo poco equitativo, el crecimiento económico de las décadas anteriores logró mejorar los niveles generales de bienestar y la difusión de los servicios básicos, especialmente en las zonas urbanas. Con motivo de la crisis se inició una tendencia recesiva en este renglón. Aunque hay pocos indicadores precisos sobre la cuestión resulta claro que el debilitamiento del Estado como rector de la vida económica y promotor del desarrollo se tradujo en una retracción del monto y la calidad de los servicios públicos.[69] Entre 1980 y 1989 la participación del sector educativo dentro del gasto gubernamental se redujo en varios de los países de la región a menos de la mitad, y la participación del sector salud decayó aproximadamente en 25%.

La adopción de políticas económicas de corte neoliberal en respuesta a los cuadros de crisis característicos de los años ochenta conforma la coyuntura con que se inicia el decenio de los noventa. Los programas de ajuste estructural (PAE), comprometidos con

[65] En este renglón las variaciones nacionales son significativas. Según datos de Cardoso y Helwenge 1992: 26, los indicadores por país correspondientes a 1989 son, en orden decreciente, Honduras (65%), Perú (80%), Brasil (49%), Colombia (45%), Panamá (39%), México (34%), Venezuela (25%), Costa Rica (24%), Chile (17%) y Argentina (8%).

[66] Datos del BID 1991: 27.

[67] Según Tokman 1995: 219.

[68] En CEPAL (1990) se comparan los niveles de pobreza entre 1970 y 1986; en este documento se hace notar que mientras en el ámbito rural el número de hogares en condiciones de pobreza disminuye en términos relativos, lo contrario sucede en el área urbana.

[69] Pedro Nikken hace notar que la crisis económica y su influencia negativa en las condiciones de vida, los ingresos, el empleo, etcétera, de la población representa un atentado contra los derechos humanos, ya que "en esta situación, los derechos humanos son puestos en cuestión; no sólo en la medida en que los latinoamericanos pierden el derecho a vivir como ciudadanos plenos y libres, sino porque un inmenso número de personas están siendo despojadas de la posibilidad de vivir simplemente como seres humanos", Nikken 1988: 194.

los principales acreedores configuraron en la región una suerte de nuevo paradigma en materia de política económica y de modelo de desarrollo. Algunas de las medidas de dichos programas incluyen la privatización de los sectores productivos y de servicios en manos del Estado, la apertura hacia el mercado internacional, la refuncionalización del papel del Estado en la regulación y control de las variables macroeconómicas y la reducción relativa del gasto social gubernamental

Al terminar la década de los ochenta, la adopción de las estrategias de choque impuestas por los programas de ajuste estructural consiguió aminorar procesos tales como la hiperinflación y el estancamiento económico derivados de la crisis, así como disminuir el déficit fiscal y aun lograr una situación regional de relativa estabilización y crecimiento moderado de los indicadores macroeconómicos.[70] En el inicio de la década los signos de recuperación de la economía regional alentaron un mayor flujo en el renglón de inversión extranjera, aunque ésta se canalizó principalmente a los mercados accionarios, lo que provocó fuertes oscilaciones en la tendencia de recuperación.[71]

En los años más recientes los gobiernos han apostado en favor de los esquemas de integración regional como estrategia para su incorporación al mundo de la economía globalizada. La firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Estados Unidos-Canadá-México), el establecimiento del Mercosur (Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay), la reactivación de instancias como el SELA, la ALADI, el Pacto Andino, CARICOM, y el Mercado Común Centroamericano representan expresiones de esta intención No obstante los primeros avances positivos de estas iniciativas, especialmente del convenio Mercosur, aún subsisten importantes obstáculos para concretar relaciones productivas derivadas de los acuerdos; algunos de ellos son de carácter estrictamente económico —como

[70] En la coyuntura 1991-1992 los indicadores macroeconómicos regionales eran los siguientes, a) después de tres años de estancamiento, en 1991 se alcanzó un crecimiento del PIB del orden de 3%; b) el PIB global permitió, en ese mismo año, elevar el PIB per cápita en 1%; c) en 1991, después de 10 años, la transferencia neta de recursos fue positiva; d) disminuyó el servicio de la deuda en términos absolutos y en relación con el valor de las exportaciones; e) la tasa de crecimiento de la inflación se redujo en una quinta parte de los valores de 1989 y 1990; véase Arancibia *et al.* 1993: 35-36.

[71] Al inicio de 1995, la devaluación de la moneda mexicana, y sus efectos en cascada en los mercados accionarios de la región, abrieron una fase recesiva en las principales economías de la región.

por ejemplo los problemas de convertibilidad de divisas, las diferentes cuotas de inflación entre los países socios, la diversidad de políticas económicas con respecto a la producción y la exportación, etcétera—, otras limitaciones refieren al carácter marcadamente comercial de los convenios y a la escasa o nula participación de los grupos y sectores no empresariales, todo lo cual demerita las posibilidades de una auténtica cooperación para el desarrollo regional.

En la esfera de lo político la crisis revirtió contra los regímenes autoritarios que hegemonizaban el poder en el Cono Sur,[72] de suerte que las dictaduras en Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay y Chile cedieron el paso a gobiernos electos por sufragio.[73] Simultáneamente en la región centroamericana se impulsó una tendencia de pacificación de los conflictos nacionales.[74]

Aunque durante los ochenta un rasgo común en el ámbito político regional sea el declive de los regímenes autoritarios y los intentos de restauración democrática,[75] los procesos correspondientes no tuvieron una misma causa directa ni siguieron similar dirección. En el Cono Sur el ocaso de la dictadura militar argentina estuvo directamente relacionado con la derrota que sufrieron la fuerzas armadas al confrontarse con Inglaterra en las Malvinas.[76] En Brasil y Uruguay, en cambio, los militares pudieron negociar su salida del gobierno a través de pactos con las fuerzas políticas existentes, al grado de convenir en ambos casos leyes de amnistía preventiva. En

[72] Según Manuel Garretón las dictaduras militares de la región (el Estado de compromiso) tuvieron que dejar el poder sobre todo por incapacidad de resolver la crisis económica, hecho documentado por el estancamiento económico, la dependencia externa, el desempleo, las desigualdades crecientes, la miseria, la desintegración social, etc., Garretón 1986: 77. Alain Rouquié, por su parte, insiste en agregar al "factor económico" como causa de la crisis de hegemonía de los militares, su ineficacia para constituirse como una organización política viable, Rouquié 1987: 365-373.

[73] Entre los estudios que analizan específicamente el ocaso de las dictaduras militares en el Cono Sur americano cabe citar Johnson 1986, Garretón 1986 y Rouquié 1987.

[74] Sobre las relaciones entre economía y política en la fase de transición véase Bitar 1991; Franco 1991; Maira 1991 y Paramio 1991.

[75] La ola democratizadora se inició con la derrota del dictador Somoza en Nicaragua en 1978 y continuó en Ecuador (1979), Perú (1980), Honduras (1982), Bolivia (1982), Argentina (1983), El Salvador (1984), Uruguay (1985), Brasil (1985), Guatemala (1986), Paraguay (1989) y Chile (1990).

[76] Este hecho exacerbó los conflictos internos en la fórmula gobernante hasta el punto en que el general Galtieri tuvo que hacer una entrega incondicional del mando al radical Raúl Alfonsín, Cavarozzi 1995: 461.

Chile la dictadura de Pinochet logró desarticular mediante represión los continuos movimientos de protesta, sin embargo no pudo impedir la realización del plebiscito comprometido en 1980 a la firma de la nueva Constitución, el cual se llevó a efecto en 1988, con la consiguiente derrota de Pinochet; un año más tarde se realizaron elecciones por la presidencia. En Paraguay la muerte de Stroessner precipitó los acontecimientos al dar inicio a un lapso de transición del gobierno militar al civil.

Pese a la especificidad de estas transiciones, un común denominador se encuentra en la ineficacia que mostraron los regímenes autoritarios para articular un proyecto de desarrollo capaz de enfrentar los embates de la crisis económica regional.[77] A pesar de haber aplicado con rigor los programas de ajuste estipulados por las agencias internacionales, fueron incapaces de concretar los pactos sociales requeridos para romper el *impasse* de la crisis. Tanto la clase empresarial como los sectores populares manifestaron oposición a los programas de ajuste a través de variadas formas de resistencia, pero lo decisivo en el desgaste de la capacidad de gobierno de estos regímenes fue la ausencia de espacios de negociación política para establecer compromisos activos entre las partes; un estado de anomia social e ingobernabilidad precedió a la crisis del autoritarismo.

En la reconstrucción democrática se privilegió la puesta en marcha de instancias y procedimientos para el reestablecimiento del Estado de derecho y la protección de los derechos humanos; un segundo momento se caracterizó por procesos de negociación entre las fuerzas militares, los partidos políticos y otros actores representantes de la sociedad civil, que condujeron al ejercicio electoral. Como culminación de esta transición, en el transcurso de la década de los ochenta y los primeros años noventa, se celebraron elecciones para la implantación de autoridades civiles en todos los países con la sola excepción de Cuba.

La reposición del régimen democrático ha tenido como premisa obligada la configuración de legitimidad, la cual se ha basado en el diseño de ofertas y prácticas políticas en que se ha acentuado el carácter estratégico de la recuperación económica, la satisfacción

[77] José A. Silva Michelena hace notar que si bien es cierto que la crisis contribuyó al derrumbamiento de los regímenes militares y dio vida a los esfuerzos de democratización, hay que reconocer que la crisis también incrementó los factores de desestabilización en el establecimiento de la democracia, Silva Michelena 1988: 6.

de demandas sociales postergadas, el respeto al orden legal, y la estabilización de estructuras y espacios de participación política.

La universidad en la crisis

Durante la década de los ochenta las universidades se vieron sujetas al accionar de fuerzas y demandas contrapuestas. Por una parte, la crisis económica y los modelos de ajuste afectaron con severidad las condiciones de financiamiento de los establecimientos públicos e impidieron, en términos generales, proseguir la pauta expansiva. Por otra parte, sin embargo, el proceso de restauración democrática abrió espacios para la recuperación de las universidades por las comunidades académicas, al tiempo que suscitó nuevas demandas sociales hacia las mismas. En la encrucijada de una doble transición la vida universitaria recuperó terreno, se intensificó el debate académico y se experimentaron innovaciones y cambios en la organización. A continuación se referirán los dos aspectos más señalados en la dinámica de cambio, es decir la estabilización del ritmo de crecimiento y el proceso de diferenciación y segmentación social del sistema. Sobre esta base se presentarán algunas perspectivas de desarrollo discernibles en el momento actual.

Los años ochenta fueron para la universidad un periodo de estabilización del ritmo de crecimiento logrado en las décadas anteriores. Como ya vimos, entre 1960 y 1969 la tasa de crecimiento anual registró un valor aproximado a 10% y entre 1970 y 1979 superior a 15%. En los ochenta el ritmo de crecimiento fue alrededor de 3% anual. En una primera aproximación el dato puede interpretarse como de sostenimiento del nivel de desarrollo alcanzado en 1980, lo cual indudablemente es un dato positivo en el contexto de recesión y crisis descrito en el apartado anterior. No obstante, la cifra promedio soslaya las variaciones entre los países. A diferencia de los periodos anteriores en que la expansión fue una constante entre la diversidad de situaciones nacionales, durante los ochenta se desarrollaron procesos de fuerte expansión, de estancamiento y de reversión de la oferta educativa superior.

Entre los casos de crecimiento vigoroso de la matrícula escolar son destacables Argentina y Uruguay. El primero de estos países duplicó su matrícula antes de 1985, el segundo la triplicó. En ambos casos el crecimiento llevó a niveles de cobertura equiparables al promedio de los países desarrollados, es decir más de 30% del grupo en la edad escolar correspondiente; otros ejemplos de crecimiento relativo real corresponden a Honduras y Barbados.

En la segunda situación, es decir de mantenimiento de los niveles de satisfacción de la demanda a través del crecimiento moderado, se encuentran los casos de Costa Rica, Cuba, El Salvador, Chile, México, Panamá, Perú y Venezuela; en ellos la estrategia fue hacer evolucionar la oferta educativa al ritmo del crecimiento demográfico natural del grupo de edad, es decir entre 2.5% y 4% anual como promedio.

Entre los casos de decrecimiento de la oferta es preciso distinguir dos situaciones. Por un lado los países que aunque retrocedieron en su capacidad de cobertura conservaron las cifras absolutas de la matrícula en el mismo nivel, como Bolivia, Brasil, Guatemala, Panamá y Paraguay. Por otro, los países en que se contrajo el volumen absoluto de matrícula universitaria, como Ecuador, Nicaragua y Trinidad y Tobago.

Esta diversidad es indicativa de la gama de estrategias con que los sistemas de enseñanza superior enfrentaron la crisis de financiamiento del periodo.[78] Si bien el fenómeno expansión-reforma fue un rasgo generalizado de la universidad entre 1960 y 1980, y la restricción de los recursos canalizados a la enseñanza superior en los ochenta es otra constante, los patrones de desarrollo del nivel en los ochenta tendieron a la diversificación.

Uno de los cambios más importantes que se registraron en la década consistió en la diferenciación académica y la segmentación social del sistema de enseñanza superior. Dentro de ella desempeñó un papel decisivo el desarrollo del sector privado en la región. La tendencia discernible al respecto es doble, la enseñanza superior privada se expandió y se especializó. Con respecto a lo primero se constata que si bien el crecimiento del sector no alcanzó a trastocar la proporción regional de los segmentos educativos público y privado (a nivel regional, la proporción respectiva se mantuvo en el periodo en 80% de matriculación en las públicas y 20% en la privadas), el crecimiento en términos absolutos resultó significativo. Las instituciones privadas consideradas como unidades son por re-

[78] Las restricciones al financiamiento universitario guardan una estrecha relación con el tema de la autonomía. En los años setenta las limitaciones presupuestarias fueron un arma que combatió la disidencia ideológica; en esas circunstancias la única alternativa para proveer de fondos de subsistencia a profesores e investigadores pertenecientes a disciplinas "conflictivas" fue el acceso a financiamientos externos, Padua 1995: 96. En los ochenta se fincó la pauta de estimular selectivamente aquellos procesos concordantes con criterios de calidad, eficiencia y eficacia determinados por la planeación central.

gla general de menor tamaño que las públicas, por lo que su crecimiento se derivó en la creación de un número considerable de establecimientos.

Aunque la tendencia de privatización es común en el subcontinente hubo importantes variaciones cuantitativas entre los países. En este aspecto son significativos los casos de Brasil, Colombia y República Dominicana en que la proporción de enseñanza privada superó la cuota de 50% y de Chile, El Salvador y Perú en que la proporción respectiva rebasó 30%.

Una segunda pauta fue la especialización social o segmentación; durante el periodo se consolidaron dos sectores, el de las escuelas orientadas a la captación de la demanda que dejaba de atender la universidad pública y que, por lo común, ofrecían una formación profesionalizante, orientada a los sectores de empleo de mayor demanda inmediata pero con estándares académicos mínimos, y el de escuelas de élite, directamente enfocadas a la competencia de calidad con el sector público al ofrecer un hábitat social impermeable a la penetración de las clases medias, lo cual constituía un atractivo para el desarrollo de relaciones interpersonales útiles para el futuro profesional.

Otro factor que diferenció internamente al sistema universitario radica en la distribución de la matrícula por áreas de conocimiento. La universidad pública mantuvo algunas de las tendencias tradicionales en la oferta de campos profesionales, en que variaba acaso la jerarquía de las preferencias. De nueva cuenta las carreras de medicina, odontología, derecho, contaduría y algunas ingenierías concentraron la mayor parte de la demanda. Algunos otros campos comenzaron a ser atractivos, como psicología, computación, administración y comunicación. De cualquier manera, las universidades públicas continuaron como la única alternativa de formación en ciencia básica, aunque como tendencia general la matrícula tendió a disminuir en estos campos. Por su parte las instituciones privadas concentraron su oferta en las disciplinas de gestión, como administración de negocios, derecho, contaduría y en algunos campos nuevos, especialmente los relacionados con la informática y la computación.[79]

Como resultado de los procesos referidos, al iniciarse la década de los noventa los sistemas de enseñanza superior exhibían como rasgos preponderantes la diferenciación institucional y una marcada pauta de especialización tanto funcional como social. A partir

[79] Véase Rodríguez Gómez 1993b.

de entonces, las tendencias dominantes —estabilización del crecimiento y diferenciación institucional— se han acompañado de una serie de cambios en el plano organizacional. Por un lado, la competencia entre la diversidad de instituciones, tanto para acceder a fondos y subsidios como para recoger a los mejores estudiantes, ha comenzado a modificar la imagen de una demanda educativa como mercado cautivo, sustituyéndola por la de estudiantes consumidores en condiciones de optar entre alternativas, por supuesto con la limitación de poder sufragar los gastos de la elección correspondiente. Por otro lado, la propia cultura burocrática de los actuales regímenes políticos ha acentuado la importancia de alimentar la eficacia y eficiencia de las instituciones públicas. Uno y otro factores han tendido a modificar las formas tradicionales de planeación y gestión académica, modificación que refleja en el paso de fórmulas de planeación basadas en la programación, a estrategias fundadas en la evaluación de resultados y productividades.

Consideraciones finales

En el debate sobre las innovaciones deseables para la universidad es notable un cierto consenso en torno a los problemas fundamentales —cobertura, calidad, pertinencia y relevancia de la formación.[80] También se advierte un nivel de coincidencia sobre la necesidad de impulsar reformas para superar la situación de crisis, y se reconoce el papel clave que asume la enseñanza superior en pro del objetivo de contar con la capacidad tecnológica autónoma indispensable para participar competitivamente en el mercado global. Sin embargo, divergencias y desacuerdos fundamentales se localizan en el nivel correspondiente a las modalidades de reforma propuestas y en torno a las medidas que se consideran adecuadas para impulsar transformaciones.[81]

[80] En los más recientes documentos sobre política educativa de la UNESCO se reconoce la centralidad de estos problemas en la perspectiva de proponer medidas para el desarrollo de la enseñanza superior, véase UNESCO 1995.

[81] Uno de los temas de mayor controversia en el debate actual se cuestiona sobre las posibilidades de impulsar transformaciones radicales en la enseñanza superior, o bien de sumar medidas específicas de alcance delimitado. Al respecto, Tedesco (1993) señala que en la actualidad existen claras evidencias de que la construcción de consensos a nivel nacional y regional es posible, por lo tanto enfatiza el nivel de las transformaciones a gran escala; Schwartzman (1994), en cambio, recomienda la adopción de medidas de innovación que atiendan la serie de problemas concretos

Para finalizar este artículo se presentarán a continuación algunos de los retos que, a juicio del autor, son de impostergable respuesta para acceder al siglo XXI con una universidad fortalecida y en desarrollo.

Cobertura y calidad. La dinámica de cambio universitario de las últimas décadas configuró en el nivel regional una diversidad de combinaciones entre cobertura demográfica y calidad académica.[82] Por otra parte, desde el discurso de la política educativa se tendió a situar como alternativas las metas de cobertura social y calidad universitaria. Hoy resulta claro que uno y otro objetivos —mejorar los niveles de cobertura social de la enseñanza superior y mejorar la calidad de las funciones universitarias— son irrenunciables y deben buscarse en forma simultánea para consolidar un sistema de universidades que compita con los estándares que, en uno y otro aspecto, exhiben los países del mundo desarrollado y de las naciones de reciente industrialización.[83]

Diversidad institucional. La diversificación institucional en curso, derivada tanto de procesos de privatización del servicio educativo como de procesos de especialización funcional dentro del sistema, ha representado una válvula de escape a las restricciones financieras del subsidio de la universidad pública, y también una respuesta a la multiplicidad de demandas sociales y económicas que se depositan en la enseñanza superior, sin embargo en repetidas ocasiones se ha prohijado un segmento institucional que cumple con funciones de docencia superior en un nivel cualitativo ciertamente insatisfactorio. En este sentido se requiere instaurar o fortalecer instancias y procedimientos de acreditación que autoricen este tipo de instituciones, que evalúen periódicamente su funcionamiento y sancionen la expedición de certificados y títulos.

Financiamiento. El acceso a mejores niveles de calidad en las universidades, y la expansión de la capacidad de atención a la demanda, tienen como condición de posibilidad la ampliación de la

que padece la enseñanza superior, al considerar que las probabilidades de acuerdos generales en este campo son más bien escasas.

[82] Así, en la actualidad se cuenta con casos de elevados niveles de cobertura educativa e infraestructuras universitarias débiles (Bolivia, Perú, Ecuador, Panamá, Puerto Rico), casos de débiles niveles de cobertura e infraestructuras universitarias consolidadas (México, Brasil), casos de amplios niveles de cobertura y sólidas infraestructuras (Argentina, Cuba, Chile), casos en que se combinan coberturas e infraestructuras débiles (Centroamérica con excepción de Costa Rica y Panamá), y casos intermedios (Venezuela, Colombia, Costa Rica).

[83] Como Australia, Taiwán, Corea, Singapur y Hong Kong.

base financiera. El tema es problemático si se considera el contexto de recesión económica por el que atraviesan los países de la región en la actualidad. No obstante, resulta indispensable idear y experimentar alternativas sobre la base de esquemas de vinculación con las empresas privadas y el sector público, de la recuperación de costos de matrícula con base en programas de becas-crédito, y la concurrencia en el mercado a través de servicios universitarios tales como clínicas y hospitales, asesorías y consultorías, gestión informática, diseños tecnológicos, entre otros.

Evaluación e innovación. La evaluación de rendimientos y productividad se ha implantado en las universidades como componente esencial en el proceso de gestión académica. El ejercicio de evaluación se ha vinculado específicamente a tareas rutinarias de supervisión y control, a procedimientos de estímulo selectivo, y en algunos casos a funciones de rendición de cuentas (*accountability*) sobre presupuesto y gasto. Sin embargo, la evaluación cobra un nuevo sentido en el momento en que promueve y orienta las innovaciones necesarias para adelantar en los objetivos de actualización y mejoría del sistema y sus componentes. En ese sentido es preciso establecer nexos de estructura y función entre las tareas de evaluación e innovación universitaria.

Pertinencia social. Si bien escapa a las instituciones la posibilidad de garantizar empleo a sus egresados, toca a la formación universitaria como tal contribuir a la conformación de un mercado de trabajo profesional más flexible.[84] Diversificar y redimensionar la oferta de capacitación profesional, mejorar la calidad y aplicabilidad de los conocimientos, auspiciar la formación permanente, diseñar alternativas para una demanda en constante crecimiento, orientar a los universitarios hacia el trabajo y la producción, en vez del empleo asalariado como opción exclusiva son, entre otras posibilidades de acción, tareas que las universidades pueden cumplir para romper el círculo vicioso.

BIBLIOGRAFÍA

Albornoz, Orlando, 1986. "La educación superior en Venezuela y la reforma del Estado", *Análisis* (Caracas), año I, vol. I, núm. 1, pp. 41-70.

[84] Véase Rodríguez Gómez 1995.

Arancibia, Juan *et al.*, 1993. "América Latina: ¿Al final del túnel?", en José Rangel, comp., *La coyuntura neoliberal a mitad del periodo*, México, UNAM-IIS, pp. 33-62.

Banco Interamericano de Desarrollo, 1990. *Progreso económico y social en América Latina. Informe 1990*, Washington, BID, octubre.

Banco Mundial, 1991. *Informe sobre el desarrollo mundial 1991. La tarea acuciante del desarrollo*, Washington, Banco Mundial.

Baño, Rodrigo *et al.*, 1980. "Proceso de industrialización y proceso político en América Latina", *Revista Paraguaya de Sociología* (Asunción), vol. 17, núm. 50 (enero-mayo), pp. 151-164.

Bitar, Sergio, 1991. "El pensamiento latinoamericano ante la crisis económica", en Centro de Investigaciones Europeo Latinoamericanas, ed., *Crisis y regulación estatal. Dilemas de política en América Latina y Europa*, Barcelona, EURAL, pp. 61-72.

Borón, Atilio, 1977. "El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología* (México, UNAM), vol. XXXIX, núm. 2 (abril-junio), pp. 481-528.

Bossert, Thomas, 1986. "The promise of theory", en Peter F. Klarén y Thomas J. Bossert, *Promise of development. Theories of change in Latin America*, Londres, Westview Press, pp. 303-334.

Breines, Wini, 1985. "The sixties again: Books on the New Left", *Theory and Society* (Amsterdam), vol. 14, núm. 4 (julio), pp. 511-524.

Bresser, Luis, 1991. "Estado regulador y pacto democrático en América Latina", en Centro de Investigaciones Europeo Latinoamericanas, ed., *Crisis y regulación estatal. Dilemas de política en América Latina y Europa*, Barcelona, EURAL, pp. 21-31.

Cardoso, Eliana y Ann Helwege, 1992. "Below the line. Poverty in Latin America", *World Development* (Oxford, Pergamon Press), vol. 20, núm. 1, pp. 15-41.

Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto, 1969. *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI.

_____, 1977. "Estado y proceso político en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXXIX, núm. 2 (abril-junio), pp. 357-388.

Castrejón Diez, Jaime, 1979. *La educación superior en México*, México, Edicol.

_____, 1981. "Siete países de América Latina y el Caribe", en *Planeación y regulación en la educación superior*, México, UNAM, pp. 31-57.

Cavarozzi, Marcelo, 1995. "Más allá de las transiciones en América Latina", en José Luis Reyna, comp., *América Latina a fines de siglo*, México, FCE-CONACULTA, pp. 460-485.

CEPAL, 1990. *Opciones para reducir el peso de la deuda*, Santiago de Chile, CEPAL.

Chilcote, Ronald, 1984. *Thories of Development and Underdevelopment*, Londres, Westview Press.

Di Tella, Torcuato S., 1968. "Tensiones sociales en los países de la periferia", en José Matos, comp., *La dominación en América Latina*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 53-68.

Díaz, Álvaro, 1994. "Tendencias de la restructuración económica y social en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología* (México, UNAM), vol. LVI, núm. 4 (octubre-diciembre), pp. 3-36.

Dos Santos, Theotonio, 1977. "Socialismo y fascismo en América Latina hoy", *Revista Mexicana de Sociología* (México, UNAM), vol. XXXIX, núm. 1 (enero-marzo), pp. 173-191.

Draibe, Sonia Miriam, 1990. "Una perspectiva del desarrollo social en Brasil", en Adolfo Gutierri y Edelberto Torres-Rivas, comps., *Los años noventa: ¿Desarrollo con equidad?*, San José de Costa Rica, FLACSO-CEPAL, pp. 217-257.

Eyerman, Ron, 1989. "Social movements: Between history and sociology", *Theory and Society* (Amsterdan), vol. 18, núm. 4 (julio), pp. 531-546.

Faletto, Enzo, 1990. "Equidad, transformación social y democracia en América Latina", en Adolfo Gutierri y Edelberto Torres-Rivas, coords., *Los años noventa: ¿Desarrollo con equidad?*, San José de Costa Rica, FLACSO-CEPAL, pp. 127-151.

Franco, Rolando, 1991. "Estado, consolidación democrática y gobernabilidad en América Latina", *Síntesis* (Madrid), núm. 14 (mayo-agosto), pp. 17-41.

García Guadilla, Carmen, 1988. "Expansión y diferenciación del sector privado de la educación superior en América Latina", *Educación Superior* (Caracas), núm. 26 (julio-diciembre), pp. 37-64.

Garretón, Manuel Antonio, 1986. "The fairlure of dictatorships in the Southern Cone", *Telos* (Nueva York), núm. 68 (verano), pp. 71-78.

Ghai, Dharam y Cynthia Hewitt, 1989. "The crisis of 1980s in Africa, Latin America and the Caribbean: Economic impact, social change and political implications", *UNRISD Discussion Papers*, Ginebra, United Nations, documento núm. DP-7 (julio).

Gitlin, Todd, 1980. *The whole world is watching: The Mass Media in the making and unmaking of the New Left*, Berkeley, Berkeley Academic Press.

González Casanova, Pablo, 1979. *Imperialismo y liberación. Una introducción a la historia contemporánea de América Latina*, México, Siglo XXI.

Graciarena, Jorge, 1972. *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Buenos Aires, Paidós.

_____, 1974. "Tendencias de cambio político en América Latina", en Gerhard Drekonja, *Modelos de desarrollo en América Latina (Conferencia Internacional)*, Berlín, Fundación Alemana para el Desarrollo Internacional, pp. 52-73.

———, 1982. "Esbozo de interpretación de la crisis actual de la Universidad latinoamericana", en Germán W. Rama, comp., *Universidad, clases sociales y poder*, Caracas, Ateneo de Caracas-CENDES, pp. 27-44.

Guimaraes, Roberto, 1990. "Desarrollo con equidad. ¿Un nuevo cuento de hadas para los años 90?", *Síntesis* (Madrid), núm. 10 (enero-abril), pp. 15-68.

Herrera Lane, Felipe, 1980. "Dinámica social y desafíos educacionales: perspectivas de dos décadas", en Iván Lavados Montes, ed., *Universidad contemporánea: antecedentes y experiencias internacionales*, Santiago de Chile, Corporación de Promoción Universitaria, pp. 27-37.

Hinchliffe, K., 1989. "Forecasting manpower requirements", en George Psacharopoulos, *Economics of education. Research and studies*, Washington, World Bank, pp. 315-323.

Johnson, John J., 1986. "Political change in Latin America: The emergence of the middle sectors", en Peter F. Klarén y Thomas J. Bossert, *Promise of Development. Theories of Change in Latin America*, Boulder y Londres, Westview Press, pp. 88-99.

Kaplan, Marcos, 1978. "El leviatán criollo: Estatismo y sociedad en América Latina contemporánea", *Revista Mexicana de Sociología* (México, UNAM), vol. XL, núm. 3 (julio-septiembre), pp. 795-830.

King, Desmond S., 1987. "The state and the social structures of welfare in advanced industrial democracies", *Theory and Society* (Amsterdan), núm. 16, pp. 841-868.

Klarén, Peter F., 1986. "Lost Promise: Explaining Latin American underdevelopment", en Peter F. Klarén y Thomas J. Bossert, *Promise of Development. Theories of Change in Latin America*, Boulder y Londres, Westview Press, pp. 3-36.

Korzeniewicz, Roberto, 1994. "La diferenciación entre Estados, empresas y hogares en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología* (México, UNAM), vol. LVI, núm. 4 (octubre-diciembre), pp. 37-72.

Latapí Pablo, 1978. *Trends in Latin American Universities. Selected Problems and Perspectives*, París, UNESCO. Mecanograma.

Levy, Daniel C., 1986. *Higher Education and the State in Latin America. Private challenges to public dominance*, Chicago, The University of Chicago Press.

Lustig, Nora, 1995. "Crisis de la deuda, crecimiento y desarrollo social en América Latina durante los años ochenta", en José Luis Reyna, comp., *América Latina a fines de siglo*, México, FCE, pp. 61-115.

Maira, Luis, 1991. "América del Sur: Lecciones de transición", *Nexos* (México), año 14, vol. XIV, núm. 168 (diciembre), pp. 37-43.

Mignone, Emilio F., 1988. "Matrícula universitaria en América Latina: riesgos y perspectivas", *La Educación. Revista Interamericana de Desarrollo Educativo* (Washington, OEA), año XXXII, vols. I y II, núm. 102, pp. 1-42.

Nikken, Pedro, 1988. "The impact of the crisis on human rights", en José A. Silva Michelena, ed., *Latin America: Peace, democratization and economic crisis*, Tokio, United Nations University, pp. 187-201.

O'Donnell, Guillermo, 1977. "Corporatism and the question of the state", en James M. Malloy, *Authoritarianism and corporatism in Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.

———, 1978. "Reflections on the patterns of change in the bureaucratic-authoritarian state", *Latin American Research Review*, vol. 12, núm. 1 (invierno), pp. 3-38.

———, 1979. "Tensions in the bureaucratic-authoritarian state and the question of democracy", en David Collier, *The new authoritarianism in Latin America*, Princeton, Princeton University Press, pp. 285-318.

Padua N., Jorge, 1995. "Reflexiones sobre el financiamiento de los organismos internacionales a la educación", en Rafael Cordera Campos y David Pantoja Morán, coords., *Políticas de financiamiento a la educación superior en México*, México, Miguel Ángel Porrúa, CESU, UNAM, pp. 95-106.

Paramio, Ludolfo, 1991. "América Latina en los noventas", *Nexos* (México), año 14, vol. XIV, núm. 168 (diciembre 1991), pp. 29-31.

Paz, Pedro, 1987. "Las raíces de la crisis económica internacional", *Síntesis* (Madrid), núm. 3 (septiembre-diciembre), pp. 46-75.

Pinto, Aníbal, 1974. "La heterogeneidad estructural: aspectos fundamentales del desarrollo latinoamericano", en Gerhard Drekonja, *Modelos de desarrollo en América Latina (conferencia internacional)*, Berlín, Fundación Alemana para el Desarrollo Internacional, pp. 1-30.

Portantiero, Juan Carlos, 1981. "Estudiantes y política en América Latina", en Gilberto Guevara Niebla, comp., *La crisis de la educación superior en México*, México, Nueva Imagen, pp. 77-88.

Rama, Germán W., 1982. "Condiciones sociales de la expansión y segmentación de los sistemas universitarios", en Germán W. Rama, comp., *Universidad, clases sociales y poder*, Caracas, Ateneo de Caracas-CENDES, pp. 45-94.

Rodríguez Gómez, Roberto, 1993a. "Diversidad educativa en el Caribe", *Pensamiento Universitario* (México, CESU, UNAM), núm. 81.

———, 1993b. "Los universidad latinoamericana contemporánea. Los desafíos de fin de siglo", *Universidad Futura* (México, UAM), vol. 5, núm. 13 (invierno), pp. 47-59.

———, 1995. "Pertinencia social de la educación superior", en Humberto Muñoz García y Roberto Rodríguez Gómez, coords., *La universidad mexicana a debate*, México, UNAM, en prensa.

Rodríguez Noboa, Percy 1991. "La selectividad como eje de las políticas sociales", *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile, CEPAL), núm. 44 (agosto), pp. 55-62.

Roitman, Marcos, 1992. "¿Quién le pone el cascabel al gato? Una crítica al subdesarrollo", *Sindicalismo: democracia y tecnología*, vol. II de las

Memorias del Encuentro Internacional Sindicalismo y Democracia, México, SNTE, pp. 17-38.

Rosenthal, Gert, 1989. "El desarrollo de América Latina y el Caribe en los años ochenta y sus perspectivas", *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile, CEPAL), núm. 39 (diciembre), pp. 7-17.

Rouquié, Alain, 1987. *The military and the state in Latin America*, Berkeley, University of California Press.

Schwartzman, Simón, 1994. "La universidad latinoamericana entre el pasado y el futuro", ponencia en el seminario de rectores "Adónde va la educación superior en Latinoamérica", Washington, BID-UDUAL, noviembre.

Silva Michelena, José Agustín, 1988. "Transnationalization and political change", en José Agustín Silva Michelena, *Latin America. Peace, democratization and economic crisis*, Londres y Nueva Jersey, Zed Books, pp. 40-56.

Sunkel, Oswaldo, 1995. "Del desarrollo hacia adentro al desarrollo desde dentro", en José Luis Reyna, comp., *América Latina a fines de siglo*, México, FCE, pp. 15-60.

Tedesco, Juan Carlos, 1983. "Tendencias y perspectivas en el desarrollo de la educación superior en América Latina", *Cuadernos de Educación Superior* (París, UNESCO), núm. 3, .

_____, 1993. "Las nuevas orientaciones para las estrategias y políticas de educación, ciencia y tecnología", en Julio Labastida, Giovanna Valenti y Lorenza Villa Lever, coords., *Educación, ciencia y tecnología. Los nuevos desafíos para América Latina*, México, UNAM, pp. 35-40.

Tokman, Víctor E., 1995. "Pobreza y homogeneización social: tareas para los noventa", en José Luis Reyna, comp., *América Latina a fines de siglo*, México, FCE, pp. 217-241.

UDUAL, 1983. "Principales problemas en la recopilación de datos estadísticos en las universidades latinoamericanas", *Simposio de estadística universitaria*, México, UNAM, mayo.

UNESCO, 1987. *Evolución cuantitativa de los sistemas educativos de América Latina y el Caribe. Análisis estadístico*, París, UNESCO.

_____, 1995. *Documento de política para el cambio y el desarrollo en la Educación Superior*, París, UNESCO.

Zavaleta, René, 1976. "El fascismo y la América Latina", *Nueva Política* (México), núm. 1 (enero-marzo), pp. 187-192.

Zemelman, Hugo, 1978. "Los regímenes militares en América Latina ¿problema coyuntural?", *Revista Mexicana de Sociología* (México, UNAM), vol. XL, núm. 3 (julio-septiembre), pp. 831-850.

UNA EDUCACIÓN PARA LA IDENTIDAD*

Por *Edgar* MONTIEL
ENSAYISTA PERUANO

I

ES UNA RESPONSABILIDAD MAYÚSCULA dirigirse a un auditorio de maestros para discernir sobre algunos tópicos que resultan de interés para la formulación de un ideario educativo de nuestra América. Más que dar una respuesta, más que asumir una actitud suficiente de decir cuáles son esas ideas educativas, o cuál es esa pedagogía latinoamericana, yo quisiera, junto con ustedes, formular algunas interrogantes, para luego tratar de responderlas en una especie de ejercicio participativo y colectivo. Si formulamos bien las preguntas, al menos habremos avanzado en el buen sentido.

La primera interrogante sería, ¿cómo vincular historia, cultura y proyecto educativo?

He tratado de observar cómo esto ha sido resuelto en algunos países industrializados. Cómo Japón, un país asentado en la tradición, acaba siendo una potencia tecnológica a partir de los años sesenta, es decir, una expresión de la modernidad. Cómo Alemania, con una vieja tradición en la industria pesada, que viene desde los siglos XVII y XVIII, sabe utilizarla y llega hoy a constituir uno de los miembros del Grupo de los Siete. Cómo Francia, cuarta potencia en el mundo desde el punto de vista industrial, convierte la tradición dinástica del buen gusto en técnica, en innovación y en lograr los niveles que ha alcanzado. Y en el caso de Italia también es interesante ver cómo la tradición del Renacimiento hace, por ejemplo, que en este momento, dentro de los países desarrollados, los

* Texto de la conferencia leída en el Congreso Internacional de Educación, Pedagogía 95, celebrado en Cuba, en febrero del presente año, bajo los auspicios de la UNESCO.

mejores diseños —la llamada estética industrial— los hagan los italianos.

Se ve cómo la tradición, la historia, sirve para fundamentar adecuadamente los proyectos de renovación y de modernización de los países. El desarrollo se asienta en una tradición que le da un estilo de evolución a cada país.

En el caso de Japón, por ejemplo, la tradición, sumada a la disciplina, ha hecho que se formen los *managers* al estilo del samurai. La idea competitiva, la práctica del "justo a tiempo", el hábito del trabajo meticuloso y en pequeño, se traduce en hombres de negocios que en veinte años impusieron en el mundo un estilo de desarrollo.

Francia es igual. Me he fijado con detenimiento, por ejemplo, en su estructura exportadora. Y los rubros en los que Francia trabaja y es competitiva, tienen que ver con su tradición: el vino, los quesos, los perfumes, el champagne, la ropa modelada, de *tailleur*. El buen gusto se vuelve fundamento de una prosperidad económica; y allí ponen el acento. Incluso en todo lo que es la industria de la aviación y del automóvil, por ejemplo: hay un esteticismo.

Nadie puede decir que el genio italiano por las artes, por la música, se queda solamente en eso, sino que se ha traducido hoy en la industria y los servicios. Las marcas italianas de automóviles exclusivos tienen mucha presencia, mucho acceso al mercado internacional; la ropa italiana, el modelo de zapatos y de camisas, en este momento está desplazando a los franceses en los mercados norteamericanos; y estas marcas italianas, con esta estética industrial, gustan mucho en los países de Oriente: en Japón se utiliza mucho ahora; todo lo que es ropa de moda es de origen italiano.

Entonces uno se preguntará, en este periodo de globalización —no de desarme, sino de *desalme*, de la formación del hombre sin alma, del *plastic people*—, ¿dónde aparece, entonces, el hombre latinoamericano, cuál es nuestro aporte, nuestra especificidad?

Yo creo que la región tiene contribuciones muy específicas que habría que discernir. Trataré de introducir algunas señas de su identidad desde la cual América puede responder a las preguntas: ¿cómo entrar en América al nuevo siglo?, ¿cómo formar a las nuevas generaciones?, ¿qué enseñarles?

En este momento los europeos están en la carrera de cómo preparar mejor a sus estudiantes. Por ejemplo, ya en Alemania se ha instituido una tercera lengua de trabajo fuera de la suya propia. Francia está haciendo lo mismo: fuera del francés, el inglés, el alemán y alguna lengua más, el español o el japonés. Y están desarrollando mucho la creatividad de los estudiantes.

II

Y en este panorama, ¿dónde nos ubicamos los latinoamericanos?, ¿cómo ser competitivos en el próximo milenio?, ¿cómo poner en valor nuestras ventajas comparativas, intelectuales, creativas, históricas? Son interrogantes que los maestros debemos plantearnos.

Para responder a estas preguntas es absolutamente necesario ubicarnos en el escenario histórico. Partir del siglo XVI, siglo de grandes transformaciones, cuya huella marca nuestros días.

Esta centuria es muy importante, porque en ella se producen grandes mutaciones, que sientan las bases estructurales de la América contemporánea. Nadie puede entender la historia y el devenir de nuestra región si no ha reflexionado o se ha formado una idea sobre el siglo XVI, con sus transformaciones, consolidaciones, choques, resistencias, el colapso demográfico: es el siglo a la vez de la muerte y el nacimiento de otra América.

¿Qué pasó en ese siglo en el que persistía la presencia de la América antigua? ¿A dónde se ha ido la sabiduría de los arquitectos que construyeron Teotihuacán o Machu Picchu? ¿Qué sucedió con los astrónomos mayas de Guatemala, con poetas y arquitectos como Nezahualcóyotl? ¿Dónde estaban esos grandes hacedores de ciudades ciclópeas? ¿Qué ocurrió con todo ese saber en la medicina? ¿Dónde se fue? ¿Qué ocurrió en el siglo XVI, cuya extensión somos nosotros ahora sentados aquí? ¿Acaso todo eso se esfumó en el agujero negro de la memoria?

No hay que tener una percepción *adánica* de nuestra historia. América no comienza en 1492. En ese año se inicia el conflicto mayor; comienza la gran mutación, el enfrentamiento y la resistencia, la asimilación y la transculturación, el proceso permanente de creación y re-creación.

En este siglo nacen algunas características que atraviesan el tiempo, y aún las vemos hoy. Si nosotros estamos aquí, es porque nuestros ancestros han tenido una capacidad de *adaptabilidad*, y esto es válido tanto para el que viene de fuera como para los originarios. Se ha logrado una tradición de resistencia que viene desde ese siglo, y se ve hoy en nuestras expresiones, en la música, en nuestras comidas, en la literatura, en nuestro temperamento, en nuestro carácter: una capacidad de escoger, depurar o *disimular*, a lo que José Lezama Lima ha llamado una capacidad de contraconquista.

Veamos. Cuando al indio le enseñaron a pintar de acuerdo con las pautas del Renacimiento, y a dibujar las figuras con perspectiva,

aprendió, y al principio se dijo que era *ingenuo*, que era "copista", pero luego le fue incorporando sus propios elementos creativos, dando lugar a una escuela propia, como fue la escuela cuzqueña y la quiteña. En cincuenta años los americanos construyeron en catedrales y palacios más de lo que Europa había construido en tres siglos. Y el arquitecto que hizo Teotihuacán acabó haciendo la Catedral de México, y los que levantaron la Catedral del Cuzco habían sido los constructores de Sacsahuamán.

Analicemos el fenómeno de la contraconquista. Es sumamente interesante lo que Lezama Lima sugiere: el conquistador llegó al Caribe, pero al final la mujer arahuaca o la taína conquistó al conquistador, le hizo probar su comida, y le enseñó a comer el aguacate, los ananás y las prodigiosas frutas y pescados, y le hizo descubrir tanto, que al final la humanidad, la naturaleza, venció al prejuicio diferenciador. Puede ser, como dice Jorge Amado, que el siglo XVI fue una especie de "inmenso lecho". En él nació el movimiento moderno más importante del mundo y el nuevo concepto de humanidad, como ha sido esa celebración carnal que es el mestizaje masivo. Mestizaje que no exime la violación ni la violencia, pero que tiene que ver con el parto de esa humanidad naciente, este pequeño género humano del que habló después Bolívar.

En nosotros, en nuestro acervo cultural, tenemos, pues, destrucción y capacidad asimilativa, capacidad de síntesis y contraconquista, resistencia y recreación. De todo esto está compuesta la dinámica creadora de América.

Nos enseñaron a hablar latín, y al poco tiempo indios y mestizos iban hasta Madrid a litigar en esa lengua. Nos enseñaron a cantar y a tocar instrumentos europeos, y en el Paraguay todo el mundo aprendió el arpa con una maestría que llega hasta nuestros días; en el mundo andino se aprendió el violín y la guitarra, y acabaron tocando esos instrumentos mejor que quienes les enseñaron. Nos enseñaron a escribir español, y acabamos ganando más Premios Nobel que quienes nos enseñaron. Nos enseñaron a pintar, y acabamos teniendo, a la vuelta de los siglos, una escuela de pintura espléndida con grandes figuras, una escuela de arquitectura. Es decir, lo que mejor ha producido el hombre americano. Ése ha sido nuestro proceso de creación y re-creación.

América está en la raíz de la revolución epistemológica más importante que ha producido la humanidad. No existirían las llamadas ciencias sociales y ciencias humanas sin América. La renovación de la geografía y la cartografía no se produce hasta que América no aparece. La refutación que por la vía de los hechos se hace de la geografía de Ptolomeo, de Aristóteles, sólo ocurre con la presencia de América. Nadie puede considerar que la botánica o que la zoología esté completa si no es con la flora y con la fauna americana. El suizo J. J. Bohemus, uno de los grandes investigadores en botánica, había escrito nueve tomos sobre esta ciencia en el mundo, y los acabó en 1516. Justo en esos años se ponen de moda los tratados de botánica de América, y comprendió que su botánica se había quedado muy corta. Comenzó a rehacer su trabajo considerando las nuevas especies y plantas, y murió en el intento.

¿Y en las llamadas ciencias sociales? El surgimiento de la antropología, de la etnología, está ligado con la aparición de América, porque se trataba de ver a los *otros*, de entender a los semejantes. No hay ciencias más americanistas que las sociales y humanas, porque nosotros somos fautores de que ese campo cognoscitivo aparezca en el mundo. Por ello me hace gracia cuando muchos de nuestros intelectuales, en esta área de las ciencias humanas y de las ciencias sociales, imitan demasiado, importan modelos, olvidando que nosotros estuvimos en la raíz de la *creación de ese espacio cognoscitivo*. Fray Ramón Pané, al anotar sus impresiones sobre los taínos (1494), se convierte en el primer etnólogo moderno.

Así pues, tanto en las ciencias naturales como en las humanas, en este repensar la historia, estuvo América. En la creación de la *idea moderna de hombre, de humanidad*, estuvo nuestro continente. De pronto aparecimos, y en Salamanca se planteó el debate de si éramos hombres, homúnculos o semovientes; si éramos racionales o no. En ese debate se comprobó que éramos racionales, que éramos individuos autodeterminados, que gozábamos y pretendíamos la libertad, y al reconocerse esta *alteridad* se crea la noción moderna de humanidad. Así el mundo se redondea, la visión que del mundo se tenía se completa, y por primera vez en la historia se llega a la idea de que *el hombre es uno y diverso*.

III

A PARTIR de esta historia que puede parecer muy lejana, ¿cuáles son los rasgos de identidad, los elementos vinculantes, con los que se puede conformar un proyecto educativo, un ideario educativo? Es obvio que no se puede pensar aquí en dar a los niños una formación igual a la de los japoneses. Y tampoco que se pueda formar

a los niños del continente en una tradición cartesiana que no poseemos. Ni formarlos en una concepción utilitarista y pragmática anglosajona que no nos corresponde.

Lo que voy a plantear tiene un carácter tentativo, una hipótesis que comparto con ustedes, que forma parte de una reflexión en curso. Se trata de los elementos distintivos que sirven para perfilar la condición americana, base para fundar una *educación para la identidad*. Ya sabemos que América Latina no es una: que hay diferencias entre los del sur, los del centro, los del norte y los del Caribe. Pero debe observarse que, cinco siglos después de la conquista, los países que en el mundo tienen más afinidad entre ellos son los de América: afinidades de geografía, de temperamento, de religión, de historia, de lengua. Se comparten las bases materiales y espirituales de la vida, sea humana o natural.

Por contraste, al asistir a reuniones de la Comunidad Económica Europea, observo que en Europa se hablan nueve idiomas. Yo no sé qué le puede decir un campesino siciliano a un obrero siderúrgico alemán, pero se dicen; es que hay una integración alentada por arriba, gracias a la voluntad política de los dirigentes europeos. Nosotros estamos integrados por abajo, aunque la cúpula todavía no ha pensado en la integración colectiva y masiva.

Teniendo en cuenta las diferencias, se pueden discernir algunos rasgos de nuestra *condición americana*.

1. *La adaptabilidad*. Es un rasgo que el niño, el hombre americano ha incorporado desde muy temprano. Fue gracias a esa capacidad de adaptación que hemos sobrevivido y estamos aquí. La vida en América ha sido y es una permanente adaptación ante los desafíos de la naturaleza y el hombre.

2. *La inventiva, la creatividad*. Nuestras culturas ancestrales tenían respuesta a sus problemas. Con la conquista, las preguntas cambiaron y con ellas las respuestas. Había que introducir el conocimiento de nuevas plantas, de nuevos animales, una nueva organización del territorio, y a eso ha respondido América con un alto sentido de la creatividad, de la inventiva, de la imaginación. Hay que inventar para sobrevivir. (Aquí en Cuba se utiliza mucho esa expresión: hay que inventar cada día para salir adelante). Todo el vigor con que se expresan las bellas artes y la cultura popular es heredero de la creatividad.

3. *La reciprocidad*. Para los grandes espacios territoriales como América, unas treinta veces más grande que Europa, con ríos caudalosos, montañas que se elevan por encima de los seis mil metros, con una agricultura a cuatro mil metros de altura, cosa que antes nadie había hecho. En esas condiciones hay que trabajar de modo colectivo.

De modo que se puede apreciar en nuestras tradiciones cierto colectivismo, cierto comunitarismo: los *ayllus* en Suramérica, los *calpullis* en México. En fin, ha habido diferentes maneras comunitarias de organizarse, porque era una estrategia de supervivencia. Nadie puede cultivar grandes extensiones si no cuenta con el apoyo del vecino; pero también la extensión de América, la organización de las poblaciones americanas en un territorio tan grande obligaba a *estrategias de reciprocidad*.

Digo reciprocidad por considerarlo más arraigado que solidaridad. Reciprocidad: tú me ayudas un fin de semana, y el fin de semana próximo yo te ayudo a ti, que es como hasta ahora se construyen las casas de todas las barriadas o *favelas* en las periferias de las grandes ciudades. Gracias a la reciprocidad, las masas pobres han sobrevivido.

4. *De la reciprocidad nace, y se hace tradición nuestra, una cultura del trabajo*. Trabajar era la única verdad. Quien no trabajaba vivía en el error. Ésta es una situación que se encuentra en todas las poblaciones y que viene desde muy atrás. Frente al modelo de consumo que viene de fuera, las poblaciones han respondido con una cultura del trabajo, con un quehacer cotidiano: la pobreza exige eso, la supervivencia exige eso, y eso se debe valorar hoy en día.

5. *Tenemos una tradición esencialista*. Me voy a explicar. Yo contrapongo lo esencial a lo convencional, lo formal a lo primordial. Nosotros somos esenciales. Voy a poner un ejemplo.

Nosotros tenemos eminentes repentistas, decimistas, poetas populares de esos que nunca han alcanzado una licenciatura en letras: hay un talento acumulado. O tenemos un virtuoso guitarrista que nunca ha pasado por un conservatorio: lo que interesa no es que tenga diploma, sino que toque bien; y tocan bien. Tenemos espléndidos pintores, y muchos de ellos no son de escuela.

En los deportes a veces ocurre lo mismo. La propia precariedad institucional, material, hace que el hombre vaya a lo esencial.

En las regiones más pobres eso se ve todavía más. Cuando una persona va a la casa de alguien no importa si nos van a invitar a un banquete, lo que importa es que vamos a conversar, vamos a *compartir*, tal vez con un cafecito, con un buchito de café. Vamos a lo esencial. Nuestro desarrollo material no nos ha permitido ser convencionalistas. Hay una mentalidad esencialista, y éste es otro ele-

mento interesante de la personalidad como seña identitaria. Cultivamos un humanismo práctico (el único verdadero), respetamos al hombre por lo que *es*, no por sus cargos o sus grados. Las relaciones humanas tienen un goce en sí mismas, desprovisto de otros cálculos.

6. *El espiritualismo americano.* Montada sobre las religiones hispánicas, se manifestó la religiosidad americana como fenómeno de contraconquista. España había construido sus iglesias católicas sobre las mezquitas árabes. Del mismo modo que construyeron sus iglesias sobre las pirámides de Tenochtitlán o los muros del Koricancha. Y las religiones autóctonas hicieron lo mismo con las hispánicas: sumaron sus sentimientos religiosos.

La mentalidad panteísta del hombre americano existe; tenemos cierto respeto por la idea de los dioses tutelares. Por la geografía misma. Aquí la gente guarda recogimiento cuando un huracán se desata, un terremoto ocurre, un río se desborda. Porque aquí los fenómenos naturales sí son de verdad. Digamos por su dimensión: como un alud, o un *huaico*. Y eso nos hace establecer con ellos una relación panteísta, espiritual; hay que tratar con respeto a la Naturaleza y su orden.

Hay un verso de Vallejo que dice: "Lluvia, no te hagas la dormida". El poeta tutea a la lluvia, la considera como algo vivo, animado. Somos, pues, animistas. Y el caso de Vallejo, un tanto paradigmático, es interesante de ver: porque él dijo que era marxista gracias a Dios. Y efectivamente, él concebía la política como un deber religioso, como una obligación ética.

Y así para nosotros, materialismo (filosofía de la naturaleza) y espiritualismo no están necesariamente confrontados. Éste es otro elemento de la identidad del que no hay que renegar; al contrario. En esta época, de un materialismo chato y rampante, el espiritualismo americano se presenta de muchas maneras. Cuando me preguntan si soy católico, yo respondo: yo soy *católico americano*. Es decir, católico a la versión americana, o cristiano a la versión americana.

Porque no voy a renegar de la espléndida música barroca americana o de la magnífica arquitectura de las catedrales, ni de lo que pintaron las grandes escuelas como las del Cuzco y Quito. ¡Jamás! Es parte de nuestra identidad. Entonces, ese espiritualismo es algo que tenemos que rescatar y promover en las nuevas generaciones.

7. *Otro elemento que forma parte de nuestra cultura, y es distintivo de otras regiones, es lo que llamamos la cultura del cuerpo.* Existe una cierta corriente pedagógica que se ha peleado con el cuerpo, que reniega de las emociones y los sentimientos para dar primacía

a la racionalidad. Nosotros tenemos otra tradición. Aquí todo el mundo sabe bailar, marcar el ritmo y la melodía, mover la cintura, los hombros, cuando se puede. En cualquier reunión los latinoamericanos, cuando ponen música salsa, la bailan; o un huapango, un tango, una cueca, un pasillo o un huaynito.

Se cuenta que cuando en Europa se puso de moda el bolero —cuyo centenario se está celebrando, que es un producto cubano, de aquí de Santiago—, le dijeron a Freud que habían inventado en el Caribe un baile en el cual uno podía sacar a bailar a alguien, y bailar bien pegadito, como establece el canon. Entonces dijo que era formidable, porque ahora él podía socialmente justificar que dos personas se juntaran públicamente y se tocaran y se platicaran en voz bajita. Eso es humanismo, típico de lo que produce América. En Europa se bailaba separado; nosotros bailamos juntos, y tenemos una cultura del cuerpo, enriquecida enormemente por la presencia de África. Somos un continente melódico y rítmico. En el Brasil o el Caribe todos son compositores de música, hasta que demuestren lo contrario.

Y esa cultura del cuerpo da grandes expresiones artísticas, como se observa en Cuba. Porque de ahí salen las destacadas figuras del ballet. Con un poco de disciplina, y un cuerpo predispuesto, salen las figuras del ballet, o las grandes figuras del deporte. Es un gran patrimonio genético que hay que apreciar.

8. *La forma como el hombre americano constituye una extensión de la naturaleza y la cultura.* En el siglo XVIII, pensando en los indios americanos, Rousseau habló del *hombre natural*; elaboró la leyenda del "buen salvaje", que es bueno porque es salvaje, lo que nos invita a redefinir la idea del "salvaje".

Haciendo un poco de antropología comparativa, si uno hace un poco de análisis de las culturas, vemos que los americanos hemos guardado una relación privilegiada con la naturaleza. Nos tuteamos con la naturaleza; del intelectual latinoamericano, al ama de casa, al obrero o campesino, compartimos, tenemos una relación con la naturaleza; no existe una fractura. Somos congénitamente naturalistas.

El lado instrumentalista de la modernidad pretende imponer *intermediarios tecnológicos* entre nosotros y la naturaleza. Y esto también es algo que debemos evitar, que la máquina y sus productos resultantes separen al hombre de lo natural.

Veámoslo con un ejemplo. Hasta hace un par de siglos los hombres comían trescientas variedades de plantas; ahora no comen más

que una docena, y se han atiborrado de conservas. El mundo ha ido perdiendo su relación con la naturaleza. La medicina ahora llamada "tradicional", ha sido la medicina de siempre, y nos ha dado en América recursos para poder curarnos.

Hasta hace tres siglos, un individuo podía detectar, por intuición o por instinto, cuando a otra persona le iba a dar un ataque de epilepsia. Ahora hemos perdido esa facultad. Hoy en algunos centros de investigación norteamericanos se amaestran perros para que cuiden a los epilépticos. No hay que olvidar jamás que el hombre tiene, además, una condición animal. Debemos, pues, preservar muchas cualidades de tipo natural. Eso da una ventaja estratégica, porque en ciertas urbes se pueden tener ingresos per cápita muy altos, pero sus habitantes son infelices porque no existe una relación con la naturaleza y la sentimentalidad.

En las escuelas de los países industrializados llevan a los niños, una vez cada seis meses, a ver lo que es una gallina, cómo pone un huevo, a ver cómo se pesca. No hay vínculo con lo natural: los niños ven un pescado, pero ya enlatado, o en el frigorífico, no lo ven vivo. Entonces se produce una distancia cognoscitiva: encumbramiento de la razón y desdén de la realidad. Por suerte para nosotros, ese fenómeno no se ha dado aquí. Y ahora los ministerios en Europa se preocupan de llevar a los niños a las granjas, para que vean de dónde sale la leche, pues los niños creen que la leche sale de una fábrica.

9. *Finalmente hay otro elemento que hay que tener en cuenta, que es el cosmopolitismo cultural del latinoamericano.* Alguien me va a decir que no, que los latinoamericanos son provincianos, que tienen una mentalidad provinciana, que son premodernos o que llegaron tarde a la modernidad. No; falso. El primer gran movimiento de modernidad como tal en el mundo se debe a la presencia de América. Europa no puede tener modernidad sin el oro y la plata de América, sin la madera de Brasil, sin los productos, sin la tierra de América, sin la unicidad del hombre, ¡sin el mestizaje! No hay Europa mercantil, palanca de la modernidad, sin los productos de América.

El mestizaje es el primer movimiento moderno. Es cuando se vencen prejuicios, cuando la tradición medieval se fractura y se pasa a otra cosa: la relación entre hombres y mujeres diferentes. Y nosotros somos cosmopolitas porque a la matriz americana —y hablo casi en términos maternales—, a lo que nos dio la madre América por su tierra, su geografía y su cultura, se sumó la cultura que viene de Europa: la tradición ibérica, la tradición latina, la tradición

helénica, y la que nos aportan África y el mundo árabe. Nosotros tenemos muchos abuelos, o mejor muchas abuelas, pues son las mujeres las que reproducen más fielmente la cultura. Nuestra abuela india, pero también nuestra abuela española, nuestra abuela negra, nuestra abuela árabe, nuestra abuela latina, nuestra abuela del Renacimiento. Hemos sido amamantados por todo eso. Somos crisol.

Por ello somos necesariamente cosmopolitas, y eso se ve en las escuelas. A los niños se les enseña cosas de otras regiones. El latinoamericano habla otros idiomas; no tiene la mentalidad provinciana que le atribuyen. Necesariamente ha tenido esta mentalidad receptiva y asimilativa. Somos, pues, un espacio privilegiado de intercambio, de recepción, de decantación. Pero no somos un paisaje ignoto. No es la pura influencia exógena. Nosotros hemos modelado, hemos decantado, hemos rechazado, hemos resistido, hemos hecho contraconquista, y así América ha ido venciendo los desafíos.

IV

Todo esto para resumir, de un solo trazo, que con esto se configura una arraigada tradición humanista. Si alguien me preguntara cómo englobar estas características de esencialidad, adaptabilidad, creatividad, cosmopolitismo, espiritualismo, cultura del cuerpo, naturaleza y cultura, yo respondería: son rasgos de un *humanismo americano*, profundamente arraigado, rasgos de una predisposición a la modernidad, a la innovación, al cambio.

¿Cómo formular, a partir de estos elementos, nuestros proyectos educativos, nuestro ideario? Yo creo que se trata de una tarea mayor: educar para la identidad, potenciar nuestra presencia en el mundo.

Con los elementos enunciados tenemos algunas ventajas comparativas: por ejemplo, el hombre latinoamericano es alguien que con facilidad va de las humanidades a la ciencia y viceversa.

Hay poetas que son físicos. Magníficos compositores de bolero que a su vez son diestros cirujanos cardiólogos. Ingenieros que son prosistas. Hay versatilidad, plasticidad del saber. Y eso, que ya ha sido adquirido, no lo debemos perder. Nos hemos quedado con el modelo de hombre del Renacimiento.

En aras de formular este proyecto educativo, hay muchos elementos que necesitamos sacar adelante, reforzar en los niños. Necesitamos, por ejemplo, aprender las lenguas autóctonas de América, como las otras lenguas cosmopolitas de la región. Me siento

avergonzado de no hablar portugués brasileño, por ejemplo. Me habría gustado que mi abuelo cuzqueño me enseñara el quechua, y no lo hizo. En países como Paraguay se habla español y guaraní. Necesitamos conocer esas lenguas, pues con ellas se vehiculiza una visión de América.

Necesitamos conocer la historia, como se ha dicho. Participé en la Comisión de Enseñanza de la Historia y la Educación Cívica, y se habló con mucha pertinencia de las lagunas que hay en la enseñanza de esa disciplina. Necesitamos conocer la cultura del *otro*, pero no solamente para apreciarlo, sino para amarlo; es decir, necesitamos que todo el mundo sepa lo que han sido los procesos históricos; lograr que el niño sienta la alegría de ser americano: que sea como una especie de celebración. Y la historia nos va a dar todo eso.

Necesitamos disfrutar la música de los demás. A veces los compañeros cubanos ejercen cierto imperialismo musical en la región con el son y la salsa. Pero es necesario introducir también quenas, zampoñas, hay que meter tangos, valses, cuecas, guapangos, pasillos, carnavalitos; necesitamos que los niños gocen y conozcan de todo eso.

Necesitamos que se dé ese proceso de intercambio en las ciencias, porque cada país ha hecho innovaciones en ellas. Por ejemplo, la cardiología es una especialidad muy avanzada en México, como el tratamiento de las enfermedades de altura lo es para Perú o Bolivia, o el trabajo sobre la medicina tropical lo es en Cuba, o la biotecnología. Cada uno tiene cosas que ha desarrollado, investigado, y que debemos intercambiar.

Tal vez la palabra crucial en la actual circunstancia sea la palabra *creatividad*. Ella nos ha permitido sobrevivir y estar donde estamos. Nos ha permitido, en la rama de las humanidades, tener varios Premios Nobel de Literatura; nos ha permitido en las ciencias sociales, en el arte, tener avances de excelencia internacional.

El gran reto es *cómo hacer pasar este genio de las humanidades y las artes a la técnica, y a la política*, porque se trata de un problema también de las clases dirigentes de los Estados. Aquí hay un reto grande y nada sencillo.

Creo, como decía Martí, y con ello deseo concluir, lo siguiente: "Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación".

La cultura en un mundo de cambio

A continuación se publica una selección de las ponencias y documentos presentados en el Coloquio Internacional "Los hombres de cultura ante las fuerzas de disgregación y de globalización en la sociedad actual", que tuvo lugar en la sede de la Sociedad Europea de Cultura en la ciudad de Budapest, entre los días 7 y 9 de junio de este año.

LOS HOMBRES DE CULTURA ANTE LAS FUERZAS DE DISGREGACIÓN Y GLOBALIZACIÓN*

Por *Michelle* CAMPAGNOLO-BOUVIER
SECRETARIA GENERAL
SOCIEDAD EUROPEA DE CULTURA

LA PREPARACIÓN del encuentro especial de la Sociedad Europea de Cultura que inauguramos en este momento reclama y merece algunas explicaciones, no sólo en lo que se refiere al contenido sino también a la forma.

Empezaremos por la segunda, que consideramos importante y significativamente innovadora. ¿Cómo hemos llegado a formar parte de este programa constelado de organizadores? He aquí cómo. La idea se debe al director del Instituto Italiano de Cultura de Hungría, profesor Giuseppe Manica, tras haber asistido a una sesión del Centro húngaro de nuestra Sociedad, durante la cual el presidente habló del papel de la SEC en el "Proyecto Europa" y el secretario general presentó un informe de la sesión plenaria sobre el tema "Scissions, clivages, nouvelles agrégations et politique de la culture". De ahí la idea de una "*joint venture*" en la cual la SEC aportara el contenido y el Instituto el apoyo práctico como uno de los promotores. Se consultó a las instituciones homólogas que trabajan en esta ciudad y en cuanto a los países que no estaban representados, la invitación fue dirigida a través de las instancias diplomáticas y culturales. La colaboración propuesta fue que los institutos o las embajadas se encargaran de la participación de uno o más miembros de nuestra sociedad procedentes de los respectivos países.

De esta forma se ha creado un movimiento, se ha suscitado un interés incluso allí donde la proposición no ha tenido un seguimiento. Para quienes la han acogido, en compensación, podemos decir que han participado en una iniciativa que no entra, estrictamente

---

*Texto del discurso inaugural pronunciado por la Secretaria General de la Sociedad Europea de Cultura.

hablando, en el cuadro de sus tareas específicas y habituales, pero que se han asociado a una investigación, a una reflexión de orden general. Han apoyado el trabajo de una institución que persigue objetivos que han sido calificados de universales. Esto, para nosotros, es importante.

¿Cuáles son las tareas de la Sociedad Europea de Cultura, de esta sociedad que reúne hombres y mujeres de todos los puntos del planeta, de las más variadas disciplinas e ideas? Dichas tareas tienen una doble naturaleza: científica y ético-política. El estudio y el análisis conducen a la situación actual de las sociedades, por cuanto se refiere a la relación entre política y cultura. Estas encuestas sobre la realidad del momento, revisadas y puestas al día en el transcurso de los años, no son un fin en sí mismas: los diagnósticos formulados de este modo tienen que permitir aislar objetivos prioritarios para un compromiso ético-político por parte de los hombres de cultura, compromiso que la sociedad ha llamado política de la cultura.

Se podría decir: una investigación no estrictamente académica pero finalizada. Pero si tenemos en cuenta lo que el presidente de la Academia de Ciencias, profesor Kosary, nuestro anfitrión, acaba de exponer, dando a la noción de globalización de la ciencia el sentido de una investigación por parte de los científicos acompañada de una conciencia de sus deberes para con la sociedad, el empleo usual de la expresión académica pierde su pertinencia y nuestra sociedad se encuentra, aquí, en un país congenial.

A esta compleja colaboración han participado otros sujetos en calidad de mecenas. Su ayuda se ha obtenido gracias al Instituto Italiano y al Centro Húngaro de nuestra sociedad. Queremos darles las gracias públicamente por su determinante ayuda. Nuestro vivo agradecimiento a la Fundación Soros, a la Fundación Friedrich Naumann, a la compañía aérea Malev-Alitalia, a la empresa Comester-Fantoni.

* * *

Llegamos ahora al contenido, al tema de nuestro coloquio, que ha sido el resultado de meditar, formular y presentar diferentes asuntos durante dos sesiones preparatorias, y numerosas conversaciones e intercambios epistolares. La elección del tema tenía que satisfacer numerosas exigencias, según nuestra intención y como consecuencia de las características de la iniciativa: despertar un cierto interés en Budapest, en Hungría; justificar el empeño de todos los colaboradores; ser, evidentemente, un tema de la SEC para

que, en virtud de su trabajo, pudiera aportar, posiblemente, algo válido y vivo, ya fuera a partir del común denominador de sus ideales o de la variedad de las posiciones y experiencias de sus representantes.

Así pues nos encontramos ante dos fenómenos, mejor dicho dos fuerzas, que se observan actualmente, de alguna manera, en todas las latitudes: la disgregación y la globalización. El filosófo mexicano las destaca en su reflexión acerca de la realidad en la que vive, su medio, su país, su continente. Pero también lo hace la poetisa ucraniana, pasando por todas las experiencias que hemos conseguido reunir aquí y que se sitúan entre los dos conceptos mencionados.

El reprochar que se trata de términos demasiado vagos, demasiado genéricos, demasiado abstractos, fácilmente puede llevar a la conclusión de que lo que persiguen es demasiado vasto. Yo querría decir que lo que ocurre con estas nociones ocurre con muchísimas otras. Pensemos, por ejemplo, en 'Europa'. Cuando se dice Europa, todo el mundo sabe de qué se trata, eso es cierto mientras nos mantenemos en la imprecisión, podríamos decir, a distancia. Pero cuando nos acercamos no se ven ni las mismas cosas, ni de la misma manera, y entonces es necesario discutir y ponerse de acuerdo en una interpretación o definición.

Esto nos parece válido también para 'disgregación' y 'globalización'. Por lo tanto nosotros hemos estimado que el acuerdo inicial, espontáneo, sobre las fuerzas que actúan hoy en nuestras sociedades, es suficiente como punto de partida para un trabajo común.

Así pues nuestro texto programático ha sido reducido a su mínima expresión. Se limita a las líneas reproducidas en el programa.[1] Se ha permitido a los participantes colocarse libremente en la perspectiva de su entorno, de una reflexión profesional, o en una más general. No nos hemos pronunciado *a priori* acerca del carácter positivo o negativo de los dos movimientos, ni sobre la cuestión de saber si están o no vinculados entre sí por una relación dialéctica de interacción. Desde esta perspectiva, hemos recibido ahora una

[1] La idea que preside la iniciativa es que cada participante presente el tema según su perspectiva, ya sea en relación con su entorno, su país, ya sea respecto de su disciplina o campo de reflexión. Nosotros hemos elegido dos tendencias que caracterizan, en todo el mundo, la realidad de nuestros días, evidentemente, con grados diferentes y opinamos que la comparación de las experiencias y testimonios podrá ser estimulante y quizá evidenciar convergencias relevantes. Ello demostraría también la existencia de una solidaridad en los esfuerzos de la política de la cultura que busca siempre —a su nivel— lo que une y no lo que divide.

respuesta afirmativa, una respuesta de gran peso ya que nos llega de Norberto Bobbio, nuestro presidente honorario. Sin embargo, los podríamos considerar como superpuestos y no interactivos. Otra cuestión que queda también abierta es: ¿son contradictorios?

Dicho esto, no podemos menos que insistir en la existencia de un marco para un debate exigente; la propia sociedad ha dado una orientación, por medio del pensamiento que la guía, por el compromiso que en general la distingue y en este momento.

El equilibrio bipolar que durante años ha determinado nuestra realidad había transformado el diálogo Este-Oeste en un objetivo constante de la política de la cultura, a tal punto que algunos han terminado por identificar ambas cosas. El extraordinario final de esta oposición, que por un breve lapso ha permitido pensar en un mundo unipolar, ha provocado que en la SEC el diálogo Este-Oeste pasase a segundo plano, como principio que defender y por el que luchar, a pesar de continuar siendo prioritaria su práctica. Esta última convicción se apoya en la constatación de que, no obstante en una y otra parte se emplee el mismo lenguaje, se usen las mismas palabras, su significado no sea el mismo. Se continúa hablando de Este y Oeste refiriéndose a Europa y probablemente continuará siendo así por largo tiempo.

Pero además de continuar en este esfuerzo, la nueva situación multipolar, el estado de fragmentación, los fenómenos de disgregación evidenciados en todas partes, superado el momento de euforia, comportan el desencanto, la desilusión, y sobre todo, nuevos problemas, como el señor Hubay acaba de ilustrar con dramática eficacia, representando nuevos retos. Hemos reconocido que el frente "caliente" del diálogo se ha desplazado de la línea de demarcación Este-Oeste hacia el interior de los países. Extrañamente, el *diálogo interno* es el que se ha vuelto difícil dentro de un mismo país y, con mayor razón, entre ex países. Pero este hecho se manifiesta igualmente en los países con una democracia desarrollada. De alguna manera la caída del muro ha contribuido también a provocar la crisis de las agregaciones tradicionales; tanto es así que se dibujan, quizá todavía un poco confusas, nuevas agregaciones. Hasta aquí un breve bosquejo de la base sobre la que se apoya este coloquio.

La libertad asegurada a la expresión de los testimonios y las reflexiones no significa en absoluto que renunciemos a la formulación de conclusiones, a aprender de lo que se haya dicho. Generalmente nuestras reuniones finalizan con la aprobación de un documento

final que, partiendo de una síntesis de los trabajos, representa un compromiso y un mensaje. Disfrutar de la hospitalidad húngara y del gran trabajo preparatorio que se ha realizado, ciertamente, pero sobre todo intentar enviar un mensaje. Sin procurar anticiparnos al desarrollo de estas jornadas, queremos recordar, sin embargo, con fuerza, que si la SEC se dedica a comprender las dificultades, invita, con igual intensidad, a no quedarse desarmado ante ellas, apoyándose en la conciencia de una solidaridad, una unidad de destino que debe ser, cada vez con mayor fuerza, menos virtual. En cuanto a sus análisis y recientes reflexiones, que se basan naturalmente en el nuevo contexto geopolítico, llevan a la SEC a reafirmar la convicción, presente desde sus orígenes, en cuanto a que portador de futuro es lo que une y no lo que divide. Acepta la manifestación de cualquier identidad y entidad a condición de que no se encierre en sí misma —como ha dicho nuestro presidente— en el recorrido hacia un mañana que será humanamente más digno si encuentra, en lugar de disociación, composición.

DISGREGACIÓN-GLOBALIZACIÓN

Por *Norberto* Bobbio
FILÓSOFO ITALIANO

Reflexionando sobre el tema de la relación entre el proceso de disgregación y el de globalización, no desde el punto de vista de la actualidad, sino del de la filosofía de la historia, me planteo por empezar la cuestión preliminar frente a la discusión que seguirá: ¿El contraste entre las dos tendencias es un problema de nuestro tiempo o de todos los tiempos?

La respuesta me parece fuera de duda. Oponiéndonos a la teoría del progreso que ha caracterizado a la filosofía de la historia en el siglo pasado, estamos cada vez más convencidos de la marcha dialéctica de la historia, en una alternancia de tendencias contrastantes, por acción y reacción, por el choque continuo de fuerzas centrífugas y centrípetas.

La caída del imperio romano dio origen a un fenómeno de disgregación a través del nacimiento de los reinos llamados bárbaros, a los cuales siguió un proceso de reunificación a través de la difusión de una religión universalista como el cristianismo y la creación del Sacro Imperio Romano. La ruptura de la unidad cristiana ha provocado las guerras de religión de las cuales surgió —para recomponer en una unidad el mundo civilizado de entonces— el *ius publicum europaeum*. Después del periodo de guerras revolucionarias y napoleónicas, nacieron las utopías y los movimientos pacifistas del siglo pasado, que tuvieron como comienzo ese pequeño y precioso libro que es *Proyecto de una paz perpetua* de Kant, cuyo segundo centenario se celebra en todo el mundo. El *ius publicum europaeum* se reveló demasiado frágil para evitar la conflagración de la Primera Guerra mundial. Al final de esta guerra, sin embargo, nació por primera vez en la historia una Sociedad de Naciones, del mismo modo que al final de la Segunda nació la Organización de las Naciones Unidas. Esta última ha tenido que enfrentar el imponente fenómeno del estallido del universo político

precedente, la descolonización, que ha causado y continuado causando guerras limitadas en el tiempo y en el espacio, pero no por ello menos feroces.

Los fenómenos actuales de disgregación que suscitan nuestra reflexión son, como siempre, el efecto de la ruptura de un sistema unitario, el cual, a su vez, había nacido para superar situaciones en las que dominaban fuerzas disgregadoras.

Me parece difícilmente discutible que la historia procede sin interrupciones entre las fuerzas de la disgregación —para retomar el título del coloquio— y las de la globalización.

En cuanto a saber si las primeras deben considerarse siempre como maléficas y las segundas como benéficas, esto es más difícil. Es más difícil porque la respuesta no se funda sobre un juicio histórico —juicio de hecho— sino que exige un juicio de valor sobre lo que es un bien y un mal. No tengo dudas en cuanto a la respuesta general: ha habido en la historia procesos disgregadores benéficos y procesos unificadores maléficos; pero lo digo con prudencia, ya que habría que evaluar cada caso por sí mismo.

Volviendo al plano de la filosofía de la historia, considero por el contrario indudable que una sed constante empuja a la humanidad no hacia lo particular, sino hacia lo universal.

Nada prueba mejor la constancia de esta aspiración que la confianza expresada en el curso de las edades en la realización progresiva de este proceso de unificación por la simple fuerza de las cosas. Entre el siglo XVIII y el XIX adquirió prestigio la tesis según la cual —para retomar la expresión bien conocida de Benjamin Constant— el espíritu de comercio iba lenta pero inevitablemente a superar el espíritu de conquista. Marx creía en el inevitable pasaje del reino de la necesidad al reino de la libertad, a través de la destrucción o el agotamiento del capitalismo (siguiendo interpretaciones diferentes y opuestas). Spencer estaba convencido de que la historia se movía inexorablemente de la sociedad militar hacia la sociedad industrial y hacia una vida en común pacífica.

En nuestros días esta tarea del universalismo es confiada al desarrollo de la investigación científica y al progreso tecnológico cada vez más vertiginoso. Cuando decimos "globalización" no hacemos otra cosa que comprobar los efectos, sobre lo que ya llamamos "aldea global", de los instrumentos extremadamente poderosos de comunicación que sobrepasan todas las fronteras y establecen un contacto instantáneo entre todos los hombres.

El progreso técnico, con todas las transformaciones que derivan de él, es irreversible: desde el momento en que se produce un

instrumento mejor adaptado a un determinado fin, el viejo es descartado y pasa al museo de antiguallas. El problema más grave no es pues poner un freno, por otra parte imposible, a las resonantes conquistas de la técnica, sino crear instituciones que lleguen a dirigir su utilización hacia ciertos objetivos más que hacia otros.

En ninguna parte del mundo hoy en día existen tales instrumentos, ni siquiera en los países más avanzados desde este punto de vista, mientras que los que existen son insuficientes. La tentativa más grandiosa de globalización institucional realizada por la humanidad, la Organización de las Naciones Unidas, muestra, desde los primeros años, su insuficiencia. Colocada ante nuevos desafíos, se ha mostrado por debajo de la tarea en relación, y precisamente, a su objetivo más ambicioso y más innovador: el establecimiento de una fuerza armada internacional permanente, capaz de resolver conflictos internacionales limitando al máximo el derramamiento de sangre, en otras palabras, capaz de vencer las fuerzas de la disgregación. Lo que pasa en la ex Yugoslavia y pasó en Somalia representa una prueba dramática del fracaso de una gran ilusión.

La globalización por medio de la técnica avanza inexorablemente, pero la que pasa por las instituciones no logra seguirla.

Planteo el problema. No tengo propuesta sensata para resolverlo. No puedo sino que repetir lo que he dicho en otras circunstancias: el contraste entre la globalización por la técnica y todas las formas de disgregación social y política que nos devuelven a estados de barbarie intolerables es una entre las numerosas manifestaciones del contraste —irresuelto e insoluble— entre el progreso técnico y el progreso moral. Este contraste es tanto más grave hoy que el primero se va acelerando mientras que el segundo sigue siendo demasiado lento. También están los que ponen el acento sobre los angustiantes fenómenos de la regresión. ¿Qué hacer? Como siempre, antes que "hacer", es necesario "comprender". Es la tarea de los hombres de cultura, tarea cuya importancia actual no podría escapar a nuestra sociedad, en el momento mismo que en esta importante reunión afronta —según su larga y noble tradición— uno de los grandes contrastes de nuestro tiempo.

Traducción de Hernán G. H. Taboada

¿MUNDIALIZACIÓN O HEGEMONÍA?

Por *Henri* BARTOLI
PRESIDENTE DEL CENTRO FRANCÉS
DE LA SOCIEDAD EUROPEA DE CULTURA

1

LA ASPIRACIÓN CASI RITUAL a un "orden" internacional "nuevo" se nutre fácilmente de la esperanza común y del espectáculo omnipresente de todos los desórdenes del mundo. Encuentra su resorte, casi infatigable, en el ideal de paz.

Esta misma aspiración se hizo presente en el Mensaje a los Intelectuales votado por la primera Asamblea General Ordinaria de la Sociedad Europea de Cultura (noviembre de 1951), que los invitaba a no sufrir la historia, sino a trabajar para hacerla, y a responder, ante las exigencias brutales, que no hay conflicto inevitable. Se hizo también presente en la Carta a las Autoridades Políticas votada por la misma Asamblea, que hacía del esfuerzo de previsión y de preparación del orden futuro que realiza la cultura una acción que sobrepasa el dominio de las instituciones y de las leyes. ¿La cultura no es, decía Umberto Campagnolo en su discurso inaugural de la Asamblea Constitutiva de la SEC, "la fuerza más dinámica, la más indestructible que tiene la humanidad"?

La vida diplomática, política, económica, se había organizado a partir de los acuerdos de Yalta alrededor de dos líneas de fractura (Norte-Sur, Este-Oeste) y de tres conjuntos (mundo capitalista, mundo comunista, Tercer Mundo). Las revueltas mismas de Berlín (1953), Budapest (1956), Praga (1968), Gdansk (1980) no habían sacudido el edificio internacional ni perturbado el obligado respeto mutuo que acarreaba la doble defensa nuclear. En unos pocos años todo cambia. Es así que, como dice G. Robin, "los dos países que tenían la guerra fría en la punta de los dedos eran también los

más fatigados. Y era en Moscú donde el desgaste se hacía más manifiesto''.[1]

Desde fines de los años ochenta, el fuego estaba preparado en la Unión Soviética. Había una crisis de las instancias del poder político, un enjuiciamiento del Partido, de sus dogmas, de su lugar en el Estado, del mismo modo que había crisis de la economía, cansancio ante las lentitudes y las consecuencias lamentables de las reformas, el desempleo, la pobreza y la agravación general de las condiciones de vida.

Todo había cambiado ya en Occidente antes de la ''crisis'' de 1973-1974, fenómeno atribuido en un principio a los ''caos petroleros'', pero del cual hubo que reconocer por cierto, una vez que los términos de intercambio volvieron a ser favorables a los países capitalistas industriales, que acumulaba una crisis estructural y una crisis de las regulaciones, y concernía también a la política, a lo cultural, a las instituciones, a las costumbres. Las protestas de fines de los años sesenta, los votos de cólera y de rechazo, el creciente abstencionismo, atestiguan la amplitud del desconcierto.

Todo había comenzado también en el Tercer Mundo con las secuelas de la descolonización, temibles allí donde había habido guerra y allí donde había rivalidades tribales, agravadas por la prolongación de la crisis económica y sus efectos sobre las exportaciones y los precios.

Todo cambia, pero hay en obra un proceso que inflexiona, orienta, trastorna lentamente más aún las relaciones internacionales. Parece conducir a la unificación del mundo, y se puede creer que la guerra fría va a ceder el lugar a la reconciliación, al verse lentamente atrapados los Estados-nación en un vasto movimiento que tiende a hacer de todo el planeta una zona única de producción y de intercambio.

Los agentes de esta ''mundialización'', como la designan los franceses, o ''globalización'', como la llaman los anglosajones,[2] son ante todo firmas. Firmas ''globales'' que revisten la forma de una red de unidades complementarias o sustituibles. Firmas ''globales''

[1] G. Robin, en *Un monde sans maître. Ordre ou désordre entre les nations*, París, Odile Jacob, 1995.

[2] La diferencia no es vana. El término ''globalización'' traduce una regulación de las economías nacionales que escapa a ellas, el término ''mundialización'', apunta al fenómeno de constitución de una economía-mundo sin desaparición de su autonomía. La ''globalización'' es más ''totalizadora'', pero se trata de una cuestión de matices.

marcadas por su nacionalidad de origen. Firmas ''multidomésticas'', que asocian filiales autónomas, multinacionales que de todos modos no siguen una estrategia global ya que operan de forma independiente en los países donde radican.

37 000 sociedades transnacionales con sus 170 000 filiales dominan la economía mundial, 172 sobre 200 pertenecen a Estados Unidos, Japón, Francia, Alemania, Reino Unido. Entre las 50 más grandes, 20 tienen su sede en los Estados Unidos, 8 en Japón.

En 1992 el volumen acumulado de las transacciones comerciales de las 4 empresas transnacionales industriales más importantes del mundo (General Motors, Royal Dutch Shell, Ford, Exxon) equivalía al producto interno bruto de China, sobrepasaba al de Rusia y al del conjunto del continente africano. No sólo la crisis de los años setenta y ochenta ha empujado a las empresas más poderosas a intentar escapar de la baja de sus ganancias recurriendo al comercio mundial y luego a la deslocalización, sino que también la evolución de las tecnologías, su poder, el crecimiento de las capacidades de producción, han contribuido en mucho a este proceso.

La mundialización tiene como consecuencia la inserción cada vez más estrecha de las economías nacionales en una red de solidaridades comerciales a escala planetaria.

Todas las economías nacionales son cada vez más extrovertidas, dependientes del exterior tanto para sus ventas como para sus abastecimientos. De 15% en 1960, la producción de las empresas francesas para el exterior ha pasado a 25% en 1990. Las inversiones extranjeras directas impulsan el movimiento de mundialización más aún que los intercambios comerciales; modelan la estructura de las localizaciones y determinan los intercambios de bienes y servicios. La tecnología se mundializa a través de las investigaciones compartidas que se dan en el seno de las empresas globales, y a través de la difusión del progreso técnico.

El mundo deviene lo que Marshall McLuhan ha denominado ''aldea global'', en la cual la escritura se convierte en un medio de comunicación obsoleto frente a la electrónica, y que se parece ''no a una inmensa biblioteca, sino a una red de *tam-tams* tribales en interdependencia total y coexistencia forzada''.

Las finanzas se mundializan y la esfera financiera se desconecta de la economía real: 250 mil millones de dólares eran objeto de transacciones en los mercados de cambio en 1985, ¡y un millón de millones en 1990! Los mercados financieros juegan sobre las diferencias de evolución de las economías nacionales, los capitales salen masivamente de los países donde las tasas de interés son

débiles y se trasladan hacia donde son elevadas. Que la inflación repunte y sea más fuerte que entre los "socios", que el crecimiento aumente y exija crecientes importaciones, y la balanza de pagos cree problemas.

Los Estados pierden el control de la economía de su propio territorio. Deben arreglarse con las grandes firmas, que no vacilan en entrar en conflicto con ellos desde el momento en que obstaculizan su poder mundial. Deben también arreglarse con los mercados financieros: bajar las tasas de interés real para favorecer la inversión productiva y exponerse a la partida de capitales, y tanto peor para la prosperidad de la nación que abandonan y para los desempleados. Oligarquías a las cuales ningún pueblo, ningún poder político ha confiado la responsabilidad de la economía nacional se atribuyen el destino y ejercen un poder sin precedentes, asimilable en ciertas circunstancias a un auténtico derecho de veto.

En el curso del verano de 1993 los flujos de desplazamientos internacionales de capitales han sobrepasado cada día la totalidad de las reservas mundiales de divisas y el triple de las de los bancos centrales de los doce países miembros de la Comunidad Europea. Desde entonces, los bancos centrales no son más creíbles cuando tratan de estabilizar los cambios.

Ningún "orden" mundial resulta de la mundialización. Tal como escriben G. Deleuze y F. Guattari, "si no hay Estado democrático universal pese al sueño fundante de la filosofía alemana, es porque la única cosa universal en el capitalismo es el mercado",[3] no por mecanismos providenciales llevados a cabo por una "mano invisible" sino por fuerzas enfrentadas. Por cierto que se pueden analizar las relaciones internacionales haciendo caso omiso de los Estados y la economía-mundo no se forma como un vasto mercado unitario semejante a una mancha de aceite, pero si no se encuentran nuevas formas de regulación es el orden económico de las firmas multinacionales fundado sobre una división del trabajo implacable el que amenaza con imponerse.

Ya no es más la guerrra "fría" nuestra suerte, es la guerra "caliente" económica. Cuando se reunió en Lausana el World Economic Forum ¿no fue cuestión de "estrategia competitiva", no se evaluó el ambiente "competitivo" y la "agresividad" de las empresas a escala mundial con ayuda de 330 criterios? Hace cincuenta años. K. W. Rothschild consideraba necesaria la redacción de

[3] *Qu'est-ce que la philosophie?*, París, Éd. du Minuit, 1991, p. 101.

"principios de la guerra oligopólica". Las que se realizan son efectivamente estrategias de influencia, de subordinación, de eliminación, de adaptación o de acuerdo, realizadas con grandes esfuerzos de administración de los precios, de obstáculos estructurales, técnicos o financieros, levantados ante los competidores, de choques con los abastecedores y los gobiernos. Engañan a las naciones pretendiéndose "ciudadanos del mundo" mientras que son mercaderes cuya visión no es el servicio de los hombres, sino la solvencia y la rentabilidad, y tanto peor para aquellos que no están dotados de poder de compra.

Abierto a las posibilidades y a los intereses de los fuertes entre los débiles, el nuevo "orden" de la "mundialización" tiene como filosofía las consecuencias de la competencia y del crecimiento. Un darwinismo selectivo, devastador como tal, se presenta el liberalismo universalizado. "Orden de los ricos", orden de preservación y de consolidación de las ventajas, orden "policíaco mundial en pie de guerra permanente".

2

SIEMPRE en el pasado, los capitalismos nacionales han sido diversos en sus dominios (comercio, industria, finanzas), sus modos de regulación (mercado, intervención del Estado), sus estructuras, sus instituciones, el comportamiento y la organización de sus empresas, el grado de protesta o de consenso interno de los que eran objeto. La mundialización en curso no supone la desaparición de las economías nacionales y tampoco despoja a todos los Estados-nación. Los grandes Estados siguen siendo los protagonistas de la economía mundial. Lo que es nuevo es que a la hegemonía sin par de Europa Occidental, fábrica y banca del mundo a comienzos de siglo, ha sucedido un proceso de triadización, entendiendo con ello el advenimiento, en el corazón del proceso de mundialización y a su escala, de una configuración de relaciones de fuerza tal que la mayoría de los conjuntos económicos nacionales se reagrupa a alrededor de tres polos cuyas fuerzas superan a las otras y cuyos capitalismos no son forzosamente concurrentes: Estados Unidos, Japón y Europa Occidental.

En 1993, el Producto Interno Bruto de la Comunidad Europea (entonces de doce países) era de 6 651 miles de millones de dólares, el de Estados Unidos de 6 388, el de Japón de 3 526, mientras que el PBI de los otros países asiáticos se elevaba para la misma fecha a 1 821 mil millones de dólares, el de América Latina a 1 322,

el de los otros países de Europa Occidental a 890, el de la URSS y de los países del Este europeo a 763, el del Medio Oriente a 413, el de Oceanía a 352 y de África a 328. La tríada participó de este modo en 1993 con un 73,9% del PIB mundial. El Grupo de los Siete (Estados Unidos, Canadá, Japón, Alemania, Francia, Italia, Reino Unido) han producido, siempre en 1993, 45% de la producción mundial.

Entre los tres polos fluyen redes de enlace generadoras de ventajas recíprocas en ganancias y en poder, que los protegen además de desórdenes irreparables. En 1992 se había formalizado el 92% de las 4 200 alianzas estratégicas entre dos empresas del mundo entero, de todos los sectores revueltos, entre firmas de la tríada. Alianzas "estratégicas" resultan del hecho que si tienen intereses divergentes y se entregan a posguerras comerciales y financieras, tienen también la ventaja común de velar por la estabilidad y la regulación de la economía mundial; ninguna potencia equilibradora existe realmente fuera de ellas.

Desde entonces se plantea esta cuestión: un poder mundial compartido entre las tres grandes potencias económicas del planeta ¿es una forma conveniente de regulación de la economía-mundo, es portadora de paz?

Una potencia es "hegemónica" cuando dispone de la polidimensionalidad del poder en el espacio económico, en el espacio político y en el espacio cultural. La hegemonía en los tiempos de la mundialización no es otra cosa que la capacidad de manipular el complejo de relaciones internacionales y de imponerse como líder mundial planteando las reglas del juego y haciéndolas aplicar sin que las otras naciones puedan cerrarle el paso.

El orden mundial está garantizado por los Estados Unidos, si creemos al Informe Molfowitz de 1992 (Comité Nacional de Seguridad), y éste debe mantenerse "contra toda tentativa de amenazarlo por la emergencia de otros centros de poder mayor". De hecho, los Estados Unidos disponen de la hegemonía militar y de una hegemonía cultural que se beneficia del empleo del inglés y del poder del dólar. Sin embargo, la falta de dinamismo de su economía, el desgaste de sus finanzas, no les permite ejercer sin compartir el liderazgo mundial. El dólar valía más de 3 marcos en 1972, 1,5 en 1992 y vale 1,4 en 1995; 340 yens en 1972, 129 en 1992, 88 en 1995. El déficit público, que era en promedio de 0.4% del PIB en 1961-1973, no ha dejado de crecer hasta 1992, alcanzando entonces el pico de 4,5%; es todavía de 2,7% en 1994; en el mismo momento, Japón tuvo excedentes de 1,1% en 1961-1973, conoció déficits de 0,8% en 1981-1990, de 2,4% en 1992, pero un nuevo excedente de 1% en 1994.

La inquietud domina a los norteamericanos ante el deterioro de la posición de su economía en el mundo, marcado por la cuantía de las importaciones de tecnologías extranjeras en varios sectores (siderúrgico, automotriz y de bienes de consumo durables), la competencia de los productos extranjeros en las industrias de punta (computadoras, semiconductores, automatización), la débil capacidad de respuesta de amplias fracciones de la economía a las agresiones exteriores, las insuficiencias de la investigación-desarrollo, la recuperación de una parte del aparato productivo por capitales extranjeros. Pese a la enorme preponderancia de los mercados interiores, debido al déficit de la balanza comercial, los mercados internacionales se convierten en una preocupación mayor del país y sus dirigentes intentan llevar a cabo una estrategia del crecimiento por las exportaciones.[4]

La dependencia de la economía norteamericana respecto del Japón, caja de ahorro del planeta en razón del enorme excedente de su comercio exterior y comprador de considerables cantidades de bonos del Tesoro norteamericano, ha crecido considerablemente. La venta masiva de los valores extranjeros que detenta la bolsa de Tokio en el primer semestre de 1995 ha contribuido fuertemente al debilitamiento del dólar.

La economía norteamericana necesita un largo periodo de consolidación, de desendeudamiento, con tasas de interés reales bajas e incluso un dólar débil. Puede pensarse que el debate que opone a los "unilateralistas" (corresponde a los Estados Unidos modelar el mundo a su imagen por sus intervenciones) y a los "multilateralistas" (conviene buscar soluciones a los problemas internacionales en el marco de las organizaciones internacionales) tiene todas la probabilidades de ser resuelto a favor de los segundos en el plano político y militar y de los primeros en el plano económi-

[4] Con un excedente de 5 000 millones de dólares en 1980, han habido déficits con un pico de 167,1 mil millones en 1987, seguidos de una mejora hasta 1991 (-6,9 mil millones de dólares), pero un repunte a -153,7 mil millones en 1994. Notemos sin embargo que si se establece una balanza "ampliada", teniendo en cuenta la actividad de las multinacionales norteamericanas implantadas en el extranjero y extranjeras implantadas en los Estados Unidos, en 1985 no hay ya un déficit de 150 mil millones de dólares, sino que se registra un excedente de 50. Es necesario también tener en cuenta que una buena parte de las importaciones de los Estados Unidos provienen de filiales de multinacionales norteamericanas.

co, siempre persiguiendo la constitución de un gran mercado norteamericano en forma de libre cambio, con lo cual se espera hacer del TLC (Estados Unidos, Canadá y México) un conjunto más poderoso que la Unión Europea.

Los Estados Unidos, únicos en presentarse, después del derrumbe de la URSS, como una potencia multidimensional que puede pretender ejercer un control a distancia, recortan el mundo en tres zonas: una de mayor interés, que abarca a Europa, Japón, el Medio Oriente petrolero e Israel y América del Norte; otra de interés relativo, que abarca Rusia, los Balcanes, Magreb, China y el Medio Oriente no petrolero; queda una tercera de interés insignificante (América Latina, Asia Sudoccidental y África). Desde su punto de vista, el problema no está ya orientado Este-Oeste sino Norte-Sur.

El segundo miembro de la tríada, Japón, presenta hasta el comienzo de los años noventa una vitalidad fuera de serie. Amplía constantemente las bases de su poderío económico, remontando con mayor facilidad que los otros países capitalistas industriales las recesiones y cumpliendo realizaciones tales que numerosas empresas occidentales entre las más innovadoras, convencidas de la superioridad de su capitalismo, se abren a sus capitales o confían a sociedades japonesas la producción y la comercialización de sus productos nuevos. El vigor de su expansión debe atribuirse al conjunto de sus instituciones y de sus reglas, a los comportamientos concretos de sus agentes, a sus capacidades y a las relaciones que entablan, a las tecnologías empleadas, al arte de movilizar y de contener la inteligencia de todos en provecho de la empresa, pero también a la apertura de las estrategias a largo plazo, de modo tal que todo conflicto entre el corto y el largo plazo se decide a favor de éste, y se da preferencia a los intereses de la nación sobre los de las empresas cuando éstos no coinciden.

El liderazgo de Japón en Asia es indiscutible. El Pacífico es, según la expresión del MITI, una región "donde es posible una estrategia de empresa global" para Japón: en los países periféricos las producciones con fuerte intensidad de trabajo (siempre que las empresas japonesas los controlen), en Japón las producciones de tecnología avanzada. Fuera del Pacífico, Japón procede a amplias inversiones directas, incluidos los Estados Unidos y Europa, y se esfuerza por esquivar las barreras proteccionistas de los otros conservando las suyas.

Pero queda el hecho que, por grande que sea el dinamismo económico del Japón, no puede él solo introducir en el sistema político internacional y en el sistema económico mundial una modificación fundamental.

La interdicción militar de que ha sido objeto ha contribuido al aumento de su competitividad, pero la debilidad militar que resulta de ello limita sus pretensiones hegemónicas. Su estilo de vida y su cultura son tales que no podrían aspirar a la universalidad: la sociedad japonesa niega el derecho a la diferencia mientras que nosotros lo cultivamos; el contenido filosófico de la enseñanza japonesa es cada vez más débil y expone al país a la proliferación de las sectas; pese a grandes esfuerzos el saber científico sigue muy retrasado respecto de los Estados Unidos. A todo esto se agregan la fragilización de las instituciones que habían permitido el auge (el MITI, la federación patronal Kaidoren, el Partido Liberal Demócrata), un sistema político enfermo de corrupción y el vuelco de la situación económica en años recientes, de tal importancia que algunos no dudan en hablar de un "fin del crecimiento del Japón".

Hay que ser prudentes. De 1990 a 1994, las exportaciones japonesas han crecido 32%, se han creado 3,2 millones de empleos, el ahorro nipón se elevaba en 1993 a 819 miles de millones de dólares, o sea 56% del total de los países miembros de la OCDE. Es posible que la competitividad-precio de los productos japoneses disminuya en razón del alza del yen, que los constreñimientos de la dependencia se hagan más fuertes, que los excedentes de la balanza comercial retrocedan. Es posible también que las consecuencias del estallido de la burbuja financiera nacida de la euforia de los años ochenta y de la especulación desenfrenada que la había acompañado, ya evidentes con la fragilización del sistema financiero y la ampliación para ciertos establecimientos de deudas irrecuperables, conduzcan a una quiebra financiera que haría volar en pedazos la arquitectura financiera internacional. El conflicto económico presente con los Estados Unidos proseguiría entonces y el conflicto económico con Europa revestiría una amplitud mayor. La economía-mundo se sacudiría en sus mismas bases.

Tercer socio de la tríada, la Unión Europea es la primera potencia económica mundial si se suman las actividades de los países miembros, pero no tiene unidad económica y política y no puede resistir a los asaltos del exterior más que si la logra.

Desde que Michel Albert escribió *Capitalismo contra capitalismo*,[5] es común oponer dos tipos de capitalismo en conflicto: el capi-

[5] Michel Albert, *Capitalismo contra capitalismo*, tr. esp.; México, Paidós, 1992.

talismo norteamericano y el capitalismo renano. El primero atribuye a la empresa como función producir ganancias hoy, aun a costa de debilitarse mañana y penalizar el desarrollo de la economía nacional; tiene como regla de oro el gasto, identifica el éxito personal con la riqueza, da preferencia a la bolsa sobre la banca, adopta una forma de fiscalización que favorece el endeudamiento y el capital. El segundo atribuye como tarea a la empresa crear empleos sin descuidar las ganancias y asegurar la competitividad de la economía nacional, ve en el ahorro una virtud y prefiere la banca a la bolsa, presta atención a la calidad de la producción, a la investigación-desarrollo, y realiza una gestión que apela a la participación bajo formas más o menos extendidas. Entre los dos modelos reina, siempre según Michel Albert, una guerra ideológica sin piedad, pero el capitalismo renano conoce cierta decadencia ilustrada por el crecimiento de las desigualdades, el ascenso de la exclusión, el creciente individualismo, la importancia otorgada a las finanzas, la desregulación, el advenimiento de la economía-espectáculo, la acogida de lo que es menos valioso en la "cultura" norteamericana (obras y costumbres) y que demasiado a menudo no es más que una "no-cultura" o caricatura de la cultura.

Se puede pensar y esperar que sea posible un modelo europeo que combine los logros del *welfare*, el keynesianismo, la socialdemocracia y su cuidado por producir más y para repartirlo mejor. No se trata solamente del aparato institucional, ni de la definición del poder jurídico: es cuestión de la adaptación del espacio pluridimensional de Europa y de la adopción de un modo de regulación adecuado a la economía de la zona.

Una cosa es segura: no podría haber una superación de los nacionalismos en un supernacionalismo europeo. Sería una contradicción en los términos. No hay nación sino allí donde hay congruencia entre territorio, estructuras, instituciones y tradiciones culturales. Las naciones europeas responden a estos criterios, Europa no. Ésta no debe "reproducir", trasponiéndolas, las características de las naciones; debe suponer una diversidad de niveles de organización y de legitimidad política.

El repunte de los impulsos históricos, la oposición de los sostenedores de una soberanía nacional sin concesiones a toda propuesta de soberanía en varios niveles, los sueños de quienes creen en una Europa-Estado de nuevo tipo y olvidan que una nación compuesta de naciones no puede tener más que una existencia metafísica, pueden obstaculizar el advenimiento de una Europa como verdadera

nación. Su riqueza colectiva, sus tecnologías de vanguardia en más de un sector, sus realizaciones en materia de productividad, el alto nivel de instrucción y de calificación de sus poblaciones, la intensificación de los intercambios intraeuropeos, las alianzas estratégicas entre firmas europeas y el tejido de redes, pero también —y esto dista mucho de ser insignificante—, la experiencia adquirida en materia de búsqueda de convergencia entre los países miembros, son logros de los que dispone Europa frente a los Estados Unidos y Japón.

La coexistencia "pacífica" o "competitiva" era un argumento de lucha entre sistemas. La mundialización recubre conflictos entre distintos protagonistas ninguno de los cuales alcanza a imponer globalmente su ley a los otros. Frente a la URSS y a China, un lazo de solidaridad une a los países capitalistas de la tríada cualesquiera sean sus divergencias de intereses. Ahora este lazo se ha hecho muy frágil. En un sentido la triadización facilita los equilibrios económicos políticos, militares, pero entre sus miembros, la palabra la siguen teniendo los argumentos de poderío y de competencia y la economía mundial camina sobre el filo de la navaja.

Partidarios de un "multilateralismo liberal" mientras ocupaban una posición plenamente hegemónica, los dirigentes de los Estados Unidos son ahora partidarios de un "multilateralismo administrado", convencidos como están de la capacidad de Europa y de Japón de desempeñar un papel importante. Es innecesario, según ellos, recurrir a una gestión bilateral y a una administración sin complacencia de las relaciones entre socios. La adopción del Omnibus Trade Act en 1974-1988 les permite tomar medidas discrecionales contra los competidores extranjeros considerados fautores de "maniobras desleales". Las negociaciones bilaterales llevadas a cabo en el marco de la "iniciativa sobre los obstáculos estructurales" son utilizadas por ellos para intentar levantar los obstáculos que resultan del sistema de distribución de Japón, de las interacciones entre los grupos industriales y financieros de este último y de la imposibilidad para los capitales extranjeros de participar en sus operaciones de fusiones y de participación. Los vigorosos ataques contra, por ejemplo, la política agrícola común de Europa o la excepción cultural, la dureza del combate por el libre cambio internacional, muestran que más allá del "multilateralismo administrado", el "unilateralismo" está siempre presente para dar su orientación a las acciones que se lleven a cabo.

Japón combina una ofensiva sobre los mercados exteriores, juego sutil de términos técnicos y sanitarios y barreras no tarifarias,

con el paso casi obligado de las importaciones por intermediarios comerciales convertidos en transnacionales. Cuando el presidente Clinton opta por un enfoque sectorial duro y exige negociaciones en dominios que representan un 65% de las exportaciones japonesas hacia los Estados Unidos, con una formulación de objetivos cifrada, en la amenaza de sanciones unilaterales, el MITI rehúsa someterse, denuncia las prácticas estadounidenses, entabla (por primera vez) una acción contra los Estados Unidos ante el GATT y se hace de un arsenal legislativo en vistas a eventuales represalias si éstos recurren efectivamente a sanciones.

Un verdadero "fantasma colectivo" parece desarrollarse en Japón, enlazando la actual pretensión a la disputa de la hegemonía económica con los Estados Unidos y la creación de un nuevo paradigma civilizador destinado a reemplazar, dentro de poco, el paradigma de la modernidad occidental que ha dominado los asuntos internacionales a partir de la expansión de la Europa colonial y, con más fuerza aún, desde la generalización de la economía de mercado y la forma que ésta otorga a la mundialización.[6]

La Comunidad Europea, luego la Unión, refuerza también su protección cueste lo que cueste, aumentando el peso de los obstáculos no tarifarios (medidas anti*dumping* más que derechos compensatorios) y recurre a acuerdos de autolimitación (con Japón, con los nuevos países industriales de Asia) pero los instrumentos de los que dispone no tienen nada que ver con los procedimientos mucho más agresivos y sin complejos que utilizan Estados Unidos y Japón.

Por cierto, está el acuerdo de diciembre de 1993 y la creación de la Organización Mundial de Comercio, pero también está la competitividad, la persecución del movimiento de transnacionalización de las empresas en todos sus sectores, la continuación de la constitución de bloques regionales, comerciales y financieros.

La mundialización debe, según la ideología liberal, constituir el terreno más favorable para la expansión del modelo económico y político occidental, de hecho del modelo neoestadounidense, para mayor beneficio de todos. Es un nuevo "gran cisma" interno y externo, cuya posible llegada hay que prever. El mundo puede fracturarse.

Ser tres es poder entablar alianzas contra uno de los tres. Los capitales norteamericanos y alemanes pueden tener intereses comunes contra los capitales japoneses, pero los capitales alemanes y

[6] Véase el excelente artículo de B. Stevens, "Ambitions japonaises. Nouvel asiatisme et dépassement de la modernité occidentale", *Esprit*, julio de 1995.

japoneses pueden también tenerlos contra los capitales norteamericanos en otros sectores, conservando al mismo tiempo, por otra parte, una misma necesidad frente al resto del mundo de implantarse ahí donde lo deseen y la misma pretensión de desarrollar sin constreñimientos su estrategia.

La mundialización es también un universalismo trunco, limitado al Norte (incluyendo el Este europeo), prolongado en países limítrofes o que han "despegado"; el Sur profundo es considerado casi irrecuperable y más o menos tomado a cargo por organizaciones no gubernamentales especializadas en la asistencia a las poblaciones en peligro de naufragio. Zonas enteras de África, de América Latina, de Asia podrían ir camino a la barbarie. Más que a una economía-mundo unificada, nos encaminamos hacia una economía-mundo a dos velocidades, por una parte con los países capaces de ejercer una influencia sobre la organización de los intercambios, que practican una estrategia aunada al retorno de cierto imperialismo de las exportaciones y de las inversiones, y por la otra con los países que no son capaces y deben limitarse a políticas comerciales estratégicas internas, o ser condenados a la "exclusión" por naciones "fuertes" que no sienten ninguna obligación de hacer solventes a las naciones que no lo son.

La amenaza de un mundo fracturado es tanto mayor en cuanto los tres, poderosos como son, no son los únicos y entre los países en desarrollo algunos tienen desde ya un crecimiento más rápido que el suyo y alimentan ambiciones. La parte de la producción acumulada de las 25 naciones de la OCDE debería pasar entre 1990 y 2010 de 54% a 44.1% del producto bruto mundial; el de China de 11,3 a 19,1%, el de las economías dinámicas de Asia del Sur (Hong Kong, Singapur, Malasia, Tailandia) pero también la de Corea del Sur y de Taiwán de 10,1 a 14,2%, las de India e Indonesia, respectivamente, de 4,1 a 5,1% y de 1,7 a 2,2%.

Las zonas de desestabilización política se multiplican en África (Argelia, Ruanda, Burundi, Nigeria, Sudán, etc.), en Asia (Paquistán, Bangladesh), en América Latina (Venezuela, Perú, México), en Europa (ex Yugoslavia, Rusia), así como las ocasiones de conflictos (en torno a los recursos naturales indispensables al crecimiento, en torno a la degradación del medio ambiente, en torno a los territorios entre las etnias, etc.). Una misma lógica "totalnacionalista" tiende a hacer ley.

La mundialización se extiende y se acelera en el desorden. El liberalismo triunfa, pero su dominio se limita a la economía de mercado, es decir, al capitalismo, y enmascara la persistencia de los

nacionalismos. Los "valores" del liberalismo político son en gran parte ignorados. Ningún espacio internacional organizado podría nacer espontáneamente del libre mercado. Ningún proyecto de orden internacional —ni siquiera económico— puede ser concebido como *a* o *anti* político sin quedar condenado al fracaso o a la tergiversación.

El dominio sigue siendo norteamericano. Las ambiciones asiáticas (de Japón, de China, en segundo plano de los nuevos países industriales de la zona) lo disputan, mientras que Europa atiende sus contradicciones. El mundo está "sin dueño",[7] pero no sin luchas por la hegemonía económica y política y, más allá, por la hegemonía en materia de civilización y de cultura. Es posible ver en la mundialización en curso un movimiento hacia una única civilización planetaria en la medida en que podría permitir una toma de conciencia de la pertenencia de todos a una humanidad única y a un fondo común de valores que resultará poco a poco en el respeto a las identidades culturales y en la repartición. Puede ser también que prevalezca el reino de la fuerza y que el rechazo de la alteridad prepare, tal como teme B. Stevens,[8] un "nuevo combate de gigantes" no ya en nombre de una gestión diferente del crecimiento económico, sino en nombre de una concepción de la civilización misma.

3

El hombre de cultura, decía Paul Ricoeur al preguntarse sobre el significado de "humanismo",[9] es quien retoma los valores "dados" en la masa de las conductas colectivas y los "revivifica". Este retomar tiene dos rostros: un rostro crítico de ejercicio del discernimiento frente al "vivir", es decir, de la civilización, y un rostro poético de apertura del horizonte de posibilidades y de promoción del hombre nuevo, sin saber absolutamente cuál es el hombre que llegará, ni cómo llegará. Es por esto que Paul Ricoeur califica el humanismo de "revolucionario", proyecta un sentido, empuja al hombre hacia adelante. Umberto Campagnolo,[10] por su lado, veía en la "cultura" una capacidad de arrancar al hombre a la necesidad

[7] J. Guelle, en *Un monde sans maître. Ordre et désordre entre les nations*, París, Odile Jacob, 1995.

[8] *Ibid.*, p. 28.

[9] "Que signifie 'humanisme'", *Comprendre*, núm. 15 (1956), pp. 84-92.

[10] "La culture catégorie de la crise", *Comprendre*, núms. 37-38 (1971-1972), pp. 10-40.

de la evolución, de permitirle penetrar lo desconocido; la definía como "la política de la revolución, incluso la revolución misma". Poder de creación y de regeneración de los valores, capacidad de aprehensión de los problemas y de intentar resolverlos, expresión de las "razones de vivir", debe informar el "vivir".

Ser un hombre de cultura es vivir un compromiso político en favor de todos los hombres y contribuir en toda la medida de sus capacidades para la inscripción de los valores en la historia que se hace y que uno hace. Es una crisis y, quizás, un conflicto de civilizaciones que se trata de superar. Urge la invención de un nuevo "orden", el "vivir" que es la civilización, las "razones de vivir" que expresa la cultura, uniéndose con el fin de dar forma a un mundo más humano. Nuestra época necesita una política de la cultura: *política* porque está destinada a realizar las condiciones más favorables para el surgimiento de una civilización nueva; *de la cultura* porque es la reconsideración y la inscripción de los valores con la conciencia de contribuir así al pasaje del momento histórico donde estamos al mañana que hay que construir.

No se trata de conformarnos con escudriñar los signos del tiempo y de interpretarlos a la luz de una cultura que no se ensuciaría las manos. Se trata de alcanzar la política "ordinaria", pues no hay auténtica "política de la cultura" si no la obsesionan la solidaridad y la fraternidad humanas al punto de querer hacerlas penetrar en las políticas.

La política de la cultura se identificaba ayer, en el contexto de la guerra fría, con la política de la paz; la solución de todos los grandes problemas —los del hambre, la pobreza, el medio ambiente, pero también de la igualdad, la justicia, la libertad, la democracia— están ligados a ella. La urgencia ya no es la misma, pero la cuestión de la construcción de un nuevo orden internacional sigue planteada. No puede ser resuelta sin la invención de nuevas formas de "hacer juntos".

Tenemos que jugar un partido "planetario". El verdadero problema, el que engloba a todos los otros, es obtener un consenso mínimo sobre un "orden" internacional preferible a la guerra o a la descomposición de un mundo donde los valores se derrumben entre un estruendo de catástrofe. Donde todo (y no solamente en el dominio internacional) queda por replantear.

Con la "injerencia humanitaria" había nacido una esperanza: la de una ciudadanía que superara las fronteras. Desde hace varias décadas, las ONG reivindicaban una protección de la humanidad,

la conservación de un derecho natural de injerencia, la firma de acuerdos internacionales que respondieran a preocupaciones globales que fijaran un orden a la acción de los Estados o determinaran su política nacional. La resolución del 6 de diciembre de 1988, llamada "asistencia humanitaria a las víctimas de las catástrofes naturales y situaciones de urgencia del mismo orden", parecía responder a estas cuestiones de forma positiva, y ése fue en parte el caso. La intervención humanitaria se ha producido prioritariamente en ocasión de guerras internacionales o civiles. De allí surge una serie de cuestiones: selectividad de las intervenciones y autoridad competente para decidirlas; línea de división entre lo humanitario y lo político (el primero corre el peligro de convertirse en cautivo de los intereses del segundo); derechos del hombre o derechos de los gobiernos, pasaje de un derecho destinado a facilitar la acción de las ONG a un derecho de iniciativa directa de los gobiernos; distinción entre función de garantía del respeto del derecho y función de auxilio imparcial a las víctimas; razón del hombre o razón de Estado.

Era ridículo anunciar después de la Guerra del Golfo que estaba por establecerse un nuevo orden mundial que haría imposible la barbarie, mientras que las grandes potencias aliviaban su conciencia con ayudas sin abordar el fondo de los problemas. Pero no lo es ver en lo humanitario el surgimiento de un "humanismo que tiene manos", y que dibuja "una forma de ciudadanía que supera las fronteras de los Estados y las leyes que aseguran con mayor o menor éxito su coexistencia", tal como escribe P. Bouretz.[11]

La gran lección que hay que sacar de "lo humanitario" es la "urgencia de lo urgente",[12] o, en otros términos, la absoluta necesidad de combinar la prevención diplomática y la prevención del terreno, la instalación de un sistema de alerta que acompañe la conducta con acciones preventivas adaptadas a la relatividad espacial de los problemas que hay que intentar resolver.[13] Observadas desde este ángulo, todas las dimensiones de la actividad humana son susceptibles de trasuntar una "injerencia", todas incitan a una reflexión sobre las perspectivas abiertas por ella en materia de civilización universal.

[11] "Entre éthique, juridique, et politique: le triangle humanitaire", *Esprit*, julio de 1994, p. 96.

[12] P. M. Dupuy, "Un débat nouveau. Urgence pour l'urgent", *Le Monde des Débats*, enero de 1993.

[13] Concolato, "Vers un tournant de l'action humanitaire", *Esprit*, julio de 1994, p. 78.

No hay, a este respecto, actualmente a escala de la economía mundo un "regulador" de la interacción de lo económico y lo político, y tampoco de lo económico y lo social. Se plantea un problema de "gobernabilidad": no puede dejarse a las "sociedades cosmos" la dirección de la economía mundial mientras que su responsabilidad en los males de los que sufre es aplastante y que, servidoras del dinero, de las mercancías, de la dominación y, ante todo, de sí mismas, no prestan atención sino obligadas a la destrucción de los hombres, de los medios de vida, de las civilizaciones.

No se trata, al escribir esto, de retomar los sueños inmediatos a la Segunda Guerra mundial en torno a un gobierno mundial que implicase ministerios mundiales, un Tesoro mundial, un banco central mundial (J. Tinbergen), o un "poder espiritual" mundial que escapara a la nominación por uno o varios gobiernos y que fuera designado por "agrupaciones sociales" (P. Perroux). Ninguna organización puede pretender el rango de Estado universal. La Organización de las Naciones Unidas sigue siendo un instrumento interestatal y no prefigura de ninguna forma un gobierno mundial. Estamos más bien en presencia de una fachada detrás de la cual subsisten Estados a veces patológicamente defensores de su soberanía.

Lo posnacional no puede decretarse. Los Estados siguen siendo *las* fuentes legítimas del poder. El reparto de competencias no puede escapárseles. Frente a una mundialización que tiende a destruir las identidades e instaura el reino de los mercados financieros y, demasiado a menudo, el poder oculto de oligarquías económicas y financieras y de mafias, siguen siendo los defensores inevitables de las poblaciones de las que son guardia.

La protección de la humanidad no se limita a las situaciones de urgencia nacidas de la guerra y de las catástrofes naturales. Todas las dimensiones de la actividad humana son susceptibles de sufrir injerencia y muchas, que conciernen en primer lugar a la economía, ya la sufren: aquéllas, disputadas, del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, que evolucionan y deben ser adaptadas y renovadas,[14] las de la Organización Mundial de la Alimentación y de la Agricultura, de la Organización Mundial de la Salud, de la UNESCO, de la Organización Internacional del Trabajo.

Demos dos ejemplos. Por empezar en cuanto a la injerencia social:

[14] *Cf.* Henri Bartoli, *L'économie, service de la Vie*, Grenoble, Presses Universitaires, en prensa.

Las 173 convenciones y las 101 recomendaciones de la OIT que tuvieron lugar entre 1919 y 1994 no dan lugar a la elaboración de una "legislación" internacional, sino de "normas" cuyo respeto por los gobiernos conduce a la Conferencia Internacional del Trabajo a expresar su preocupación y sus quejas hacia la adopción de una actitud semejante. La tasa de ratificación de las convenciones ya está estancada, aunque su total acumulado sigue creciendo. Crece también el tiempo necesario para la integración de su contenido a las prácticas nacionales. La disparidad creciente de las situaciones y de las necesidades de los Estados miembros de la OIT hace más difícil la formulación de reglas comunes. Se plantea la cuestión de la posibilidad para la OIT de mantener en un marco voluntario desprovisto de sanciones una emulación en favor del progreso social mientras que la mundialización y la competencia actúan en sentido contrario.

Hay necesidad de recurrir a nuevas formas de injerencia social desde el momento que emerge una nueva división internacional del trabajo y que es urgente dar al mundo económico en mutación una nueva dimensión social. No es suficiente inquietarse por razones de competitividad del *dumping* social y monetario al cual algunos países no vacilan en recurrir, o tampoco de las consecuencias de las deslocalizaciones y de las subcontrataciones en lugares "socialmente atractivos", y de debatir, como fue el caso en 1994 en ocasión de la 51a. sesión de la Conferencia Internacional del Trabajo, en torno a la inserción de una "cláusula social" en los acuerdos de comercio que subordine toda concesión de preferencia comercial al respeto de ciertas normas, incluso limitadas a algunos derechos fundamentales;[15] se trata de ir mucho más adelante en la injerencia social.

Reducir los costos humanos del trabajo en todas las latitudes, en todas las ramas de actividad, es el imperativo de una política de la cultura que "tenga manos". El papel de la OIT debe ser redefinido de tal manera que quede más implicada en las acciones que tienden a oponerse a la degradación de la situación social en el mundo, que sea capaz de proponer políticas económicas y sociales preventivas y de estimular el desarrollo humano equilibrando los imperativos económicos y los imperativos sociales. Se han hecho propuestas de creación en el seno de la administración central de la OIT, de un procedimiento de análisis del progreso social posible a nivel estatal, de intervención de instancias que dispongan de medios que vayan de la investigación y de la presión conciliadora a la sentencia con carácter obligatorio, una corte internacional del trabajo o una sección especializada de la Corte Internacional de La Haya que pueda pronunciarla. Sin duda se trata también aquí de deseos piadosos, pero la idea de un "pacto social" a escala mundial y regional marcha, y ésta debería ser una de las formas de "hacer juntos".

[15] Trabajo de los niños, trabajo forzado, libertad sindical, negociación colectiva.

Sigue la injerencia sanitaria:

Ésta tiene una larga historia, desde la primera conferencia internacional sobre la salud en París en 1851, al nacimiento de la OMS en 1946. Tiene esta especificidad: que los acuerdos o convenciones que adopte la Asamblea de la OMS con una mayoría de dos tercios no constituyen inmediatamente el derecho positivo y no entran en vigor en los Estados sino una vez que sean aceptados conforme a sus reglas constitucionales; los reglamentos sanitarios internacionales que emanan de la asamblea entran en vigor sin aceptación formal previa de los Estados.

La OMS actúa también mediante sus programas, sus investigaciones, sus consejos.[16] Proteger la salud como patrimonio de las poblaciones del mundo es también un imperativo de la política de la cultura hoy. Implica, tratándose de la política ordinaria, la reconsideración de todo el sistema económico y social y no sólo del sistema de atención, ya que la prevención exige la neutralización de los factores de riesgo, la oposición a las evoluciones regresivas, la adopción de una estategia de arraigo al medio existencial en la diversidad de sus dimensiones de tal manera que la "vertiente salud-vida" predomine sobre la "vertiente enfermedad-mortalidad".[17]

Los sistemas productivos tienen hoy los medios para cubrir los costos de un *status* humano de vida para todos, pero de hecho ellos no otorgan a todos los vivientes una posibilidad de vida, a pesar de que es científica y económicamente posible, ya que las ortodoxias se ponen de acuerdo para justificar una impotencia que conviene denunciar. La injerencia sanitaria, que emana de la OMS, o de cualquier otra organización, para la información de las poblaciones, la investigación, las acciones que promueve o sostiene, las sanciones

[16] Mokhtar Lakehal, *Prévologie: du droit aux soins au droit à la santé*, París, Dunod, 1991, p. 26.

[17] *Ibid.*

que debería permitir (la idea de una Corte o de una sección especializada de la Corte Internacional debe también aquí retomarse), es también uno de los "hacer conjuntamente", fundamento de un nuevo orden internacional.

También la injerencia ecológica.

Al Gore[18] propone un "Plan Marshall para el planeta" que combine la estabilización de la población, con la creación y difusión de tecnologías respetuosas del medio, modificación general y universal de las reglas que preludian nuestros métodos de evaluación del efecto de nuestras decisiones sobre el medio, plan de cooperación a fin de sensibilizar el conjunto de los ciudadanos del mundo a los problemas ecológicos. La rapidez de la difusión y de la recuperación de los temas abordados por las campañas de los ecologistas de todo tipo es notable si se piensa en el reducido número de economistas que a comienzos de los años setenta denunciaban la conjunción de la explotación de la naturaleza y de la explotación del hombre.[19] El concepto de "patrimonio común de la humanidad", aparecido en 1967 a propósito del fondo de los mares, ya es acogido por las agencias especializadas de las Naciones Unidas, mientras que las conferencias internacionales consagradas al ambiente se multiplican, desde la conferencia inaugural de Estocolmo en 1972 a la Conferencia de Río de 1993.

Se elabora un derecho multiforme del medio ambiente que abra los espacios más diversos, no sin chocar con muchas oposiciones; la de los intereses: si los Estados Unidos no firman la Convención de Río sobre la biodiversidad, es porque aún tienen el liderazgo en materia de biotecnología y consideran la propiedad industrial de sus industrias insuficientemente asegurada; las de los países del Sur, que temen la utilización de la ecología para poner trabas a su desarrollo, pero a partir también extraen importantes ganancias a partir de ciertas actividades (por ejemplo las selvas) de las que temen que el reglamento las prive; las de las poblaciones, especialmente las del Norte, poco dispuestas a modificar su modelo de vida.[20] Una vez

[18] Al Gore, *Sauver le planète: l'écologie et l'esprit humain*, París, Albin Michel, 1993.

[19] M. Cépède, "Exploitation de la nature et exploitation de l'homme", *Économies et Sociétés*, mayo de 1971.

[20] Así la de los Estados Unidos, donde todo estadounidense o casi siente que establecer una tasa sobre la gasolina para disminuir su consumo atentaría contra su libertad y su modo de vida, que se apoya en el consumo de gasolina barata.

más, debe investigarse el compromiso político en vista de la elaboración progresiva de un dispositivo complejo a través del cual las preocupaciones ecológicas impregnarán poco a poco las relaciones internacionales.

Es cuestión de encuadramiento de la política de los Estados por reglas, de vigilancia asegurada en común, de eliminación de la hipocresía que consistía, en ocasión la Conferencia de Río, en declararse dispuestos a aumentar la ayuda para el desarrollo con el fin de alcanzar "lo antes posible" la barrera de los 0.7% del PIB, considerado como deseable, pero en no hacer ningún tipo de esfuerzo para que así ocurra y a no comprometerse en acciones específicas poco gratificantes (toma de aguas) o en operaciones de cooperación poco "legibles".

Al igual que para la injerencia social y la injerencia sanitaria, el problema de la soberanía nacional debe ser abordado de forma nueva, y debe reconocerse un deber de urgencia ecológica, cuyo ejercicio podría ser confiado a una autoridad internacional a fin de evitar que cualquiera y en cualquier lado haga cualquier cosa. La idea había sido adelantada cuando la Conferencia de La Haya en 1898, y es necesario retomarla en el marco de un "contrato mundial" que asocie a los Estados. Como toda injerencia internacional, su tarea sería en principio de prevención, eventualmente de intervención, y debería suponer la posibilidad de un recurso ante una instancia judicial.

Sería paradójico que, en cuanto economista, no mencionará la injerencia económica y financiera. Aunque pretenden respetar la soberanía de los Estados, el Banco Mundial y el FMI practican con tanto rigor una injerencia tan controvertida que más de una vez los jefes de Estado y de gobierno han decidido (como sucedió en Nápoles en julio de 1994) emprender una reflexión en vistas de "renovarlas" y "revitalizarlas". El discurso "social" que ambos practican encubre el hecho de que su injerencia está menos dirigida por la voluntad de servir al desarrollo humano que por la preocupación de la "viabilidad" de las políticas según los criterios de lo que J. Williamson llama el "consenso de Washington",[21] expresión de la coalición entre el Washington político del Congreso y de la Casa Blanca y el Washington tecnocrático de las instituciones financieras internacionales y del Tesoro norteamericano. Lo menos que puede

[21] *What Washington means by policy reform*, Washington, Institute for International Economics, 1989.

decirse es que no reina armonía entre la injerencia tal como la practican y las otras formas de injerencia de las que hemos hablado.[22] La construcción de un nuevo orden internacional requiere que esto ya no sea así.

¿Cómo no estar de acuerdo con las declaraciones del director general de la OIT, quien comprueba que "lo que falta es un mecanismo internacional eficaz que permita tomar en cuenta los aspectos sociales de una economía globalizada o integrar los objetivos sociales y de empleo en toda la política económica internacional"?[23] ¿Cómo no considerar junto con él que ha llegado el momento de tejer una red de lazos sólidos entre las organizaciones internacionales especializadas? Según él se debería elaborar un doble "mecanismo" para suplir las deficiencias técnicas (el FMI, el Banco Mundial, la OMC, la OIT, prepararían cada año un conjunto de recomendaciones destinadas a mejorar el funcionamiento de la economía mundial en la perspectiva del bienestar general) y políticas (estas recomendaciones estarían sometidas a una reunión ministerial representativa que reuniría a los ministros de Finanzas, de Economía, de Comercio y de Trabajo, agregamos nosotros los de Salud y de Medio Ambiente).

Europa, el mundo, tal como comprueba M. Delmas-Marty,[24] se han convertido en verdaderos laboratorios de un pluralismo jurídico ordenado, no ya una simple yuxtaposición de "esferas de justicia", sino una combinación, dentro de espacios de geometría variable, de diferentes técnicas jurídicas de subordinación y de unificación en ciertos sectores, de coordinación y de armonización en otros. Nos orientamos así hacia un "universalismo plural" sin que sea necesario buscar un orden planetario "unificado", ya que eso sería ir hacia un orden totalitario que impondría la hegemonía de una cultura o de un Estado. Y M. Delmas-Marty toma prestada a la imaginería de la vieja China una muy bella imagen: las nubes

[22] Un estudio dirigido por investigadores de la Universidad de Toronto y del Banco Mundial ha mostrado qué grandes son los costos humanos de los programas de "ajuste estructural": desempleo, subempleo, precariedad, baja de los salarios reales, retrocesos de una protección social ya débil. La producción agrícola exportable crece en detrimento de los cultivos comestibles, la industria manufacturera retrocede, el sector informal crece, el sector público decrece; *cf.* S. Horton, R. Kansas, D. Mazumdar, "Le marché du travail en période d'ajustement dans 12 pays en développement", *Revue Internationale du Travail*, núms. 5-6 (1991).

[23] Mireille Delmas-Marty, *Pour un droit commun*, París, Seuil, 1994.

[24] *Ibid.*

terminan siempre por ordenarse según figuras cuyos perfiles nadie verdaderamente domina.

Proyecto de creación de un Consejo de Seguridad Económica, pacto social mundial unido a un contrato de asistencia ecológica mutua, injerencia sanitaria reforzada, red de coordinación de las acciones específicas que emanan de las organizaciones especializadas de las Naciones Unidas pero también de programas de cooperación de los Estados, creación de un fondo mundial para la seguridad y el desarrollo humanos alimentado por los "dividendos de la paz" debidos a la disminución de los gastos militares, llamado dirigido a las naciones y a sus gobiernos para "hacer juntos"; no faltan las ideas capaces de nutrir el proyecto de civilización cuya urgencia sentimos.

Referirse a ello no es soñar. Sólo es necesario "dar tiempo al tiempo" y orientarlo un poco. Urgida por las Naciones Unidas para actuar contra el agravamiento de la fractura social mundial tanto entre los países como en el seno de cada uno de ellos, la Cumbre Mundial de Copenhague de 1995 ha resultado la conferencia más importante por ellas organizada, que reunió las delegaciones de los 184 países miembros. El documento final, aprobado por 121 jefes de Estado y de gobierno, ha estado por cierto muy retrasado respecto de las expectativas, pero paso a paso avanza una mundialización distinta de la de las firmas multinacionales y de los mecanismos del capitalismo real, y hay que esperar que ella será capaz de demostrar eficacia según los criterios del desarrollo humano.

La gobernabilidad de la economía-mundo supone la posesión de una información tan completa como sea posible, un aprendizaje colectivo, un debate político y una programación sutil que se desprenda de grandes objetivos prioritarios capaces de mantener el dinamismo de las actividades competitivas, siempre otorgando primacía al desarrollo humano. El surgimiento de espacios pluridimensionales regionales coherentes en relación con el resto del mundo es un hecho susceptible de favorecer la invención de estructuras y de instituciones en varios niveles, de incrementar la gobernabilidad de la economía internacional, teniendo en cuenta la heterogeneidad de las historias, de las civilizaciones y de las culturas.

4

"Si los dirigentes actuales de las naciones, de los pueblos, de los grupos humanos no están a la altura de las circunstancias, serán

antes o después barridos por una historia que no habrán sido capaces de dominar'', escribía M. Bedjaoui, juez de la Corte Internacional de Justicia, en 1979;[25] para él, hoy, ''el mayor desafío que acecha al capitalismo es el triunfalismo''.[26]

Más allá de las agitaciones de superficie que son los sistemas económicos y sociales, destinados todos a transformarse y todos mortales, hay que buscar la eclosión de las profundidades que hace que en todos los tiempos y lugares los valores sean el signo de la presencia de los hombres.

El historiador británico Eric Hobsbawm califica al siglo que termina —nuestro siglo— como la ''era de los extremos''.[27] ''Siglo de guerra'', lo llama Gabriel Kiolko,[28] en el cual la ''máquina de masacrar'' no ha cesado de mejorar sus rendimientos,[29] merece tener como símbolo el silencio de la selva de Ettersberg, donde el olor a humo de los crematorios de Buchenwald ha ahuyentado a los pájaros.[30] La experiencia de los ''regresados'' de los campos de concentración ¿no ha sido la experiencia radical del Mal?, una experiencia vivida como ''experiencia de la muerte'' que nos prohíbe para siempre decretar la inhumanidad del Mal mientras que es, según la expresión de Jorge Semprún, ''uno de los proyectos posibles de la libertad constitutiva de la humanidad del hombre''.[31]

La verdadera condición de la paz y del desarrollo humano, aunque ambos se confunden, es el reconocimiento para todos los hombres de lo que dan y de lo que son capaces de dar unos a otros. Este paso es nuestro destino. Una vez más en la historia, hay que intentar conducir poco a poco las cosas, las organizaciones, los hombres hacia el vasto movimiento de valorización que es su trama y tratar de alcanzarla para liberar la corriente total de la Vida en el seno de la cual se inserta cada una de nuestras vidas.

---

[25] Mohammed Bedjaoui, *Pour un nouvel ordre économique international*, París, UNESCO, 1979, p. 242. Hay trad. esp. Salamanca, Sígueme, 1979.

[26] *Développement de l'idée d'un ''Nouvel Ordre Mondial''. Rapport Général*, París, A. Pedone, 1991 (Rencontres Internationales de l'Institut d'Études Politiques d'Aix-en-Provence, 22-23 de noviembre de 1991).

[27] *The age of extremes. The short Twentieth century (1914-1991)*, Londres, Michael Joseph, 1994.

[28] *Century of war. Conflicts and society since 1914*, Nueva York, The New Press, 1994.

[29] 150 000 muertos en la guerra francoalemana de 1870, 8,5 millones en la Primera Guerra mundial, de 50 a 60 en la segunda.

[30] Jorge Semprún, *L'écriture ou la vie*, París, Gallimard, 1994.

[31] *Ibid.*, p. 99.

Esto se llama ''encarnación''.

No hubo ni habrá jamás sobrevivientes de las cámaras de gas nazis, nos dice Jorge Semprún. Mi cielo ha sido su mortaja. ¡Pero los pájaros han regresado a la selva de Ettersberg y cantan!

Traducción de Hernán G. H. Taboada

antes o después barridos por una historia que no habrán sido capaces de dominar'', escribía M. Bedjaoui, juez de la Corte Internacional de Justicia, en 1979;[25] para él, hoy, ''el mayor desafío que acecha al capitalismo es el triunfalismo''.[26]

Más allá de las agitaciones de superficie que son los sistemas económicos y sociales, destinados todos a transformarse y todos mortales, hay que buscar la eclosión de las profundidades que hace que en todos los tiempos y lugares los valores sean el signo de la presencia de los hombres.

El historiador británico Eric Hobsbawm califica al siglo que termina —nuestro siglo— como la ''era de los extremos''.[27] ''Siglo de guerra'', lo llama Gabriel Kiolko,[28] en el cual la ''máquina de masacrar'' no ha cesado de mejorar sus rendimientos,[29] merece tener como símbolo el silencio de la selva de Ettersberg, donde el olor a humo de los crematorios de Buchenwald ha ahuyentado a los pájaros.[30] La experiencia de los ''regresados'' de los campos de concentración ¿no ha sido la experiencia radical del Mal?, una experiencia vivida como ''experiencia de la muerte'' que nos prohíbe para siempre decretar la inhumanidad del Mal mientras que es, según la expresión de Jorge Semprún, ''uno de los proyectos posibles de la libertad constitutiva de la humanidad del hombre''.[31]

La verdadera condición de la paz y del desarrollo humano, aunque ambos se confunden, es el reconocimiento para todos los hombres de lo que dan y de lo que son capaces de dar unos a otros. Este paso es nuestro destino. Una vez más en la historia, hay que intentar conducir poco a poco las cosas, las organizaciones, los hombres hacia el vasto movimiento de valorización que es su trama y tratar de alcanzarla para liberar la corriente total de la Vida en el seno de la cual se inserta cada una de nuestras vidas.

---

[25] Mohammed Bedjaoui, *Pour un nouvel ordre économique international*, París, UNESCO, 1979, p. 242. Hay trad. esp. Salamanca, Sígueme, 1979.

[26] *Développement de l'idée d'un ''Nouvel Ordre Mondial''. Rapport Général*, París, A. Pedone, 1991 (Rencontres Internationales de l'Institut d'Études Politiques d'Aix-en-Provence, 22-23 de noviembre de 1991).

[27] *The age of extremes. The short Twentieth century (1914-1991)*, Londres, Michael Joseph, 1994.

[28] *Century of war. Conflicts and society since 1914*, Nueva York, The New Press, 1994.

[29] 150 000 muertos en la guerra francoalemana de 1870, 8,5 millones en la Primera Guerra mundial, de 50 a 60 en la segunda.

[30] Jorge Semprún, *L'écriture ou la vie*, París, Gallimard, 1994.

[31] *Ibid.*, p. 99.

Esto se llama ''encarnación''.

No hubo ni habrá jamás sobrevivientes de las cámaras de gas nazis, nos dice Jorge Semprún. Mi cielo ha sido su mortaja. ¡Pero los pájaros han regresado a la selva de Ettersberg y cantan!

Traducción de Hernán G. H. Taboada

ESTADOS DE AYER, NACIONES DE MAÑANA

Por *Vincenzo* CAPPELLETTI
PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD
EUROPEA DE CULTURA

EN LOS ÚLTIMOS TREINTA AÑOS, a partir del final de la Segunda Guerra mundial, parece que el hombre ha optado de manera determinante entre la guerra y la paz. El precio que se pide por la paz es mayor que el que se debe pagar por la guerra. Pero el precio reclamado por la historia será todavía más alto. Todos nosotros deseamos sinceramente que la historia siga su curso, que use todas las conquistas realizadas por el hombre en los cincuenta años transcurridos desde el final de la guerra en Europa y en el mundo, entre mayo y agosto de 1945, y nuestros días. Paz e historia: dos funciones de la voluntad humana, dos objetivos a los que sólo se llega gracias a una intensa reflexión, a fuerza de voluntad y acción y teniendo el valor de tomar en mano la utopía para realizarla. La paz y la historia nos traen a esta espléndida ciudad, en las riberas de un río que envuelve nuestra estancia con su mágica poesía. En un tiempo, el Danubio era el confín de la que fue una de las mayores realizaciones políticas de la humanidad: el imperio romano. Hoy las fronteras no son las mismas pero el *castrum* romano de Aquincum está ahí para recordarnos nuestras obligaciones para con aquellos remotos siglos. Mientras, con nuestra mirada fija en la ciudad humanista, la Buda de Matías Corvino, nos encontramos en las riberas del majestuoso Danubio no para defender el ayer, sino para reflexionar sobre el mañana de Europa y del mundo.

La paz y la historia, conviene repetirlo, constituyen el tema central de nuestra reflexión. Termina un siglo, termina un milenio. ¿Qué hay más allá de este final tan próximo? Existe y existirá un modo de ser creativo de la presencia humana, lo que llamamos el "hecho histórico". Algunos conciben la historia como un esfuerzo de creación; otros, como la alternancia entre progreso y decadencia

y, finalmente, otros la consideran como una manifestación recóndita de la existencia. Pero de la historia no se escapa y la historia ha establecido una alianza con la paz que representa una de las novedades absolutas de nuestro siglo. Una guerra a escala planetaria sería el final de la vida a causa de las energías que el hombre ha sabido liberar de la materia y que ha aprendido a utilizar. La paz aparecía a la mayoría de los sabios y políticos como la condición preliminar para la propia existencia de la historia. Pero he aquí que la historia ha transformado su relación con la paz en un sentido positivo, que puede permitirle alcanzar su objetivo final como nunca antes había sucedido. La "genial utopía" de Umberto Campagnolo ha nacido de la intuición de esta verdad. Ella nos invita a crear una historia que responda al principio fundador de una paz no soportada sino querida por los hombres. Es decir, una historia que sea vivida como un intercambio abierto y dialéctico entre las civilizaciones, como una costumbre, como una construcción entre la historia y los Estados hoy existentes, atados cada uno a su propio derecho y al propio sistema institucional. La nación se presenta ya como una realidad del mañana, mientras que el Estado vela con celo su derecho y sus prerrogativas.

En el curso de una larga reflexión sobre sí misma, la nación ha ido obteniendo una más clara conciencia de su sustancia ideal y cultural.

Incluso los estadios primitivos de comunidad nacional que se denominan "etnias" contienen elementos que se acercan a la cultura tal como la entendemos nosotros. La antropología francesa, principalmente, ha permitido establecer que los pueblos primitivos eran pueblos que desconocían la escritura pero no carecían de valores y de conciencia. Su estudio ha revelado la existencia de construcciones de ideas y símbolos que no han podido ser transferidos a un "soporte" escrito a causa de la ausencia de un alfabeto. En su lugar, han sido confiadas a un "soporte" menos objetivo, menos sólido: la transmisión oral. Y sin embargo, mientras Lucien Lévy-Bruhl creía individualizar una mentalidad diferente de la nuestra, el etnólogo Marcel Griaule, algo más joven, descubría la maravillosa riqueza de la cosmología de la etnia Dogon, para la cual todo se remontaba a una palabra original. La etnia prehistórica está mucho más cerca de lo que se puede creer de la nación inmersa en la historicidad. Por el contrario, está lejos del Estado, el cual ha transformado el proceso evolutivo de las comunidades nacionales, en el transcurso de los siglos, con la valiosa introducción del derecho. Si nosotros medimos la nación por las ideas elaboradas en su

seno, por medio de la lengua en que han sido expresadas, los documentos que las contienen y los lugares en que éstos se conservan, vemos que el Estado coincide sólo parcialmente con el espacio que ocupa la nación. Porque ésta es ideal, la entidad nacional es capaz de superar cualquier frontera. El germen de lo que será el futuro del mundo tenemos que buscarlo, y podemos confiar en encontrarlo, en las naciones. Pero ¿cuáles son los confines de las entidades nacionales? ¿Qué es hoy una nación? Hay que dar una respuesta precisa y creíble a la segunda pregunta, dado que la primera es sólo un aspecto particular de ella.

Hoy la nación es la suma de tres factores: una tradición, una elaboración común de ideas y una vocación histórica. Si no conseguimos fijar una vocación, nos privamos del medio para verificar y circunscribir la existencia de una entidad nacional. Y la misma dificultad se presenta si no nos preocupamos de seguir el curso de las grandes tradiciones con las que se nos presenta la historia hasta hoy. Objetivo primero de las vocaciones que hoy sostienen e inspiran la historia del mundo, es lo que podríamos llamar la construcción de los sujetos, grandes, superestatales, destinados a dar forma y contenido a la historia del mañana antes de proyectarla en el escenario inmenso del universo. Y bien, sujeto histórico que todos, los aquí presentes y muchas otras personas al igual que nosotros, quieren e intentan construir en Europa.

Nosotros somos la nación europea que desde el Atlántico se ha proyectado, ayer hasta el Elba, que hoy ha llegado al Danubio y al Vístula y que mañana alcanzará los Urales, haciendo suyo de nuevo el inestimable patrimonio espiritual de Rusia. Con la mente y el corazón sólidamente atados al sujeto histórico europeo y los pies apoyados en la tierra de este y aquel Estado, trabajamos para darnos una patria también política, que tenga los mismos límites de nuestra idealidad.

Nosotros somos la nación europea: tenemos la vocación para construir un sujeto histórico y la riqueza de una tradición que posee muchos nombres, pero sobre todo uno: ciencia. Vocación, tradición, creación de pensamiento, los tres factores de la entidad nacional nos confirman que no tenemos una identidad geográfica sino espiritual, como siempre ha sido la que las naciones han administrado y, podríamos decir, se han jugado en una partida ayer hecha de guerras y hoy con la positiva consustancialidad de la paz. Como las naciones, nosotros, la nación europea, participamos también de aquel hecho poético y trágico que es el intentar dar unidad política

a personas y grupos unidos por el pasado y por la esperanza en el futuro. "*Risorgimento*" es la palabra italiana creada para expresar las vicisitudes históricas del siglo pasado que llevaron a la unificación de las pequeñas naciones de entonces. Es una palabra equívoca porque el objeto de este "*risorgimento*" nacional sólo había existido en parte, y lo que se intentaba proyectar en el pasado había sido sólo un inicio, una virtualidad y una realidad parcial, presagiando un sueño próximo a realizarse.

Pero la nación europea, a la vez que siente la alegría de verificar y casi palpar la existencia de sí misma, se encuentra ante una dolorosa constatación: el tiempo histórico, demasiado bien lo sabemos, no está en sincronía con los que podríamos llamar tiempos locales. Existen hoy "*risorgimenti*" nacionales, que proceden conforme a un modelo histórico propio, aplicable en el siglo pasado a países como Alemania, Polonia, Italia, Hungría, Grecia. Actualmente existen pequeñas naciones que quieren afirmar su derecho a la existencia, que denuncian los tratados federativos que antes las unían. ¿Podemos negar la legitimidad de estos movimientos? No podemos absolutamente, pero tenemos que enviar a las nuevas naciones que surgen un mensaje firme y claro.

La gran nación europea debe asumir la formación en su seno de naciones más pequeñas y circunscritas. Sin embargo, es un deber para éstas asumir a su vez el proceso de evolución de la gran nación, este próximo futuro histórico europeo conjunto que se funda en la herencia común del mundo clásico, del cristianismo y del humanismo. El tiempo histórico no está en sincronía con el tiempo local y viceversa. Si queremos armonizar los tiempos "locales" en un único tiempo histórico, ambos sujetos deben realizar un esfuerzo: las naciones más pequeñas hacia las mayores y las mayores hacia las pequeñas. Hoy, al igual que ayer, proponer una unidad nacional fundada en la pertenencia a una determinada etnia es absurdo. Hemos dicho hace poco que incluso las etnias de los pueblos que desconocían la escritura eran portadoras de valores universales. Si se pasa de la etnia al Estado, no podemos menos que mencionar una observación fundamental que hizo Giambattista Vico, el teórico de la "Nueva Ciencia de las Naciones". En todo código de leyes hay un punto fundamental: el derecho de asilo. Una comunidad, se trate de una etnia o de un Estado, por su propia aspiración a una esencia espiritual, tiene el deber de abrirse a quienes desean participar de esa esencia.

Las naciones que surgen dentro de la gran nación europea deben reconocer recíprocamente el derecho a la existencia de los otros

y, asimismo, recíprocamente, prometer reunirse en un próximo futuro en el gran organismo espiritual y político que llegará a ser la nación europea.

Es en este contexto que nosotros veremos la construcción de una nación serbia, de una croata y de una bosniaca, con una alegría no oscurecida por el luto cotidiano de la muerte. Un sujeto mayor no tiene otro derecho que el de constituirse como la síntesis de los sujetos individuales que lo componen. Nada de lo que no es esencial tiene que ser sacrificado, nada debe morir. Si consideramos la historia como un llamado a la posesión integral de lo que pertenece a la vida, estamos captando el sentido más profundo de la alianza entre la historia y la paz. En cuanto a nosotros, miembros de la Sociedad Europea de Cultura, queremos dedicar un instante al recuerdo de nuestra deuda para con Umberto Campagnolo y su utopía realista, a la que debemos el ser lo que somos. Quienes en ocasiones osan seguir la vía del espíritu de la verdad y de la vida, más allá del espacio, del tiempo y de las formas, pueden sentir que hoy él está entre nosotros en aquella presencia absoluta en la que, según el apóstol Pablo, "vivimos, nos movemos y somos".

Conocemos la paradoja del espíritu: está todo en todas partes. Hace algunos días me encontraba en la Biblioteca Vaticana ante unos maravillosos misales y libros de horas procedentes de la biblioteca de Matías Corvino y me preguntaba si era necesario venir aquí para captar la grandeza del mundo magiar, fundado en sus propias tradiciones y en las aportaciones irrecusables de la civilización romana y del humanismo. Ahora puedo afirmar que era efectivamente necesario visitar la tierra que hoy nos acoge. Lo que no era más que grandeza y sublime belleza en las páginas de los libros aquí se ha visto animado por el soplo de la vida. Es la vida la que sella el pacto entre la historia y la paz, sobre el que hemos adelantado algunas consideraciones. Para nosotros el venir aquí era esencial; para nuestros amigos húngaros quizá no era necesario recibirnos. De ahí nuestra gratitud —que es enorme— y el significado del único regalo que podemos hacerles: nuestra solidaridad, nuestro deseo de caminar juntos hacia la realización de lo que hemos llamado nación europea, una aspiración ahora ya próxima.

Traducción de Luisa Ibáñez

EL PÉNDULO DE PERFIL: CÓMO PENSAR LA MUTACIÓN

Por *André* Corboz
POLITÉCNICO FEDERAL SUIZO, ZURICH

Bajo este título un poco enigmático —lo tomo prestado de Marcel Duchamp— voy a tratar de mostrar que para pensar la mutación cultural que estamos viviendo hay que abandonar las falsas representaciones que nos impiden percibirla, y de las cuales, con la mayor frecuencia, no somos ni siquiera conscientes.

En efecto, cuando reflexionamos sobre la cultura en la cual vivimos —la cultura en el sentido antropológico del término— la mayor dificultad psicológica es probablemente la de darnos cuenta de lo que pasa sin recurrir a los esquemas que están precisamente puestos en discusión o, si ustedes prefieren, observar y describir estos fenómenos sin calificarlos previamente; en otros términos: sin enjuiciarlos de entrada.

Así, hablamos fácilmente de identidades nacionales como si se tratara de un dato natural, aunque el concepto de nación sea una invención muy reciente en la historia de la humanidad y que los mitos que subyacen a cada una de ellas resultan ser en gran medida una elaboración *ad hoc* fabricada en el siglo xix. Por otra parte, lo que extraña en primer lugar, si se observa la prehistoria de estas naciones, es la extraordinaria elasticidad de sus territorios, cuyos límites no están determinados ni por la topografía ni por la lengua ni por la religión ni por ningún otro criterio que podría parecer "objetivo", sino esencialmente por el juego de las fuerzas en presencia. La misma elasticidad se nota en sus estructuras políticas.

Si se examina de qué está constituida la Europa actual (no digo la Comunidad Europea), se comprueba que es a fin de cuentas el club de las ex grandes potencias, con muy pocas excepciones. Todos estos países han dominado o han estado por dominar el Continente, y hasta el mundo, incluyendo a Suiza, temida hasta 1515, Suecia, Holanda, Portugal; las principales son España, Austria hasta 1918,

Francia, Gran Bretaña y Alemania hasta 1945, por no hablar de Rusia; sólo Italia, en esta premiación, desempeña un papel aparte, ya que su antiguo modelo sirvió a casi todos los países, el modelo del imperio universal, que fundamenta también el catolicismo e incluso, desde el siglo XIX, la ciencia. En efecto, cada ciencia pasa por una "fase universal" antes de colocarse en la serie de las ciencias mayores y se comporta pues como una gran potencia: ¿no hubo un paneconomismo, pansexualismo, panestructuralismo, pansemiótica y otras? Después de lo cual, calmada por su mismo fracaso, cada una adquiere su dimensión operacional.

Escapan o parecen escapar a este esquema los países artificiales como Bélgica y la ex Yugoslavia (que sufren hoy la crisis del nacionalismo que no han podido realizar en el siglo anterior) así como diversas entidades geográficamente periféricas, como Noruega, Dinamarca y cada uno de los compuestos de Europa Oriental.

Esta dificultad de afrontar lo implícito de las representaciones mentales quisiera tratarlo en un marco más estrecho, el de la mutación urbana a la cual nos confrontamos desde la Segunda Guerra mundial.

Primera tesis: el vocabulario del que nos servimos en este dominio, comenzando por el término mismo de *ciudad*, es ya inutilizable.

¿Qué es, en efecto, una "ciudad" para la mayoría de nosotros? Es un conjunto de construcciones que se presentan bajo una forma compacta, donde las casas, colocadas en orden contiguo, tienen una altura relativamente uniforme y de las que emergen, sobre plazas dispuestas para tal efecto, los grandes edificios religiosos o civiles; en otras palabras: todo está claramente separado de la campiña.

Ahora bien, es evidente que tal definición, caduca desde finales del Antiguo Régimen, impide comprender el fenómeno de la urbanización extensiva que hoy conecta las ciudades entre sí, a veces por encima de las fronteras.

En la misma perspectiva, noten que los términos más familiares de arrabal, periferia y aglomeración urbana han perdido también ellos su sentido. Un arrabal es un fenómeno urbano típico del siglo XIX, industrial y obrero, pero también burgués, hoy englobado como los suburbios (de origen medieval) en la "ciudad" propiamente dicha. ¿Periferia? Este término evidentemente supone un centro al que se refiere. Y este centro se caracterizaba antes por sus funciones llamadas, precisamente, centrales. Ahora bien, éstas, demasiado hacinadas, han emigrado la mayor parte fuera del antiguo límite de las murallas para ir a trasplantarse en el exterior. Si

el centro ya no está en condiciones de desempeñar su papel tradicional, y sus componentes han emigrado a otras partes, es que la ex periferia se ha convertido en "ciudad" ella misma. En cuanto a la aglomeración, es una contradicción *in terminis*, desde el momento que lo que la distingue es más bien la dispersión.

Estos términos han dejado de denotar y connotar correctamente las realidades a las cuales remiten. Habría pues que reemplazarlas por otros. Es con esta intención que he propuesto el neologismo de "hiperciudad", calcado sobre el de "hipertexto". ¿Qué es, por empezar, un texto? Es un conjunto de párrafos sucesivos, escritos o impresos en papel, que se leen en principio de comienzo a fin; un hipertexto, por el contrario, es un conjunto de datos textuales numerados por un procedimiento electrónico y que puede ser leído de diversas maneras. Un texto (y aquí está el punto importante) es una estructura lineal, jerarquizada, perceptible por los sentidos en tanto que un todo (un artículo, un libro, que se toman en las manos). El hipertexto, por el contrario, no es aprehensible por los sentidos y no posee una estructura unívoca e imperativa: se la puede recorrer casi *ad libitum*, entrar donde se quiere, o casi.

Para nuestras "ciudades", coextensivas con el territorio, nacidas de lógicas parciales y concurrentes, densificadas según criterios económicos, técnicos y fiscales, se puede entrar donde se quiere (incluso ya no se puede hablar de entradas propiamente dichas), que no presentan ya más estructura jerarquizada, que se pueden recorrer en todo sentido (los itinerarios obligados son la excepción) y que no son ya más perceptibles como conjuntos; nos enfrentamos pues con un fenómeno homólogo al hipertexto.

La ventaja del término de "hiperciudad" es también que no supone juicio de valor, que no presupone el grado de densidad y que no opone los "centros históricos" porque los incluye en la definición.

En este punto debemos dar un paso más. Será mi segunda tesis, más breve que la precedente: cuando pensamos en la "hiperciudad" lo hacemos espontáneamente en términos de superficie. Pero el territorio como superficie es también una herencia del siglo XIX: la noción es contemporánea del concepto de nación. Implícitamente el territorio es pues también un espacio construido en un tiempo y un lugar dados por una sociedad dada; esta definición admite, incluso instituye, una relación fija entre un área geográficamente determinada y el grupo social, igualmente determinado, que la ocupa. Hay en suma una correspondencia biunívoca entre esta

superficie y su ocupante. Los dos aspectos complementarios son la delimitación (como defensa contra el exterior) y la apropiación (de la superficie protegida). El territorio, en este sentido, es pues una superficie cerrada y habitada por una sociedad única y homogénea.

Inútil, pienso, es subrayar hasta qué punto una concepción tal es hoy día impracticable: multiculturalismo, movilidad, deslocalización, abolición progresiva de las barreras históricas, etc., nos obligan —y aquí la tesis— a plantear todos los problemas de superficie en términos de *redes*. Una superficie tiene un perímetro, una red no tiene más que puntos terminales. Acepto gustoso que la conversión de las superficies en redes se revela especialmente ardua, no sólo a causa de nuestras costumbres mentales, sino ¡porque el pasaje al concepto de red no suprime simplemente las superficies!

Hiperciudad, red, estos dos cambios de óptica serían sin embargo insuficientes, por lo tanto ineficaces, si no diéramos un paso más, particularmente difícil. Y aquí la cultura en sentido antropológico coincide con la otra, la de las gentes cultivadas.

Ésta será mi tercera tesis, que generalmente suscita reacciones indignadas: si criticamos o incluso rechazamos la hiperciudad, si le oponemos una visión nostálgica de las ciudades antiguas, de antes de la revolución industrial (en las cuales, dicho sea de paso, seríamos muy incapaces de vivir en razón de sus condiciones sociales, culturales e higiénicas, la mayoría de las veces desastrosas), es, en último análisis, en nombre del concepto de armonía. Que la ciudad y el territorio deben ser armoniosos, es a menudo una evidencia tal que raya en el tabú.

Ahora bien, el concepto de armonía es obsoleto, tal es mi tercera tesis. Pero cuidado, ¡lo contrario de la armonía no es necesariamente la cacofonía o el caos! Es un sistema dinámico, fundado en el contraste, la tensión, la discontinuidad, el ensamblamiento y el *happening*, un sistema que no tiene pues nada en común con ningún sistema estético anterior. Si es cierto, como todo lo indica, que los artistas son los sismógrafos de la sociedad, o mejor aún, son su "sistema de alarma avanzada", deberían haber preparado nuestra sensibilidad — ¡y esto desde comienzos del siglo!— a no percibir más en términos de armonía. Desde el cubismo, el expresionismo, el surrealismo, los abstractos de todo tipo, luego el *pop art*, el *arte povera*, el arte conceptual, el *land art*, el movimiento Fluxus, los hiperrealistas, etc., ¿qué otra cosa han hecho sino intentar aprehender la realidad del mundo contemporáneo con ayuda de los medios que le corresponden?

Lo que es cierto de la pintura lo es también de la música desde Debussy y sobre todo la Escuela de Viena, luego las investigaciones de los Varèse, de los Boulez, los Kagel, los Cage, y lo mismo vale para la literatura desde Dada y Joyce.

Desgraciadamente, me es forzoso comprobar que las poblaciones occidentales, élites incluidas, aún no han entrado —culturalmente se entiende— en el siglo xx. En toda la historia de la humanidad, es probablemente la primera vez que una brecha tan trágica se produce entre la realidad territorial y su representación mental.

Pero, ¿por qué esta mutación? En razón de la revolución industrial, por una parte, pero más todavía (en mi opinión) a causa de los varios descentramientos de los cuales las ciencias han sido objeto. El surgimiento de disciplinas y de teorías inéditas, la consideración de factores nuevos e incluso antes negados han destruido las certidumbres que habían fundado el positivismo. Si recordamos que Lord Kelvin, a fines del siglo pasado, creía poder proclamar que "la ciencia física forma hoy día, esencialmente, un conjunto perfectamente armonioso, un conjunto casi acabado", pero que quedan "dos pequeñas nubes sombrías" (más tarde, estas nubes tendrán nombre: teoría de la relatividad y mecánica cuántica), debe admitirse que la mayor parte de los instrumentos intelectuales y perceptivos que el periodo clásico nos había legado son inutilizables. La teoría de la relatividad ha desordenado nuestra concepción del universo aún más violentamente de lo que había hecho el heliocentrismo y la mecánica cuántica ha demostrado que un axioma fundamental de la lógica nacida en Grecia, el principio del tercero excluido, no era absoluto. A estos choques, hay que agregar el del psicoanálisis, que ha revolucionado nuestra relación con la razón, e incluso (el primero de todos en orden cronológico) el que implica el desarrollo de la topología, que ha hecho de la geometría euclidiana, antaño verdad absoluta, una suerte de caso particular del comportamiento del espacio. Se pueden también mencionar, por ejemplo, las consideraciones más recientes sobre la homeopatía, cuya eficacia es científicamente dudosa, e incluso imposible, y que sin embargo no es reducible a un efecto de placebo, o aun las investigaciones sobre la lógica de conjuntos borrosos y la teoría del caos.

Estas consideraciones me llevan a una cuarta tesis, paralela y complementaria de la precedente, sobre la obsolescencia de la armonía: el sistema de pensamiento helenístico no alcanza ya a dar cuenta de la realidad, porque, por una parte, es reduccionista, y por

otra, es estático. Si estamos forzados a admitir que aquello que llamamos realidad es inestable, ya no la estabilizaremos obstinándonos en aplicarle ideas muertas; ahora bien, casi todos los conceptos heredados del clasicismo son estáticos. *Adiós a la razón*, titulaba Paul Feyerabend, sin ir, sin embargo, más allá de una constatación de irracionalismo. Esto me parece demasiado corto: de lo que tenemos necesidad es de una *cultura de la paradoja* que nos permita pensar la mutación fuera de los criterios, categorías y parámetros ya inadecuados.

Por cierto, el ejercicio es todo menos fácil, ya que estamos profundamente determinados por nuestros orígenes, nuestras formaciones, nuestras experiencias. Y objetarán ustedes que este ejercicio es incluso superfluo, ya que la dimensión política, incluida aquella de la política de la cultura, no concierne ni a la estética ni a la ciencia y que además los hechos y los argumentos que he enumerado se sitúan fuera de lo real cotidiano, para el cual el pensamiento helenístico sigue siendo válido y eficaz.

Pero esto sería olvidar cómo funciona la actividad intelectual: resolver un problema consiste a menudo en plantearlo en términos diferentes. Es en una nueva evaluación de sus componentes que se encuentra la clave de la solución. Debemos pues adquirir el reflejo de falsar —en el sentido popperiano del término— lo que se da por supuesto. "¿Y si lo contrario fuera cierto?", tal es el punto de partida crítico. Salvo excepciones, los hombres de cultura no tienen que ejercer una acción directa sobre lo real, deben actuar sobre el plano que les es propio, es decir el de la *relación con lo real*, sea de su descripción y a fin de cuentas de su definición.

Para acabar de decirlo, no es nada menos que un cambio de mentalidad, lo que se revela necesario. A un periodista que deploraba —siguiendo un repetido lugar común— la brecha que presuntamente existe entre el progreso técnico y la esfera moral (que no habría evolucionado desde los orígenes de la humanidad), Raymond Tschumi respondía con una teoría de los estadios culturales o de los niveles de conciencia que marcan unas tantas etapas franqueadas por la mayoría de los occidentales, etapas que, subrayémoslo sin demora, no deben ser confundidas con "progresos". Así tenemos la interiorización de la lectura hecha por san Agustín al final de la Antigüedad, el dominio erótico del cuerpo y la conciencia del juego afectivo debidos al amor cortés en mitad de la Edad Media, el surgimiento de la conciencia individual en el Renacimiento gracias a la Reforma y al debate sobre el libre albedrío, el advenimiento de la conciencia histórica a finales del Antiguo Régimen, gracias a las Luces, que consideran al pasado como superado y no respetable.

Es sin duda a franquear una etapa del mismo orden, incluso más decisiva aún, que somos llamados. Lo que he llamado cultura de la paradoja debería pues ser un instrumento frente a los fenómenos de globalización y de desintegración. El peligro principal del primero me parece ser la homogeneización de las mentalidades, cuyo principal instrumento es la televisión, hoy día casi totalmente desprovista de dimensión crítica. Nos preguntamos a veces —especialmente ante la pérdida de la capacidad de indignarse— si tratamos todavía con sociedades o simplemente con poblaciones.

Pero al mismo tiempo se comprueban, frente a otro fenómeno, el de la desintegración, reacciones que yo calificaría de animales: el repliegue, la fuga, la agresividad. Hay en Europa un terror difuso ante la llegada masiva de inmigrantes no blancos desde hace poco tiempo (y cuando se sabe que para hacer frente al crecimiento de la población mundial sería necesario construir mil ciudades de tres millones de habitantes en los cuarenta años que vienen, o sea veinticinco por año, ¡es difícil no asustarse!). El éxito de las sectas más delirantes y el ascenso de los varios integrismos son evidentemente respuestas a la angustia que suscita la *Auflösung des Gesellschaft*. En cuanto al refugio en el folklore y el dialecto, no ofrece más que soluciones engañosas, ya que la mayoría de las presuntas tradiciones no datan sino del siglo XIX, en su versión consagrada (cuando no han sido inventadas totalmente en la misma época para asegurar la cohesión nacional, *cf.* los estudios reunidos por Hobsbawm y Ranger!) mientras que el dialecto es totalmente regresivo (en dialecto no se puede pensar, se es pensado).

Incluso si estas diversas constataciones parecen contradictorias, ya que la globalización no excluye la desintegración y viceversa, existen probablemente muestras que son al mismo tiempo conformes a la cultura de la paradoja. Observen, por ejemplo, en el eje de reflexiones esbozadas en el momento sobre los límites de lo que he llamado, para simplificar, el pensamiento helenístico, que la mayoría de los descubrimientos en el dominio de lo infinitamente pequeño —en particular en la ciencia atómica— son debidos, en una primera fase, a científicos judíos y, en una etapa más reciente, a chinos. En otros términos, el conocimiento se ha desarrollado gracias a espíritus que, aunque formados a la occidental, pertenecían a culturas nunca reducidas a la razón pura, lo cual probablemente les habría

impedido descubrir. Estos científicos eran pues culturalmente una especie de mestizos.

Es precisamente a este punto que quiero llegar, y con el cual terminaré. En ocasión de nuestra reunión en Moscú en 1990 yo había sugerido, especialmente, dos medidas en materia de educación: el estudio de varias lenguas desde la edad escolar y el intercambio general de jóvenes a través de Europa. En el intervalo, muchos países han establecido la enseñanza simultánea de tres lenguas, de las cuales la mayoría de los jóvenes han entendido la absoluta necesidad. Por el contrario, las estadías de estudio o de trabajo en países culturalmente diferentes se hacen todavía esperar, con excepciones individuales y a pesar del programa *Erasmus*. La crisis económica explica este retraso. Abogo, pues, una vez más, por el mestizaje activo de los occidentales. Gracias a la electrónica, una cultura de la simultaneidad está en proceso de instalarse, que desgraciadamente incitará a cada uno a permanecer sentado en su escritorio en lugar de confrontarse personalmente, *in situ*, con su propia diferencia, para volver a sí (o aun instalarse en otra parte) con una mirada transformada, es decir una cultura abierta.

¿La SEC no podría comprometerse públicamente, lanzar un manifiesto, ejercer sobre las instancias de Estrasburgo (a falta de la UNESCO) una presión argumentada para que Occidente intente, una vez no es costumbre, no entrar en el porvenir reculando?

El *coraje de la cultura* es también querer modificar en profundidad las categorías con ayuda de las cuales nos acercamos a lo "real". Hemos sufrido el choque de la revolución industrial mientras que la humanidad aún no se había repuesto del choque de las ciudades. Nos es necesario ahora recoger un desafío mucho más fundamental todavía. Está en juego la inteligencia de Europa.

Traducción de Hernán G. H. Taboada

LOS GRANDES PROBLEMAS ACTUALES DE LA HUMANIDAD

Por *Konstantinos J.* DESPOTOPOULOS
ACADEMIA DE ATENAS, GRECIA

SIENDO EL TEMA A TRATAR en el curso de este encuentro internacional "Los hombres de cultura ante las fuerzas de disgregación y de globalización de la sociedad actual", he pensado que sería conveniente exponer en mi intervención lo que como hombre de cultura considero lo más importante ante la situación actual de la humanidad.

He aquí, pues, las conclusiones de mi reflexión sobre algunos problemas cruciales de la sociedad de nuestra época, las cuales, creo, bien podrían contribuir a una apreciación adecuada del valor, negativo o positivo, de las "fuerzas de disgregación y de globalización en la sociedad actual".

Hasta nuestra época, la política, tanto en el plano doctrinario como en el de la acción, prácticamente ha descuidado, por desgracia, los grandes problemas de la vida de los seres humanos, los que conciernen a la relación entre la cultura y la Naturaleza, y sobre todo de la receptividad de ésta para la actividad científica y técnica de los hombres; ha estado casi exclusivamente preocupada por cuestiones relativas a las funciones interhumanas de la sociedad, en el marco del "problema social" y del "problema político" en sentido estrecho.

Es por fin tiempo que los asuntos humanos sean administrados por el verdadero político, y que el objeto de la teoría y de la acción políticas esté por fin compuesto de una síntesis, bien estructurada, de los problemas tradicionales interhumanos por una parte, y por otra parte por problemas que conciernan a las incidencias sobre la existencia humana de las relaciones operacionales entre cultura y Naturaleza, del mismo modo por el problema de la superpoblación del globo, de una extrema gravedad hoy día.

La humanidad es generalmente considerada como dividida en varios Estados o sociedades políticas; pero en nuestros días ya no

hay solamente sociedades políticas; existe también una sociedad política casi planetaria, o por lo menos una sociedad semejante tiende a formarse.

Por lo tanto, si la inherencia de la humanidad a una sociedad política planetaria está por conformarse, gracias también al derecho internacional, la misma está lejos de estar plena y sólidamente establecida. Múltiples trabas intervienen para impedir la asociación efectiva de la humanidad en o hacia tal sociedad política; conciernen a formaciones y situaciones, heredadas del pasado, así como a ideologías y "movimientos" modernos.

En efecto, las enormes diferencias de mentalidad, de comportamiento y de "nivel de vida" entre los pueblos del globo, y especialmente la oposición pasional de los pueblos o de las capas sociales que viven en la pobreza, si no en la miseria, a los pueblos o capas sociales que viven en la riqueza y opulencia, del mismo modo que el apego entrañable de la mayoría de la gente y de los países ricos a las condiciones privilegiadas de su existencia, no pueden más que nutrir e intensificar las ideologías y los movimientos de hostilidad, o de desconfianza por lo menos, entre los diversos grupos humanos, lo cual no es ciertamente propicio para el logro de la unificación política de la humanidad.

Además, la conciencia de pertenencia de la casi totalidad de los individuos humanos a su nación o etnia, y los sentimientos, prejuicios o resentimientos que de ello resultan, no están, tampoco ellos, para facilitar esta unificación.

Sin embargo, en nuestros días más que nunca se impone, por necesidades inexorables, la instauración de un poder político planetario, es decir de un poder político encargado de una misión y de una responsabilidad frente a toda la humanidad y dotado de una autoridad extendida sobre todos los pueblos y sobre todos los países del globo. Solamente un factor tal sería capaz de hacer frente a los problemas, inimaginables antes, que surgen ante la humanidad actual y afectan su existencia de manera decisiva.

En efecto, la humanidad actual se encuentra sobrecargada, aunque desigualmente en sus diversas partes, de fuerzas culturales, sobre todo científicas y técnicas, capaces de provocar sobre la Naturaleza transformaciones funestas, incluso destrucciones irreparables, y hacer sufrir a las conciencias humanas elaboraciones inhumanas e incluso alteraciones monstruosas. En el dominio de ciertas ciencias, se procede a experiencias de investigación pura, empleando fuerzas titánicas de la Naturaleza, lo que implica un peligro luciférico.

Además, la Naturaleza comienza a presentar señales inquietantes de agotamiento, en tanto que fuente, antes "inagotable", de materias primas y de fuerzas energéticas al servicio de la humanidad. Y sin embargo, el crecimiento de la población del globo continúa a ritmos galopantes y, por otra parte, una parte de la humanidad practica, bajo el lema del crecimiento económico, un derroche inaudito de los recursos naturales del planeta, sin preocuparse por sus otras partes y sobre todo por las generaciones venideras.

Es que hasta ahora la acción de la humanidad en el dominio de la cultura y sobre los elementos de la Naturaleza, acción ésta de una importancia capital para la existencia del género humano, ha sido proyectada por gente que, pese a la glorificación frecuente de su papel de pioneros, no estaba la mayoría de las veces a la altura de las responsabilidades ligadas a sus iniciativas; no había pensado seriamente en la vocación humana de la cultura ni en las relaciones funcionales entre cultura y Naturaleza, y no había pensado, tampoco, en las consecuencias ulteriores o indirectas de su empresa, extremadamente benéfica a primera vista, ni sobre todo en los límites de la tolerancia de la Naturaleza.

Y ahora, apenas estamos a tiempo para tomar medidas draconianas, fundamentalmente contrarias al optimismo de antes, para intentar prevenir las catástrofes inminentes sobre toda la superficie del planeta. De ahí la necesidad urgente de un poder político, preocupado por el bienestar de todos los pueblos, responsable ante toda la humanidad y que disponga de una autoridad planetaria.

La sociedad política actual se halla así en una situación perpleja: además de la necesidad de darse dimensiones adecuadas, está obligada, por la fuerza de las cosas, a enfrentar problemas nuevos de una enorme gravedad, del mismo modo que problemas antiguos siempre importantes, que exigen por su gravedad, unos y otros, soluciones urgentes, y tanto complementarias como incompatibles. Debe, pues, ante todo proceder a una toma de conciencia, tan profunda como sea posible, concerniente a su misión global: hacer la síntesis práctica de todos estos problemas, y especialmente establecer su jerarquía y su serie de prioridad, y al mismo tiempo desembarazarse de variadas ideologías, impregnadas de fanatismo y de intolerancia, superar su estrechez de miras, sus semiverdades y sus unilateralidades. Es necesario ver claro sin prejuicio alguno en las condiciones de existencia de la humanidad de hoy y de mañana, a fin de llegar a discernir lo que se requiere para el servicio del ser humano en tanto que valor absoluto y también para el estado actual de

la cultura y de su dominio de la Naturaleza. Y, en el cuadro de esta toma de conciencia, se impone en particular una gran tarea de elucidación ideológica dirigida a los ciudadanos de todos los Estados del globo: contra las doctrinas falaces y las ilusiones perniciosas, que dominan el pensamiento y los sentimientos de muchos de ellos, y, por este hecho, desorientan y paralizan la acción unitaria de la humanidad frente a los problemas decisivos para su existencia.

El verdadero político, pues, debe, entre otras cosas, liquidar la tara ideológica de la humanidad actual, a fin de llevar a todas las gentes del planeta a pensar y a sentir en función de un destino integralmente humano y finalmente común en el mundo de hoy y de mañana, como miembros pues, plenamente solidarios, de una gran familia, cuyo hábitat es el planeta y que comprende incluso las generaciones venideras.

Es solamente en una atmósfera moral semejante que el verdadero político podrá proponer y realizar las decisiones necesarias frente a los problemas graves sin precedente que en nuestros días ponen en entredicho la sobrevivencia misma de la humanidad. Pero se sobreentiende que la instauración de esta atmósfera moral de solidaridad casi familiar entre todas las gentes del globo sigue siendo y será imposible, mientras la estructura de la sociedad global la contraríe manifiestamente desmintiendo todos los días su realidad. Solamente como consecuencia de una solución planetaria del ''problema social'' y de una solución adecuada del ''problema político'', orientadas hacia la expansión de la libertad de cada ser humano y asegurando su mayor respeto posible, la verdadera política, instalada así en la conducción de los asuntos de la humanidad, será por fin capaz de hacer aplicar sobre todo el globo decisiones saludables que conciernan a los más graves imperativos actuales de la humanidad: control del crecimiento de la población de todos los países, promoción responsable de la cultura y de su uso moral, protección de la Naturaleza y salvaguarda de sus recursos, defensa de la humanidad contra el desencadenamiento de fuerzas titánicas de la Naturaleza como consecuencia de iniciativas insensatas en el dominio de la ciencia, aquella parte por excelencia ambivalente de la cultura.

¿Cómo, pues, no deplorar la situación política y moral de la humanidad actual?

Además de las rivalidades políticas y las intransigencias ideológicas, injustificadas y erróneas en su desmesura si no en su base, es la realidad socioeconómica la que traba especialmente la marcha de

la humanidad hacia su fraternización y su prosperidad. Del lado de los países ricos, un rasgo característico de su modo de vida y de su ''civilización'' es lo que se llama ''sociedad del consumo'' y que es más bien una sociedad de sobreproducción llevada a cabo por una suerte de estafa; en efecto, la relación natural entre producción y consumo resulta en gran parte revertida, ya que ésta está sujeta a aquélla para procurar cada vez más ganancias y, por otra parte, resulta muy inflada como consecuencia de la invención y difusión de falsas necesidades.

Se adorna ingenua o hipócritamente esta sociedad, moralmente malsana, que por otra parte supone un derroche criminal de los recursos de la naturaleza, llamándola ''sociedad de la abundancia''. No se tiene vergüenza en exaltar la ''abundancia'' adquirida en ciertos países, mientras que el hambre azota a otros. Pero además no se tiene conciencia —falta más de voluntad de aceptar que de capacidad de aprehender la verdad global— que esta ''abundancia'' adquirida se revela a largo plazo una grave ilusión; en efecto, es compensada por un desplazamiento de la ''rareza'' hacia aquellos elementos del globo, los más preciosos para la vida, que antaño eran tan abundantes que se los calificaba de ''libres'' en oposición a los ''bienes'' llamados económicos porque raros: en esto consiste el sentido principal de la contaminación del aire y del agua.

¿Cuál es pues el destino actual de la humanidad? Tememos que se encuentre en un círculo vicioso.

Para enfrentar los grandes problemas urgentes, que conciernen a las relaciones operacionales de su cultura gigantesca con la Naturaleza en agotamiento pero siempre titánica, y que condicionan su vida e incluso su supervivencia, la humanidad de hoy debe ante todo integrarse políticamente, superando su parcelamiento heredado del pasado. Pero la creación de una sociedad política mundial presupone la solución del problema social a escala mundial. Y una tal solución del problema social aparece a su vez como casi imposible, mientras existan Estados independientes con sus rivalidades y sus sospechas mutuas, con sus fuerzas armadas en perfeccionamiento constante y sus enormes gastos militares.

Por el resto, incluso si la desconfianza recíproca entre los Estados se atenúa y se esboza un cierto desarme en un clima de ''coexistencia pacífica'', no deja de ser cierto que —pese a los efectos benéficos indudables de una evolución semejante de la situación internacional— la existencia de varios Estados, que, con sus rivalidades ineludibles, seguirá bloqueando la solución constructiva e

impecable del problema político y del problema social y especialmente de los graves nuevos problemas extremadamente urgentes. Es la competencia inexorable en el dominio económico entre los Estados independientes, cuando su coexistencia pacífica está asegurada, lo que provoca el maltrato sin escrúpulo de la Naturaleza y el derroche criminal de sus recursos, y que por fin alienta y financia iniciativas insensatas de "investigación científica" pese a su peligro congénito de alcance planetario.

Es cierto que desde el comienzo y muy a menudo, si no siempre, la existencia histórica de la humanidad da la impresión de encontrarse en un círculo vicioso, roto al fin sin embargo por sus fuerzas saludables y creadoras, ¡pero al precio de cuáles penas y de cuáles sacrificios!

Lo que es único en la situación actual de la humanidad es que lo que está en juego en la tarea de romper el círculo vicioso no es ya la salvación de miles de seres humanos de la miseria, de la servidumbre y aun de la muerte, sino por primera vez es la salvaguarda de la existencia de la humanidad. Es que nunca los peligros inminentes habían sido tan monstruosos. Así, las catástrofes sufridas por la humanidad en el pasado no eran de tamaño tal como para no permitir la sobrevivencia de su mayor parte, y entonces la continuación, aunque fuera extremadamente penosa, de la maravillosa aventura del mundo que es la existencia humana. Pero en nuestros días, los peligros inminentes tienen un carácter global y por lo tanto una fatalidad definitiva. La humanidad ¿alcanzará a salir de este círculo vicioso tiempo antes que sea demasiado tarde? Esto depende en gran medida de la perspicacia moral y de la generosidad humana de quienes dirigen, en esta época más que trágica, la suerte política de los pueblos del globo.

Traducción de Hernán G. H. Taboada

SUIZA ENTRE PERMANENCIAS Y CAMBIOS

Por *Pierre* DU BOIS
UNIVERSIDAD DE NEUCHÂTEL, SUIZA

¿EN QUÉ MEDIDA Suiza sigue siendo Suiza, en la Europa, en el mundo de hoy? La respuesta no deja de ser incierta; las características propias de Suiza se acompañan cada vez más con los rasgos tomados de la civilización del consumo y de la comunicación contemporánea. Lo particular mantiene de alguna forma un diálogo de desgaste con lo universal.

Algunas particularidades institucionales, políticas, económicas, culturales, estructuran la identidad tradicional de Suiza. Son conocidas, muy conocidas: el federalismo, la democracia directa, la paz social, la prosperidad económica, el diálogo entre la mayoría alemana y las minorías latinas, el sistema colegiado, el espíritu de consenso, la neutralidad. Estos rasgos han sido en alguna manera erigidos en mitos fundadores de la Suiza eterna.

Pero el estado de cosas hace aparecer discordancias entre los mitos y las realidades. Bajo la permanencia, el cambio ha obrado. Desgastado por la centralización, el federalismo no es para nada lo que ha sido. La democracia directa tropieza cada vez más consigo misma. La Confederación y los cantones se hunden bajo las iniciativas y los referéndums hasta el punto de estar, a veces, casi ahogados. Suiza no representa ya el ideal democrático de la comunidad internacional. Según el "indicador de la libertad humana" del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Suiza ocupa el décimo lugar en la clasificación de las naciones. Entre la mayoría alemana y la minoría latina, las relaciones, complejas por naturaleza, giran hacia el alejamiento, e inclusive a la incomprensión. El *no* histórico del 6 de diciembre de 1992 al espacio económico europeo ha despertado a los viejos demonios de la discordia. En cuanto a la neutralidad, ha perdido su importancia y su crédito en el nuevo ambiente internacional caracterizado por el fin de la guerra fría y

el avance del proceso de integración europea. Es el Consejo Federal mismo quien considera en su informe de 1993 que "es necesario adaptar la política de neutralidad a las condiciones actuales".

En cierto modo, Suiza parece presa de la duda y el desconcierto. En 1991, no ha sabido ni conmemorar con brillo su septicentenario ni instalar en torno al Lago de los Cuatro Cantones una nueva exposición nacional. La autosatisfacción cohabita con la autoflagelación.

Cada vez más, Suiza está sumergida en las corrientes del mundo. Su cultura, su economía, sus costumbres sufren influencias venidas de afuera. Inspirados por los Estados Unidos, los modelos de la civilización moderna modelan la Suiza común. El *Swiss way of life* no es muy diferente del *American way of life*. ¿Qué es lo que diferencia a un joven suizo de un joven norteamericano, o de un joven alemán?

La evolución misma de la sociedad ya no tiene nada de particular. La urbanización anónima, el relajamiento de las costumbres, la xenofobia, la declinación de la religión trasuntan lo universal. Suiza cruje bajo los males individuales y sociales característicos de las sociedades contemporáneas. El Platzspitz primero, el Letten luego, en Zurich, han encarnado en estos últimos años el naufragio de las costumbres. Droga, alcoholismo, sida, divorcios, suicidios alcanzan cifras que hacen pensar. ¿Qué es lo que aún pinta la confederación, tanto en Suiza como en el extranjero, con colores idílicos?

La economía no está por encima de toda inquietud. Las bazas tradicionales del sector económico suizo están compensadas por dificultades que ponen en peligro su fuerza de choque. La disparidad entre los niveles de vida de la Confederación y los de otros países industrializados tiende a llenarse. Aun limitada —en comparación con Europa— la crisis del empleo despierta angustias e interrogantes. También ahí, las palabras de orden universal sustituyen la búsqueda de soluciones propias. De este modo la liberalización, la desregulación, la reactivación, incluso la privatización, que irrigan el discurso económico aceptado, toman prestado al ultraliberalismo que han popularizado Thatcher y Reagan durante los años ochenta. La insistencia casi obsesiva en la competitividad —¡qué palabra!— refleja también el *leitmotiv* de la eficacia económica que aturde al mundo.

Las tendencias de hoy ilustran la trivialización de la sociedad helvética. En cierto modo, la Confederación ha dejado de parecerse completamente a sí misma para ser más parecida a los otros. Es sin duda lo que no han entendido todavía quienes empuñan los viejos mitos como verdades eternas impermeables al tiempo.

Pero Suiza no ha muerto bajo el mundo. Aun erosionada, su identidad ha resistido a la uniformización. Fundada sobre los equilibrios casi institucionales, su legendaria estabilidad política sigue de este modo manteniendo su fuerza en la competencia entre las naciones. La democracia directa, por desconcertante que sea, sigue siendo ejemplar. La economía, pese a las sombras del cuadro, conserva solidez, eficacia y credibilidad. Y la perspectiva de la Expo 2 000 en el Mittelland recupera el fracaso de 1991. *¿Sonderfall? ¿Normalfall?* En el fondo, frente a los desafíos del porvenir, es del diálogo constructivo entre la permanencia y el cambio, entre la tradición y la renovación, que depende el destino de la Confederación.

Traducción de Hernán G. H. Taboada

EL IDEAL DE LA DEMOCRACIA Y LA FALSA PRETENSIÓN DE HOMOGENEIDAD

Por *Iring* FETSCHER
UNIVERSIDAD GOETHE,
FRANKFURT, ALEMANIA

SE PUEDEN DISTINGUIR DOS FORMAS HISTÓRICAS DE LA DEMOCRACIA. Una, continental, que toma como punto de partida la idea del gobierno del pueblo por el pueblo, o de la "voluntad general", expresión de la voluntad de autoconservación del pueblo. La otra, de Inglaterra, resultante de una evolución empírica que parte de los privilegios de la nobleza inglesa frente al rey y de la institución de la Cámara de los Comunes, representante de los burgueses de las ciudades. Para la concepción continental, del modo como ha sido esbozada por Jean-Jacques Rousseau, una cierta *homogeneidad* pareció por mucho tiempo indispensable. En principio por lo menos, cada ciudadano debía identificarse con la voluntad general. Y Rousseau era suficientemente realista como para comprender que esto no es posible si las diferencias de propiedad y por lo tanto de intereses en la población son demasiado grandes. Su república debía consistir de una vasta mayoría de pequeños propietarios. Nadie debía ser tan pobre como para deber venderse a otro, nadie tan rico como para poder comprar a su semejante.

En Rousseau queda por primera vez formulada la homogeneidad social (pequeña burguesía o pequeño campesinado). Y desde el momento en que tanto en Francia como en Inglaterra tal homogeneidad no existía, Rousseau estaba convencido que un gobierno republicano de los Estados ya no era posible.

Robespierre, queriendo sin embargo "crear" en Francia una república en el ideal rousseauniano, debió recurrir al medio del *terror*. Por el terror creía poder crear una homogeneidad "subjetiva" de los ciudadanos virtuosos. La misma virtud en cada uno debía sustituir a la homogeneidad social y de interés. Debía fracasar pronto.

La tercera "forma" de homogeneidad artificial fue la finalidad de los socialistas de diferente tipo. El primero que postuló una "igualización" de las propiedades como base para una democracia perfecta fue Gracchus Babeuf. Su concepción no está muy clara. Se la puede interpretar como una creación artificial de la sociedad igualitaria a la Rousseau, o como una anticipación de las ideas socialistas que aspiran a una propiedad colectiva (o de las comunidades con propiedad común).

Los teóricos y los hombres políticos que no querían crear una homogeneidad social por medio de una revolución igualadora, se esforzaban por crear una "unidad" sobre la base cultural por el nacionalismo. La comunidad de los ciudadanos virtuosos de Robespierre quedaba sustituida entonces por una comunidad nacional, o incluso racial. Mitos sobre el origen de la nación o una "utilización" de la historia como instrumento de la creación de un sentido de "comunidad de destino" debía una vez más crear una homogeneidad subjetiva. En la fórmula francesa la nación era capaz de integrar y asimilar a cada inmigrante en la medida en que estaba dipuesto a "francizarse". En la fórmula germánica por el contrario, era necesario tener como padre, abuelo, etc., a "alemanes"; la sangre se convertía así en la base de la homogeneidad. A fin de cuentas, esta "tradición" podía terminar en el racismo.

Para evitar las tendencias al terror o al racismo y para garantizar una coexistencia pacífica de las mujeres y de los hombres de diferente origen, cultura y riqueza en la misma sociedad bien ordenada y democrática, es necesario pues abandonar la pretensión de homogeneidad. Mujeres y hombres, personas de diferentes culturas, de diferentes clases o capas de la población pueden formar una república cuando son protegidos por instituciones equitativas para todos. Me parece que nuestras repúblicas contemporáneas pueden aprender algo de un pensador norteamericano, John C. Calhoun, quien en su *Disquisition on Government* presenta la idea de una "mayoría concurrente". Para evitar el peligro de una dictadura de la mayoría (absoluta) sobre las minorías múltiples, en un Estado debe existir una combinación de mayorías locales o secciones y la mayoría del conjunto del Estado. Así las diferentes minorías son protegidas mejor que en la constitución democrática y tienen mejores posibilidades para convertirse a su vez en mayoría. Permítanme citar un pasaje de Calhoun que explica sus ideas de una forma más clara:

> Cuando el organismo es perfecto, el gobierno de la mayoría concurrente hace imposible la opresión al dar a cada interés, parte u orden... los medios de protegerse a sí mismo mediante su veto contra todas las medidas destinadas a favorecer los intereses peculiares de otros a sus expensas. Su efecto entonces es hacer que los diferentes intereses, partes u órdenes... desistan de intentar la adopción de alguna medida destinada a fomentar la prosperidad de uno, o más, sacrificando la de otros; y así *obligarlos a unirse* solamente en aquellas medidas que hayan de promover la prosperidad de todos, como el único medio de impedir la suspensión de la acción del gobierno, y con ello evitar la anarquía, que es el mayor de todos los males. Mediante tal resistencia autorizada y eficaz se evita la opresión y se prescinde de la necesidad de recurrir a la fuerza, en los gobiernos de la mayoría concurrente; y de ahí que la *transacción* en vez de la fuerza, se convierta en su principio conservador.[1]

En la constitución de los Estados Unidos, el Senado da a cada estado —pequeño o grande— el mismo peso, de manera que una minoría de ciudadanos en una mayoría de estados puede impedir una ley o un nombramiento a un puesto de gobierno contrario a sus intereses. La mayoría absoluta del pueblo, que por otra parte de hecho no es más que la mayoría de los representantes del pueblo, elegidos por la mayoría de los votantes (por lo tanto en realidad por una minoría de la población) ya no es capaz de dominar el todo. Estados multiculturales o compuestos por poblaciones de diferentes religiones o razas podrían, adoptando la idea de Calhoun de la "mayoría concurrente" —es decir con una *combinación* de diferentes mayorías que creen la *necesidad de transacción*— evitar las guerras civiles o religiosas y las terribles "purificaciones étnicas", como las que experimentamos actualmente no lejos de aquí.

Traducción de Hernán G. H. Taboada

[1] John C. Calhoun, *Disquisition on government* (1853), la traducción es la de Francisco González Aramburu en John C. Calhoun, *Disquisición sobre el gobierno y selecciones de la Disertación*, México, Herrero, 1963, p. 33. Las cursivas son de Iring Fetscher.

DISCUSIÓN ENTRE EL POSMODERNISMO Y EL NEOMODERNISMO EN EL ESTE Y EL OESTE

Por *Béla* Köpeczi
ACADEMIA DE CIENCIAS DE HUNGRÍA

A PARTIR DE LOS AÑOS SETENTA se ha desarrollado una discusión entre lo que puede llamarse lo posmoderno y una cierta concepción de lo neomoderno. Por empezar, intentemos definir estas nociones.

¿Qué es lo posmoderno? Se sabe que lo posmoderno sirvió a Arnold Toynbee, en su *Estudio de la Historia*, en 1947, para la definición de una época, que se inicia en 1875, y que, según él, representa la transformación de la idea nacional en multi o pluriculturalismo y del racionalismo en relativismo y anarquía. Esta concepción será reutilizada por la arquitectura, con Charles C. Jencks, quien buscó una nueva definición de la forma de los edificios, acorde al confort de la época, aunque condenó más tarde el eclecticismo que de ella resultó. En las bellas artes lo posmoderno ha servido para la presentación de las ideas, de las situaciones y de las impresiones a través de la analogía, la metáfora, el símbolo y la alegoría, para ofrecer no solamente un espectáculo, sino también un elemento nuevo a la conciencia del espectador en el mundo informatizado. En la literatura la teoría de lo posmoderno se manifestó en un comienzo en los Estados Unidos, donde se han introducido ciertas formas, ligadas a un juego del lenguaje y a las reglas de la cultura del consumo, poniendo de relieve lo subjetivo del autor y de un mundo que se ha vuelto cada vez más irreconocible.

En la filosofía lo posmoderno aparece bajo la influencia de la interpretación relativista, mítica o poética de Nietzsche y de Heidegger. En *La condición posmoderna*, de 1979, Jean-François Lyotard declara que lo posmoderno es "la incredulidad frente a los metarrelatos", o sea frente a toda ideología y especialmente frente a la modernidad. Según él, la modernidad fue impuesta por las Luces y

se ha declarado por la razón, por el progreso, por la importancia de la ciencia, por la transformación de la sociedad y por la emancipación del hombre. Las ideas de razón y de totalidad son puestas en duda por la relatividad del mundo que nos rodea, pero también por la ciencia. Establece la diferencia entre ciencia y saber; la primera lleva necesariamente a la legitimación del poder, incluso del poder totalitario, y el segundo busca el límite de los conocimientos, la "diferencia", e impone la pluralidad. En el dominio social, el *consensus* o el *Diskurs* preconizado por Jürgen Habermas no podrá imponerse. En la sociedad posindustrial es la tecnociencia la que dominará y permitirá la pluralidad. La pluralidad tendrá necesidad de la información y para hacerlo habrá que servirse de los juegos del lenguaje, rasgos preferenciales en la gramatología de Jacques Derrida. Imagina pues una política "en la cual serán igualmente respetados el deseo de justicia y el de lo desconocido", pero no se ve cómo. En un texto publicado en 1988, *La posmodernidad explicada a los niños*, Lyotard presenta como lema: "guerra al todo, demos testimonio de lo impresentable, activemos los diferendos, salvemos el honor del nombre", es decir de lo posmoderno.

Estas tesis se sirven de una interpretación de los nuevos resultados de las ciencias, sobre todo de las matemáticas y de la física, pero también de una visión más bien estética del mundo. Fueron presentadas también por Gianni Vattimo en los textos de 1983 de *El pensamiento débil*, y por los filósofos norteamericanos y alemanes, como una nueva concepción de la filosofía y sobre todo de la literatura y las artes.

En Europa Occidental y en los Estados Unidos se tiene hoy la impresión de que lo posmoderno pierde terreno ante a un mundo que se ha vuelto inestable, hacia el interior por la desocupación, por los trabajadores inmigrados, por la delincuencia, por los daños causados al medio ambiente; hacia al exterior, por los conflictos y las guerras que se manifiestan y han puesto en duda el optimismo del movimiento, ligado sobre todo a la sociedad posindustrial.

En Europa Central y Oriental es a través de la literatura y las artes como se han difundido ciertos elementos de lo posmoderno. Aquí la necesidad de la ruptura con la ideología dominante nació sobre todo a partir de 1968, como consecuencia de las dificultades económicas y del sistema totalitario a los cuales no podía responder el socialismo de Estado, a pesar de ciertas tendencias, que introdujeron, en Hungría por ejemplo, reformas en favor de una economía de mercado y un semiliberalismo cultural. En la literatura ha ejercido su influencia en el teatro del absurdo y en el "*nouveau roman*", en las artes y, sobre todo en la arquitectura, una nueva vanguardia y el eclecticismo. Se han publicado novelas y poesías que han puesto en duda los "metarrelatos", a través de los conflictos en el interior de la sociedad, presentados de una forma irónica o grotesca. El interés por lo posmoderno se manifestó, entre otras, en la revista *Helikon*, donde en 1987, o sea antes de la transformación, se publicaron trabajos sobre la novela norteamericana posmoderna con estudios húngaros y textos de Burroughs, Barth, Federman, Gass, Gardner, Olson y muchos otros. La lucha contra el socialismo de Estado fue declarada en nombre del liberalismo, es decir de la modernidad, por la introducción de la economía de mercado y el pluralismo democrático. El cambio tuvo lugar a través de una evolución interior, con ayuda de la oposición y de los reformistas del partido único, pero también de los acontecimientos desatados en la antigua Unión Soviética, y fue aceptado con alegría por la mayoría, que deseaba el nivel de vida, la economía y la libertad de la Europa Occidental.

Después de cinco años de su ejercicio, debemos constatar que el pluralismo democrático ha quedado instalado, pero la economía de mercado está aún en sus inicios. La mayoría de la población vive muy difícilmente y muchos en la pobreza. La desocupación y la inflación se desarrollan y las nuevas restricciones impuestas en el dominio social y cultural despiertan el descontento. Agreguemos que las discusiones entre los Estados-nación y las nacionalidades, las guerras devastadoras y etnocidas de la región son objeto de nuestra inquietud. Los nacionalismos se exacerban y algunos quieren volver a un pasado lejano que no puede ser revivido a causa del cambio en la economía, en la vida social y cultural. Es necesario, pues, repetirlo: las transformaciones económicas y sociales han sido anunciadas en esta parte del mundo por el liberalismo y, como consecuencia, por la modernidad. ¿No hay un conflicto entre esta tendencia y la atmósfera posmoderna o tradicionalista de ciertos intelectuales, no solamente en Hungría, sino también en los otros países de esta parte del continente? Pienso que este conflicto existe. Todo el mundo habla de la modernidad como de una exigencia, y al mismo tiempo no se quieren adoptar algunas de sus consecuencias.

Hablemos del problema de la modernidad.

En Europa Occidental lo que se llama posmoderno fue presentado, desde hace algunos años, por Jürgen Habermas, continuando la Escuela de Francfort. Como se sabe, Habermas publicó, en 1984, una recopilación, titulada *Der philosophische Diskurs der Moderne*,

donde critica la interpretación posmoderna o posestructuralista de Nietzsche y de Heidegger, evocando los textos de Derrida, de Bataille o de Foucault sobre la gramatología, sobre el estetismo o sobre el poder. Se declara por el mantenimiento de la razón y de la totalidad, aceptando a ciertos críticos respecto de la relatividad y también se declara por el progreso, aprobando las rectificaciones impuestas por los desarrollos de la tecnociencia y de los conflictos en el mundo occidental. Es sobre esta base que, en lo que él llama *Lebenswelt*, insiste sobre el desarrollo de la *información*, sobre la importancia de la *comunicación* y del *consensus*. Comprueba que en la sociedad habrá siempre conflictos que será necesario resolver. Desde este punto de vista atribuye un papel decisivo al intelectual, que podrá contribuir a la formación de los "públicos autónomos", es decir de una sociedad basada sobre el *consensus* mencionado.

En un artículo de 1990 sobre la autoproclamada *Nachholende Revolution und über Revisionsbedarf*, el autor se ocupa de los problemas de los países de Europa Central y Oriental y de la necesidad de introducir ciertas reformas en las orientaciones de la izquierda en Europa Occidental. Comprueba que esta parte del continente tiene necesidad de una "revolución que busque recuperar el retraso" mediante la instauración de la democracia y de los derechos del hombre. Creemos que Habermas tiene razón al insistir sobre la recuperación, que no es solamente política, sino, yo diría, económica. Sin el desarrollo de una economía de mercado, llamada social, se desembocará en un "capitalismo salvaje" que pondrá en duda los valores sociales y culturales aceptados también por el socialismo de Estado en las condiciones dadas.

Después de haber presentado estas discusiones, el filósofo francés Christian Ruby, en una obra titulada *Le champ de bataille*, publicado en 1990, constata que lo neomoderno no ha logrado responder a la cuestión del papel de los intelectuales. El intelectual en Europa Occidental está desilusionado, no está interesado en los problemas de la comunidad, se cierra en su especialidad. Lo posmoderno —dice— tenía razón en poner en duda la idea de la totalidad, la concepción de la historia, de haber llamado la atención sobre la relatividad del mundo y sobre la pluralidad. Sin embargo, ni lo posmoderno ni lo neomoderno han respondido a los siguientes problemas: cómo llegar a una coherencia de la sociedad, cuáles son las posibilidades de una historia no teleológica, cuál es el papel de la subjetividad en la sociedad.

Creo que tiene razón en poner de relieve estos problemas esenciales que contemplan la globalización y la disgregación. La disgregación, tema que nos preocupa, atañe a la Europa entera, pero en esta parte del continente nos encontramos frente a un retraso considerable, por lo menos a partir del siglo XVI. Estas sociedades han intentado recuperar este retraso varias veces, en el siglo XIX, y también de manera inadecuada, por el socialismo de Estado, sin llegar al nivel de Europa Occidental. En la hora actual la democracia pluralista permite una verdadera elección si pueden asegurarse las bases económicas para su desarrollo.

¿Puede esperarse que se haga concordar el florecimiento económico con la libertad? Debe responderse aquí también a las cuestiones generales, planteadas por Ruby: qué sociedad, qué historia, qué subjetividad.

A mi juicio, lo posmoderno ha llamado la atención sobre ciertos aspectos del pensamiento, pero no puede poner en duda la modernidad en cuanto tal, incluso si algunas de sus observaciones son justas desde el punto de vista de la relatividad, de la totalidad o del papel de la subjetividad. De todos modos no puede servir al proceso de disgregación, cuyas consecuencias reales en las mentalidades y las culturas conocemos. Para Europa Central y Oriental yo abogaría por una *modernidad humanizada*, que buscaría recuperar el retraso mencionado, pero que permitirá una evolución económica y técnica equilibrada, el desarrollo de una sociedad democrática pluralista y social y la formación de una cultura diferenciada. Algunos elementos de esta *modernidad humanizada* pertenecen también a los países desarrollados, lo cual quiere decir que se trata de un problema de globalización que debe ser reconocido como tal por todos aquellos, hombres políticos, economistas, intelectuales de diversas disciplinas, que ven las contradicciones entre una modernidad de los siglos XIX y XX y una nueva modernidad del siglo XXI.

En Europa Central y Oriental hay un problema, que es también universal pero que aquí se presenta bajo un aspecto particular: el de las naciones y de las nacionalidades autóctonas de la región. La integración política y técnica europea puede contribuir con las normas jurídicas internacionales, cada vez más aceptadas, a una interpretación nueva de las causas que separan a los pueblos y de las posibilidades de sus acuerdos. Se trata aquí de una *globalidad restringida*, ligada a Europa. Pero si se logra, podrá servir de ejemplo al mundo entero. Un nuevo enfoque de la cuestión nacional pertenece, también él, a esta *modernidad humanizada*, que, conservando ciertos elementos del Estado-nación, permitirá los contactos

económicos, culturales y humanos entre diversos pueblos de esta región, que habitan, y la combinación de lo universal y de lo particular, de su identidad y de su cultura. Creo que los intelectuales podrían también contribuir, gracias a la política de la cultura propuesta hace más de cincuenta años por el profesor Campagnolo, a la formación de una atmósfera en esta región de luchas nacionales encarnizadas. La cuestión es saber si ellos quieren tomar parte, y por qué medios, para cambiar las cosas. Compruebo pues las manifestaciones de una disgregación general y cultural; pero me declaro por una *modernidad humanizada*, que debería servir a la globalización en Europa y en otras partes.

Traducción de Hernán G. H. Taboada

LA HISTORIA CONTINÚA...

Por *Otomar* KREJČA
DIRECTOR DE TEATRO CHECO

El coraje de la cultura hoy consiste en luchar por los grandes ideales, pese a su aparente falta de actualidad y esto sólo con los medios de la palabra, pese a su aparente falta de adecuación.

EN EL MOMENTO MISMO en que leía estos deseos de la Sociedad Europea de Cultura para el nuevo año 1995, mi teatro de Praga —cerrado por razones políticas después de la Primavera de Praga de 1968, y rehabilitado en 1990, después de una interrupción forzosa de más de veinte años— fue nuevamente liquidado, esta vez por motivos políticos completamente diferentes.

Bajo el régimen comunista, nuestras tendencias humanistas no querían entenderse con los tanques soviéticos; en economía de mercado, es el dinero el que no se pone de acuerdo con las ideas humanistas de nuestro repertorio (para ser más precisos en cuanto a este caso concreto: nuestro gobierno no desea abiertamente tener un ministro de Cultura "cultural" propiamente hablando ni una burocracia capaz de juzgar objetivamente en materia de cultura del arte).

Hace un cuarto de siglo, cuando yo preguntaba a las autoridades comunistas por qué se condenaba a desaparecer un teatro que presentaba a Chekov, Giraudoux, Musset, Shakespeare, me gritaron por encima "¡Pero cuándo, cuándo presentan la *Antígona*!". Cuando, en estos últimos días, planteaba la cuestión de saber por cuáles razones no estaba permitido vivir para un teatro que montaba a Chekov, Bernanos, Beckett, Hofmannsthal, Pirandello, Grillparzer, los poderes públicos me respondían con irritación: "Es necesario emprender cambios sistémicos, es necesario que usted consiga financiamientos privados, que sepa qué vende, ¡debe adaptarse!". Ahora bien, no somos comerciantes y tenemos vergüenza de pedigüeñar, de limosnear.

La Europa de las obras de espíritu es la más fácil de construir. Parece que hace cincuenta años se consideraba que había que empezar por ahí. Lástima que el mercado haya tenido la prioridad. Se oye por todas partes que el fin del comunismo debe ser visto sin euforia, casi con suspicacia. ¿Es porque integrismos y populismos de toda calaña a menudo parecen no ser más que metamorfosis del látigo ideológico que los ha precedido? Pese a la felicidad un poco enfriada querríamos aplaudir la Europa de la libertad de creación, pero henos aquí sumergidos por la falta de perspectivas de la lucha por la existencia, y esto en terrenos que no podrían ser evaluados con la vara de la rentabilidad comercial. Lo cotidiano requiere de nosotros un esfuerzo colosal, que debemos desarrollar con nuestras propias fuerzas, y contra nosotros mismos. Dificultades tales no pueden más que provocar escepticismo y cansancio. Deseamos todos que la Unión Europea sea sensible a la prioridad de lo cultural. Pero ¿cómo olvidar que deja a Sarajevo "festejar" bajo las bombas el aniversario de su asedio?

La necesidad de expandir a escala europea la nueva libertad cultural fue ciertamente para nosotros, antes incluso de los cambios radicales en la ex URSS, una orientación capital y evidente, pero en la óptica "realista" siguió siendo por largo tiempo una utopía total. Es por eso que estos últimos cinco años no terminan de provocar nuestro asombro tanto por su inesperada inmediatez como por las amenazas que hacen emerger en lugar de los antiguos terrores. En el nuevo contexto de democracia y libertad, la euforia inicial ha dejado rápidamente lugar a la desilusión, a la decepción y al desconcierto. No sólo la cultura no ha escapado a esta evolución, sino que acontecimientos políticos y sociales inesperados han incluso engendrado un profundo desorden, incluso un choque cultural.

En estas condiciones, la cultura permanece, en el dramático teatro del universo, oculta en segundo lugar, abandonada, como si no tuviera ya, sobre la escena de hoy de dimensión planetaria, ningún papel importante que le pudiera convenir. Habiendo perdido desde ya su función política de propaganda o de disidencia, mira alrededor de ella con perplejidad para ver qué papel podría desempeñar hoy día —cuando, bajo el libre dictado de los cambios de sociedad, la creación es presa de las exigencias de la rentabilidad. Peor: cuando, en la nueva situación, la aplicación del credo liberal ha terminado por demostrar que es el mercado mismo el que tiende a devastar la verdadera cultura, que transforma la obra, como todo el resto por otra parte, en mercancía, y la creación en producción, o, en el mejor de los casos, en un oficio artístico destinado a "espantar" a los

turistas. Y el poder devastador del mercado unido a la miopía burocrática producen su pleno efecto en particular en las disciplinas artísticas que nunca han sido, y no podrán jamás ser, suficientemente rentables para prescindir de mecenas ilustrados.

En el fondo, ¿cuál es pues esta cultura, este arte que buscamos? Estamos totalmente seguros que en el siglo XX la sinonimia establecida en la época moderna entre los términos "cultura" y su equivalente "civilización" están casi perdidos. Las dos nociones han perdido su contenido material de origen: probablemente se debe al hecho de que entre el mundo natural de la vivencia humana y el mundo de la ciencia objetiva, se va profundizando la brecha. El hombre contemporáneo poco a poco se convierte en simple accesorio del funcionamiento industrial y técnico. La sociedad de masas moderna no quiere cultura en el sentido primero del término, quiere divertirse. La mercancía, propuesta por la industria de la diversión bajo el vocablo "arte", es consumida por esta sociedad exactamente en la misma manera que los otros productos de consumo. Los productos de distracción sirven para llenar el tiempo vacío, siendo este tiempo vacío, por supuesto, cosa muy distinta al tiempo libre, que nos hace disponibles para el mundo y el arte que ha creado, por su cultura.

El fundamento de la acepción europea de la cultura, en el sentido propio tanto como en el figurado, puede ser expresado con la palabra latina *colere, cultum, cultus*, que significa *cultura, trabajo de la tierra, del suelo*, pero también un país natal, un terruño, una región cultivada por los hombres, y paralelamente esto significa también la cultura del espíritu, de la persona, los modos de vida y a fin de cuentas esos ornamentos de la vida que son la salud, la plenitud, la belleza.

La cadena de los testimonios sobre la función primitiva de la cultura es infinita. *Terras hominumque colunt genus* ("habitan las tierras y cultivan el género humano"), escribe Horacio a propósito de los habitantes de la ciudad sobre el Éufrates. O también: *fidem rectumque colere* ("respetar la palabra dada y el derecho"). Innumerables hechos históricos demuestran pues que la cultura forma el fundamento, la base, que constituye la quintaesencia misma de todas las otras actividades humanas, y que el hombre establece su humanidad en la cultura y por la cultura —a saber, según un antiguo uso que cae en el olvido, por su relación con los dones de la tierra, por su manera de cuidar su hábitat social o también por su actitud hacia todo lo que supere su conciencia o su saber.

Acabo apenas de afirmar que la cultura no ha escapado a la evolución, que nos ha hecho hundir, apenas salidos del infierno totalitario, en el totalitarismo del mercado. Pero ¿no sucedía todo de modo distinto? Son por el contrario los sobresaltos inesperados de la evolución, esos bruscos cambios y esos profundos saltos los que se han sustraído a la cultura, que han escapado a la cultura en el sentido original de esta palabra. Y no han escapado solamente a la cultura en tanto que libertad natural de la expresión, sino también a la cultura en tanto que expresión natural de la libertad.

Toda discusión que trate de la cultura debería evitar hacer abstracción del fenómeno del arte. La cultura de masas tanto como el arte mediático en su sentido propio no existen; no son de hecho más que denominaciones que designan productos de la distracción. Y no es tanto esta simple constatación lo que es exasperante, sino más bien el hecho de que no estemos a la búsqueda de una salida, que no nos demos ni siquiera cuenta que deberíamos buscar una.

Sigue siendo verdad que, sin tener en cuenta la memoria, los lazos históricos, sin escuchar las tradiciones y sus "eternos" interrogantes, no se sabría ni reflexionar sobre la realidad presente ni imaginar el porvenir; es cierto también que "los vivos están gobernados por los muertos" (A. Comte). De este modo sería bueno no olvidar en nuestras reflexiones sobre el arte y la cultura, cinco años después de la caída del Muro de Berlín, los acontecimientos de más de trescientos cincuenta años; es decir el gesto decisivo de las Luces, en el intrumentalismo de las cuales, por cierto muy deformado, nos debatimos hasta hoy. Y no sabemos qué hacer de sus frutos inesperados.

En lo que vivimos, todo está de cierto modo ligado a todo. He abordado mi intervención con una historia personal. Ésta no concierne más que a un grupo restringido de artistas dramáticos, que son por otra parte objeto de un interés casi nulo de parte de los medios de comunicación. No puedo evitar Sarajevo, otra historia personal. El abominable teatro del mundo. El desfile de las monstruosidades no conoce respiro. ¡Qué inconmensurable lazo entre un teatro minúsculo, que testimonia ante algunos miles de espectadores la condición humana, y el Grand Guignol mediático, que no cesa de volcar todos los días sobre millones de espectadores las nuevas sobre la humanidad, que ha alcanzado un punto de no retorno!

> Cuántas maravillas, pero nada que sea más maravilloso que el hombre... con una habilidad superior a lo que se puede uno imaginar, que lo encamina unas veces al mal y otras al bien. Tendrá un alto cargo en la ciudad si observa las leyes del país y la justicia de los dioses que obliga por juramento. Desterrado sea aquel que, debido a su osadía se da a lo que no está bien.

Hace dos milenios y medio, el arte ha erigido un contrapoder ético, franco y categórico contra el poder del dinero, de la materia y del mal. ¿Por qué este conflicto está siempre pendiente? ¿Por qué nuevamente no quedan de las bibliotecas, como en Sarajevo, más que algunos jirones de pensamientos quemados?

Mi visión de las cosas se localiza sobre los problemas que regresan eternamente tanto sobre las cuestiones antiguas como sobre las que son completamente recientes y que quedaron sin respuesta. Como profesional, hago teatro desde hace cincuenta y cinco años. Nunca he podido hacerlo sin interrupción, seguidamente, más de cinco años. Ahora bien, sólo una continuidad puede conferir al trabajo teatral un sentido y una significación superiores. Pero cuando la interrrupción fue forzada, motivada por la brutalidad ideológica y la del poder político, mi vida ha sido transformada en una serie de episodios que se asemejan a fragmentos de un torso.

Las locuras del siglo XX nos habrán enseñado a desconfiar de todo, incluyendo nuestras esperanzas intermitentes. La realidad de siempre nos invita sabiamente a comprender que la historia continúa en su dimensión trágica sin verdad nueva ni segura ni "amistad mutua".

En el curso de mi periplo en el mundo del teatro, es la puesta en escena de *En attendant Godot* de Samuel Beckett la que sin duda me ha aportado, así como, por lo menos espero, a los espectadores, la más dulce recompensa y satisfacción. Con los grandes actores franceses y alemanes o con los jóvenes comediantes checos, no quería crear una payasada intelectual, sino la visión de nuestra espera, de nuestra esperanza, de nuestra vida. Poco tiempo antes de morir, Beckett nos dijo: "Usted ha elegido el buen tema; *no podemos continuar, continuemos*".

Traducción de Hernán G. H. Taboada

LAS TENDENCIAS ACTUALES DE DISGREGACIÓN Y DE GLOBALIZACIÓN EN LA VISIÓN DE UN MOSCOVITA

Por *Aleksander P.* KUDRIAVTSEV
INSTITUTO DE ARQUITECTURA DE MOSCÚ, RUSIA

LA ARQUITECTURA ES UN ESPEJO DE LA SOCIEDAD, y la reflexión es, desgraciadamente, muy cierta. Más aún, sus mismas imágenes fijan los símbolos de una época y yo pienso a menudo que los reyes —tanto los del pasado como los modernos— usaron este arte con más eficacia que los demócratas para establecer su ideología, poder y grandeza. Un ejemplo de tal acción en la conciencia es la gran utopía de la vanguardia arquitectónica soviética de los años veinte y treinta, cuya influencia aún no se debilita.

La vanguardia, crecida sobre la idea de la revolución mundial, rechazó las limitaciones nacionales como principio. Éstas son más bien fuertes, pero destruyen la totalidad del mundo, éste es percibido como una entidad y su conservación como un cuidado común.

Aquí en Budapest no puedo evitar recordarla porque precisamente en Europa Central y Oriental fue creado el único "frente izquierdista de las artes". Las escuelas de la Bauhaus en Weimar y Dessau en Alemania y Whutemas en Moscú fueron las fuentes de formación de los creadores que eran dueños de un enfoque global de "ciudadanos del mundo", hasta entonces nunca visto. No casualmente ambas escuelas fueron cerradas simultáneamente en 1932 por los regímenes totalitarios, basados en ideas nacionalistas y chovinistas, que cerraron el mundo, aislaron a sus propios pueblos, cultivaron el orgullo por la peculiaridad y también por la resistencia de sus países contra todo el mundo.

Educado en el espíritu del orgullo del gigantismo de la Unión Soviética, que constituye una sexta parte del mundo, quedé impresionado cuando en el término de la Perestroika entendí que esta sexta parte del mundo es sólo una parte de un grande y diversificado planeta, que no obedece a la homogeneización, al rango, al

orden forzado. Luego, al mismo tiempo que mis compatriotas, entendí que "vivir en diversidad" es la base para un mundo sustentable, y ser tolerante y "sostener principios en la búsqueda de compromiso para avanzar" (el pecado mortal de un habitante de la Unión Soviética), es la característica natural del intelectual, su misión social, de la cual no debe avergonzarse.

Pareció que el mundo había sido abierto con la Perestroika en la Unión Soviética, y al final hemos salido del aislacionismo, del mundo con una doble medida, con el arte oficial y el subterráneo. *Glasnost* fue la segunda palabra que encantó a todo el planeta y fue lo que estableció el derecho de la *intelligentsia*, ante todo la que es llamada creativa, a realizar profecías y a un puesto rector en la formación de la "nueva mentalidad".

¿Se acuerdan del foro internacional de Gorbachov "Para la supervivencia de la Humanidad", donde la élite intelectual de todo el mundo se reunió con un obvio deseo de crear un nuevo espacio cultural e informativo transparente, sin "cortinas", sin prejuicios racistas, ideológicos, de clase? La orientación hacia los valores europeos democráticos era obvia.

En arquitectura y urbanismo, fue un periodo de lucha contra los dictados de la burocracia, contra las imágenes del "socialismo de cuartel", de eliminación de los informes secretos y de la cerrazón que cubría la actividad urbana, de los intentos para involucrar la población en la toma de decisiones. Por fin fue posible discutir los problemas de ecología, incluyendo la "ecología de la cultura", según el académico Dm. Likhachev. Ambas se convirtieron en objetos de lucha política y de especulaciones. En Moscú se considera como la culminación de la nueva mentalidad el rechazo, en 1987, de la construcción del bien conocido Memorial para la Gran Victoria sobre la colina Poklonnaya (o de la petición) y la ruptura de una autopista que amenazaba el complejo de monumentos Lefortovo, relacionado con los nombres de Pedro el Grande y el gran Pushkin (Lefortovo es, por su significado cultural e histórico, como el segundo objeto moscovita después del Kremlin).

Fueron creadas oficinas públicas para promover la traducción de las expectativas y necesidades de los habitantes al lenguaje profesional. Una de ellas fue el Concejo Público agregado al Arquitecto en Jefe de Moscú, que reunió a más de cien prominentes historiadores, arquitectos, escritores, artistas, sociólogos, geógrafos y otros representantes de la *intelligentsia* y que logró detener las tendencias del "urbanismo de topadora", que estaba realmente amenazando el núcleo histórico de Moscú.

Ante todo combatimos para detener la fuerza destructiva del plano maestro de Moscú, aprobado en 1935, que fue llamado "el plano estalinista de la reconstrucción socialista". Quisimos conservar la identidad de la ciudad, realizar una regeneración, como una idea general del plano principal. ¡No crear una nueva imagen de ciudad como había sido propuesto antes!

Combatimos contra la extensión de los ministerios centrales —de Defensa, KGB, Relaciones Exteriores— contra la llamada "cityzación" del centro, por el regreso de la función de vivienda en ella. Logramos involucrar en el proyecto de nuevas construcciones para el centro a una sección especial de investigaciones históricas. Ahora esperamos que la mentalidad profesional del arquitecto y del planificador urbano de Moscú esté haciéndose histórica.

Pero ahora aparecen las nuevas amenazas. Ante todo, es la invasión del capital y las tentaciones del gran dinero que pueden cambiar el perfil de la ciudad (la altura de los edificios, la tentación de las mansardas, los pisos superiores de edificios existentes) y el carácter de los espacios interiores propios, cubriendo los patios.

Segundo, es la erección de los llamados "monumentos recién hechos" en vez de la conservación de los genuinos (ejemplos son la Plaza Roja y el Templo de Cristo Salvador) y la destrucción de la arquitectura del periodo soviético de acuerdo con motivaciones políticas (por ejemplo, la restitución de dos salas zaristas en el Gran Palacio del Kremlin en vez de la sala del Soviet Supremo hecha en los treinta).

Quizás hoy este concilio y la completa permisividad crítica de la prensa, a la que nadie escucha, son los únicos remanentes de la primera época de la Perestroika de Gorbachov. Fue un momento terrible, cuando nuestro espacio cultural e informativo fue estirado como una piel de zapa hasta los confines de Moscú. Aquí se reafirmaron fuertemente las posiciones de los llamados patriotas nacionales de la cultura que exaltaban el apoyo en las fuerzas propias, el estilo peculiar de Rusia y, como consecuencia, empujaban una vez más al país al aislamiento.

Pienso que eso se relaciona en general con los grandes cambios en el papel del intelectual en la atmósfera social de nuestros días.

Me gustaría llamar algunos testigos. Uno de estos "maestros del pensamiento" de mi generación fue el escritor Vassili Axenov, el amigo de Juliu Edlis. Siempre encuentro en su prosa irónica la resonancia de mis pensamientos. Axenov dice:

> Si recordamos la increíble significación que el escritor ha tenido en la última época soviética debemos constatar que ahora ha sido llevada a un mínimo. Quizás esto es bueno. En todo caso la época del escritor como el amo de los pensamientos ha pasado. Pero tiene otras posibilidades —ser el amo del gusto, del "buen tono". Ante todo en literatura, luego en la vida. Significa otro tipo de influencia en la vida, no la directa. No las consignas, no los higos en los bolsillos, no el "j'accuse", no el "vivir sin mentir" sino la otra dirección, más delicada. Más occidental... Y gracias al hecho de que ahora todos viajan a las fronteras, ya el nuevo fenómeno va a ser /el arte europeizado/. Aunque sea tan desagradable para las fuerzas que están empezando ahora a tocar el primer violín. Frente a nosotros se halla el mismo problema histórico idiótico —los occidentalistas y los eslavófilos. Y el asunto está tomando un giro cada vez más feo, tanto en el sentido político como en el filosófico. Se necesita un montón de tiempo para salvarse de este problema.
>
> Personalmente supuse que la única salvación para Rusia como unidad tanto cultural como estatal es una completa integración psicológica en la cultura occidental cristiana...
>
> Pero ahora la iniciativa ha sido tomada por los eslavófilos... Esta descabellada tendencia antioccidental aparece nuevamente...
>
> El año pasado tuvimos una discusión sobre este tema. Un joven dijo: "Usted habla de integración de Rusia al Occidente. ¡Pero nosotros somos incompatibles! Nosotros con nuestra espiritualidad y Occidente con su pragmatismo".
>
> Y yo estaba pensando: "Usted, joven caballero, de alta frente y ojos llameantes, ¿cómo puede hablar de la alta espiritualidad de nuestro país, después que fueron asesinados sesenta millones de nuestros compatriotas, que nuestra Iglesia, sus templos, nuestra *intelligentsia* fueron violados de tal forma que apenas respiran, y fue creada una nación de *stukach*, informantes, guardias y espías?".
>
> Lo que veo ahora es un cierto cinismo, una cobardía. La gente no se atreve a llamar pala a una pala. No se atreve a decir que los mismos políticos corruptos intentan dirigir todo el espectáculo, manejar los destinos. Sí, el país escapó del baño de sangre, pero del otro lado la misma gente que ayer glorificaba todo el catecismo revolucionario ahora pretende no haberlo hecho nunca, extendiendo alrededor una aureola de cinismo colosal. Sorprendidos os detenéis y entendéis que no fue una revolución vuestra, sino de ellos. Por el amor de Dios, fue una revolución, pero ¿qué giro va a tomar más adelante por este cinismo?[1]

Es imposible no relacionar la terminación del memorial sobre la colina de Poklonnaya que todo el mundo vio el 9 de mayo durante las celebraciones dedicadas al quincuagésimo aniversario de

[1] "No tengo una mesa para escribir en Rusia", *Izvestia*, 19 de abril de 1995.

la Victoria, con la restauración de nociones sobre la "victoria de los generales" en la tragedia de este pueblo, 26 millones de vidas arrebatadas, con el rumor de las armas durante el desfile, con el complejo militarista de Chechenia.

Ustedes conocen a Yuri Afanasiev, uno de los dirigentes de nuestra democracia. Dice:

> El sentimiento de congoja obviamente faltó a los organizadores de la celebración del jubileo. Constantemente pusieron al frente el rumor de las armas, el ruido del tambor, el heroísmo y la idolización de la Victoria. En los discursos de los poderes puede oírse la autosatisfacción de los tiempos pasados: "Nosotros ganamos y vamos a ganar". Obviamente déjenlos conocer también las ambiciones imperiales, el elogio de los mariscales-héroes, de las primeras personas del Estado, impecabilidad, culto de la fuerza y el poder. Todo aquí es la buena estimulación para los intentos de resolver todos los problemas y conflictos con la fuerza.
>
> Nosotros tratamos continuamene de aferrarnos a esto, que fue rechazado o está siendo rechazado por otros Estados, más prósperos y estables. Esto, que se ve ahora en niveles crecientes en Rusia, parece muy característico de los países en regímenes inestables, que no fueron salvados de la herencia totalitaria. No podemos excluir la posible perspectiva de una mayor desestabilización que amenace con nuevas confrontaciones sangrientas.
>
> Otra lección de las celebraciones de la Victoria: el aún existente abismo entre la historia (que significa el conocimiento de lo que ha pasado) y la memoria, aquella idea mitologizada acerca del pasado que ha sido formada en la conciencia masiva del pueblo que derrotó a los conquistadores a un precio increíble.
>
> Mirando al cambiante proceso de las nociones históricas podemos observar la fuerza de la inercia de los estereotipos no sólo en la conciencia masiva sino también en los cerebros de algunos políticos e historiadores. Por supuesto ahora que muchos documentos secretos se han abierto, la memoria y la historia se han acercado. Pero no coinciden.
>
> Por supuesto, no es muy fácil de rechazar el confortable clisé histórico. Hay mucho de destinos individuales, de memorias de juventud, congoja por pérdidas. Muchas cosas tienen el sello de la sacralidad. Millones aguantaron hasta la muerte por su patria, por sus parientes, por el país: la tierra torturada, destrucciones nunca vistas, 26 millones de muertos... Todas las interpretaciones negativas de estos acontecimientos, aún muy discutidas, pueden tocar algo de muy personal, la memoria individual, la memoria histórica.
>
> Pero, aun considerando todo esto, no podemos, no debemos y simplemente no tenemos el derecho de permanecer en la prisión de la conciencia ordinaria desinteresados de la búsqueda de la verdad histórica. No podemos señalar esta celebración alegremente y con el ánimo liviano aunque mi vida, así como la vida de todos mis compatriotás fue tocada por la Segunda Guerra mundial.[2]

No puedo dejar de citar a Vasyl Bykov, el más honesto escritor acerca de la guerra, extremadamente respetado por el público por su amarga verdad. Concluye una entrevista titulada "El amargo sabor de la victoria", de este modo:

> El déficit de generadores de energía es un factor importante, pero quizás lo que es más importante es el déficit de una voluntad nacional, la irreversible deformación de la conciencia pública que suele facilitar el camino para la *nomenklatura* comunista sin que muestre ningún talento para gobernar los Estados.
>
> La indiferencia y la apatía, que se están apoderando cada vez más de la sociedad, presentan un caldo nutritivo para las diferentes formaciones de venganza y comunofascistas, donde las capas de veteranos no ocupan el último lugar. Parece como si las generaciones que se van intentaran tomar la mano a las jóvenes para desviarlas del camino que han elegido, y llevarlas a la trillada senda que los ha conducido a un callejón sin salida. No adoptan otro camino, no lo pueden tomar por toda su experiencia totalitaria, su largo pasado militarista, que tratan de usar como un hombre al agua se aferra a una paja. La pasada gran guerra y nuestra difícil victoria son vistas por ellos como aquella paja.

Es imposible no estar incómodos, cuando una buena medida como la restitución a la Iglesia de propiedad destruida o robada lleva a una dominación por parte de la Iglesia ortodoxa en nuestro país multiconfesional, a apoyar a la Iglesia como una institución pública para el fortalecimiento de la autoridad central, para el poder de la *nomenklatura* federal y regional. En vez de un foro internacional, el evento más reciente fue el encuentro de la unión de comunidades rusas organizado por las fuerzas nacionalistas y militaristas.

Esta tendencia fue realizada con la erección de "gigantes" representativos, a expensas de la decisión de problemas sociales, la transición de procedimientos democráticos a las rápidas decisiones autoritarias, basadas en la experiencia de los *apparatchiks* y no en la pericia de los intelectuales. Cada vez más se mueven hacia el estilo chino de reforma, diciendo, con cierta justicia, que para Occidente la estabilidad es más importante que la violación de los derechos humanos.

---

[2] "Otra guerra", *Izvestia*, 17 de mayo de 1995.

Por cierto, estas tendencias son peligrosas, y a menudo recordamos la conferencia de la SEC en Moscú de 1990, cuando se pronunció por primera vez una alerta contra la posibilidad de que creciera el cardo del fascismo sobre el suelo quemado por el totalitarismo, y esta alerta suena muy actual hoy día.

Para concluir pienso, ¿qué tipo de conducta social es necesaria hoy en Rusia para un intelectual? ¿Quizás la siguiente?

Primero, hacer su trabajo; preocuparse por el mantenimiento y desarrollo de la Glasnost; continuar erradicando la política de desacralización de mitos históricos, para establecer el conocimiento histórico real; no rehuir de la vida política, colaborar con los dirigentes políticos y sociales, en su mayoría poco cultivados, escasamente educados, técnicos, en el sentido de su política de la cultura; cooperar con los cuerpos sociales autoorganizados que tienden hacia la descentralización y su propia responsabilidad; desarrollar y extender las formas de cooperación internacional; involucrar en programas internacionales la mayor cantidad posible de gente, para evitar el riesgo del aislamiento nacional.

Encontramos nuestra propia experiencia fundida con la solidaridad y la experiencia de nuestros colegas en Europa. Incluye la creación de estructuras horizontales, el agrupamiento de la gente de cultura, la interacción con el "cuarto poder", la prensa; por ejemplo el uso de una iniciativa legislativa limitó la ley "Sobre arquitectura", muy fresca, evitando una arbitrariedad de la burocracia. Es una lucha por la prioridad de los modelos internacionales (europeos) en la ética social, aunque es obvio que el eterno diálogo acerca de la elección del modelo ruso de desarrollo —europeo o asiático— está lejos de su culminación.

Por fin, nuestra experiencia es también la experienca de Sajarov y Geremek, la experiencia de más de cuarenta años de acción de la política de la cultura, promovida por la Sociedad Europea de Cultura

Traducción de Hernán G. H. Taboada

LA UNIFICACIÓN EUROPEA ANTE LA GLOBALIZACIÓN

Por *Arrigo* LEVI
SOCIEDAD EUROPEA DE CULTURA

1

AFRONTAR EL TEMA DE LA UNIFICACIÓN EUROPEA ante la globalización, exige la definición preliminar de los dos términos puestos en relación: unificación europea y globalización. Ambos adolecen de la imprecisión que habitualmente contienen las expresiones que quieren sintetizar grandes eventos históricos. Baste recordar que el proceso de unificación europea fue puesto en marcha inicialmente por sólo seis países y que hoy engloba a la casi totalidad del continente. Se ha hablado durante mucho tiempo de Mercado Común, después de Comunidad Europea y hoy de Unión Europea. Cada una de estas instituciones o conjunto de instituciones transnacionales y, en parte, supranacionales, ha estado y continúa estando en perpetua evolución. Hoy existe un tratado, el Tratado de Maastricht, que deberá conducir no sólo a una moneda europea sino también a un Banco Central europeo y potencialmente al nacimiento de una política exterior y de una política de defensa europeas. Todos sabemos cuántas han sido las dificultades de este proceso de "ahondamiento" que va acompañado de un proceso de "alargamiento", al que quieren asociarse también, y de hecho se van asociando en formas diferentes, muchos de los países de la Europa centro-oriental, antes incluidos en el área de influencia de la Unión Soviética. Para los más ambiciosos la Unión Europea conducirá a un futuro Estado federal europeo. Para los más prudentes, preocupados por salvaguardar la identidad y las estructuras de los antiguos Estados-naciones, que todavía cuentan con la fidelidad y la adhesión de sus poblaciones, la Unión Europea continuará siendo, por largo tiempo, mucho menos que un Estado federal aunque todos acepten que hoy la Unión, y todavía más en el futuro, es mucho más que una simple unión aduanera o zona de libre intercambio.

2

El proceso de unificación todavía se está realizando. Su progreso y su resultado dependerán de la confrontación entre fuerzas políticas, culturales y económicas poderosas, que ahondan sus raíces profundamente en la historia: el deseo de paz universal, el recuerdo de una unidad cultural antigua (de la que forman parte el antiguo mundo romano, las tradiciones cristianas, el Sacro Imperio Romano-Germánico, el Renacimiento, la Ilustración) pero también la conciencia de que, al mismo tiempo, la confrontación entre tantas naciones, parecidas y diferentes, ha provocado terribles conflictos. Estos conflictos se han prolongado durante siglos y en la última centuria han envuelto al mundo entero en las que han sido definidas Primera y Segunda Guerra mundial y guerra fría.

El movimiento europeo, en su ambicioso objetivo de unir todo el Continente, tiene también su origen en el reconocimiento de que el protagonismo de Europa en el panorama global de los últimos siglos terminó por "globalizar" los conflictos internos del Viejo Continente: les había dado una dimensión mundial agravando con ello las consecuencias para Europa y para el mundo. En este sentido el desafío de la "globalización" está presente desde el inicio en el gran diseño de la unificación europea, siendo una de sus profundas razones. Pero la relación entre Europa y el "sistema global" es muy complicada. El proceso de globalización, en su significado más elemental de creación de relaciones de interdependencia entre todas las naciones del globo, ha sido puesto en marcha precisamente por la Europa moderna, desde el momento que proyectó su poder sobre todos los continentes. Los grandes imperios coloniales europeos, que habían adquirido su máxima extensión durante el siglo XIX, se habían repartido el mundo pero también lo habían unificado como nunca antes lo había estado en la historia. La crisis, el final de los grandes imperios coloniales europeos de dimensión global, es tanto hija del triunfo como del fracaso de la civilización europea. Nace de la difusión mundial de los ideales europeos de democracia y de autodeterminación de los pueblos, así como de los desastrosos efectos provocados por las luchas de poder entre los Estados europeos. Europa es a la vez madre y madrastra de la globalización política. Los progresos científicos y tecnológicos que unifican material y económicamente el planeta, tienen su fundamento en la civilización europea. Sin embargo, el movimiento europeo es también una respuesta a los fracasos de una globalización "imperialista" y

hegemónica que había provocado conflictos terribles. La unificación europea es el resultado de una historia gloriosa y trágica. Es la síntesis de los ideales de Europa, pero también la respuesta que los pueblos europeos intentan dar a las tragedias originadas por su historia.

3

Así pues, las relaciones entre unificación europea y globalización son intrínsecas, complejas y con raíces antiguas. He citado en otras ocasiones un fragmento de *La Paz Perpetua* de Kant, un escrito profético de hace exactamente dos siglos, de 1795 y, por consiguiente, del inicio de la era de la hegemonía europea en el mundo. Se trata de un fragmento en el que se dice que "la comunidad —más o menos estrecha— que ha ido estableciéndose entre todos los pueblos de la tierra ha llegado ya hasta el punto que una violación del derecho cometida en un sitio repercute en todos los demás". La "paz perpetua" entre repúblicas libres, que se obtendrá mediante la construcción de una "federación de Estados libres", aparecía ya en Kant como la única alternativa al Estado de carácter hobbesiano, es decir, del *bellum omnium contra omnes*, a escala global. En esta perspectiva, la unificación de los pueblos europeos aparece también, para los pensadores y políticos que la han soñado y que han trabajado arduamente para ella, como premisa necesaria para la paz universal. Si reinara la paz entre los poderosos, orgullosos y ambiciosos pueblos del continente europeo, mayores posibilidades tendría de existir en el mundo entero. El último conflicto intraeuropeo, que hemos llamado "guerra fría", con sus contenidos nacionalistas e ideológicos y su proyección natural sobre todo el escenario mundial, ha confirmado de nuevo que sin paz en Europa no habrá paz en el mundo. Pero es cierto que la paz en Europa (y por desgracia ni tan siquiera hay paz en Europa actualmente, bien lo sabemos), no garantiza necesariamente la paz en el mundo: el breve recorrido de la "posguerra fría" está ahí para demostrarlo. Sin embargo, todos los conflictos tienen y tendrán un potencial menos destructivo si hay y sigue habiendo paz y cooperación entre las grandes naciones europeas. Así pues, la unificación europea es un proceso que tiene que contribuir a disminuir los males del mundo y a reducir los efectos nefastos de los conflictos, allí donde estallen. La unificación de Europa es, en resumen, la condición necesaria de un proceso de "globalización" pacífica.

4

LLEGADOS a este punto, es oportuno intentar definir mejor las formas y los contenidos de la globalización, tal como se está llevando a cabo, más allá del significado original de "interdependencia global" que se encontraba, hace ya dos siglos, en el centro de la reflexión de Kant. Cuando hoy se habla de globalización se piensa probablemente en diversos procesos paralelos y sin embargo distintos: la unificación política, la económica y la cultural que avanzan por vías separadas y a velocidades diferentes. Al afrontar el tema de la unificación europea ante la globalización, es necesario tener presente esta distinción ya que el efecto de estos tres aspectos en el proceso de la unificación europea no es el mismo. En cada uno de estos aspectos la globalización es imperfecta, inacabada, como puede demostrarlo incluso un análisis sintético y superficial.

5

LA globalización política se expresa, sobre todo, en la creación y la evolución de entidades políticas transnacionales y supranacionales, algunas de ellas de alcance tan sólo regional o continental; otras, de alcance efectivamente global. La ONU, a punto de contar con doscientos miembros, es decir, la casi totalidad de los países, es la más ambiciosa de las estructuras emergentes de "gobierno" de los asuntos mundiales. La ONU ha ido aumentando gradualmente en los últimos años el marco de sus competencias, que en parte habían sido ya previstas en su Estatuto pero que sólo ahora se están concretando. Sin embargo, es necesario constatar que este aumento pone proporcionalmente en evidencia los límites de sus poderes y de sus instrumentos operativos. De esta manera, conflictos en los que están implicados solamente pueblos de dimensiones reducidas (como en la ex Yugoslavia, por ejemplo), escapan a su control y a su capacidad para conducirlos a una conclusión pacífica, a pesar de que su órgano superior de gobierno, el Consejo de Seguridad, represente a todas las grandes potencias de la tierra. La realidad es que la ONU aún no es otra cosa que la suma aritmética, o quizá tendríamos que decir algebraica, de los países que la componen. Tiene objetivos e ideales propios, con los cuales quiere representar y expresar los sueños de toda la humanidad, pero de hecho es un instrumento de la política de los Estados y frecuentemente sólo una sede de confrontación de sus estrategias y ambiciones. De la misma manera,

las organizaciones políticas regionales como la Unión Europea o la CSCE (hoy OSCE), la OTAN, la Organización de los Estados Americanos u otras, cuya existencia y acción están previstas en el Estatuto de la ONU, son cada vez más sede de debates y de negociaciones en lugar de centros de decisiones operativas.

A partir del final de la guerra fría, la ONU ha desarrollado operaciones para salvaguardar la paz e incluso imponerla en diversas partes del mundo. Pero a esta estructura en embrión de "gobierno" mundial se superpone y, a menudo se opone, la realidad de un nuevo cuadro global de "equilibrio entre las potencias" que recuerda el clásico de la Europa del siglo XIX. Las grandes potencias de hoy son al menos cinco (Estados Unidos, Rusia, China, Japón y Europa) y entre ellas existe una trama de alianzas, de integraciones imperfectas, de negociaciones continuas en sedes apropiadas (como la Cumbre de los Siete, hoy de los Siete más Uno, o el Consejo de Seguridad de la ONU) pero cada una de estas grandes potencias (de las cuales Europa es la más "imperfecta" por cuanto se refiere a su identidad), a pesar de ser conscientes de la dimensión global del juego político, actúan todavía según la antigua lógica de los Estados soberanos poniendo, a fin de cuentas, sus propios intereses por encima de todo. La existencia de fuertes lazos, que se han formado durante las guerras de nuestro siglo entre la Europa democrática y los Estados Unidos, que son su proyección histórica (este "Nuevo Mundo" que el "Viejo Mundo" reconoce hoy, no sólo como hijo, sino como fundamental punto de apoyo y como un *leader* en las vicisitudes de la historia contemporánea) continúa apareciendo como un necesario elemento de orden y de estabilidad de la nueva "balance of power" del año 2000. Sin embargo, existen temores respecto a la solidez de esta relación vital.

Ante esta globalización imperfecta del juego político, Europa, en fase de unificación creciente pero siempre imperfecta, aparece quizá, a pesar de la enormidad de sus medios y de las riquezas de que dispone, como el *partner* más débil: un conjunto de pueblos que no consiguen proyectar a escala global la fuerza de sus medios y de sus ideales (ni tampoco de sus intereses). A la Europa política, frente al cuadro global contradictorio que hemos descrito, le cuesta trabajo conseguir el papel de protagonista, como paradójicamente lo eran los Estados europeos en la era de la división. Incluso el equilibrio entre las potencias (comprendida la Alianza Atlántica), resulta menos estable a causa de la indeterminación de la identidad y por consiguiente de la política y de la estrategia de esta Europa,

aún a mitad del camino en el proceso de la unificación. Le es difícil actuar sin liderazgo norteamericano, que se manifiesta cada vez menos y con mayores vacilaciones de antes, cuando la guerra fría ponía en peligro la supervivencia de las democracias. Volver atrás, a la era de las políticas nacionales de las potencias europeas es impensable, pero ir hacia adelante, hacia una política "nacional" paneuropea parece, por el momento, casi irrealizable. El malestar y la frustración de nuestros pueblos en esta época de transición ante el desafío de la globalización política es grande.

6

La globalización económica forma parte de la vida de nuestro tiempo, se encuentra en la naturaleza de las cosas, pero a la vista del observador así como a la de los gobiernos, se presenta como algo inacabado y desigual. La Unión Europea, y anteriormente la Comunidad Europea, han sido maestras y protagonistas del proceso de eliminación de las fronteras económicas, de las barreras aduaneras y arancelarias, barriendo los obstáculos para la libre circulación de los capitales en el mundo. Según mi opinión, sin la capacidad de los países europeos para unificarse económicamente sin cerrarse al resto del mundo, los dos desarrollos paralelos, es decir, la globalización y la regionalización hoy en curso en todos los continentes, serían mucho más contradictorios de lo que son. Es más, los hombres que llevan las riendas de las grandes organizaciones económicas globales, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la recién creada Organización Mundial del Comercio, no estiman que las organizaciones económicas regionales como el TLC o el Mercosur, en las Américas, por no citar la Unión Europea, con su abundancia de vínculos continentales e intercontinentales, sean necesariamente enemigos del proceso de globalización. Existen buenas razones para esperar que las organizaciones regionales resulten ser fases intermedias hacia la globalización.

Otras contradicciones y discontinuidades del proceso de globalización económica aparecen quizá como más preocupantes. Hemos asistido a una "globalización explosiva" del mercado de los capitales que puede provocar y ha provocado efectos de grave alteración en los mercados de divisas cuya estabilidad es una premisa necesaria para el desarrollo económico general. El ingreso en el mercado global de Estados y regiones hasta hace poco excluidos (China, ex URSS e India), que representan entre 2 000 y 3 000 millones de personas, y que se están asociando a la libre circulación de capitales y mercancías, abre perspectivas estimulantes de desarrollo para la gran mayoría de las poblaciones del globo. Pero quedan excluidas de este proceso vastas regiones y continentes enteros (extensas zonas de América Latina y Asia, así como prácticamente todo el continente africano), con el resultado de que la separación entre los ricos y los pobres del mundo aumenta en lugar de disminuir. Pero también el ingreso de nuevas naciones en el área del desarrollo amenaza con causar efectos desastrosos al ecosistema global. ¿Qué posición toma la Unión Europea ante los desafíos que nacen, necesariamente, de un proceso económico de globalización por otra parte tan prometedor?

7

Los problemas que conciernen y preocupan más directamente a la Unión Europea, en su configuración actual, son evidentemente los de las regiones vecinas, al Este y al Sur del núcleo fuerte de la Unión. La respuesta que la Unión ha dado a las exigencias de los países europeos que formaban parte del bloque soviético y que se encuentran a diferentes puntos del recorrido de la "conversión" (técnicamente hablando) hacia la economía de mercado, del capital y de la propiedad privada, ha sido juzgada por muchos como egoísta y miope. Es posible que estas críticas sean en parte justas. Pero es inútil negar que la globalización de la economía y sobre todo el hecho de que los capitales circulen hoy libremente a escala global, presenta problemas y crea peligros por lo menos a corto plazo, a los países con una industrialización más antigua, que corren el peligro de perder sectores productivos enteros en favor de países en los que los niveles salariales y sociales son mucho más bajos y en los que el costoso respeto de las exigencias ecológicas es, quizá, totalmente ignorado. A largo plazo, la llegada de estos países al mercado global con el consiguiente aumento de la demanda de bienes instrumentales y de consumo, abre de nuevo horizontes y posibilidades a los países más avanzados tecnológicamente. A largo plazo, la globalización anuncia para todos un bienestar antes impensable. A corto y mediano plazo, sin embargo, los problemas y los riesgos existen también para los países emergentes, cuyas industrias tradicionales se arriesgan al colapso mientras sus nuevas industrias pueden no poder sostener la competencia de los productos originarios de los países más avanzados. Para la Unión Europea y para todos los

países económicamente más desarrollados, la globalización representa una gran oportunidad. No en vano ellos han sido los iniciadores y los motores de las organizaciones mundiales que intentan guiar y regular estos procesos en beneficio de todos. Pero toda ocasión puede representar un riesgo; una ocasión se puede perder. Quien más posee, quien más puede, tiene también mayores responsabilidades hacia los que poseen y pueden menos. Sería necesaria una gran carga de optimismo para afirmar que Europa y, en general, el Occidente asumirán esta responsabilidad en el mejor de los modos.

8

AL final de un análisis basado lo más posible en los hechos (dentro de los límites de una exposición necesariamente sintética y, temo, superficial de fenómenos tan complejos) querría reservar algunas reflexiones al reto que representa la globalización en general y la "globalización cultural" en particular, para la política de la cultura, como la entiende la Sociedad Europea de Cultura. Es más evidente que nunca por qué nosotros somos Sociedad Europea de Cultura y no Sociedad de Cultura Europea: somos europeos que proyectan el ideal de una política de la cultura en un horizonte que se extiende mucho más allá de Europa, que tiene como límite el mundo. La Sociedad Europea de Cultura (como lo demuestra la colección de *Comprendre*, rica en volúmenes dedicados a los países extraeuropeos, a sus problemas y a sus culturas), tiene una larga e ilustre historia de estudios y apertura a los problemas de continentes y culturas lejanas y diversas de la nuestra. Así pues, no puede sorprendernos la constatación de que la globalización, más allá de las manifestaciones políticas y económicas de las que he hablado hasta ahora, sea también una confrontación entre tradiciones y escuelas de pensamiento diversas. Y es un hecho que hoy (a pesar de que "globalización" signifique a menudo "occidentalización" y "europeización") exista una conciencia más amplia y un mayor respeto instintivo del "multiculturalismo" de la sociedad global en que vivimos.

Proponiendo celebrar una futura Asamblea General de nuestra sociedad en los Estados Unidos, nuestros amigos norteamericanos nos han informado de la intensidad de los debates que se desarrollan en una sociedad multinacional como la norteamericana y que tienen por objeto los límites de lo que algunos llaman "eurocentrismo", en el ámbito de la literatura, de la historia, del

arte, de la filosofía y de la religión. Un documento, cuyo autor es nuestro profesor Nelson, nos invita a tener en cuenta el hecho de que en Estados Unidos se pone en tela de juicio "la validez e importancia de las tradiciones culturales europeas entre las jóvenes generaciones americanas", que en parte se reconocen en tradiciones diferentes a causa de emigraciones de origen no-europeo.

Aunque el adjetivo "europeo" en la denominación de nuestra institución se refiera —lo repito— a "Sociedad" y no a "Cultura", es evidente que nuestra visión particular de la función de la "cultura" en la elaboración de una política y filosofía de la cultura particulares, tiene sus raíces en la tradición europea. La idea misma de que la cultura pueda expresar una visión autónoma del mundo, independientemente de los Estados o de las jerarquías políticas e incluso culturales y religiosas de cualquier tipo, pertenece típicamente a las tradiciones históricas y culturales europeas.

Creo que se puede afirmar que los primeros "políticos de la cultura" han sido por una parte, los profetas de Israel, por la otra, los filósofos griegos. Esta afirmación refleja también un cierto "eurocentrismo" por parte de quien les habla y de la mayor parte de los miembros de esta sociedad. Nos parece que profetas y filósofos, hablando en nombre de Dios y de la Razón, nos han enseñado, a nosotros que descendemos de ellos, pero también a todos los pueblos de la tierra, a buscar el camino de la verdad en plena independencia de la voluntad de los poderosos: a pesar de que ello significara estar dispuestos a beber la cicuta o a afrontar persecuciones. Yo pienso que estas ideas han sido los cimientos de la civilización europea e, incluso, de la supremacía global de Europa en los últimos siglos.

9

PERO como europeos tenemos que tomar nota de que otros pueblos, otras culturas, otras tradiciones de pensamiento, adoptan, en este mundo verdaderamente "globalizado", actitudes contradictorias e inciertas hacia el "reto" de la supremacía cultural europea. Hay quien habla del mundo de hoy como de un mundo en el que prevalece o prevalecerá un "choque de civilizaciones" aunque no existan civilizaciones extraeuropeas que no hayan sido, en diferentes niveles, "europeizadas" u "occidentalizadas". Las ideas dominantes hoy en el escenario mundial —las ideas de democracia, libertad, autodeterminación de los pueblos, libre mercado—, son

todas, por su origen, ideas europeas. Pero —no lo olvidemos— eran igualmente europeas las ideas o ideologías perdedoras: totalitarismo, comunismo, autarquía y proteccionismo, chauvinismo. Esta reflexión debe ser suficiente para inducirnos a afrontar con un poco de humildad el reto de la globalización también en el plano de la cultura, de las ideas. ¡No!, precisamente nosotros no podemos cerrarnos frente a los desafíos del "multiculturalismo" ni negarnos a poner en discusión incluso las ideas más entrañables como la de política de la cultura y filosofía de la cultura, confrontándolas con concepciones que nos parecen profundamente diversas y a primera vista inconciliables con nuestro universalismo o con nuestros ideales de tolerancia y de diálogo ecuménico. El globalismo es un reto para la Unión Europea. Es también un reto para la cultura europea e incluso para la Sociedad Europea de Cultura.

Tenemos que proponernos hacer frente a este desafío, como por otra parte lo hemos hecho en el pasado, en un mundo que estaba mucho más dividido que actualmente y mucho menos marcado por el fenómeno de la globalización. Hacer frente a un reto quiere decir, según la visión que nosotros tenemos de las tareas de una comunidad de intelectuales, salir a su encuentro —como es característico en la investigación cultural y en su terreno— sin esperar que sea él quien viene a buscarte y sin permitir que la confrontación de ideas se transforme en choque de políticas. Es por eso que hemos encontrado especialmente interesante la proposición de hacer de esta confrontación con otras tradiciones culturales, el tema conductor de la proyectada Asamblea General que se celebrará en los Estados Unidos: para Europa y para la Unificación Europea, el "globalismo" puede representar, ya ahora y más aún en perspectiva, un reto al "eurocentrismo" en todos los campos, incluso en el del pensamiento y la filosofía de la historia.

Saber que existe este reto no significa absolutamente estar dispuestos a abandonar nuestras raíces: al contrario, el desafío nos lleva a ser más conscientes y a querer cultivarlas con mayor cuidado. Para mí es evidente —y ésta será mi conclusión— que una "cultura" refleja el cuadro político e institucional en el que ella madura, en el momento en que ella se propone influenciarlo y corregirlo.

Por mi parte creo que la perspectiva exaltante de una unificación política, además de económica, de Europa —que hoy en día ya no es utópica— abarcando toda el área geográfica y todas las tradiciones culturales (y ¿quién podría excluir ciudades como San Petersburgo y Moscú y todo el espacio que nos separa de ellas?)

ofrece también la base estructural —en realidad la única necesaria y posible— para la elaboración de un pensamiento y de una acción europeos en la era de la globalización. Quien era un europeísta convencido durante la "guerra fría" (para vencerla y superarla), debe serlo todavía más en la nueva fase de la historia. Ya que esta fase que se abre ante nosotros, cuando el siglo y el milenio están a punto de terminar, es fluida, llena de contradicciones y de peligros pero también de esperanza.

Traducción de Luisa Ibáñez

PAZ EN LA TIERRA: ¿ESPERANZA AÚN VÁLIDA?

Por *J. Robert* NELSON
INSTITUTE OF RELIGION,
TEXAS MEDICAL CENTER

I. Celebraciones ambiguas de la paz

PAZ EN LA TIERRA. *Pax vobiscum. Shalom. Salaam. Pace. Mir. Friede. Paix.* En mil lenguajes éstas son palabras de honor, aspiraciones y esperanza. Durante esta sesión de 1995 estamos celebrando los notables aniversarios de acontecimientos pasados que epitomizan nuestra aspiración a la paz sobre la tierra. Cincuenta años desde la victoria aliada en Europa: nuestro *V. E. Day*, también llamado en Rusia la victoria de la Gran Guerra Patriótica. Cincuenta años, debemos enseguida observar, desde que el Sol Levante de Japón fue eclipsado por las explosiones atómicas, que dejaron una suerte de paz radiactiva sobre las ciudades borradas y la nación postrada.

Ahora, después de cincuenta años, no nos atrevemos a minimizar el sentido de alivio y regocijo, de liberación y agradecimiento, sentido por todos los que recordamos 1945. Aún nos alegramos que las tiranías y los terrores del fascismo y del nacionalsocialismo fueran detenidos por millones de defensores de la libertad, tantos de los cuales perdieron la vida. Las celebraciones también han devuelto a una más clara memoria no sólo los triunfos sino también los horrores del terror militar, la carnicería y las matanzas masivas. Hay películas, a menudo en televisión, que nos recuerdan escenas de masacre genocida en los campos de exterminio y de esqueletos vivientes que les sobrevivieron. Nos estremecemos al ver ante nuestros ojos los incineradores de Dachau y Auschwitz; y también nos estremecemos con la memoria de los habitantes incinerados de Dresde, Hamburgo, Rotterdam, Londres, Coventry, Hiroshima y Tokio, así como los cementerios urbanos de Varsovia, Leningrado y Estalingrado.

Existe ciertamente una buena razón para honrar a todos los hombres y mujeres, militares y civiles, que pelearon contra esta diabólica tiranía. Hay justificación para las banderas, discursos, desfiles y juramentos floridos depositados solemnemente sobre las tumbas de los soldados desconocidos. Pero cuando celebramos el sacrificio de sus vidas hace cincuenta años, no podemos evitar recordar algunos otros acontecimientos desastrosos de nuestra historia común en este siglo que se va. Ochenta años después del genocidio armenio en Turquía. Veinticinco años desde el trágico bombardeo, incendio y matanza en Vietnam, y, demasiado recientemente para una celebración aniversaria, las masacres genocidas en Camboya, en Ruanda; y ahora la guerra incesante en las ciudades y montañas balcánicas, que desafían la pacificación tanto como nuestra comprensión. Por lo tanto, cuando hablamos seriamente de paz hoy día, debemos de alguna manera subrayar el hecho que durante estos cien años las vidas de cien millones de personas han acabado brutalmente a voluntad de sus enemigos y torturadores. Cien millones de fantasmas nos están cuestionando si "paz en la tierra" sigue siendo una visión y esperanza válida.

II. Paz, orden y violencia

LA distinción categorial entre guerra y paz no fue al principio percibida por el conde Lev Tolstoi; pero el título de su gran novela ha grabado aquellas alternativas sobre las mentes de hombres y mujeres educados. ¿Es esta antítesis entre guerra y paz lo más cierto en la experiencia e historia humanas? En épocas de conflicto militar real parece que sí. En estas épocas, se piensa que la paz es simplemente el cese de la lucha. Los fusiles y las sirenas de incursiones aéreas se callan. Este concepto de paz es puramente negativo. Es no-guerra. Pero la paz debería ser entendida positiva, no negativamente. Es la relación tolerablemente civilizada, no beligerante entre las naciones, y entre las personas dentro de las naciones, donde la dignidad humana individual, la libertad humana y la vida humana son plenamente respetadas, y donde son defendidas por gobiernos empeñados en la justicia para toda la gente bajo las leyes.

En la Sociedad Europea de Cultura hemos hablado a menudo, durante años, de nuestro compromiso con "una paz que no tenga a la guerra como alternativa". Se trata de una finalidad encomiable, por supuesto. No es una tautología, porque implica que la paz que deseamos no es meramente la "no guerra". Una no-guerra

es por cierto mejor que la guerra; pero una no-guerra puede ser sólo una tregua temporal. Es un cese de la acción militar entre los vencedores y los vencidos. Los vencedores gobiernan. Han sido, y siguen siendo, Estados nación que, aunque no están en guerra, no gozan de una verdadera paz con otras naciones; tampoco gozan de un estado tolerable de paz entre sus propios ciudadanos. En este siglo hemos visto muchos ejemplos de naciones totalitarias, dictatoriales, que de hecho no estaban en guerra con otras. Mantenían una paz precaria, tentativa y falsa. Como la "guerra fría" que amenazó convertirse en "caliente", así ha habido épocas de "paz fría" que con provocación pudieron degenerar en conflicto militar y violencia general. Por contraste, el venerable fundador de la Sociedad Europea de Cultura, Umberto Campagnolo, estaba comprometido (según sus propias palabras) "en una paz que no sea una tregua entre dos guerras". Es el mismo fin que las Iglesias ecuménicas proclamaban hace cincuenta años: una paz justa y durable.

Por cierto, ¿no es obvio que la *violencia* es el problema primario de las sociedades humanas en todas las generaciones y lugares? Las guerras son terribles. Pueden ser justificadas como una trágica pero a menudo heroica resistencia a la agresión y la tiranía. Pero las guerras raras veces estallan a no ser por dimensiones masivas de violencia. Es la porción existente de violencia a través del mundo lo que nos exige cuestionarnos si una verdadera paz sobre la tierra es aún una esperanza válida. En la saga bíblica, antes del Diluvio Universal, Dios vio que "la tierra estaba llena de violencia". Decidió que todos los seres humanos excepto Noé y su familia merecían ser destruidos. Después del Diluvio, Dios prometió a Noé que nunca más habría una aniquilación semejante de la humanidad. Éste fue el pacto universal de Dios. Pero debemos preguntarnos seriamente, ¿hay relativamente menos violencia en la tierra que antes del Diluvio? La respuesta la señala el flujo constante de noticias periodísticas y televisivas. La exposición a la violenta conducta del mundo es una experiencia diaria, a veces horaria. De este modo todos estamos no sólo informados sino que quedamos emocionalmente involucrados. Estamos de tal forma interconectados e informados globalmente que sólo debería mencionar a la gente, naciones y lugares donde la violencia extrema ha estado amenazando los fundamentos mismos de las sociedades civiles.

Déjenme hablar objetiva y patrióticamente de mi país. Hay muchos motivos de ansiedad por la escalada de violencia. Esto significa tanto actitudes violentas como conducta. En los Estados Unidos

hay una historia romántica del *cowboy* y el renegado criminal portadores de pistola. Centenares de películas han perpetuado este escenario romántico. Pero hoy esas escenas románticas se han convertido en la sangrienta realidad. Dos de las cuestiones políticas más vigorosamente debatidas son, primero, el aborto, y segundo las leyes para controlar armas portátiles, rifles automáticos y armas de asalto. Quienes de nosotros apoyan el control legal de las armas estamos en desventaja. Se ha aprobado una ley justo este mes en mi famoso estado de Texas. Permite a los ciudadanos, por primera vez desde 1872, llevar armas escondidas en su ropa y coches, aunque sujetos a ciertas condiciones. En muchas ciudades, se ha hecho necesario instalar detectores electrónicos para evitar que los jóvenes estudiantes lleven revólveres a las clases. Aún no es una práctica generalizada, pero sí creciente. ¿Por qué? Porque el homicidio por medios violentos se ha convertido en la causa primaria de muerte entre los jóvenes, especialmente los negros, por debajo de los veinticinco años. Estrechamente relacionada con semejante violencia está el tráfico ilegal de drogas y el creciente poder de las bandas organizadas, que promueven una suerte de guerra de guerrillas con la policía. Para ilustrar la dimensión de nuestro problema de violencia y crimen: un millón de estadounidenses están encerrados en la cárcel. Pero esto no soluciona el problema. La violencia continúa.

El terrorismo es un problema nuevo en Estados Unidos. Hemos conocido acciones terroristas en otros países distantes, como Irlanda, Sri Lanka, el Medio Oriente y el norte de África. Pero, como se acostumbraba decir con el ascenso del fascismo, "no puede pasar aquí". ¡Somos una democracia, comprometida con la ley y el orden! Sin embargo, esta ilusión de inmunidad fue deshecha el año pasado cuando terroristas de Egipto estallaron devastadores coches-bomba en la ciudad de Nueva York. Por lo tanto, la explosión de la catastrófica bomba de este año en Oklahoma City hizo que inmediatamente anuncios oficiales y periodísticos afirmaran que los culpables debían de ser revolucionarios islámicos. Al día siguente, sin embargo, supimos que este acto de terrorismo fue "hecho en Estados Unidos por estadounidenses". Repentinamente supimos que muchos grupos armados, como milicias privadas, están organizados para amenazar al gobierno nacional; y la población está seriamente dividida sobre esta violenta amenaza potencial a la seguridad pública. Por cierto, como una evidencia simbólica de nuestro miedo a la violencia, la gran Pennsylvania Avenue que pasa por la Casa Blanca en Washington ha sido, por primera vez en

doscientos años, firmemente cerrada al tráfico. Como el presidente Clinton exclamó, cuando anunció el cierre de esta histórica avenida: "¡Hay tanto odio en la tierra!". Y todos reconocemos que es el árbol del odio que lleva el fruto de la violencia, que envenena el cuerpo de la sociedad humana.

Confío en que nuestros amigos de Europa no hallen ocasión para encontrar en mis bosquejos descriptivos un sentido de *Schadenfreude* sobre los Estados Unidos (no hay palabra para esto en inglés). Como personas bien informadas de cultura y educación, todos sabemos que las evidencias anecdóticas de violencia y odio pueden ser comparadas por otras paralelas en veinte o más naciones hoy día. Del mismo modo, sabemos que palabras generales como "violencia" y "odio" por sí mismas no explican los males de cabeza de hidra que afligen a todas las naciones y pueblos. Hay muchos factores reconocidos que causan y perpetuan las hostilidades entre las naciones, entre las comunidades étnicas, entre las clases económicas, entre pueblos de ideologías y convicciones políticas encontradas, entre comunidades religiosas, etc. En la medida de lo posible, quienes nos preocupamos con los megaproblemas globales debemos de alguna manera ser lo suficientemente sabios como para considerar a todos estos problemas complejos en sus interconexiones.

A riesgo de simplificación indebida, sin embargo, debo enfatizar la importancia y gravedad de los problemas universales del odio y la violencia en las muchas formas y expresiones que asumen. ¿Cuáles son sus fuentes? ¿Qué causa la persistente desconfianza, disgusto y violencia agresiva entre ciertas poblaciones étnicas, raciales, lingüísticas y nacionales? Todos sabemos que interminablemente se discuten muchas razones, como la geografía, la economía, la xenofobia, el expansionismo imperial, las religiones y las memorias de los conflictos y ultrajes pasados en violentas historias. Sí, todos sabemos de estos factores; y estamos de acuerdo que todos ellos tienen alguna validez. Pero ¿hay alguna causa más profunda, más básica de beligerancia? Algunos filósofos y antropólogos, desde Thomas Hobbes a Konrad Lorenz, han enseñado que la violencia y la brutalidad son inherentes a la naturaleza humana misma: que son naturales del mismo modo que el hambre y, la sexualidad. Sin embargo, si una tal apreciación nihilista, cínica, de la bestialidad y depravación humana fuera real, todo nuestro discurso sobre realizar y mantener la paz carecería de sentido. En efecto, la violencia y la guerra serían la condición normal de la humanidad, y el comportamiento civilizado innatural y anormal. Pese a tanta evidencia en favor de este punto de vista pesimista, no lo puedo aceptar.

¿Es posible, imaginamos, que todos los poderes reconocidos del mal, que amenazan la paz, puedan ser mitigados, disminuidos, derrotados? ¿Pueden ser *completamente* derrotados, de manera de permitir a pueblos y naciones gozar de una sociedad plenamente apacible? No, esto es un ideal utópico. Es un optimismo basado en la ilusión de la pura bondad humana y el triunfo de la racionalidad desinteresada. ¿Pero debemos por lo tanto abandonar nuestra aspiración por el orden y la paz y aceptar la cosmovisión nihilista que el desorden y la violencia están destinados a crecer? No, no necesitamos ser tan plenamente pesimistas. Nuestra opción de credo filosófico no es simplemente entre ilusión utópica y desesperación sin ilusiones. Hay un camino intermedio entre estos dos extremos, pero el precio de mantener el orden y luchar por la paz es el máximo de sentido común, buena voluntad y coraje moral que nosotros seres humanos somos capaces de dar.

III. Creer en la paz; actuar por la paz

Este verano se celebra otro quincuagésimo aniversario: el de la Organización de las Naciones Unidas. Es para mérito de la especie humana que este instrumento de paz haya sido construido al mismo tiempo en que las naciones estaban involucradas en un combate global, y que naciones que eran enemigas pudieran convertirse en miembros más tarde. En 1945 las Naciones Unidas fueron invocadas como "la última, la mejor esperanza de la humanidad". Después de medio siglo, es evidente que las esperanzas de los optimistas fueron excesivas; que hubo causas de decepción en las Naciones Unidas como hacedoras y como mantenedoras de la paz. Quizás la gente ha esperado demasiado del Consejo de Seguridad, de la Asamblea General, de las burocracias y de muchas agencias especializadas. Son tan imperfectas como todas las naciones y los seres humanos mismos son imperfectos. Deploramos especialmente los esfuerzos frustrados, confusos, de las Naciones Unidas en Somalia, los Balcanes y Ruanda. Sin embargo, estas apreciaciones negativas quedan compensadas por la apreciable existencia del cuerpo internacional, sin el cual la violencia y el caos del mundo serían ciertamente peores. Las Naciones Unidas siguen siendo nuestra causa para la esperanza.

Más aún, las Naciones Unidas son el prototipo y el aliado de literalmente cientos de organizaciones internacionales que permiten a

un número incontable de gentes trabajar para causas comunes más allá de sus propias nacionalidades, comunidades étnicas, ideologías políticas e intereses económicos, y más allá de sus compromisos religiosos. Incluso empezar a identificar estas numerosas organizaciones no es inútil. Como un ejercicio de imaginación, podemos ver la Tierra como sería vista por un cosmonauta o un satélite espacial, que notara innumerables hilos o cables que tejen una telaraña en torno al planeta. Estas organizaciones y agencias internacionales están conectadas no sólo por una comunicación instantánea verbal y visual, sino también por asociaciones personales y de trabajo. Suministran miles de ocasiones cada día para que gente de diferentes nacionalidades y lealtades se encuentren cara a cara. Se encuentran no como oponentes hostiles, sino como participantes responsables en busca de entendimiento y cooperación mutuos. Nuestro encuentro hoy en Budapest es un ejemplo importante de estos innumerables encuentros pacíficos.

Hay muchas diferentes finalidades que llevan a estas iniciativas internacionales e interculturales. Muy influyente entre ellas es la religión. El poder de las creencias y costumbres religiosas a menudo determina si las relaciones entre naciones y pueblos van a ser amigables u hostiles, cooperativas o belicosas. Aquí, una vez más, hay mucha ambigüedad, tanto en el recuerdo histórico como en los acontecimientos contemporáneos. Las enseñanzas religiosas incluyen las más altas aspiraciones de ayuda humanitaria, la reducción del militarismo y el ejercicio tanto de la justicia como de la compasión para todo tipo de gente. Contrariamente a esas enseñanzas, sin embargo, la gente ha usado el fervor religioso para los fines opuestos de discriminación, persecución y ruptura social. Es una contradicción penosa de sus principios religiosos que los hindúes y los musulmanes peleen en la India, que judíos y musulmanes se maten unos a otros en Israel, que los bahutu y los batutsi hagan de sus iglesias mataderos, que budistas en Sri Lanka se hagan terroristas, que católicos y ortodoxos serbios luchen en los Balcanes entre ellos y contra los musulmanes, y que nuevos grupos religiosos sectarios cometan asesinatos en Suiza y Estados Unidos, y lancen gas nervioso venenoso en los subterráneos de Tokio. Más aún, en la antigua Unión Soviética, después de décadas de ateísmo oficial, hay un caos de rivalidades y proselitismo. No, no podemos alardear de la influencia pacificadora de la gente de religión.

Sin embargo, pese a todos estos datos negativos, hay mucha evidencia positiva de que los dirigentes y comunidades religiosos están

ahora intentando ser pacificadores como nunca antes en la historia. En Sudáfrica, Nelson Mandela, Frederik De Klerk y el arzobispo Desmond Tutu han encabezado la acción de paz bajo las más difíciles condiciones. Más de trescientas cincuenta Iglesias miembros del Consejo Mundial de Iglesias están comprometidas en luchar por "la justicia, la paz y la integridad de la creación". La reciente encíclica del papa Juan Pablo II, *Ut unum sint* es un nuevo llamado para la unidad cristiana; es la última etapa de convergencia de las Iglesias católicas, ortodoxas y protestantes en este "siglo de ecumenismo". La trágica, deplorable historia del antisemitismo parece estar terminando, después de los monstruosos costos que han sido pagados por los judíos. Y los diálogos interreligiosos entre cristianos y musulmanes están comenzando a mostrar resultados pacíficos. Como el teólogo suizo Hans Küng declara vigorosamente: "No hay paz sin paz religiosa". Porque es en los profundos vislumbres de las religiones que las fuentes del odio y la violencia quedan expuestos como males. Y es también en estos vislumbres de fe que se hallan las más fuertes motivaciones para el respeto de toda vida humana, para la justicia y la paz.

Traducción de Hernán G. H. Taboada

EL PROBLEMA DEL SENTIDO EN LA CULTURA

Por *Emma* Osadskaïa
POETA UCRANIANA

Como encabezamiento de mi intervención, he elegido la frase que dice: "La cultura es un valor en sí, valor eterno".

¿Qué debemos entender con el nombre de "cultura"? En el sentido etimológico, la cultura es la educación, el trato, los modales, las normas de comportamiento, el gusto... La noción contemporánea de este término es mucho más rica y amplia, comprende el estado espiritual del individuo, del pueblo, de la nación.

El análisis de la cultura nacional está basado sobre estos puntos de partida, *ethnos* y *nación*, que no son sinónimos. La nación puede estar compuesta por un solo pueblo o por varios. La nación es la comunidad territorial, es la expresión patriótica de la ciudadanía, en resumen, es más bien la noción política, jurídica, estatal. La palabra *ethnos* se refiere al sentido cultural histórico.

Los historiadores rusos han enunciado la concepción de la "cuna de tres pueblos hermanos" —ruso, bielorruso y ucraniano. Según esta concepción, los bielorrusos y los ucranianos no constituían sino una parte menor de la gran civilización y cultura rusa, y que se encontraban siempre bajo la protección y la tutela de su gran hermano. Pero si recurrimos a los testimonios de los autores antiguos esta concepción se revela falsa y muy criticable, ya que las crónicas antiguas dicen que el pueblo ucraniano existía mucho antes que los rusos sobre el territorio donde los Cárpatos tocan las montañas del Cáucaso, los bordes del Mar Negro y el río Pripiat, que se desarrollaba armoniosamente en perfecta concordancia con la naturaleza, que creó sus ritos y tradiciones dentro de la vida comunal y fiestas religiosas y que dio nacimiento a una cultura rica y original.

Las etapas culturales, las más importantes, de la nación ucraniana, su desarrollo económico, su evolución espiritual, han conocido la Rusia de Kiev, el Estado de Galitzia-Volinia, el de Lituania, la época del poder de los hetmán, la república de los cosacos, la República Popular de Ucrania, el Directorio, el periodo soviético, para convertirse en nuestro días en la República Independiente Soberana.

El pueblo ucraniano ha creado sobre su territorio autóctono valores culturales inapreciables, por los cuales se muestra siempre no como un pueblo guerrero sino como un pueblo laborioso, de ánimo independiente y generoso, cristiano y amigable, que posee el sentido innato de la dignidad, la belleza y la armonía.

En el centro de su vida espiritual el pueblo ucraniano ha colocado a la mujer, a la madre como símbolo de la mujer protectora, la *Madonna* ucraniana sobre los iconos, la Santa Madre cantada por los cantores errantes ucranianos, el personaje principal en las obras de los poetas Taras Chevtchenko, Lesja Ucrajinka, el escritor Ivan Franko, el compositor Nicolai Lysenko.

El pueblo ucraniano ha creado sus símbolos y valores culturales, muy humanitarios y originales, mitos y fiestas, canciones y bailes, artesanado y pintura, bordado y escultura, poesía y dramaturgia. En efecto, la lengua ucraniana es muy rica y melodiosa, rica en matices de sinónimos y comparaciones.

En los periodos de hegemonía extranjera —polaca, turca, austriaca, rusa— la cultura ucraniana ha sufrido gran número de violaciones, tabúes, interdicciones y persecución de su lengua de origen. La historia presenta testimonios indiscutibles.

En Ucrania vive hoy día un 72.6% de ucranianos y 22% de rusos; luego vienen los judíos, bielorrusos, moldavos, búlgaros, polacos, griegos, tátaros, armenios, húngaros. La lengua oficial es el ucraniano y el ruso, pero la lengua ucraniana es considerada como lengua de Estado. Se ha comenzado la campaña de ucranización de las escuelas, pero como es natural faltan profesores y manuales. En las contrataciones la prioridad se reserva para los ucranianos que hablan ucraniano. Por el momento no son numerosos en las grandes ciudades; en el oeste, en los Cárpatos, se ha sabido conservar la lengua, en el este en Donbáss, Dnepropetrovsk, es el dialecto ruso-ucraniano, que está muy lejos de ser considerado como clásico.

El resumen es muy trivial: la cultura está determinada ante todo por la lengua, la literatura es su concentración y la expresión de la evolución espiritual del arte del pueblo, aura en la que vive y crea la nación.

La Ucrania independiente ha proclamado la libertad de cultos. La religión ha cumplido siempre un papel importante en la vida

espiritual del pueblo ucraniano, consolidando sus fuerzas ideológicas, pronunciándose siempre por la paz y serenidad, por la salud moral del pueblo. Hoy la Iglesia está despedazada por hostilidades ideológicas, a veces inclusive físicas, entre los fieles de diferentes confesiones, cuando se trata de imponer la prioridad de esta o aquella confesión. La libertad de cultos es expresada en las ceremonias ortodoxas y católicas, hebreas y musulmanas. Las fiestas religiosas ortodoxas son proclamadas fiestas de Estado.

A mi juicio el verdadero renacimiento cultural ucraniano comenzará desde ese momento bendito en el cual los representantes de las diferentes confesiones encuentren la sabiduría de mostrarse más tolerantes hacia quienes no comparten sus concepciones. Para encontrar este contacto bienhechor, este equilibrio y compromiso entre concepciones opuestas y debatibles haría falta, ante todo, salir de los cuadros limitados de pequeños grupos y clanes, habría que desembarazarse del egoísmo nacional, rechazar de una vez por todas la etofobia.

La inestabilidad política, económica y jurídica se refleja inmediatamente en el dominio cultural. Los valores culturales han cambiado su orientación en el proceso de la evolución del Estado independiente. Como las prioridades se encuentran en las prosaicas esferas biológicas —¿cómo sobrevivir?, o isobrevivir a cualquier precio!, asegurar una vida confortable— ante todo en el plano material, el consumo cultural está situado en el cuadro de la cultura de masas, la *pop culture*, que excita los nervios y extiende las emociones más primitivas.

La libertad en todo y para todos y la falta de una concepción del Estado orientado hacia la cultura no favorecen la estabilidad de la salud moral del pueblo. Ucrania atraviesa un periodo de su historia en el cual el mal hace bailar conforme al ritmo que él marca.

La degradación comienza en la escuela, donde los profesores faltan, ya que están mal pagados; los docentes dejan la escuela para ir a buscar un trabajo mejor remunerado. Los alumnos van a la escuela a pasar el tiempo. La mejor edad no obtiene ni conocimientos ni conciencia ni cultura, con muy raras excepciones.

Los estudiantes tienen un bolsillo tan miserable que no llegan a fin de mes. Las huelgas y las manifestaciones de protesta se han convertido en signos de nuestra vida.

La ciencia no puede enorgullecerse de ser bien atendida: vive de las "migajas" del presupuesto del Estado. El éxodo masivo de los cerebros pensantes, de los espíritus progresistas, no es un secreto de Estado.

Los artistas y los actores se arrebatan oportunidades en esta carrera humillante por encontrar una colocación. El año pasado el presupuesto del Estado para la cultura era de 8%, hoy es de 0.8%. Como resultado, por otra parte muy lógico, veinte mil músicos han dejado Ucrania en busca de una vida mejor.

Aquí quisiera proponer a su atención las estadísticas secretas acumuladas por el escritor ruso Aleksandr Soljenitsyn y publicadas en ocasión de su entrevista televisiva del 5 de mayo de 1995. La estadística abarca el territorio de Rusia, pero si se divide cada cifra por cinco se tendrá un cuadro nítido de la situación de Ucrania.

En su intervención A. Soljenitsyn comienza por estas preguntas: 1. ¿Qué sociedad estamos creando? No existe una concepción al respecto. 2. ¿Qué individuo queremos educar y formar? Tampoco existe una concepción a este respecto. La prioridad de la educación se decreta pero no se respeta.

En la constitución sólo es obligatoria la educación primaria. El mundo entero se pronuncia por la educación superior, mientras que nosotros manipulamos lo más simple. Es lógico y natural que los jóvenes no encuentren motivaciones para continuar los estudios secundarios, sin hablar de los estudios superiores.

Los institutos y las universidades prestigiosas son accesibles sólo a los ricos; el muro financiero no es franqueable para quienes están dotados y tienen talento pero no poseen los medios para pagar sus estudios. Por cierto, existen fundaciones y patrocinadores que sostienen esta carga financiera, pero a escala de todo el país esto es una gota en el mar. Entraremos en el siglo XXI con una capa intelectual muy pobre, ya que hoy la terapia de choque ha golpeado a los más frágiles e indefensos —los niños, entre los cuales un 30% tiene una salud media conforme a la terminología y la clasificación sanitaria, 7 millones de niños están considerados como retrasados en su evolución psíquica, 80% tienen rezagos en la salud, y sólo 10-15% de los niños tienen una buena salud.

La estadística dice que el umbral de la natalidad para el Estado y la reproducción está situado en 2,15% de niños por mujer —ésta es la cifra crítica de reproducción reconocida por la Organización Mundial de la Salud. Ahora bien, en Rusia hoy en día esta cifra es de 1,8% de niños por mujer. La nación no se reproduce: es un genocidio encubierto y si el pueblo quiere sobrevivir es necesario recurrir a cambios radicales en la política de la salud y educación de los niños.

El mosaico es bastante triste, lo reconozco. Pero para que la situación cambie en sentido positivo es necesario cambiar la mentalidad de las gentes que están en el poder, lo cual no es simple y no se hace en un solo día. Por setenta y cinco años el pueblo soviético vivió de ilusiones que nunca se realizaron: el sistema ha creado mitos que se han destrozado. Es tiempo de buscar y de encontrar nuevos ideales, nuevas prioridades, consolidar esfuerzos a todos los niveles para asegurar la existencia confortable, económica y espiritual, de los jóvenes y de los viejos, de todos nosotros. La tarea de la cultura, el sentido de la cultura, es ayudar a la gente a superar estas dificultades. La alta cultura es llamada siempre y por doquier a enriquecer la vida de un individuo, hacerla armoniosa, sea éste ucraniano, ruso, francés, italiano, chino.

Mi optimismo se apoya en el buen sentido de mi pueblo, en la experiencia mundial que puede contribuir considerablemente al renacimiento ucraniano y hacer en suma nuestra vida más armoniosa.

Traducción de Hernán G. H. Taboada

LA VIDA EN UNA TIERRA QUE SE REDUCE

Por *Rein* RAUD
UNIVERSIDAD DE ESTONIA

PROBABLEMENTE ES UNA EXPERIENCIA FAMILIAR, para casi todos, volver a los espacios en un tiempo vastos de nuestra niñez, a los edificios que hace mucho tiempo parecieron grandes palacios, y volver sólo para hallar que tales edificios son, de hecho, sólo casas ordinarias, ni más grandes ni más pequeñas que aquellas a las que nos acostumbramos después, pero decididamente mucho más pequeñas que las memorias que hemos conservado de ellas. La explicación corriente es que entretanto hemos crecido. Pero la sensación misma no es muy diferente de la que experimenta cualquiera que, sentado confortablemente en el asiento reclinable de un avión que está por viajar al Lejano Oriente, empieza a leer un libro especialmente apropiado para este viaje —los recuerdos de viaje de Marco Polo, digamos— y luego se da cuenta que lo que es en nuestros días tan sólo una semana de vacaciones o inclusive un viaje de negocios más corto, ha sido la aventura de la vida hace sólo setecientos años, un viaje que duró también casi una vida. ¿Y qué pasa ahora con estos espacios?, nos preguntamos, ¿cómo han disminuido? Tras una breve ojeada a la primera página de cualquier periódico difícilmente es posible afirmar que el Hombre ha crecido entretanto.

La única explicación que queda es que si el Hombre no ha crecido, la Tierra misma debe de estar encogiendo. Esto tiene que ver, por supuesto, con la imagen, la idea mental que tenemos del planeta en que vivimos, no con el planeta mismo, y hemos visto que las ideas mentales reflejan nuestro propio ser tanto como transportan las cualidades de los objetos externos a los que se refieren. Queda bastante claro que la relación entre las distancias y el tiempo ha cambiado considerablemente en el último siglo. Las distancias internas más largas concebidas —aquellas que antaño representaban una vida— han sido reducidas a una insignificancia. Y esto ha traído

una situación que no es la más fácil de afrontar: diferentes credos, diferentes visiones de la vida, diferentes tradiciones culturales que podrían, quizás, tolerarse mutuamente a una distancia satisfactoria, ahora se han hecho cercanos vecinos.

Un gran número de problemas que nuestra época debe enfrentar ha surgido, en mi opinión, precisamente de la controversia entre, por un lado, la integración económica y tecnológica que ha convertido la Tierra en una totalidad comprensiva por primera vez en la historia inteligente, y por otro lado, la absoluta inadecuación de los cambios en la mentalidad que han ocurrido durante la misma época. Para poner un ejemplo: ¿cómo puede una guerra religiosa en Medio Oriente haber beneficiado la economía de Noruega aun antes que los precios relativos del petróleo en el mercado mundial empezaran a influir sobre la idea que tienen los políticos de la justicia?

La mayoría de los problemas globales de nuestro tiempo son por naturaleza semióticos, aunque sus manifestaciones no lo sean, y han sido causados por la incapacidad de comunicación entre culturas, ante todo la incompatibilidad de sus marcos conceptuales, las diferentes definiciones dadas a nociones tan básicas como ''bueno'' y ''malo'', ''sagrado'' y ''profano'', ''libertad'' y ''opresión'', ''privado'' y ''público'', para nombrar unos pocos. Estas incompatibilidades, a su vez, pueden ahora ser llamadas las tensiones internas en la cultura global, un fenómeno que está, afortunadamente, aún en proceso de autoconstitución. Desgraciadamente para nosotros, debe subrayarse que esta totalidad cultural es resultado de la integración tecnológica, no de un desarrollo mental interno.

La fuente de un gran número de problemas que se cosechan en este contexto es fácilmente identificable. Obviamente, está en la naturaleza de toda cultura individual concebirse a sí misma como la mejor en las circunstancias dadas, aunque nunca lo sea realmente —pues de otra manera no funcionaría. Sin embargo, esta característica básica de la cultura estorba su capacidad de recibir con plena adecuación mensajes de otras culturas. Esto no tiene nada que ver con el nacionalismo, ya que el nacionalismo es un concepto político, que se basa la mayoría de las veces en nociones construidas artificialmente de lo que se supone es la ''nación''. A su vez, cada cultura, probablemente es innecesario subrayarlo, tiene raíces heterogéneas y es, de este modo, multinacional por definición. Si alguna vez nos encontramos con lo que podría llamarse nacionalismo cultural —por ejemplo la resistencia a ciertas influencias extranjeras que observamos en Francia— entonces es más probablemente un esfuerzo para preservar un cierto equilibrio de la cultura multinacional contra el avance de industrias reduccionistas y desarraigadas, me refiero a las que fueron tan adecuadamente descritas por Max Horkheimer y Theodor Adorno en su *Dialéctica de la ilustración* hace ya unos cincuenta años. Entre otras cosas, estas industrias promueven su propia teoría de la democracia apresurándose a adaptarse a las necesidades culturales más bajas, ya que éstas supuestamente dirigen la vida interior del mayor número de personas. En cierta jerga política, ''democrático'' es casi sinónimo de ''gobernado por las reglas de la economía de mercado'', o sea por dinero, y por lo tanto la mayoría de los compradores es la que define la tendencia democrática como opuesta a las tendencias ''intelectuales'' y ''elitistas'', que son condenadas por definición. Esta manera de pensar ha sido en años recientes recogida también por cierto número de teóricos de las tendencias, quienes justifican su declarada preferencia por la cultura de masas con la necesidad de resistencia a los cánones culturales y los moldes de represión institucional en ellos inscritos, olvidando el hecho que la llamada cultura popular es una herramienta de dominación mental mucho más poderosa.

Por lo tanto, una de las perspectivas de cultura global —la comercial— es convertirse en el sustituto fácilmente accesible que debe tomar el lugar de cada tradición individual y puede ser manufacturada en forma barata en grandes cantidades. Aunque esta cultura sustituta es generalmente desarrollada sobre la base de la cultura norteamericana (y el proceso mismo es llamado ''norteamericanización'' en la mayoría de los contextos), yo me inclino más bien a decir que la tradición cultural norteamericana está amenazada por el sustituto estandarizado global no menos —y quizás aún más— que todas las otras tradiciones culturales del mundo. Es ''global'', por supuesto, sólo en el sentido que no tiene ninguna raíz local.

Sin embargo, es aún posible adoptar una visión diferente y concebir la cultura global como una que tiene raíces en todas partes. Cada tradición cultural podría entonces, idealmente, proveer la posibilidad de entrar en la totalidad global. Para nosotros, sería naturalmente nuestra propia tradición, la europea. Sin embargo, esto implica un cierto peligro, el de olvidar que la tradición europea es nuestra entrada a la cultura global porque es nuestra, no porque es superior a otras. Personalmente, considero la multiplicidad equi-

librada como una de las características fundamentales de la cultura europea durante todas las etapas históricas de su desarrollo. La estética del monasterio convivía con la estética de los caballeros errantes, los cortesanos sofisticados o los carnavales blasfemos en el espacio cultural integrado de la Edad Media, y cada una de estas estéticas también ofrecía una diferente visión del hombre como tal, una identidad moldeada por sus portadores. Cuando estas estéticas dieron paso a la concepción integrada del hombre durante el Renacimiento, el proceso fue paralelo al surgimiento de las lenguas vernáculas que introdujeron otro tipo de multiplicidad equilibrada en la esfera cultural. Este último fenómeno, ahora transformado en la visión de naciones o Estados nacionales que coexisten pacíficamente, aún forma el punto de partida de la mayoría de los debates políticos actuales. Permítanme recordar al pasar que aunque la integración política parece hacer obsoleta la forma tradicional de Estado-nación, en inglés y francés las palabras *state* y *état* aún significan un estado de ser tanto como una entidad política. A su debido tiempo, la multiplicidad nacional fue complementada por un concepto enormemente productivo, aunque ambiguo, de ciudadanía, que provee el marco social para la libertad individual y, correlativamente, para una multiplicidad legítima de individuos.

Sin embargo y —siento decirlo— no paradójicamente, las nociones de libertad, igualdad y fraternidad fueron proclamadas la base de la política ideal de forma casi simultánea con una campaña hasta entonces nunca vista de colocar las vidas de los individuos libres por razones ideológicas bajo la ley civil —me refiero a los años del Terror que siguieron a la Revolución Francesa. La idea del terror como un medio de alcanzar fines elevados tiene un parecido tipológico tanto con la persecución eclesiástica de los herejes que eligieron amar a su prójimo de manera diferente en su época y, hemos de admitirlo, también algunas manifestaciones de la autoproclamada superioridad de la civilización tecnológica que Europa ha exportado al resto del mundo. Lo que vemos aquí es en muchos sentidos la imagen reflejada de la controversia entre el progreso tecnológico y el estancamiento mental: la multiplicidad de la cultura global es aceptada por algunos voceros de la tradición europea sólo en superficie, sólo en cuanto adhiere a algunos principios básicos que la tradición europea reconoce como propios. La cultura global está siendo canalizada en la camisa de fuerza de una intrínseca unidad sobre una base europea, aunque esta misma base descanse en la multiplicidad para su existencia. Sería peor, por supuesto,

pero aún las diferencias entre una visión avanzada estandarizada del mundo y la cultura sustituta comercial, aunque visibles, son menos significativas que las semejanzas, y en muchos países han hecho una aparición conjunta exitosa, tanto en la Europa geográfica como fuera de sus fronteras.

Ahora esperen un minuto, podrían decir. ¿Y qué acerca de los valores? Seguramente en la base de esta cultura global debe haber una serie de valores acordados, como derechos humanos, democracia y economía de mercado ¿No es posible llamar al respeto por los derechos humanos y la democracia una camisa de fuerza, ahora? Podría equivocarme, pero temo que la única respuesta posible y completamente honesta a esto puede ser, en nuestros tiempos turbulentos, una complicada mezcla de "sí" y "no". No hay duda que cuanto más avanzada sea una civilización, menos recurre a la violencia inmediata, y estos conceptos quieren decir precisamente que se restringe y, si es dable, que se evita en lo posible la violencia. Vamos a dejar de lado por el momento otras formas, más encubiertas, de violencia. Sin embargo, es también evidente que, por ejemplo, los "derechos humanos" mismos son un concepto bastante flexible. Por otro lado, cualquier constructo teórico que haya adquirido el *status* discursivo de un argumento final está destinado a ser mal usado, transformado y subyugado a intereses políticos y económicos particulares. Este concepto transformado es luego amplificado y puesto en circulación por los medios de información. Entiéndanme correctamente: no estoy para nada contra el concepto, sólo contra cierto uso del mismo. Todos sabemos de casos donde la violación de los derechos humanos es reconocida si y sólo si ciertos gobiernos y/o ciertos periódicos lo dicen, independientemente de lo que realmente esté pasando. Por otro lado, es imposible definir una serie de valores contra un trasfondo mental limitado, pero para uso ilimitado. Es equivocado tanto forzar a usar el velo a una mujer que no adhiere a la fe musulmana como forzar a una que lo es a sacárselo. O, en otros términos, las dificultades de ser una mujer liberada en una sociedad son comparables con no serlo en otra. Como hemos visto, está en la naturaleza de las culturas ajustar categorías universales a sus propios marcos conceptuales, y si les negamos estos derechos, violamos los mecanismos internos de la cultura, y por consiguiente también ciertos derechos de los portadores de determinadas culturas. Generalmente esto se hace en nombre de una supuesta estabilidad política. Pero hay mucho más en los derechos humanos de lo que generalmente se supone en el discurso político. Para exagerar

un poco: bajo las normas de tales valores uniformes es probablemente permitido exponer a seres humanos a tortura mental y violencia encubierta mientras que sus derechos humanos sean respetados. Nunca voy a discutir contra el libre tráfico de información, pero es también obvio que la idea misma de violencia ha cambiado en el contexto cultural moderno, tanto como su recepción. Las noticias de zonas críticas están siendo gradualmente transformadas en películas de acción vivas, y los resultados de este desarrollo son difíciles de anticipar. Estas cuestiones pertenecen, temo, a la categoría para la cual Jean François Lyotard ha acuñado el término "diferendo", el conflicto insoluble, en el cual ambas partes involucradas hablan lenguajes incompatibles. Parece que el único terreno firme que podemos imaginar para un analista de estas materias es, paradójicamente, el relativismo cultural absoluto, igual respeto por todas las tradiciones culturales.

Por supuesto, es casi imposible encontrar el punto de equilibrio entre la preservación de las herencias culturales y la justificación de los modos tradicionales de opresión institucionalizada, pero esto no significa que podamos ignorar el problema. Las cuestiones controversiales levantadas por el surgimiento de la cultura global son muy incómodas para el contexto de las políticas internacionales y especialmente la integración económica, pero no pueden ser descuidadas o eliminadas. En general debemos darnos cuenta que esto es, ante todo, un problema cultural. Esto es una responsabilidad que sólo los intelectuales pueden tomar. En estos tiempos de sobresimplificación a veces parece casi falta de tacto hacer preguntas sin presentar respuestas simples, fácilmente entendibles. Pero esto es exactamente lo que deberíamos hacer: deberíamos plantear más y más preguntas, especialmente preguntas insolubles y, si hay necesidad, replantear cuestiones eternas, fácilmente olvidadas e incómodas en nuevas formas. Para seguir viviendo en la tierra que se encoge, debemos, en primer lugar, ser escrupulosamente honestos en torno a nosotros mismos, en vez de tratar de imponer, con violencia, nuestros constructos teóricos sobre lo que no entendemos.

Traducción de Hernán G. H. Taboada

DESINTEGRACIÓN E INTEGRACIÓN ECONÓMICA: LOS ESTADOS DE LA EX URSS AYER Y MAÑANA

Por *Alexandre G.* Tvalchrélidzé
e *Irène* Gogobéridzé
INSTITUTO DE GEOLOGÍA DE TBILISI, GEORGIA

La gestación de nuevas democracias es un proceso complejo, difícil, de largo plazo, ligado a razones no sólo políticas sino también económicas. Es cierto que la destruccción del Muro de Berlín abrió un periodo muy nuevo en la política europea. Pero, al mismo tiempo, ocurrió que las dificultades de creación de nuevas relaciones políticas y económicas fueron mucho más profundas y rígidas de lo que al principio se había pensado. Numerosas manifestaciones de extremismo político y fundamentalismo se sobrepusieron, sobre los territorios tanto de Europa del Este como de la antigua Unión Soviética, al trasfondo económicamente catastrófico de los nuevos Estados independientes. Las principales razones de tal crisis económica se hallan en la base misma de la infraestructura económica soviética que existía.

En los países occidentales, por siglos, Rusia fue considerada un Estado con recursos naturales muy ricos y con tecnologías obsoletas para procesarlos. Esta misma contradicción entre recursos de muy alto potencial y falta de posibilidades industriales para su uso fue la única esperanza de los países occidentales para prevenir conflictos militares y crear el clima mental necesario para la democratización de la sociedad socialista. Esta última representaba un super Estado con una compleja unión de los intereses nacionales de las diferentes repúblicas, donde una estructura social laxa estaba cimentada tanto por una "ideología comunista" como por lazos económicos divergentes. De este modo, los representantes de la *nomenklatura* soviética consideraron siempre a la economía como una suerte de extensión de la política, y, por lo tanto, la planeación y la construcción de la infraestructura de la Unión Soviética tomó en cuenta sólo razones políticas.

El modelo económico socialista estuvo basado principalmente en lazos verticales dentro de los límites de cada sector industrial, con relaciones mínimas entre diferentes sectores. En otras palabras, cada dominio económico estaba gobernado y regido desde Moscú, que representaba un centro de construcción social fundamental y único. Tal modelo creó una enorme competencia entre diferentes ministerios que, al mismo tiempo, poseían derechos monopolistas sobre la propiedad y activos básicos en un sector determinado de la industria. El desarrollo de relaciones internacionales dentro de los límites de cada sector industrial estaba determinado sólo por razones políticas. Éstas eran las siguientes.

1. La economía socialista creó tales condiciones cuando una república era incapaz de ser independiente, por ejemplo, su economía fue incorporada al conjunto de la economía soviética. En realidad esto significaba que, por ejemplo, una planta metalúrgica en Georgia era abastecida con mineral de hierro de Ucrania y con carbón mineral de Siberia, mientras la planta análoga en Ucrania era abastecida con carbón de Georgia y con mineral de hierro de Rusia.

2. El desarrollo de la infraestructura era regido desde un centro único, Moscú. Tal manejo fue emprendido tanto mediante el uso de órdenes directivas como a través de la distribución voluntarista de fondos, activos y equipo extranjero entre las regiones y las repúblicas. Los fondos obtenidos para el equipo industrial siempre eran considerados un regalo, una donación del padre a un hijo en crecimiento.

3. La economía socialista estaba basada en un desarrollo industrial no proporcional de diferentes distritos. La figura 1 representa la infraestructura energética existente de Rusia. Puede verse fácilmente que sólo la parte meridional del país está incorporada a un sistema energético común. El segundo rasgo es aún más enigmático: sólo las plantas hidroeléctricas están situadas en estrecha cercanía de los recursos naturales. Ni las plantas nucleares ni las termales fueron construidas en la cercanía de fuentes de combustible, yacimientos de carbón y uranio. Más aún, incluso los centros metalúrgicos rusos están situados a cientos de kilómetros de los principales distritos mineros. Las razones para semejante paradoja son simples y claras: no permitir a nadie ser económicamente independiente. Los distritos mineros sin infraestructura industrial estaban bajo la influencia total del ministerio central y los centros metalúrgicos sin recursos naturales dependían enteramente de la

decisión del gobierno de abastecerlos con los materiales minerales brutos correspondientes. La única excepción es la del Distrito Económico de los Urales, pero en este caso su complejo desarrollo se debió a la necesidad de crear un centro industrial importante en las condiciones creadas por la Segunda Guerra mundial.

4. Tal modelo "político-económico" determinó la necesidad de considerar cada distrito, región o república independientemente de los otros, y Rusia, por ejemplo, fue dividida en doce distritos económicos. Al mismo tiempo, el modelo considerado siempre el ideal por nuestros ideólogos comunistas representaba un monstruo económico que limitaba completamente el desarrollo económico real de la URSS. Por ejemplo, creó un enorme tráfico de bienes a través de todo el país: recursos energéticos tales como antracita, lignito y petróleo crudo, materiales ferrosos y trigo. Regulaciones muy interesantes pueden observarse: en primer lugar, los flujos de transporte eran contradictorios e incoherentes —cada distrito rico en recursos naturales abastecía de ellos a diferentes distritos económicos y, al mismo tiempo, era abastecido de recursos desde otros distritos. En segundo lugar, los distritos económicamente más desarrollados estaban situados ya sea en las regiones europeas ya en las del sur de la antigua Unión Soviética, el resto del territorio era absolutamente subdesarrollado. Tercero, los distritos mineros y metalúrgicos estaban separados por miles de kilómetros; este rasgo tiene dos corolarios; ante todo, eran transportados los minerales en bruto y no los productos derivados de ellos. Debido a esto la rentabilidad de las empresas tanto mineras como metalúrgicas decrecía considerablemente. Además, el flujo inverso de bienes provocaba una intensa amortización de las líneas de ferrocarriles, y cada partida de materiales arribaba a las plantas muy tarde. Por lo tanto, en todo el país se destruyó un ritmo normal de trabajo.

5. Semejante modelo sugiere la introducción de precios y aranceles bastante voluntaristas, en cuanto la enorme transferencia de productos debía ser cubierta por el presupuesto del Estado. De este modo, la economía soviética estaba obligada a aumentar artificialmente la diferencia en precios entre los recursos naturales y los productos de ellos procedentes. La explotación de los recursos estaba exenta de tasas y aranceles en todo el territorio de la URSS, mientras que los productos metalúrgicos eran bastante caros. Tal regulación de precios, a su vez, llevó a crear un doble sistema de contabilidad: a) una contabilidad de libre mercado para comerciar con países extranjeros y con particulares, y b) una contabilidad in-

terministerial para el *marketing* entre diferentes empresas del Estado. Este complejo sistema de contabilidad socialista resultó en una desproporción entre dinero en efectivo y transferencias bancarias. De este modo, se hizo necesario introducir cotizaciones de las transferencias bancarias para cada empresa.

De manera que, antes del colapso de la URSS, la economía socialista estaba caracterizada por cuatro rasgos bien marcados: estructura rígida vertical de diferentes sectores con relaciones interministeriales sólo a nivel gubernamental; distribución centralizada de todos los materiales, fondos y depósitos necesarios; estimación artificial de todos los índices económicos, por ejemplo precios, tasas, aranceles, salarios, etc.; enorme flujo de productos a través de todo el país.

La introducción de principios de libre mercado en las relaciones económicas entre los nuevos Estados independientes reveló la total insolvencia de la infraestructura económica. Las transferencias bancarias entre diferentes repúblicas fueron canceladas debido a la falta de dinero en efectivo. Fue posible el comercio con divisas sólo porque la tasa entre los circulantes nacionales no había sido estimada. Por supuesto, cada Estado decidió regular enormes flujos de circulante introduciendo cotizaciones mínimas nuevas e incoherentes. Tales barreras limitaron la actividad empresarial de las primeras débiles corporaciones económicas privadas, que fueron obligadas a violar la legislación existente. La actividad empresarial acabó totalmente controlada por Estados mafiosos con ricos recursos naturales que decidieron aumentar los precios de las materias primas al nivel del libre mercado internacional. Todas las empresas existentes perdieron abastecimientos de recursos necesarios. La desintegración económica entre las repúblicas de la ex URSS fue total.

Se sugiere que la estabilización y el desarrollo económico de todo el espacio geopolítico de la antigua URSS es la base del problema a escala mundial de finales de nuestro siglo. Por un lado, la regulación racional de este problema integraría a unos trescientos millones de personas a la vida social internacional y abriría un importante mercado para los productos y estructuras industriales occidentales. Por otro lado, esto significaría la única garantía de una vida pacífica para nuestra sociedad en el siglo XXI. De este modo, numerosas organizaciones de negocios internacionales (incluyendo el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo, el Parlamento Europeo, etc.) se han unido en un esfuerzo común para resolver este

enorme dilema. Muy pronto quedó claro que ante todo era importante disponer:

1. La estabilización de circulantes nacionales de los Estados independientes y la creación de un sistema móvil de transferencias bancarias.
2. El abastecimiento de recursos naturales a las repúblicas para apoyo de su industria.
3. La creación de nuevas relaciones económicas entre las repúblicas de la antigua URSS basadas en principios económicos flexibles, que permitirían resolver las contradicciones entre la infraestructura industrial existente y los principios económicos de libre mercado.
4. La creación de un sistema de energéticos para cada Estado independiente.
5. La modernización de las empresas industriales existentes, la búsqueda de recursos naturales locales y la manufactura de productos comerciables que podrían sostener la competencia internacional.
6. La formación de la base económica y legislativa para la inversión occidental.

Un montón de cosas importantes han sido hechas durante los últimos dos años. Cada Estado posee un modelo macroeconómico para su desarrollo. Los circulantes nacionales y los bancos nacionales están sostenidos por depósitos, préstamos a largo plazo e inversiones del Banco Mundial. Expertos internacionales han preparado recomendaciones para el desarrollo de la legislación nacional de cada república que se piensa es coherente tanto con las leyes internacionales como con la legislación de otros Estados recién formados. Debe darse el último paso: comenzar una nueva vida económica. Pero justo este paso parece imposible sin amplias inversiones occidentales. Y aquí los intereses de los nuevos Estados independientes y los de la "comunidad occidental" son contradictorios.

Hoy día casi en todas las repúblicas se han acabado los juegos sobre una vida económica independiente. Los gobiernos y las poblaciones están aisladas frente a la severa realidad política y económica antes descrita. Queda absolutamente claro que ninguna república (excepto Rusia, quizás) podría superar sola la crisis económica. Por lo tanto, es absolutamente necesaria una nueva integración internacional. Pero esta integración podría estar basada sólo en una adecuada repartición de todos los participantes. Como el desarrollo industrial de las diferentes repúblicas (y aun de

diferentes regiones) es desigual (como hemos visto antes), los nuevos Estados independientes necesitan de posibilidades financieras para cambiar su infraestructura macroeconómica. Diferentes tipos de estimaciones periciales indican que tales inversiones deben ser de unos diez mil dólares por persona sobre toda la población. Los socios occidentales están dispuestos a suministrar inversiones reales pero sólo para problemas concretos y no para un cambio total de la macroeconomía. Las recomendaciones del Banco Mundial y del Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo indican que sólo proyectos a mediano plazo (no más de diez años), con un nivel medio de inversiones necesarias (no más de cuarenta millones de dólares), podrían estar garantizadas por corporaciones financieras internacionales. Por supuesto, nadie asume la responsabilidad de llevar a cabo proyectos a largo plazo.

Tal marco económico podría ayudar a desarrollar solamente sectores aislados de la economía nacional y de los Estados independientes. Más aún, podría resultar en la modernización de empresas aisladas y la desproporción entre regiones y repúblicas aumentaría. De este modo, el problema mencionado no tiene una solución económica.

Una sola pregunta, simple y difícil al mismo tiempo, se suscita: ¿qué puede hacerse? ¿Dejar a los nuevos Estados independientes solos y esperar explosiones sociales, políticas y militares? ¿Esperar la destrucción general de los Estados con consecuencias apocalípticas para todo el mundo? ¿O cambiar la mentalidad y tomar parte en la reconstrucción real de la sociedad socialista?

Debe subrayarse muy claramente que la decisión positiva no puede ser tomada ni por las corporaciones financieras internacionales ni por los dirigentes de los países occidentales desarrollados. La decisión debe ser tomada por toda la sociedad mundial que debe cambiar su psicología social. Y aquí el papel de la Sociedad Europea de Cultura va a ser muy importante. Pienso que cabe en las posibilidades de nuestra sociedad reemplazar el *diálogo intelectual* por el *diálogo económico* y crear un clima mental favorable para las tomas de decisiones esenciales.

Esperando tal enfoque, sólo se puede hacer una cosa, magnetizar las inversiones occidentales que ayudarían a sobrevivir el periodo crítico. Pero en estas condiciones debe tomarse en cuenta el ambiente económico realmente existente.

La única posibilidad de incorporar las inversiones occidentales a las economías nacionales de los Estados recién formados es la

explotación de sus recursos naturales. Más aún, sólo estos recursos pueden representar una garantía real para la seguridad de estas inversiones. Países ricos (Rusia, Uzbekistán, Kazakistán, Ucrania, Turkmenistán, etc.) pueden proveer depósitos minerales a escala mundial de casi todo tipo de recursos naturales. Otras repúblicas deben crear condiciones legislativas favorables y un marco impositivo para estimular la explotación conjunta de cantidades relativamente pequeñas de materiales en bruto. Se piensa que se está desarrollando una inmensa competencia entre los nuevos Estados independientes. Es interesante señalar que tal competencia no va a desintegrar las repúblicas independientes. Por el contrario, la necesidad de una transferencia interestatal de energía, materiales y depósitos bancarios, basada en principios de libre mercado, puede proveer un clima económico favorable para la futura nueva integración.

Traducción de Hernán G. H. Taboada

LA ERA DEL CONOCIMIENTO

Por *Gustavo* VILLAPALOS-SALAS
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE DE MADRID

COMO USTEDES SABEN, casi siempre lo urgente nos quita tiempo para lo importante. La prisa es la sustancia principal de la posmodernidad, la neurosis que explica el malestar de este tiempo y que nos impide gestionar con solvencia y equilibrio nuestras vidas y nuestras sociedades. El estrés inhibe la autenticidad, nos descentra y nos instala en el olvido, en la ausencia de referencias, de objetivos, de fines. Asuntos urgentes me impiden estar personalmente con ustedes y atender un compromiso que hubiera sido también un placer. Solicito sus disculpas y agradezco a la doctora Campagnolo la posibilidad de dirigirme a ustedes por persona interpuesta.

Hace unos días leí en un periódico británico un artículo editorial en el que quise ver la sombra de acontecimientos venideros. Sostenía su autor que la era de la información puede llegar a su fin para dar paso a la era del conocimiento. Según una investigación realizada en Japón, no se puede triunfar en los negocios sin crear conocimiento. Tal vez por ello, algunas empresas japonesas tengan ya en sus organigramas un vicepresidente para esta área, que rebasa el ámbito de la tecnología de la información. Sucede que cuanto mayor sea el volumen de información, mayor es la necesidad de contar con quienes puedan interpretarla. El mejor empleo de hechos, datos y cifras es, generalmente, el que un borracho hace de una farola: apoyo más que iluminación. El estudio que he citado tal vez tenga razón cuando concluye que la información, por sí sola, rara vez viene acompañada de ingenio o discernimiento. Aunque ahora hay casi tanta gente viva como muerta, la mayoría de los grandes pensadores, inventores, artistas, filósofos y estadistas parecen haber vivido en otra época. Sin duda podría tratarse de una ilusión óptica. Pero también es posible, incluso probable, que el crecimiento de la información no se haya visto acompañado por un crecimiento de la sabiduría.

Para ponernos de acuerdo sobre las palabras, vengo obligado a decir que el vocablo *conocimiento* posee tres significados. El primero valdría tanto como *información* y está claro que quien disponga de informaciones correctas obtiene una ventaja sobre el que carece de ellas. El segundo significado es el de *saber*, que organiza las informaciones. Pero los saberes demasiado compartimentados, como el de los expertos especializados que no pueden globalizar sus conocimientos, no cumplen la máxima de Pascal de que es necesario conocer las partes para conocer el todo, pues también hay que conocer el todo para dar sentido a cada una de sus partes. Estamos en un periodo donde cualquier tipo de saber particular sólo adquiere sentido si se le sitúa en un contexto planetario. El tercer significado de conocimiento se refiere a la *inteligencia*, la conciencia o, incluso, la sabiduría. La inteligencia es el arte de unir saberes de forma pertinente y útil, mientras que la conciencia y la sabiduría suponen una reflexión y un sentido de la finalidad. Sin embargo, los conocimientos triunfantes de hoy son frecuentemente conocimientos mutilados, miopes, sin reflexión y sin rumbo.

Hemos quedado pasmados ante la masa impresionante de conocimientos acumulados y la potencia de sus aplicaciones tecnológicas. Nos beneficiamos de un proceso que ha aportado tantos resultados evidentemente eficaces, que nos exime de pensar y de interrogarnos acerca de cuáles son nuestras metas.

Venerando la ciencia, el mundo moderno ha perdido de vista al pensamiento que estuvo en su origen. Ésta es la ceguera que caracteriza al cientificismo, la religión de la ciencia que otorga un prestigio universal a su autoridad intelectual. Pues bien, justo es, y necesario, admirar las hazañas, compilar los nuevos saberes, utilizarlos, pero no podemos ni debemos derogar el pensamiento ni aceptar la dimisión del espíritu. A fuerza de afirmar ritualmente que los resultados se obtienen por la simple puesta en práctica de un método universal, o sea, siguiendo un camino trazado *a priori*, se ha acreditado la idea de un progreso, por así decir, automático. Los indiscutibles beneficios sociales de la tecnociencia han silenciado la voz de los filósofos. Desde principios de siglo han abandonado el cuidado de las ciencias a una disciplina —la epistemología— que se ha especializado en la confección de lógicas y de metodologías generales del descubrimiento científico, las cuales añaden su concurso al mismo efecto de ilusión.

He aquí el resultado: el cientificismo ha alimentado a su contrario, la poderosa ideología anti-ciencia que le presenta batalla.

La extensión del poder social de esta corriente se apoya en un nuevo sentimiento de desconfianza, de recelo ante una ciencia que ha hecho posible Hiroshima o Chernobil. Ya no es posible evocar a Prometeo ni celebrar su ambición sin recordar al tiempo la punición divina. El ascenso de una tradición de pensamiento que Isaiah Berlin llamó "contra-Luces" ha elegido la ecología como caballo de Troya. La ciencia, dice, destruirá el planeta. A los éxitos de la investigación se replica con la constatación de sus fracasos.

Atenazados en este escenario de agonía, corresponde a los hombres de la cultura repensar el pensamiento y reintroducirlo en el sistema ciencia-tecnología. Nuestro destino depende de ello. La actualidad de la investigación, especialmente en las ciencias de la biología, nos presenta dramáticos interrogantes que es imprescindible debatir. ¿En qué medida el desarrollo científico bascula sobre nuestras certidumbres y nuestras convicciones éticas? ¿Cuál es su incidencia sobre la doctrina y la práctica jurídicas? Pero, sobre todo, y ésta es la cuestión decisiva, ¿qué lecciones puede y debe extraer la política de los éxitos de la tecnociencia? ¿Podemos todavía soñar con un desarrollo científico que traería la paz a la Tierra y la felicidad a sus hombres? Por el contrario, ¿debemos resignarnos a que, convertidos en dueños y poseedores de la naturaleza, seamos para siempre el juguete de pasiones mortíferas en nuestra existencia colectiva? Estas pasiones, abandonadas a sí mismas, ¿acabarán por volver el dominio humano de la naturaleza contra la propia humanidad?

Un mundo se acaba, sin duda. El futuro, el tiempo en que viviremos el resto de nuestros días, sólo estará asegurado con la prima de la reflexión, con el nuevo prestigio de la sabiduría que es capaz de proyectar fines y de balizar el camino con metas necesarias y con proscripciones inevitables. Es ésta una tarea de la educación y a eso dedicaré algunos minutos.

Hace un par de años tuve ocasión de almorzar y departir con el profesor de la Universidad de Harvard John Kenneth Galbraith. Hablando del Tercer Mundo me dijo que uno de los más graves errores cometidos por el mundo occidental, en los últimos cuarenta y cinco años, ha sido el subrayar un movimiento de establecimiento de las estructuras industriales de los países desarrollados hacia los países pobres, diciendo que ahí estaba la solución, en la construcción de acerías, de plantas eléctricas, de aeropuertos. Esto se ha considerado como medida del desarrollo económico de los países y se nos ha olvidado observar, me decía el profesor Galbraith, lo

que en Europa, en Estados Unidos y en Japón era la base, la fuente principal del desarrollo económico. Naturalmente, el profesor Galbraith se refería a la inversión cultural.

Hace cien años en Europa o en los Estados Unidos, y después de la Restauración en Japón, si se preguntaba a la gente de qué dependía el progreso económico siempre respondería que de la educación, y esto es algo que se nos ha olvidado ahora. Y sin embargo, nunca fue más perentorio recordarlo. En el mundo actual, el dinero, la tecnología y los productos se desplazan fácilmente a través de las fronteras nacionales, mientras que el empleo se crea allí donde el trabajo se realiza con mayor eficacia. Como consecuencia, los recursos fundamentales de un país no descansan en su riqueza material o financiera —susceptible de moverse de unas naciones a otras— sino en la cualificación, las habilidades y las ideas que poseen sus ciudadanos. En orden a la formulación de prioridades de la política económica, es evidente que será necesario incrementar al máximo el valor potencial de lo que los ciudadanos pueden aportar a la economía, para lo que se requiere destinar cantidades crecientes de recursos a la educación y a la formación del capital humano. El antiguo profesor de Harvard y actual secretario de Trabajo del gobierno de Clinton, Robert B. Reich, en un excelente libro titulado *The work of nations* señala que la esencia de la internacionalización de la red empresarial radica en que el verdadero valor de las sociedades multinacionales no estriba en sus recursos materiales, sino en la educación y la eficiencia de sus empleados. De manera tal que los ahorros de un país van a parar a manos de las empresas que mejor sepan hacer las cosas —con mayor eficacia y economía por parte de sus equipos humanos— con independencia del origen o nacionalidad de la empresa. Por ello, la competitividad y el poder mundial de un país dependen cada vez más de las ideas que sus ciudadanos puedan aportar a la economía mundial y menos del dinero que ahorren o inviertan. Lo que cuenta, pues, no es ya lo que tenemos sino lo que hacemos. En clara referencia a su propio país, Reich subraya que las crecientes desigualdades de renta guardan estrecha relación con las diferencias salariales asociadas, a su vez, a los distintos niveles de formación de los ciudadanos. En última instancia, Reich atribuye la responsabilidad de estas desigualdades a la incapacidad del sistema educativo de Estados Unidos para hacer llegar a la inmensa mayoría de los niños una formación adecuada. Una posible solución a este problema sería dedicar los fondos del llamado "dividendo de la paz" (recursos que

se venían asignando a gastos militares) a inversión en educación y formación profesionales que permitan aumentar la productividad de la población. Ya no habrá economías nacionales, al menos tal como hoy concebimos la idea. Lo único que persistirá dentro de las fronteras nacionales será la población que compone un país. Los bienes fundamentales de una nación serán la capacidad y destreza de sus ciudadanos. El verdadero desafío económico que afrontan los países para los próximos años es el de incrementar el potencial que sus ciudadanos pueden agregar a la economía global, al promover sus habilidades y capacidades, y perfeccionar los recursos para compatibilizar esas habilidades y capacidades con los requerimientos del mercado mundial. Éste no es un desafío competitivo en el concepto tradicional. Ningún país tiene ya motivos para proteger, subsidiar o de algún modo privilegiar sus compañías sobre las demás. No existen razones para reducir el gasto público y disminuir los impuestos a fin de proporcionar a los ciudadanos de una nación más dinero para invertir. Tampoco la rentabilidad de las empresas o el éxito de sus inversores mejoran necesariamente el nivel de vida de la mayor parte de la población. Tanto las compañías como los inversores recorren el mundo en busca de oportunidades lucrativas. Cada vez se desvinculan más de sus países de origen en busca de las poblaciones mejor preparadas.

En mi país este anhelo educativo no es nuevo, si bien ha experimentado un considerable refuerzo en los últimos años. Basta con acercarse a las ideas de los regeneracionistas españoles quienes, tras el emblemático desastre de 1898, asignaron a la educación y a la cultura un papel decisivo para superar la decadencia de España e impulsar su progreso y desarrollo económico. Nombres como los de Costa, Ganivet, Ortega o Giner de los Ríos, y corrientes ideológicas asociadas a la Institución Libre de Enseñanza o a la *Revista de Occidente* constituyen hitos relevantes para una fecunda renovación de la vida política y económica de España. Siendo yo rector de la Universidad Complutense no puedo olvidar que hace ya quinientos años esta Universidad, refundada por el cardenal Cisneros, se adelantó a realizar una auténtica revolución educativa que asombró a propios y a extraños. Necesitaba España un aparato funcionarial adecuado a su circunstancia imperial y, para enfrentar sus nuevos retos políticos y sociales, Cisneros convirtió Alcalá de Henares, sede primera de la Universidad Complutense, en un vivero de recursos humanos y en punta de lanza de la renovación de la Iglesia y de la sociedad españolas.

No quiero que este homenaje distraiga el hilo de lo que venía a decirles a ustedes, a saber: la mayor cantidad de nuestros recursos deben utilizarse para construir colegios, escuelas, para desarrollar los recursos culturales y educativos. En el mundo no hay ninguna población cultivada que sea pobre y ninguna población sin ese cultivo que no viva en un país pobre. Ésta es una de las grandes evidencias del mundo de hoy.

Pero no debo terminar este elogio de la educación sin aludir a sus contenidos. Empecé diciendo que se avecina el fin de la era de la información y añadí el extravío en el que puede incurrir la ciencia si deja de pensar. Es un defecto que ya en la Edad Media denunció Nicolás de Cusa con un marbete que ha tenido fortuna: "docta ignorancia". La compartimentalización del saber, la hiperespecialización que a menudo imparten nuestras universidades tal vez haya tenido algún sentido en aras de la eficacia, pero las incertidumbres del futuro aconsejan no sólo formar investigadores o profesionales, sino formar hombres cultos, capaces de orientarse en la selva *selvaggia* de los acontecimientos, de la complejidad.

Desde hace siglos se viene predicando una triple misión de la Universidad: la transmisión de la cultura, la formación de profesionales y la investigación científica. La fórmula de los krausistas españoles, como la de otros utopistas del mundo entero, era "biblioteca, cátedra y academia". Pues bien, el integrismo del sistema ciencia-tecnología ha impuesto en todas partes el delirio del "expertismo", de sabios integrados que desertan de la cultura. Con ser la ciencia parte fundamental de la cultura moderna, no es más importante que la cultura, y mucho menos que el hombre a cuya vida sirve la cultura. Ortega y Gasset definía la cultura como "el sistema vital de las ideas de cada época". Vivir sin esas ideas es extraviarse en el mundo de la *rerum natura*, perder el centro. El hombre occidental de hoy tiene más datos de la realidad que sus ancestros, pero es por lo común más inculto. Le falta una visión del mundo. Puede ser experto, incluso sabio, en un objeto concreto, buen profesional o brillante investigador, pero, carente de una idea del mundo y de su papel en él, es el nuevo bárbaro afectado por la soberbia cegadora de saber que sabe mucho de una cosa. La especialización, ese saber cada vez más de menos, es la manera que ha elegido el siglo para humillar la cultura.

La Universidad debe recuperar lo que en los orígenes medievales fue su función genuina: transmitir cultura, no como ornato del carácter mundano, sino como linterna para alumbrar los caminos de

la vida. La cultura es un plano-guía para interpretar la vida en su complejidad. Dar a los estudiantes una imagen del mundo, primero; después, formar a los profesionales que la sociedad demanda. Ésa es la misión de la Universidad, porque sólo con el bagaje de las ideas vivas que el tiempo impone podemos encontrar caminos en las incertidumbres del porvenir. Los datos, las cifras, los hechos están bien, son necesarios pero no nos iluminan. Sí lo hace el conocimiento, la conciencia, la inteligencia, porque como hace decir Goethe a Fausto "todo se entreteje en el todo y lo uno actúa y vive en lo otro". Si, como auguraba el periódico británico del que les hablé al principio, la era de la información tiene los días contados para dar paso a una nueva era de la sabiduría, quiero celebrarlo con todos ustedes a mayor gloria de la sensatez y de la felicidad de las generaciones del porvenir.

FIN DE LOS IMPERIOS Y GLOBALIZACIÓN DEL DESARROLLO

Por *Leopoldo* Zea
PUDEL, UNAM

I

La Sociedad Europea de Cultura replantea en Budapest el problema de hace dos años en Venecia. Problema que no ha sido resuelto, anulando las esperanzas de los cambios positivos que se estaban dando en Europa y otras regiones de la tierra. Esperanzas expresadas en la convocatoria de la SEC en 1991 en Padua. Esperanzas que originan los extraordinarios sucesos de 1989 en Europa. Se daban cambios que anunciaban el triunfo de la razón del hombre. Era la culminación de la iniciativa de ese visionario que fue Umberto Campagnolo frente a los rescoldos de la deshumanizada globalización que siguió a la Segunda Guerra mundial. En 1989 se perfilaba el triunfo de los empeños de los hombres de cultura que dieron origen a la SEC.

1989, bicentenario de la Revolución Francesa, anunciaba una nueva y plena globalización como triunfo absoluto del hombre, pero no el abstracto, sino el concreto en sus múltiples e ineludibles expresiones. Globalización expresada por el primer ministro del gobierno francés, Michel Rocard, quien recordaba a Victor Hugo cuando decía: "En el siglo XX habrá una nación extraordinaria, no se llamará Francia, se llamará Europa, y al siguiente siglo se llamará Humanidad". Allí mismo el presidente de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov, habló de la revolución socialista rusa de 1917 como continuación y ampliación a toda la humanidad de los ideales que habían dado origen a la Revolución Francesa en 1789, dentro de lo cual el modo de vida del sistema capitalista no estaba reñido con el ideal socialista, simplemente mostraba su compatibilidad con el mismo. Este modo de vida podía ser compartido por los múltiples y diversos hombres que forman la humanidad. No eran simples pa-

labras, el mundo de esos días vio atónito la caída de los muros que separaban a la Europa socialista de la Europa liberal.

Era el fin de la guerra fría y de la carrera armamentista. Se empezó también a hablar de otra economía basada en la competencia, la economía de mercado, para la cual los mejor preparados eran pueblos a los que se había prohibido hacer armas, los vencidos de la Segunda Guerra. En su lugar fabricaban utensilios domésticos cuyo uso era para la felicidad de los hombres que podrían comprarlos.

La globalización anunciada en 1989, que abarcaba a la humanidad en sus múltiples expresiones, implica, sin embargo, compartir los bienes a que había dado origen el extraordinario desarrollo que algunos sectores de la humanidad habían alcanzado. Desarrollo impulsado por el no menos extraordinario desarrollo de la ciencia y la técnica que puso al alcance del hombre las múltiples riquezas de la naturaleza. Había que compartir tal desarrollo con los pueblos que no lo habían alcanzado pero que habían participado en el mismo con la riqueza de sus tierras y el trabajo de sus hombres.

II

Otros signos ominosos amenazaban la extraordinaria globalización iniciada en 1989. En el mismo 1989, el filósofo estadounidense Francis Fukuyama, en el ensayo *¿Fin de la Historia?*, siguiendo a Hegel anunciaba el advenimiento del Estado Universal en el que culmina y termina la historia del hombre. El Estado Universal de libertad, seguridad y prosperidad que Estados Unidos con su poderío garantizaría. Excluidos quedaban los pueblos del llamado Tercer Mundo. Igualmente los pueblos socialistas bajo conducción de la Unión Soviética, no preparados para la economía de mercado del Estado Universal. La desarticulación del Mundo Socialista expresaba el anunciado triunfo del sistema capitalista anticipado por Fukuyama.

Otras señales se daban al terminar 1989. Caía el último bastión comunista en Europa, Rumania; al mismo tiempo Estados Unidos bombardeaba e invadía a Panamá para apresar a un bribón a su servicio, Noriega. La pregunta que se hacían los latinoamericanos encontraba respuesta. ¿Estados Unidos permitirá en el continente americano lo que la Unión Soviética de Gorbachov permitió en la Europa del Este? Poco después la declaración de guerra de Estados Unidos a Irak, para castigar a otro bribón, Saddam Hussein.

III

Fin de la guerra fría y la ampliación de la guerra sucia, bien conocida en América Latina y otros pueblos del llamado Tercer Mundo. Pocos meses después, la SEC, en septiembre de 1991, se reunió en Moscú, en vísperas de la desarticulación de la Unión Soviética. La disgregación se imponía a la integración. Paralelamente se desarticulaba la República de Yugoslavia. ¿Qué estaba pasando?

Mijaíl Gorbachov, en 1991, trató de convencer a los países desarrollados de la necesidad de apoyar económicamente a los pueblos de la Unión Soviética, para pasar de la economía comunista a la economía de libre mercado, sin renunciar a seguir siendo socialistas. Habló de un socialismo de rostro humano. La Unión Soviética se transformaría libremente en una nueva federación de pueblos distinta de la impuesta por el socialismo real. El mundo occidental encontraría, sin embargo, que la propuesta implicaba un costo que rendía pocos beneficios. La advertencia de la desintegración de la Unión Soviética no preocupaba mucho. ¿Acaso no resultaba más económico y cómodo para los países desarrollados que desapareciese una potencia socialista, cualquiera que fuese su rostro?

IV

Alemania y Japón, a los que se prohibió la producción de armas, desarrollaron una industria propia de la economía de mercado. La Alemania Federal obtuvo de Gorbachov la incorporación de la Alemania Democrática. Se perfilaba la gran Alemania de antes de la Segunda Guerra. Se perfilaba una globalización regional que podría incluir a pueblos de los Balcanes que habían sido parte del Imperio Austriaco: Eslovenia y Bosnia. Se estimulaba su nacionalismo para su separación de Yugoslavia, con la oposición de Serbia. Se inició así la carnicería que aún no termina en esa región y que amenazaba la seguridad de la misma Europa Occidental.

Así llegamos a la reunión de la SEC de 1993 en Venecia. La esperada globalización se va diluyendo. Se perfila una gran desintegración que amenaza a la misma Europa Occidental. El Estado Universal excluyente, del que habla Fukuyama, se va haciendo realidad en las relaciones del mundo occidental con el Tercer Mundo y la Europa del Este. Pueblos distintos y con experiencia diversa a la de Europa Occidental y de los Estados Unidos de América. Pueblos que no pueden compartir bienes en cuya realización no han participado. Europa Occidental se niega a compartir bienes que considera

se han originado en su propio y peculiar esfuerzo. La misma Alemania Federal se resiste a pagar el costo de la incorporación de la Alemania del Este. Igualmente sucede con la Europa del Este, Europa Occidental se resiste a pagar el costo que implica el nivelar la economía de estos países.

V

La conciencia de marginación que han tomado los hombres de cultura de la Europa Central se hace patente en las reflexiones de dos escritores checos como Milan Kundera y Vaclav Havel y en la obra del director de cine polaco Krzysztof Kieslowski. Kundera consideraba que la Europa Central, Checoslovaquia, Hungría y Polonia, habían estado luchando contra el secuestro de que había sido objeto la cultura de esta región por el dominio comunista.

Tal fue el mensaje de Hungría al enfrentar en 1956 a los tanques soviéticos: "Morimos por Hungría y por Europa". Mensaje no comprendido por Europa y sus hombres de cultura. Terminado el secuestro, esta misma parte de Europa es vista como lo que ya no es, como comunista y sus hombres de cultura como ex comunistas. ¿Qué pasó? Europa se ha occidentalizado, son otros los valores de esa cultura: "La verdadera tragedia —dice Kundera— no es Rusia, sino Europa, esa Europa por la que Hungría estaba dispuesta a morir". Europa está más interesada en el mercado y más preocupada por los comunicadores que por los poetas.

El mismo desencanto se hace sentir en Vaclav Havel. El fin de la guerra fría mostró lo lejana que estaba esta región del camino tomado por la Europa Occidental. De allí la conciencia de "marginación". "Esto nos hace —dice— buscar culpables sustitutos, todo tipo de radicalismo, ya sea grupal o étnico, el odio al mundo y la sensación de que todo está permitido y la forma más primitiva del culto al consumo... La tragedia del nacionalismo militante, la xenofobia, el racismo y la inicua criminal por la limpieza étnica expresada en Bosnia-Herzegovina". El discurso anticomunista, antitotalitario del director de cine polaco, Andrzej Wajda, ha sido sustituido por la amarga crítica del también polaco, Krzysztof Kieslowski.

VI

El Estado Universal excluyente de Francis Fukuyama se hace patente en el mundo desarrollado, anulando toda esperanza a los pueblos subdesarrollados y a los que formaron parte del sistema comunista. Se declara también el fin del desarrollo. En junio de 1992, en el Congreso Mundial sobre Ecología en Río de Janeiro, se dice que el desarrollo ha originado la brutal explotación de la naturaleza; pero éste ha llegado a su fin. Se hace un llamado a todos los países para que no insistan en la misma explotación. Los países desarrollados se ajustarán a lo ya alcanzado y los que no lo han alcanzado se abstendrán de intentarlo.

El desarrollo ha llegado a su fin, no queda sino vivir, el mayor tiempo posible, de los frutos del desarrollo alcanzado. Para los países que no lo han alcanzado esto será una desgracia, por lo cual poco o nada se podrá hacer. ¿Compartir lo alcanzado? Son tan grandes las carencias de la humanidad como totalidad, que compartir lo alcanzado sólo implicaría compartir la miseria.

VII

El 21 de diciembre del pasado 1994 el pueblo mexicano recibía la brutal noticia de una inesperada crisis económica. Sin embargo, pocos días después llegaba la noticia del millonario apoyo que otorgaba el presidente de los Estados Unidos, William Clinton, para salvar de su crisis a México. "No lo hago por el bien del pueblo mexicano —dijo—, sino por el bien del pueblo de los Estados Unidos". La crisis de México afectaría a Estados Unidos, a otros pueblos de América Latina y a la cadena de relaciones económicas internacionales a nivel global. Se hacía patente algo que parecía imposible, la obligada necesidad de compartir el desarrollo.

De esta necesidad habían tomado conciencia los Estados Unidos al término de la guerra fría, que ponía fin a la hegemonía mundial que ésta última había permitido. Quedaba obsoleta la industria armamentista. En Europa, naciones como Alemania, por no hacer armas, se habían capacitado en la industria doméstica de la economía de mercado. En el Pacífico, Japón no hacía armas, sino los utensilios que reclama la economía de mercado. Los Estados Unidos, en cambio, dueños de sofisticadas armas, poco es lo que podían hacer para competir en el nuevo mercado.

El presidente de los Estados Unidos, George Bush, sabe que tendrá que buscar mercados en donde dominan sus competidores. En América, al sur de Estados Unidos, existe un grupo de pueblos sólo vistos como la trastienda de los intereses de esa nación.

Allí están más de 500 millones de posibles consumidores. Pero para que éstos puedan pasar de expoliados a consumidores, será necesario dejar y estimular su desarrollo. Habrá que compartir el desarrollo. Sería éste el espíritu del Tratado de Libre Comercio que se inicia con Canadá, Estados Unidos y México para extenderse a toda América. El desarrollo, al ser compartido, lejos de extinguirse se globalizaba.

VIII

Esto explicaba el inesperado apoyo ofrecido a México por Estados Unidos para enfrentar el primer gran problema dentro del Tratado. Pero apoyo que encontró de inmediato resistencia en los mismos Estados Unidos, en grupos como el neoconservadurismo estadounidense que habla de un Contrato para América, exclusivo para los auténticos estadounidenses. ¿Quién garantizará el costo de este apoyo?, se pregunta. ¿Va a salir de los bolsillos de los estadounidenses? Más económico será el que algunos millones de mexicanos se queden sin trabajo y se les impida entrar a Estados Unidos. En cuanto a ¿quiénes quedarían sin trabajo en Estados Unidos?, la respuesta es que será gente del mismo origen que la gente a la que hay que impedir siga entrando en Estados Unidos, no los auténticos estadounidenses. Zbigniew Brzezinski había hablado de esta mentalidad. ¿Por qué —pregunta— las banderas libertarias de Estados Unidos habían perdido su atracción frente a las banderas igualitarias del socialismo? Porque la "búsqueda por un mayor bienestar global parece significar para muchos norteamericanos una reclamación de sus recursos y un presagio de confiscación de los frutos de su trabajo".

IX

¿Quiere esto decir que la toma de conciencia que llevó a Estados Unidos a compartir para mantener el desarrollo alcanzado ha fracasado? Por el contrario, sucesos posteriores están demostrando que el desarrollo, para ser sostenido, necesita de una cada vez más activa producción y para que ésta no se estanque necesita a su vez ser consumida. Habrá que estimular y ampliar la existencia de consumidores y para ello compartir la producción. Imaginemos a millones y millones de hombres trabajando para producir, pero también para consumir. El desarrollo, lejos de terminar, puede alcanzar dimensión planetaria, abarcando a la totalidad de la humanidad en

sus múltiples y diversas expresiones. Para ello habrá que poner fin a las confrontaciones propias de la competencia. Compartir lo que el hombre es capaz de producir.

¿Utopía? Considero que éste es el gran reto para los hombres de cultura frente a la desintegración que está anulando la globalización propia del hombre y para el hombre.

LA POLÍTICA DE LA CULTURA: UN TEMA DE REFLEXIÓN*

Por *Michelle* CAMPAGNOLO-BOUVIER
SECRETARIA GENERAL
SOCIEDAD EUROPEA DE CULTURA

ESTAMOS LLEGANDO A LA CLAUSURA de nuestro encuentro y me corresponde intentar hacer una especie de balance conclusivo. Creo que estarán de acuerdo conmigo en estimar estas jornadas demasiado ricas, compactas y variadas como para atreverme a efectuar una recapitulación general. Me hubiera gustado hacerlo al final de cada una de las tres jornadas, pero la estructura de las sesiones no lo ha permitido. Así pues, antes de pasar al último punto de la orden del día, es decir, al examen y la aprobación de un documento final (M. Bartoli propondrá un texto y un título: "Llamamiento de Budapest"), les presentaré simplemente algunas consideraciones.

Hemos realizado nuestro proyecto de encuentro especial, y, para no pecar de inmodestia, nos remitimos a los juicios positivos que hemos escuchado, en ambos sentidos, acerca del resultado.

En cualquier caso se ha creado un movimiento, se ha suscitado un interés; será nuestra tarea mantenerlo despierto y también aumentarlo. La reflexión ha sido impulsada, ahora se debe continuar. Para nosotros esto no debería ser difícil, ya que se sitúa de pleno en la línea que sigue actualmente la Sociedad Europea de Cultura en su trabajo.

Este encuentro ha sido concebido como un tríptico: primero, los informes generales acerca de este vasto tema que son los procesos de disgregación y de globalización en las sociedades actuales y lo que representan para los hombres de cultura que asumen responsabilidades de orden ético-político intentando darles una orientación favorable.

---

* Texto del discurso de clausura pronunciado por la Secretaria General de la Sociedad Europea de Cultura.

En la segunda hoja se han registrado los testimonios que transmiten una información directa, viva y vivida sobre la situación en los diversos países representados en el coloquio, respecto de estas dos fuerzas que son la disgregación y la globalización.

Pero el tema podía ser tratado también —y ésta es la tercera hoja— con la perspectiva de la disciplina profesional de cada uno y del campo de reflexión relativo a ellas. Hemos escuchado a un historiador y teórico de urbanismo, a un economista, a un juez y a otros.

Recordemos también que hemos iniciado con las palabras de nuestro presidente honorario, Norberto Bobbio, maestro del pensamiento, reconocido no sólo en Italia sino en Europa y también fuera de ella: en primer lugar es necesario comprender —*Comprendre* es el nombre de nuestra revista y por lo tanto una palabra de orden para nuestra Sociedad—, actuar viene a continuación. Esto es precisamente lo que intentamos hacer: comprender una situación para sacar conclusiones y actuar.

Globalización. Hemos hablado de globalización sin haber trabajado previamente para definir y comentar la palabra, ni la manera en que nosotros creemos que es necesario tratarla. No es un descuido; así lo hemos querido, para dar a las intervenciones la mayor libertad posible. Y, efectivamente, el término globalización ha sido utilizado en acepciones muy diversas. Excluir algunas de ellas habría significado empobrecer el debate. He constatado con satisfacción que a pesar de la ausencia de esta definición *a priori*, siempre hemos comprendido el sentido en el que se empleaba.

Así pues, cuando nuestro anfitrión, el presidente de la Academia Húngara, habla de globalización, que para Hungría significa poder entrar en Europa, nosotros comprendemos, tras un momento de sorpresa, porque siempre hemos pensado en Hungría como país europeo, que él se refiere a la deseada admisión de este país en la Unión Europea. Se ha hablado también de globalización parcial para designar fenómenos de integración a nivel local. Cuando ha sido invocada una globalización en las ciencias, se trataba de deplorar que la investigación científica procediera de una forma mecánica y encerrada en su lógica, cuando aparecía como deseable, necesario y urgente que una conciencia fuera a la par en su desarrollo porque mientras los progresos de la investigación se suceden a un ritmo rápido, la conciencia parece quedar en suspenso. Que se recurriera a la globalización para expresar este pensamiento, no nos lo esperábamos, pero lo hemos captado enseguida. Este hiato, a

propósito de la globalización, entre sus avances reales y su toma de conciencia, ha sido igualmente puesto en evidencia en otras intervenciones.

Y también: la globalización como consecuencia de la mundialización y no como sinónimo de ella. Ha habido globalización en el sentido de una interdependencia que se está afirmando, como por ejemplo entre México y los Estados Unidos, o entre América Latina y América del Norte. Globalización como interdependencia, sí, pero también el sentido de un fenómeno nuevo, de nuestra época, y que comporta un papel y una responsabilidad especiales para Europa.

¿La fuerza de la globalización es positiva o negativa? No se ha insistido en emitir un juicio de valor. Se ha dado prueba de realismo: no ha sido juzgada, ha sido constatada. El fenómeno de la globalización es un proceso que se ha instaurado en nuestro mundo y cuya importancia se está acrecentando. Es a partir de esta constatación que se delinean los comportamientos.

Disgregación. El término ha sido utilizado con menor frecuencia. Este fenómeno, contrario al anterior, ha sido tratado menos explícitamente. Pero la idea, los efectos reales que designa, las situaciones históricas concretas, algunas dramáticas, que define han estado fuertemente presentes. Sobre todo, en la parte dedicada a los testimonios de los que han vivido y viven el gran cambio, *Umbruch*, como se dice con gran propiedad en alemán, simbolizado por la caída del muro de Berlín. Todo lo que se ha aportado como información y como testimonio se ha transformado en una realidad que hay que tener en cuenta: todos los elementos específicos, cuantitativa y cualitativamente, sin olvidar la convergencia y los aspectos comunes.

Hemos constatado, refiriéndonos a la convergencia en las diversas experiencias, que en todas partes existe la necesidad de encontrar nuevos puntos de apoyo, un nuevo sistema de referencias en relación a las cuales situarse. Esto es así para quienes representan las instituciones reformadas y las nuevas políticas. Pero concierne quizás todavía más a quienes desarrollan una actividad creativa autónoma. Se encuentra allí, en el fondo de la libertad conquistada, esta búsqueda de nuevos puntos de referencia que no es cosa fácil y que exigirá tiempo. Tanto, que parece algunas veces que la propia dificultad hace perder de vista la causa primera y positiva: la conquista de las libertades democráticas, comenzando por la libertad de expresión.

De esta constatación nosotros extraemos, o por lo menos nos fijamos, una tarea presente para la política de la cultura. No hay necesidad de recordar aquí, naturalmente, la definición original de la cultura como creación de valores, y de valores morales, que caracteriza a nuestra sociedad y a partir de la cual ha teorizado esta acción ético-política que es la política de la cultura.

He aquí en materia de política de la cultura una cuestión a seguir que se desprende de nuestra reflexión, aquí, sobre la globalización y la disgregación. Lo que esperamos conseguir es lo siguiente: aportar una contribución para el esclarecimiento de los actuales riesgos. Los dos fenómenos comportan una nueva responsabilidad para los hombres de cultura. La responsabilidad es mucho mayor ya que, como ha sido recordado, se han perdido ocasiones. Se trata de comprender al máximo las nuevas bases determinantes de la actualidad que conllevan la globalización y la disgregación y encontrar nuevos puntos de apoyo, nuevas referencias, construir nuevas certezas donde antes se encontraban las viejas que se han hundido, que han desaparecido.

En cierta manera, la situación de nuestros amigos de Europa centro-oriental nos recuerda la de la posguerra, cuando en 1946 se avanzó la idea de la Sociedad Europea de Cultura, a pesar de que ahora se trate de posguerra fría. Entonces, en el Oeste, intelectuales, hombres de cultura no menos empeñados y sumergidos en trabajo que los de ahora, estimaron que una empresa de buena voluntad y de compromiso como la SEC tenía que figurar entre sus prioridades. Hoy, en el Oeste, las circunstancias hacen que se sienta menos esta urgencia. Sin embargo, existe aquí, en la parte de Europa donde nos encontramos, y exige un grandísimo esfuerzo de los hombres de cultura, según el espíritu que anima los artículos uno y dos de nuestro estatuto. En tiempo de crisis y de cambios, la intervención de la cultura es necesaria para orientar la marcha de los asuntos de la *polis*.

No es suficiente esperar que llegue del poder el tener la posibilidad de escribir poesías, publicar obras, impedir que las editoriales cierren. La emergencia exige el esfuerzo de un compromiso directo, lo que significa un esfuerzo supremo.

Además se nos ha recordado que el árbol de la cultura tiene raíces hábiles, coriáceas y tenaces, capaces de enraizarse incluso en un terreno que no les es habitual.

Se presentan también desafíos en relación con el proceso de globalización. Son enormes. Se nos ha recordado que Europa a

este respecto tiene una responsabilidad especial porque es desde Europa que ha partido este proceso. Para que proceda bien, para que signifique un verdadero acercamiento, un verdadero mejoramiento del conocimiento recíproco, una sensible promoción de la solidaridad, no debe ser abandonado a sí mismo, ya que no es automáticamente positivo. Contiene muchas promesas pero también peligros.

La tentación de sentirse aniquilado o por lo menos desalentado ante semejantes tareas es fuerte. Pero todos los que se reconocen como políticos de la cultura o se comportan como tales, saben también que junto a las ocasiones ofrecidas por la historia que se han perdido existen las que han sido aprovechadas y son más que importantes, son fundamentales. Así pues, entre el Este y el Oeste de Europa, este conocerse mejor, este acercamiento se ha cumplido y se está desarrollando. La confrontación sin obstáculos ha conducido a una apreciación recíproca más ajustada, de las virtudes y de los defectos. Por parte del Este, la visión algo mítica del Oeste ha cedido su lugar a un conocimiento más realista de las vicisitudes de una democracia desarrollada, donde el alto valor ideal a compartir y a amar ha sido sólo parcialmente conseguido, pero debe ser siempre el polo hacia el cual tender.

LLAMAMIENTO DE BUDAPEST

La aspiración a un nuevo "orden" internacional encuentra su impulso en el deseo de paz que comparten los hombres de todo el mundo cuando su espíritu no ha sido dañado por ideologías de exclusión, odio o muerte.

Dicha aspiración estaba presente en aquel "Llamamiento a los intelectuales" votado en noviembre de 1951 durante la primera asamblea ordinaria de la Sociedad Europea de Cultura, que invitaba a no sufrir la historia sino a trabajar para construirla. Estuvo también presente en la "Carta a las autoridades políticas" votada en la misma asamblea, que hacía del esfuerzo de previsión y construcción del "orden" futuro el objeto de la política de la cultura, como reconocimiento o creación de los valores requeridos por nuestro tiempo, acción que supera el terreno de las instituciones y de las leyes para englobar y transformar todas las dimensiones de la existencia humana.

La cultura, capacidad que arranca al hombre del peso de la evolución, recuperación y revitalización de los valores, abre un nuevo horizonte de posibilidades y, con palabras del filósofo Paul Ricoeur, "da un significado y empuja al hombre hacia adelante".

Reunidos en un coloquio internacional en Budapest, del 7 al 9 de junio de 1995, para reflexionar sobre la actitud que deben mantener los hombres de cultura ante las fuerzas de disgregación y globalización en la sociedad actual, los miembros de la Sociedad Europea de Cultura de veintitrés países de Europa y América representando las más diversas disciplinas: del teatro a la economía, de la literatura a la investigación científica, del derecho a la música, de la filosofía a la historia y a la teología; han llegado al acuerdo unánime de renovar aquel "Llamamiento" de hace más de cuarenta años, visto que es urgente y necesario.

Urgente, porque si bien la globalización en sus múltiples facetas —económica, tecnológica, financiera, cultural—, a través de la red de intercambios en todos los sectores de la existencia humana, contribuye fuertemente al vasto movimiento de reconocimiento del

hombre por el hombre, puede alzarse contra él por la degradación y la destrucción que provoca erigiendo como juez de las actividades humanas mecanismos que en nombre de seudoleyes económicas infranqueables destruyen a los débiles y consagran el dominio de fuerzas que ningún voto democráticamente expresado ni poder político ha instituido. La "gobernabilidad" de la economía mundial y, de manera más general, de la civilización planetaria que está emergiendo, crea problemas y, si no se asegura por medio de instituciones adecuadas guiadas por una política inspirada en la política de la cultura, la supervivencia de las culturas estará en peligro y un "vivir" homogéneo, caricatura de una auténtica civilización universal, tenderá a sustituir las "razones del vivir" que inspiran los valores de la cultura.

Urgente, porque si bien es cierto que según el proverbio ruso "la esperanza es la última en morir", es grave que hoy, unánimemente, los hombres de cultura del antiguo bloque del Este europeo, que durante los peores años de la guerra fría lucharon con la Palabra como único medio y que esperaban con la reconquistada libertad de expresión dar rienda suelta a una creatividad que les permitiera felizmente "hablar" y "decir", se sienten amenazados como creadores —ya sean autores de teatro, novelistas, poetas, compositores o pintores— por nuevos obstáculos que sustituyen a los viejos. Lo que ellos reclaman no es "asistencialismo", ellos no reivindican una limosna, ni quieren sustraerse a los riesgos de la creación ni defender intereses corporativos. Se trata del rechazo que oponen ante una no-cultura irrisoria que en lugar de ser útil a los valores de la creación los rebaja, los reduce a la mínima expresión y los remite al poder del dinero, cuando no los aniquila. En tal urgencia participan también los hombres de cultura de la Europa del Oeste que luchan, a su vez, aunque en menor grado, ya que no están viviendo aquella transición, contra algo parecido que bloquea sus posibilidades creativas en nombre de iguales criterios y del mismo poder del rey dinero. No es que se ignoren los imperativos de una gestión sana de los medios materiales, económicos y humanos a disposición del mundo de la cultura, pero no se tiene que estar al servicio de los ídolos, ya que se trata de obras por medio de las cuales los hombres son más hombres.

Urgencia, ya que desde el momento en que los pueblos han elegido el camino de la paz, inmediatamente después que terminó la Segunda Guerra mundial, como condición indispensable para la supervivencia de la historia, la guerra no cesa de desquitarse

bajo las más diversas formas: guerras entre naciones, guerras civiles, guerras interétnicas, guerras internas provocadas por el hundimiento de los sistemas totalitarios y del resurgir de aspiraciones nacionales por mucho tiempo sometidas, guerras como consecuencias lejanas de particiones arbitrarias resultado de los grandes tratados internacionales o de la descolonización que ignoraban, demasiado a menudo, a las minorías.

Europa ha contribuido y contribuye fuertemente a la globalización y se espera que cuanto más consistente sea su unidad a través de instituciones y múltiples cambios en todos los sectores del quehacer del hombre, más podrá aportar al mundo. Pero es necesario que haya paz en Europa y que continúe su proceso de creación. La Europa que se está construyendo tiene que reconocer la aparición de nuevas naciones y el despertar de algunas antiguas. El tiempo de la historia no es sincrónico. El tiempo de la historia global no es el mismo de los tiempos locales que también son historia y que a veces anticipan o frenan la historia global que se está desarrollando. Hoy es absurdo, visto que el mundo exige el respeto a la alteridad, concebir naciones cerradas, replegadas en etnias, comunidades o religiones. Cada comunidad, cada grupo, tiene que estar "abierto"; éste es uno de los imperativos fundamentales de la política de la cultura. Acoger y convivir son valores predominantes para ella. Juntas las nuevas y las viejas naciones deben construir la Europa del mañana, abiertas las unas a las otras.

Urgente es la invención de un nuevo orden; es necesario convocar al diálogo a cada cultura, que busquen unidas una vía de salida para la crisis de civilización multidimensional en que nos encontramos. Todas las culturas tienen valores que, por ser humanos, son universales. Todas tienen el mismo derecho de participar en la búsqueda de valores para compartir y todas tienen que aceptar valores que, inicialmente, no eran los suyos.

Nosotros lanzamos un llamamiento al diálogo a los hombres de cultura para intentar comprender juntos, actuar y contribuir a la construcción de un universo más humano en el que la última palabra la tenga la paz y el desarrollo humano. Su misión es despertar la Esperanza.

El llamamiento de Budapest de 1995 se une al de Venecia de 1951.

Budapest, 9 de junio de 1995

Reseñas

Tzvi Medin, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México, FCE, 1994, 318 págs.

El libro de Tzvi Medin es de singular importancia para comprender la cultura contemporánea de esta región de América, su pasado y su futuro. A Medin le debe México varios trabajos sobre la historia moderna mexicana, sobre los periodos de Plutarco Elías Calles, Lázaro Cárdenas, Miguel Alemán. El filósofo israelí, de origen latinoamericano, ha incursionado también en el campo de su especialidad en México y América Latina. El libro que ahora comentamos es un amplio, agudo y concienzudo estudio de la filosofía del español José Ortega y Gasset, de su influencia en la cultura y filosofía de América Latina, de su presente y el futuro de esa cultura y filosofía. Ésta daba respuesta a viejos interrogantes del pensamiento latinoamericano sobre la discutida identidad del hombre de la región. ¿Qué somos?, se pregunta el libertador Simón Bolívar. ¿Qué somos?, se preguntaba el civilizador argentino Domingo Faustino Sarmiento. ¿Qué somos?, insiste el filosofar latinoamericano. ¿Es posible una filosofía americana? ¿Es posible que los hombres de esta región reflexionen sobre sí mismos? ¿No es el filosofar, el razonar, lo que distingue al hombre de la naturaleza? ¿Somos hombres o no, los nacidos en esta región de la tierra? La respuesta y la justificación la daba el filósofo español José Ortega y Gasset.

En este libro, Medin muestra la influencia que alcanzó Ortega en su primera visita a la Argentina en 1916. A la difusión de su filosofar a lo largo de la América Latina, se abocan las publicaciones de Espasa-Calpe, la *Revista de Occidente* y la colección de publicaciones de esta misma revista que dan a conocer un filosofar auténtico en que se plantean problemas que iluminan los propios, como el historicismo, la sociología del saber y la filosofía de la cultura. Ortega dio a conocer *La Decadencia de Occidente* de Oswald Spengler. Los interrogantes filosóficos de Ortega y la difusión que hace del filosofar contemporáneo europeo parten de una situación que se asemeja a la que han originado los interrogantes latinoamericanos sobre su identidad. Parten de la puesta en duda de la propia humanidad como capacidad para filosofar como lo hacen los grandes centros de poder cultural.

De estos centros se saben marginados los latinoamericanos, tal como Ortega se sabe marginado, como español, de la cultura europea y occidental. Tzvi Medin describe esta conciencia de marginación semejante a las preocupaciones del pensamiento latinoamericano. Sin embargo, las respuestas a estas preocupaciones tienen distinta meta en el filosofar de Ortega y en el filosofar de la América Latina.

Tzvi Medin recuerda un trabajo mío de homenaje al filósofo español al morir en 1955. Alfonso Reyes le había dicho que a Ortega le gustaría ser lla-

mado, como Escipión el Africano, Ortega el Americano. Tal el título de mi homenaje. Pero agregaba "a pesar de él mismo", Escipión fue llamado así por los romanos por haber vencido a Aníbal en África. La filosofía de Ortega había sido reconocida exitosamente en América Latina. Éxito que reforzó el propio filosofar de Ortega en relación con la cultura y filosofía europeas. Su meta era alcanzar el reconocimiento de Europa como un filósofo europeo. Contra la afirmación de que Europa terminaba en los Pirineos, España era parte de Europa, había participado en su historia en el Renacimiento y la Reforma. Su derrota en el Canal de la Mancha no justificaba la marginación. Tampoco la derrota en 1898 frente a Estados Unidos en el Caribe y las Filipinas. Por ello Ortega reclama la primicia de su filosofar frente al existencialismo de Heidegger y el historicismo de Toynbee; y con enojo contra el existencialismo francés.

Distinta era la meta de los latinoamericanos, desde los orígenes de su filosofar: la emancipación. Emanciparse de España, de Europa, del Mundo Occidental, pero sin negarlos, sino haciéndolos parte de su discutida identidad. Asimilándolos, americanizándolos, latinoamericanizándolos, junto con otras raíces raciales y culturales que la historia había posibilitado en este continente. No se trataba de salvar las circunstancias saltando los Pirineos o el Río Bravo, sino de afirmarse en lo que se es. No exigiendo el reconocimiento como europeos, occidentales o estadounidenses, sino como hombres entre hombres, como parte de la humanidad.

Diferencias patentes en las afirmaciones de los latinoamericanos cuando hablan de su propia cultura. Cuando llaman a Alfonso Reyes, "mexicano universal". Reyes que ha dicho a los europeos: "Hemos llegado a la mayoría de edad; pronto os habituaréis a contar con nosotros". Ortega frente a América parte de su eurocentrismo cuando dice: "Los americanos parecen andar con prisa para considerarse los amos del mundo, conviene decir: ¡jóvenes, todavía no! Aún tenéis mucho que esperar, mucho más que hacer. El dominio del mundo no se regala, no se hereda, vosotros habéis hecho por él muy poco aún. En rigor por el dominio y para el dominio no habéis hecho aún nada. América no ha comenzado aún su historia universal". Ortega refleja el trauma que originó la derrota española en 1898 frente al imperio estadounidense. La Generación española del 98, de la cual Ortega es consecuente continuación, se dolerá, por un lado, de la derrota, y por el otro, de haber perdido tres siglos de su historia tratando de culturizar a los pueblos en América sin haberlo logrado plenamente. ¡Había que volver a Europa, a la Europa al otro lado de los Pirineos!

¡España —decía Ortega— es el problema! ¡Europa es la solución! En cambio José Martí, José Enrique Rodó, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y muchos otros verán a España como parte de su ineludible identidad y es por ello que considerarán la agresión de Estados Unidos a España como una agresión a los pueblos de la América Latina. Con la derrota del imperio español se iniciaba la reconciliación iberoamericana. Para Ortega, América se

reducía a la Argentina y Estados Unidos. Por ello no comprendía el que un discípulo suyo, José Gaos, se encontrara en México y se empeñara en permanecer en él.

Tzvi Medin expone el por qué de la influencia de Ortega en la cultura latinoamericana. El filosofar de Ortega fue visto como instrumento para enfrentar viejos problemas de identidad y a partir de aquí afirmar el papel del latinoamericano en el mundo. Ortega hizo de este su filosofar el medio para reclamar el lugar de España en Europa. Los latinoamericanos, para afirmar el propio, a nivel no europeo, sino universal, como nación entre naciones, como raza y cultura entre razas y culturas. Así lo habían expresado Bolívar y Vasconcelos. El intento de ser como los Estados Unidos o los yankis del sur, expresado a lo largo del siglo XIX, había fracasado. Al finalizar el siglo, el uruguayo José Enrique Rodó condenó la "nordomanía", como el inútil afán por ser otros que sí mismos.

La conciencia de esta diversa situación la hace patente el discípulo de Ortega, José Gaos. La América para Gaos no se reducía a la Argentina ni a los Estados Unidos, estaba la otra gran América mestiza, con sus contradicciones; la America que nunca consideró Ortega en su obra. Gaos hizo del instrumental heredado de su maestro, medio para tomar plena conciencia de esta realidad, afirmarla y defenderla frente a culturas dominantes que le impedirían alcanzar su universalización. Había que afirmar la ineludible identidad y a partir de esta afirmación reclamar el reconocimiento de esta región y sus hombres, como expresión concreta y universal de lo humano.

Tzvi Medin destaca los avatares del filosofar de Ortega en Hispanoamérica; ya no de su obra que ha sido asimilada, sino de su persona. Será distinta la presencia de Ortega en su tercera y última visita a la Argentina: entre la Guerra Civil española y la Segunda Guerra mundial. Al finalizar esta guerra triunfa, no la cultura europea, sino la cultura occidental bajo la hegemonía de Estados Unidos, aparte de la América condenada por Ortega, diciendo que el dominio del mundo no se regala. Ahora esta América imponía su hegemonía a una parte de Europa, incluida España, como a la otra se imponía la Unión Soviética. Ambos poderes disputándose la hegemonía mundial. Hegemonía en relación semejante a la que venía enfrentando la América Latina. La América que se designaba Latina para afirmar su identidad frente a la América Sajona. La América que no pretendía saltar el Río Grande, sino impedir el desbordamiento de la otra América.

Esta América, la Latina, fue la que sí comprendió el discípulo de Ortega, José Gaos. Ortega, sin pretenderlo, se prolongaba en los esfuerzos hechos para salvar las circunstancias latinoamericanas, completando los de otros latinoamericanos, los Bilbao, Martí, Rodó, Vasconcelos. José Gaos utilizando a Ortega, completaba y justificaba la obra de otros mexicanos con los que se encuentra: Caso, Reyes, Vasconcelos y Ramos, e impulsa a sus propios discípulos en México y Latinoamérica para afirmar la identidad de la región. Gaos da inicio a la historia de las ideas de la región, que mostrará cómo la filosofía europea había sido asimilada por los latinoamericanos. De aquí, sostenía Gaos,

surgirá una auténtica filosofía que no será ni americana, ni europea, ni estadounidense, sino universal.

Gaos comprendió la preocupación mexicana y latinoamericana por afirmar su discutida identidad; para ser reconocidos como semejantes el resto de los hombres y en este sentido respetados. Gaos destaca esta misma preocupación en el pensamiento español y en Latinoamérica lo hace Caso. Destaca el filosofar de Ramos como paralelo al filosofar puesto en marcha por Ortega y Gasset en España.

En España —dice Gaos— el pueblo se había ido enfrentando al mismo dominio imperial impuesto a los pueblos de la descubierta América. Es la misma lucha expresa en la primera y segunda república españolas. En la segunda, cuya intelectualidad fue enviada al destierro, que para Gaos no es destierro, sino transtierro, donde podrá continuar la obra iniciada en la Península española. La América española, continúa Gaos, ya había logrado emanciparse del coloniaje imperial español, faltaba sólo que España se independizase de sí misma.

De singular importancia para Gaos será el año de 1898, en que España deja de ser imperio. En la misma lucha del pueblo de España y al lado de los pueblos hispanoamericanos para afirmar su identidad y romper con el dominio impuesto por el mismo imperio en la península y en América. Lucha común que no supieron comprender los españoles ante las demandas de los pueblos hispanoamericanos. En la Corte de Cádiz y en la Primera República se opusieron a las demandas de emancipación de Hispanoamérica. En cambio, dice Gaos, la América Española en México, centralmente, supo comprender la semejanza de las propias demandas con las de los republicanos en España; los apoyaba y se abrió al éxodo a que la derrota había obligado a los republicanos.

Tzvi Medin muestra cómo es a través de su discípulo Gaos que Ortega prolonga su presencia y da sentido a las reflexiones de esta región de América. Gaos prolonga y corrige a Ortega haciendo del mismo instrumento de comprensión de la realidad hispanoamericana. Un filosofar que busca su integración en la historia universal de la que es parte tanto Latinoamérica como Iberia. Pero son no sólo los pueblos iberoamericanos los que luchan por afirmar y exigir el reconocimiento de su identidad; otros muchos pueblos reclaman este reconocimiento. Y ahora son los europeos los que se verán obligados a reclamar el mismo reconocimiento. La influencia orteguiana se extiende así no sólo a través de la obra de Ortega, sino de sus discípulos y los discípulos de sus discípulos. Influencia que muestra que no tiene sentido el preguntarse sobre si existe o no un filosofar o una ciencia de la región. Las preguntas son globales sobre lo humano.

Ahora los interrogantes, vistos como un falso filosofar, son ya interrogantes filosóficos tanto en la Europa, a uno y otro lado de los Pirineos, como en América y en el resto del Mundo. La intelectualidad europea y sus filósofos tomaron conciencia de su propia situación de dependencia y se plantearon problemas semejantes a los de la descolonización del Tercer Mundo. Europa se pregunta ya sobre su propia identidad.

1989 ha sido el parteaguas de la Historia. Fin de la guerra fría y con ello caída de los muros que separan a las dos Europas; también el inicio de la desarticulación del imperio soviético y el resquebrajamiento del mundo capitalista. Las dos Europas han roto con los avíos que les habían impuesto los imperios que se disputaban la hegemonía mundial. Es el fin de ideologías que al desaparecer dejan a Europa en la misma orfandad de la que habló Simón Bolívar al referirse al término del coloniaje español. Europa, antes donadora de identidades, no está segura de su propia identidad. Enfrenta las demandas de reconocimiento de múltiples identidades dentro de su propio seno. Y con los reclamos de violencia que amenazan atomizar la globalización que anunciaba el fin de la guerra fría. Ya no es el fantasma de una clase, sino el de los marginados el que amenaza el futuro de Europa, de América y del mundo entero.

Europa y el Mundo Occidental toman en cuenta ahora experiencias filosóficas que les habían sido ajenas. Captar el sentido de universalidad bolivariano, como contrapartida del excluyente Estado Universal hegeliano. Toman conciencia de la experiencia de un filosofar que busca asimilar las diversas expresiones de los pueblos y hombres que se han dado encuentro en esta región. Experiencias raciales, étnicas, culturales dentro de una gran unidad que Vasconcelos llamó raza cósmica. Vistas como capacidad para comprender y hacerse comprender sin renunciar a la ineludible y diversa identidad.

Así, lo que parecía un falso filosofar es ya un filosofar por excelencia que se anticipa a las múltiples e insistentes preguntas que se hacen ahora en Europa y el Mundo Occidental sobre la propia y concreta humanidad y a partir de ella sobre su propio lugar en un futuro en el que todos los hombres y pueblos han de aceptar como propio el diverso modo de ser de los otros hombres y pueblos. Pueblos obligados a compartir la universalidad con la ineludible diversidad de lo propiamente humano.

En el trasfondo de este filosofar se encuentra un filosofar surgido también en Europa y que Ortega asimiló y difundió para afirmar la identidad de España. Filosofar, a su vez, asimilado, corregido y amplificado por discípulos de Ortega, como José Gaos, dando al mismo dimensión universal. Reflexiones que son ahora compartidas con filósofos de otras regiones de la tierra. Se trata de afirmar la propia y concreta humanidad y al afirmarla, participar con otros hombres y pueblos de la tierra en la solución de problemas comunes, y que por serlo, no implican dependencia alguna sino solidaridad.

Leopoldo ZEA

José Lezama Lima, *La expresión americana*, México, FCE, 1993, 183 págs. (Colección *Tierra firme*).

Era tiempo ya de hacer justicia y desempolvar este texto fugado del discurso de la identidad americana. Y justo aquí, al encontrarlo, recibimos la primera noticia grata: en *La expresión americana*, como indica el título, Lezama no recurre a definiciones de lo ibero..., lo hispano... o lo latino..., sino que rastrea una posible lógica cultural de las Américas. Haití, el Brasil y los Estados Unidos salen esta vez de la marginalidad que les impuso un secular relato identificatorio. El corte, el trazado de la frontera en *La expresión americana* no es horizontal, como en Sarmiento, Rodó, Martí y Reyes. Aquí no se trata de desagregar el Sur y el Norte, los latinos y los sajones, los vagos de Colón y los puritanos del *Mayflower*, Nuestra América y la de ellos. Lezama dibuja un límite vertical, móvil y permeable, entre el mito europeo y la ficción americana, entre el cansancio clásico y la curiosidad barroca, entre el romanticismo y sus actos, entre la naturaleza y el paisaje.

Antes de llegar a estas revelaciones Lezama realiza un desplazamiento conceptual que es el eje de su sistema poético. "Hay que desviar —nos dice— el énfasis puesto por la historiografía contemporánea en las culturas para ponerlo en las eras imaginarias" (p. 58). Para 1957, cuando este texto se leyó en el Instituto Nacional de La Habana, hacía ya cuarenta años que Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel conducían la escritura histórica por otros rumbos. En su sublime atraso Lezama acudía más bien a la escuela anterior, es decir, a la morfología de las culturas practicada por Jacob Burckhardt, Oswald Spengler, Arnold Toynbee y Alfred Weber. Pero es curioso que el contrapunto de Lezama con esta tradición coincida en el tiempo con la crítica a la historia de las civilizaciones de Fernand Braudel.[1] Y es asombroso el parecido entre la propuesta de Braudel de entender las culturas como áreas, espacios o alojamientos donde se da un "repertorio de bienes" y la idea lezamiana de la cultura como imagen en el paisaje.[2] Esta confluencia es una prueba más, en su propio caso, del lúcido recelo de Lezama hacia el mecanismo de las influencias, ya que, como solía decir, "entre la voz y el eco se interponen infinitas lluvias y cristales".

El desvío hacia las eras imaginarias es algo más que definir una escala de imaginaciones etrusca, carolingia, bretona, barroca, clásica y romántica. Es concebir la historia como participación de metáforas, como una sincronía de

[1] El célebre ensayo de Braudel "Aportación de la historia de las civilizaciones" se publicó en 1959, es decir, dos años después de *La expresión americana*; Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, México, Alianza, 1989, pp. 130-200.
[2] *Ibid.*, p. 174.

imágenes. Y aquí aparece un error común en los estudios sobre Lezama, del que no escapa la editora Irlemar Chiampi: el de creer que la *imago* lezamiana es un sustituto de la idea total de Hegel y que con arreglo a ella la historia sigue un devenir en ascenso de hipóstasis y certeza. Las imágenes, según Lezama, se manifiestan propiciando el azar concurrente, el nexo incondicionado, y no para generar sentido en la historia.[3] Es por ello que el desplazamiento de las culturas a las eras imaginarias es su estrategia para burlar la teleología occidental, la razón-tiempo europea, y conceder otra historicidad al mundo americano. Los conceptos de imagen y paisaje no son, como los ve la editora en la nota 20 del último capítulo, remedos de Espíritu y Naturaleza que intentan "reintroducir América en la Historia", son sus antípodas deshaciendo la temporalidad histórica y creando otra.

Lezama piensa que la teleología europea acompleja al americano haciéndole creer que su expresión es inconclusa y deforme. De este regodeo marginal salen todas las maniobras del libro. Seguir el enlace del *Popol Vuh* con las teogonías chinas y budistas, a través de los escribas jesuitas del siglo XVIII, es jugar en los bordes de Occidente. Observar cierto *plutonismo* en la arquitectura barroca, desde las "indiátides" del peruano Kondori hasta las grotescas esculturas del brasileño Alejaidinho, es convertir la maldad encarnada en la piel ya sea por la raza o la lepra, en un signo americano. Describir la *tensión* entre el saber, el sueño y la muerte que se extiende en la poesía mexicana, de sor Juana Inés de la Cruz a José Gorostiza, es hallar el testimonio de una cultura marcada por la curiosidad y el vértigo. Siempre en los márgenes, cual escritura última de su propia otredad, se resuelve la expresión americana.

El americano es más proclive a la ficción barroca que al mito clásico. Las criaturas verbosas y asombradas que encontró Colón han evolucionado sin abandonar el orbe de imágenes que las rodea. Este entorno es el paisaje, "la naturaleza amigada con el hombre" y la única condición de existencia para la cultura. La "maestra monstruosidad" del paisaje en América anima por ello una cultura inquieta y elocuente que escapa al "cansancio de los crepúsculos críticos", al estatismo de la racionalidad occidental. Así la dimensión histórica propia del continente, según Lezama, se inicia con un diálogo voluptuoso entre el criollo y su paisaje. De este intercambio surge el señorío barroco americano: primera hipóstasis de nuestra imagen en la historia. Luego, en el tránsito del siglo XVIII al XIX, el americano cambia el paisaje de la sorpresa natural por el de la independencia política. En la persecución de fray Servando Teresa de Mier, el peregrinaje de Simón Rodríguez al lago Titicaca y el calabozo de Francisco Miranda, Lezama observa la génesis de la soberanía americana en tanto paisaje político. La tradición romántica del siglo XIX crea entonces, por medio de lejanías, calabozos, ausencias, imágenes y muertes, el hecho americano.

[3] José Lezama Lima, *Preludio a las eras imaginarias*, *Órbita*, La Habana, Ediciones Unión, 1966, pp. 300-303.

Ésta es una de las coordenadas del libro: el hallazgo de la historicidad imaginal del mundo americano. La obra es el enunciado mínimo de su expresión: la suma discursiva de las Américas. Aquí Lezama enarbola otra vez los signos del lenguaje americano contra la "cadena mimética" que Europa le tiende al Nuevo Mundo. La lógica de las influencias concede a los americanos el triste privilegio de "la virtud recipiendaria". Según ella el discurso americano deriva su valor de las referencias occidentales que contiene. Lezama se rebela contra este argumento desde la idea de "espacio gnóstico". América, a diferencia de Asia y África, se dejó penetrar por el espíritu europeo. Pero esta apertura al saber exterior ha sido siempre el acto previo de una intelección doméstica. Es decir, la incorporación de lo europeo en lo americano no es el indicio de un vacío espiritual o una voracidad implacable, sino la prueba de una mirada fecunda que contempla la naturaleza y crea el paisaje. Para Lezama, cuando el americano observa al europeo le otorga otra forma, lo registra dentro de una imagen que sale de sus ojos y confirma su identidad.

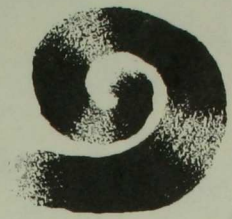
Pero la mirada que configura la expresión americana evita el espejo. Hay en el americano cierto temor al encuentro con su propia imagen. Y en el caso de Lezama ese miedo a tocar las revelaciones más cercanas se manifiesta en sus temblorosos contactos con José Martí. La figura de José Martí es una presencia latente en el libro y de los cinco ensayos tres terminan con su alusión. Junto a él, el otro personaje insular que se introduce en el hecho americano es el cura habanero Félix Varela y Morales, fundador de una tradición moral que combinaba en forma tensa la patrística y el liberalismo.[4] Martí fue el destino histórico de esta moral y Lezama y los intelectuales del Grupo Orígenes lo veían como el monarca de la imaginación cubana. Toda la dialéctica de participaciones y ausencias de la imagen en la historia insular estaba ligada a Martí. Por eso al entrar en la tienda del desierto, la casa del *alibi* divino, Martí integra con una mirada toda la historia de Cuba y trueca esta visión en realidad nacional. Entonces Lezama se aterra, como Pascal, en la vastedad de los espacios infinitos y al decir Martí dice "su final, no su referencia, con temblor".

Después de Martí viene el silencio para Lezama. La expresión de las Américas encierra ciertos misterios que unas veces la hacen callar y otras desvariar. Hay mitos americanos indescifrables, como el de las ruinas de Nazca, las mutaciones del Valle de México, el triángulo de las Bermudas, el padre Mier entrando en una sinagoga en Bayona, el desarraigo de las culturas de plantación que afecta por igual a Bolívar y Martí o el espíritu de Juárez dictando políticas al oído de Madero, que sólo pueden ser recorridos a través de la ficción. La creencia en una historicidad mágica inspira la propuesta de Lezama de destituir la razón con la imagen al observar lo americano. El desafío a la racionalidad que supone este procedimiento lo hace objeto fácil de re-

[4] La profesora Irlemar Chiampi, a pesar de su encomiable investigación editorial, confundió al padre Varela (1787-1853), diputado a las Cortes Constituyentes de Cádiz en 1822 y referencia privilegiada de la obra de Lezama, con el jurisconsulto argentino Florencio Varela (p. 109).

chazos e invalidaciones. Pero al menos la obra de Lezama resulta inaccesible sin el ejercicio de esta hermenéutica. El oscuro habanero no escondió, como los pitagóricos, las claves para la comprensión de su discurso. Hablando de América o Egipto, de la cantidad hechizada o los vasos órficos dibujó siempre la imagen de su poética y expuso el cuerpo de su escritura.

Rafael ROJAS



La Universidad Nacional Autónoma de México ha otorgado a la Dra. Liliana Irene Weinberg, editora de *Cuadernos Americanos*, el premio denominado *Distinción Jóvenes Académicos* en el área de Investigación en Humanidades correspondiente a este año 1995.

Cuadernos Americanos hace patente su satisfacción por este reconocimiento. Es el reconocimiento a una destacada obra en el área de la literatura latinoamericana en la que ha trabajado la editora de esta Revista. Reconocimiento a su capacidad para conciliar su labor de investigadora con las funciones que en *Cuadernos Americanos* asumió desde que comenzó la Nueva Época.

Mucho debe la Revista, en el nivel que ahora se encuentra, a su capacidad intelectual, así como a la responsabilidad para dirigir y coordinar al conjunto de colaboradores internos y externos. Es importante que este doble trabajo ha sabido conciliarlo, igualmente, con las tareas propias de una esposa y una madre, sin descuidar ninguna de estas responsabilidades.

Cuadernos Americanos considera que este Premio hace patente la asunción de esta triple responsabilidad, sin fallar en ninguna de ellas. Destaca igualmente la razón por la que esta Revista, que la Universidad asumió como tarea propia, a propuesta de su fundador, el Maestro Jesús Silva Herzog, ha podido alcanzar y potenciar con un esfuerzo en que todos los responsables de su existencia han venido haciendo su parte sin reticencias ni mezquindades, empeñados tan sólo en hacer que esta publicación pueda continuar y acrecentar lo alcanzado al nivel universitario nacional e internacional.

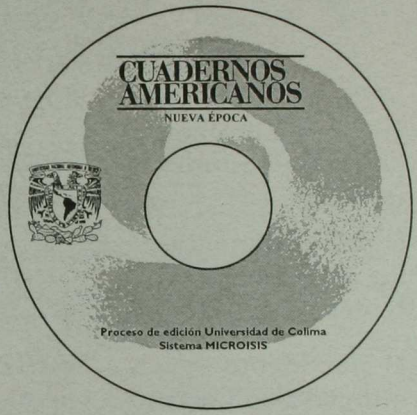
En nombre de la Revista y su personal nos es muy grato no solamente dar esta noticia, sino expresarle a la Dra. Weinberg nuestras más sinceras felicitaciones.

Leopoldo Zea
Director

Este libro se terminó de imprimir el mes de octubre de 1995 en Talleres Gráficos de Cultura, S. A. de C. V. Av. Coyoacán 1031, 03100 México, D. F. Su tiro consta de 1 200 ejemplares.

CUADERNOS AMERICANOS EN CD-ROM

Se encuentra en elaboración una versión de la colección completa de *Cuadernos Americanos* en disco compacto CD-ROM, con sistema de recuperación directa del texto. Esta nueva versión permitirá almacenar y distribuir grandes volúmenes de información con un significativo ahorro en el transporte y almacenamiento del material y mucha mayor rapidez en el rastreo de artículos, autores y temas. La primera parte, que comprende los 50 números de la Nueva Época (desde 1987 hasta 1995), estará en venta a mediados de este año.



Informes: *Cuadernos Americanos*, Torre I de Humanidades, 2° piso, Ciudad Universitaria, México, D.F., Tel. 622-1902, Fax: 616-2515, e-mail: weinberg @servidor.unam.mx

ROSTROS Y VOCES DE LA SOCIEDAD CIVIL

Órgano de Difusión de Redes y Organismos Civiles • México, D.F. julio-agosto de 1995 • Número 00, N$ 10

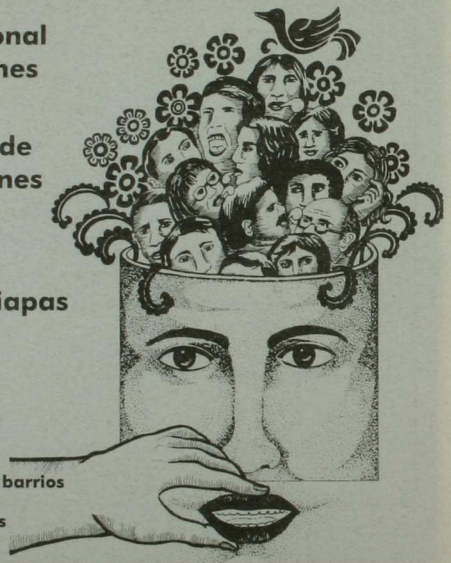
Encuentro nacional de organizaciones ciudadanas

El nuevo papel de las organizaciones civiles

El alzamiento indígena en Chiapas

La otra cara de la crisis

Experiencias
- Promoción juvenil en barrios
- Mujeres empresarias
- Xilitla, tierra de sones y proyectos sociales



Siglo Veintiuno Editores

CIEN AÑOS DE CINE (1895-1995)

Vol. 3: (1945-1960) Hacia una búsqueda de los valores

Werner FAULSTICH / Helmut KORTE

La historia de los cien años del cine en cien películas. En este tercer volumen se estudian 16 películas producidas de 1945 a 1960. Posguerra: surgimiento del cine alemán antinazi, neorrealismo italiano, cine negro, ciencia ficción, rebeldes sin causa, *western* renovado, superproducciones bíblicas, Hitcock, Truffat, Resnais, *Hamlet*. excelente repaso de una época inolvidable del cine mundial.

LA CONEXIÓN MÉXICO-CALIFORNIA

Abraham LOWENTHAL y Katrina BURGESS (compiladores)

La frontera entre Estados Unidos y México ha sido descrita con frecuencia como una herida abierta. Pero, paulatinamente, lo que se ha llamado la "integración silenciosa" de México y Estados Unidos y el reciente Tratado de Libre Comercio la convierten en un pasillo de tránsito incesante que beneficia a ambos países. Veinte politólogos, economistas y sociólogos mexicanos y estadounidenses estudian en este volumen todos los problemas imbricados en estas relaciones y en su futuro.

De venta en Av. Cerro del Agua 248, Col. Romero de Terreros, tel. 658 7555 y en librerías de prestigio

INSTITUTO INTERNACIONAL de LITERATURA IBEROAMERICANA

Director Ejecutivo, Dr. Keith McDuffie, Universidad de Pittsburgh.
Secretaria Tesorera, Dr. Pamela Bacarisse, Universidad de Pittsburgh.
1312 C.L., Pgh., PA 15260. EE UU.

CONVOCATORIA
XXXI CONGRESO

El instituto Internacional de Literatura Iberoamericana comunica que su XXXI Congreso de Literatura Iberoamericana se llevará a cabo del 24 al 29 de junio de 1996 en la ciudad de Caracas, Venezuela, bajo los auspicios del Consejo Nacional de la Cultura y de la Universidad Central de Venezuela. En dicho Congreso se tratarán temas relacionados con el ensayo, el cuento, la novela y la poesía hispanoamericanas desde sus orígenes hasta nuestros días.

IDIOMAS OFICIALES: español y portugués.
El plazo de entrega de los resúmenes de las ponencias (15 a 20 líneas) es el 30 de septiembre de 1995. Tres copias del texto completo de las ponencias deberán enviarse antes del 1° de febrero de 1996.

CUOTAS DE INSCRIPCIÓN AL CONGRESO:
a) Miembros del IILI: $90.00; b) No miembros: $120.00

Los pedidos de información, resúmenes y textos de las ponencias deben ser dirigidos de la siguiente manera:

Alexis Márquez Rodríguez
Presidente del XXXI Congreso del IILI
Apartado N° 100 - Caracas 1010
VENEZUELA
Tel/Fax (582) 987-9682

La Gaceta
DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NUEVA ÉPOCA NÚMERO 299 NOVIEMBRE DE 1995

Edmundo Valadés
1915-1994
Un homenaje

ELENA PONIATOWSKA ◆ ADRIANA VALADÉS ◆ JOSÉ DE LA COLINA
EMILIO URANGA ◆ AGUSTÍN JIMÉNEZ ◆ ALÍ CHUMACERO
JUAN ANTONIO ASCENCIO ◆ LUIS FAYAD ◆ AGUSTÍN MONSREAL
JOSÉ LUIS CUEVAS

Cartas de
XAVIER VILLAURRUTIA ◆ JULIO CORTÁZAR
A. ZAMORA VICENTE ◆ DÁMASO ALONSO

ESTUDIOS SOCIALES

Revista Universitaria Semestral

Consejo de Redacción: Darío Macor (Director), Ricardo Falcón, Eduardo Hourcade, Enrique Mases, Ofelia Pianetto, Hugo Quiroga

ISSN: 0327-4934

Nº 9 **segundo semestre** **1995**

ARTICULOS

WALDO ANSALDI: Gobernabilidad democrática y desigualdad social.

ALEJANDRO EUJANIAN: Paul Groussac y la crítica historiográfica en el proceso de profesionalización de la disciplina histórica argentina.

MARÍA BEATRIZ GENTILE: Ciudades y circuitos comerciales en la frontera argentino-chilena, 1870-1900.

LUCIANO ALONSO: La mutilación corporal como institución de control social.

GIOVANNI LEVI: Economía campesina y mercado de la tierra en el Piamonte del antiguo régimen.

ENTREVISTA: a GIOVANNI LEVI

NOTAS Y COMUNICACIONES

MIRTA GEARY: Las cooperadoras escolares como nuevos actores sociales.

ALBERTO GIORDANO: *Sitio*: ensayo y polémica.

MANUEL CRUZ: El marco no es un adorno.

Notas bibliográficas.

ESTUDIOS SOCIALES, Universidad Nacional del Litoral, 9 de julio 3563, Santa Fe, Argentina; telefax directo (042) 554292.
Correspondencia a: Casilla de Correo 547, (3000) Santa Fe, Argentina.
Distribución Internacional: Fernando García Cambeiro, Latin American Books & Serials, Box 014, Skyway USA, 2886 N.W. 79th. Ave, Miami, Florida, 33122, USA.

ARCHIPIÉLAGO

REVISTA CULTURAL de NUESTRA AMÉRICA

3

UN MEDIO INDEPENDIENTE
PARA LA INTEGRACIÓN
DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE.

LAS SEÑAS DE AMÉRICA
Nélida Piñón (Brasil)
NUESTRA UTOPÍA
Fernando Ainsa (Uruguay)
LA CURVA DE LA CAMPANA
Jaime Litvak (México)
NICARAGUA. Entrevista a
Sergio Ramírez
Minerva Salado (Cuba)
CADAVRE EXQUIS
Eduardo García Aguilar (Colombia)
LA CANTATA CRIOLLA
Juan Arturo Brennan (Mexico)
LA COSMOVISIÓN MAYA
Jerzy Suchocki (Polonia)
MARTINICA:
PLÁSTICA ANTILLANA
María Eugenia Gómez (México)

N$ 25.00 EJEMPLAR
N$135.00 POR UN AÑO

BÚSCALA CADA DOS
MESES EN TIENDAS
DE AUTOSERVICIO
Y LIBRERÍAS DE
PRESTIGIO

Informes;
Confluencia S.A. de C.V. Av. Baja California No. 349
Col. Condesa, México D.F. C.P. 06170
Tel. 277-81-82, Fax; 515-78-76.

SECUENCIA

Revista de historia y ciencias sociales

31

María de los Ángeles Castro: El autonomismo en Puerto Rico (1808-1898): la siembra de una tradición / **María Cecilia Zuleta Miranda:** El federalismo en Yucatán: política y militarización (1840-1846) / **Miguel A. Rosal:** El Interior frente a Buenos Aires: flujos comerciales e integración económica, 1831-1850 / **Avital H. Bloch:** Se buscan la identidad y la reputación: intelectuales liberales anticomunistas en los Estados Unidos durante los años cincuenta / **Rita Giacalone:** El Estado y la organización social en la producción y distribución de café en los Andes venezolanos / **Carlos Barros:** La historia que viene / **Reseñas.**

Instituto Mora

Suscripciones e informes: Instituto de Investigaciones
Dr. José Ma. Luis Mora. Teléfono: 598-3777 ext. 129 o 141
Dirección: Plaza Valentín Gómez Farías 12 / Colonia San Juan /
03730 México, D.F.

XVII Feria Internacional del Libro-Minería

24 de Febrero al 3 de Marzo de 1996

- Más de 500 editoriales (nacionales y extranjeras)
- Conferencias, mesas redondas y seminarios
- Presentaciones de libros por sus autores
- Música, cine, video y danza
- Talleres infantiles
- Exposiciones

Estados invitados

Campeche-Quintana Roo-Tabasco-Yucatán

Homenaje a Arnaldo Orfila Reynal

Palacio de Minería
Tacuba No. 5, Centro Histórico

Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ingeniería. Coordinaciones de: Difusión Cultural, Investigación Científica y Humanidades. Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana

PRECIOS DE ENTRADA

N$ 4.00 público en general
N$ 2.00 personas de la tercera edad, estudiantes y maestros con credencial y niños menores de 13 años.

El Colegio de México

ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS Y URBANOS

Vol. 9, núm. 2, mayo-agosto, 1994

26

Artículos

Leonard Plolnicov
El atractivo de las ciudades medias

Doglas R. White
Enfoque de redes al estudio de comunidades urbanas

Juan L. Sariego Rodríguez
Minería y territorio en México: tres modelos históricos de implantación socioespacial

Carles Feixa I Pampols
Las culturas juveniles en las ciudades medias. Un estudio de caso

Virginia Molina Ludy
Antropología de la ciudad pequeña

Arthur D. Murphy
Adaptación de las unidades domésticas en un sistema urbano regional: el caso de los valles centrales de Oaxaca, México

Alfonso Ramírez
La política del desarrollo regional en Yucatán. Descentralización administrativa y empresariado

Olivia Ruiz
La modernización del género: el caso de la clase media de Hermosillo, Sonora, 1940-1980

Tito Alegría
Segregación socioespacial urbana. El ejemplo de Tijuana

Ella F. Quintal Avilés
Antropología de una ciudad obrera

Carmen Icazuriaga Montes
Desarrollo urbano y forma de vida de la clase media de la ciudad de Querétaro

Estudios Demográficos y Urbanos es una publicación cuatrimestral de **El Colegio de México, A. C.** Suscripción anual en México: 57 nuevos pesos. En Estados Unidos y Canadá: individuos, 35 dólares; instituciones, 55 dólares. En Centro y Sudamérica: individuos, 28 dólares; instituciones, 35 dólares. En otros países: individuos, 44 dólares; instituciones, 62 dólares. Si desea suscribirse, favor de enviar este cupón a **El Colegio de México, A. C.**, Departamento de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.

Adjunto cheque o giro bancario núm.: _____

por la cantidad de: _____

a nombre de **El Colegio de México, A. C.**, como importe de mi suscripción por un año a *Estudios Demográficos y Urbanos*.

Nombre: _____

Dirección: _____ Código postal: _____

Ciudad: _____ Estado: _____ País: _____

única revista de circulación continental

NUEVA TIERRA NUESTRA
Visiones Latinoamericanas

refleja las iniciativas de cambio político, económico y cultural más importantes de la sociedad civil en cada uno de los países de América Latina y el Caribe

APIA

Agencia Periodística de Información Alternativa, A.C.

MÉXICO	AMÉRICA CENTRAL	EUROPA
Apartado postal 40-234	Apartado C-164	Mumbgasse 1-3 / 49
06141 México, D.F.	Managua 13, Nicaragua	A-1020; Viena, Austria
Teléfono (525)264 86 34	Teléfono (5052) 78 00 98	Teléfono (431) 218 64 12

Diseño y fotografía: Miguel Angel Guarnán

V SIMPOSIO INTERNACIONAL SOBRE EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO LATINOAMERICANO

UNIVERSIDAD CENTRAL DE LAS VILLAS, SANTA CLARA, CUBA

9 al 12 de enero de 1996

Tema central:
"El humanismo latinoamericano ante la crisis de valores de fin de siglo".

Temáticas específicas:

- El pensamiento marxista en América Latina ante la crisis de valores.
- Modernidad y post-modernismo en América Latina.
- Valores culturales de la América Latina y la América Anglosajona.
- Filosofía Latinoamericana y liberación.
- Pensamiento filosófico cristiano en América Latina.
- Pensamiento cubano.
- El pensamiento latinoamericano ante el desafío tecnológico. Ecología y desarrollo.

Cuotas de inscripción:
Inscripción en el Simposio: $60 USD. Inscripción en el Curso de Post-grado: $80 USD. (Las cuotas deben ser abonadas directamente a la llegada de los participantes a la Universidad Central de la Villas en el Buró de Acreditación del V Simposio).

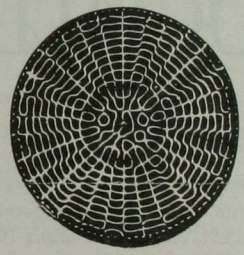
Correspondencia Científica:
Dr. Pablo Guadarrama González, Comisión Organizadora V Simposio Pensamiento Filosófico Latinoamericano, Universidad Central de Las Villas, Departamento de Filosofía, Carretera a Camajuaní, km. 5 1/2, Santa Clara, Villa Clara, Cuba.
Tel.: 8-1519, 8-1585, 8-1410. Fax: 53(422)8-1608. Télex: 041-130

Información General:
Universidad INCCA de Colombia, Carrera 13 No. 24-15 - Conmutador: 2865200, Santafé de Bogotá, D.C., Colombia

CONVOCATORIA

La crítica y las artes en MÉXICO

MEXICO in criticism & the arts



Universidad de California, Irvine, 12 y 13 de abril, 1996■ Segunda conferencia anual■ Las presentaciones podrán abordar cualquier período o aspecto de la producción artística y crítica de México, desde la época colonial hasta el presente■ Se solicita una amplia gama de perspectivas críticas, pero se ruega a los participantes que basen sus trabajos en una lectura minuciosa de los textos, ya sean de la literatura, el cine, las artes plásticas o la crítica■ Favor de remitir sinopsis de una página y breve curriculum antes del 5 de diciembre, 1995 a: *José P. Villalobos, Department of Spanish, University of California, Irvine, CA 92717; e-mail: jvillalo@uci.edu; tel.: (714) 824-6901; fax: (714) 824-2803*■ Posteriormente se les pedirá a los participantes que manden los textos de sus conferencias antes del 1° de febrero, 1996. Esto permitirá la circulación de los trabajos antes del simposio y facilitará la discusión durante el evento■

REVISTA CUBANA DE CIENCIAS SOCIALES

Publicación semestral editada por el Instituto de Filosofía

Dirección, suscripción y canje:
Revista Cubana de Ciencias Sociales,
Calzada no. 251, Vedado, La Habana 10400, Cuba

Para suscripciones anuales en el extranjero diríjase a:

Ediciones Cubanas, Obispo No. 527, altos, La Habana 10200, Cuba,
Apartado 605, Fax: 53-7-338-943
Precio: América: 21.00 USD, Europa: 23.00 USD, Resto del Mundo: 26.00 USD

UNIVERSIDAD DE LA HABANA

TALLER INTERNACIONAL

LA COMUNIDAD CUBANA EN EL EXTERIOR: PERFILES Y PROCESOS EN LOS AÑOS 90

5 Y 6 DE ENERO DE 1996

CENTRO DE ESTUDIOS DE ALTERNATIVAS POLÍTICAS
C.E.A.P.

El taller tendrá lugar los días 5 y 6 de enero de 1996 en locales de la Universidad de La Habana, con la participación de especialistas de centros docentes y de investigación de cuba que estudian el tema e invitados de instituciones homólogas de otros países, en condición de ponentes y comentaristas.

Dirigir la correspondencia a:

Milagros Martínez
Presidente Comisión Organizadora
Antonio Aja
Vicepresidente Comisión Organizadora

Centro de Estudios de Alternativas Políticas (CEAP)
Universidad de La Habana
Edificio Rectorado, 2° piso, Colina Universitaria, Vedado, La Habana, Cuba.
Tel.: 33-3479, Fax: (537) 33-5774

PROGRAMA UNIVERSITARIO DE DIFUSIÓN DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
pudel

CCYDEL

CONVOCATORIA

V Congreso de la Sociedad Latinoamericana
de Estudios sobre América Latina y el Caribe (SOLAR)

Universidad de São Paulo, Brasil

31 de marzo al 4 de abril de 1996

Tema Central:

América Latina y el Caribe
y los desafíos del nuevo orden mundial

Áreas temáticas:

1.- Estructuras económicas y políticas y conflictos sociales en América Latina y el Caribe.
2.- Relaciones internacionales de América Latina y el Caribe.
3.- Urbanización y gestión urbana en América Latina y el Caribe.
4.- Comunicación, producción cultural y pensamiento social en América Latina y el Caribe.
5.- Educación, salud y políticas públicas en América Latina y el Caribe.

Todas las consultas relativas al funcionamiento del Congreso deberán dirigirse a:

Afrânio Mendes Catani o Paulo Henrique Martinez, Programa de Pós-Graduação em Integração da América Latina da Universidade de São Paulo (PROLAM-USP), Rua do Anfiteatro 181-Colméias - Favo 15, Cidade Universitária, CEP 05 509-900, São Paulo, SP. Brasil. Telefax: 0055118150167

BR7

CUADERNOS AMERICANOS

NUEVA ÉPOCA

Próximamente:

DESDE EL MIRADOR DE *CUADERNOS AMERICANOS*

Alfonzo Rumazo González
Sucre en el Ecuador
Miguel León-Portilla
México, de su historia, penurias y andanzas

AMÉRICA LATINA Y LA CUENCA DEL PACÍFICO

Leopoldo Zea
Palabras en la inauguración del VII Congreso de la Federación Internacional de Estudios sobre América Latina y el Caribe
Juan Hung Hui
El efecto de la firma del Tratado de Libre Comercio en Taiwán
Ricardo Melgar Bao
Las islas del Pacífico sudamericano: una historia negada
Fernando Ainsa
El Pacífico en la utopía del Nuevo Mundo
José Luis Gómez-Martínez
La posmodernidad y el discurso antrópico de la liberación
Norman Palma
De la legitimidad axiológica
Joaquín Sánchez Macgrégor
Cuenca del Pacífico: enfoques para el escenario ideal de un mercado emergente
Adalberto Santana
Migraciones actuales en América Latina y la Cuenca del Pacífico
Luis José di Pietri Paolo
Las experiencias argentina y chilena de combate a la pobreza
Marie-Odile Marion
Hacia un nuevo milenio: la filosofía del tiempo y sus implicaciones políticas entre los mayas
Marta Elena P. de Matsushita
Antecedentes históricos-ideológicos de la reforma neoliberal del Estado: el pensamiento económico de Juan Bautista Alberdi
Antonio Pérez-Estévez
Diálogo platónico y alteridad
Alejandro Bustos Cortés
Investigaciones sobre inmigración en España
Alexandr Sizonenko
La región de Siberia y del Lejano Oriente en el desarrollo de las relaciones con América Latina
Horst Matthai
Amerasia (una reflexión filosófica)

CONTENIDO

DESDE EL MIRADOR DE *CUADERNOS AMERICANOS*

Antonio Alatorre — Invitación a la lectura del *Sueño* de Sor Juana

Horacio Costa — Las peregrinaciones en la Nueva España

Rebeca Barriga Villanueva — "En torno de la noria...": el andar educativo de Torres Bodet

Roberto Rodríguez Gómez — Economía, política y universidad en América Latina

Edgar Montiel — Una educación para la identidad

LA CULTURA EN UN MUNDO DE CAMBIO

Michelle Campagnolo-Bouvier — Los hombres de cultura ante las fuerzas de disgregación y globalización

Norberto Bobbio — Disgregación-globalización

Henri Bartoli — ¿Mundialización o hegemonía?

Vincenzo Cappelletti — Estados de ayer, naciones de mañana

André Corboz — El péndulo de perfil: cómo pensar la mutación

Konstantinos J. Despotopoulos — Los grandes problemas actuales de la humanidad

Pierre du Bois — Suiza entre permanencias y cambios

Iring Fetscher — El ideal de la democracia y la falsa pretensión de homogeneidad

Béla Köpeczi — Discusión entre el posmodernismo y el neomodernismo en el Este y el Oeste

Otomar Krejča — La historia continúa

Aleksander P. Kudriavtsev — Las tendencias hacia la disgregación y globalización hoy en la opinión de un moscovita

Arrigo Levi — La unificación europea ante la globalización

J. Robert Nelson — Paz en la Tierra: ¿esperanza aún válida?

Emma Osadskaia — El problema del sentido en la cultura

Rein Raud — La vida en una tierra que se reduce

Alexandre Tvalchrélidzé e Irène Gogobéridzé — Desintegración económica e integración: los Estados de la ex URSS ayer y mañana

Gustavo Villapalos-Salas — La era del conocimiento

Leopoldo Zea — Fin de los imperios y globalización del desarrollo

Michelle Campagnolo-Bouvier — La política de la cultura: un tema de reflexión

Llamamiento de Budapest

RESEÑAS

Tzvi Medin — *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*

José Lezama Lima — *La expresión americana*